

# LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 22

# LA CONFESORA

TERRY GOODKIND

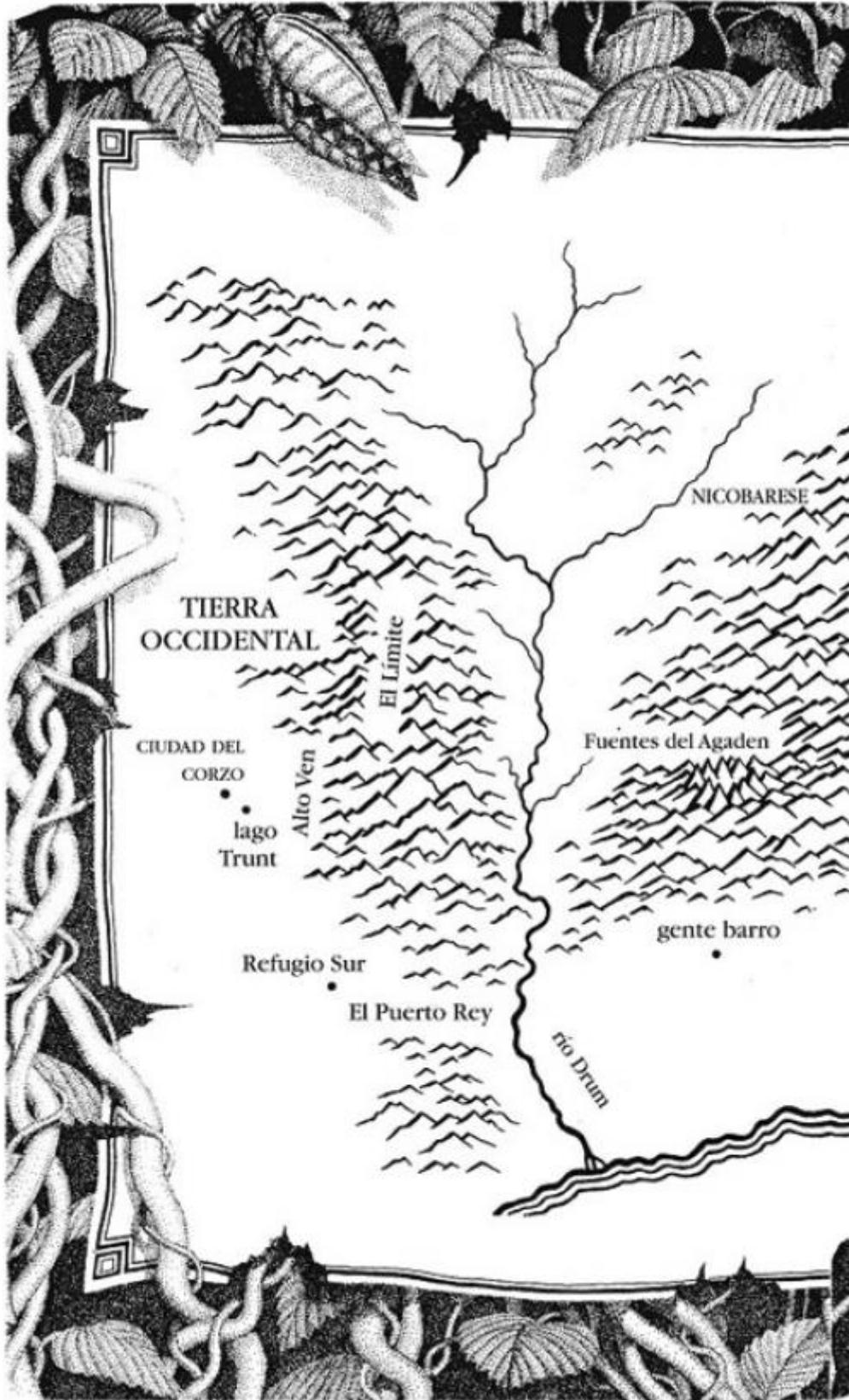
timunmas

**La confesora**



**La espada de la verdad 22**

**Terry Goodkind**





*A mi buen amigo Mark Masters, un hombre de una creatividad, determinación y logros extraordinarios. Es la prueba viviente de todo aquello sobre lo que escribo: que un hombre solo, mediante su gozoso amor por la vida, el valor de la decencia, y la firmeza desprovista de odio, puede inspirar a todos quienes lo conocen con la nobleza del espíritu humano.*

## 1

Kahlan estaba sentada en silencio en las sombras, en una silla de cuero, con las manos cruzadas sobre el regazo. Jillian estaba en el suelo, a poca distancia, sentada con las piernas cruzadas. De vez en cuando, Kahlan echaba una ojeada a las hermanas Ulicia y Armina, ocupadas en comparar los libros que eran la clave para abrir las Cajas del Destino. Revisaban cada tomo palabra por palabra, en busca de cualquier variación.

Algunas de las otras Hermanas que Jagang tenía cautivas habían encontrado un tercer libro en las catacumbas situadas debajo del Palacio del Pueblo, de modo que las hermanas Ulicia y Armina disponían ahora de otra copia adicional que podían cotejar con los otros dos libros que ya tenían: el procedente del Palacio de los Profetas, que Jagang hacía tiempo que poseía, y el que el emperador había encontrado en Caska, donde había capturado a las hermanas Ulicia, Armina y Cecilia, así como a Kahlan.

Los libros se suponía que eran el *Libro de las sombras contadas*. En los títulos de los lomos de los dos últimos, sin embargo, no se leía «sombras contadas», sino que en su lugar aparecía «sombra contada». Existía desacuerdo entre las hermanas Ulicia y Armina sobre si eso era significativo o no.

Por lo que Kahlan había podido dilucidar a partir de retazos de conversaciones que había oído, existía una copia fiel y cuatro copias falsas. Jagang estaba en posesión ahora de tres de esas cinco copias, y ponerle las manos encima a todas las copias era su máxima prioridad.

El misterio se había acentuado cuando el libro encontrado en las catacumbas recién descubiertas bajo el Palacio del Pueblo tenía escrito *sombras* en el título del lomo, como se suponía que debía ser. Los títulos por sí solos sugerirían que las dos primeras eran copias falsas —como Kahlan había dicho— y que la última podría ser la copia auténtica. Por el momento, sin embargo, no había modo de que pudieran demostrarlo.

A Kahlan le preocupaba qué haría si Jagang le exigía que diera su veredicto sobre si el último era una copia auténtica o no.

Por lo que las Hermanas habían indicado a Jagang, los libros decían que era necesario que una Confesora verificara si el libro era una versión fidedigna o no. Kahlan había oído que ella era tal persona, una Confesora pero, junto con el resto de su olvidado pasado, no sabía qué era una Confesora, y no tenía ni idea de cómo iba a ser capaz de identificar la copia auténtica. A Jagang no le había importado si ella sabía o no el modo de hacerlo. Simplemente esperaba que lo hiciera.

Con los dos primeros, el que el título estuviera mal le había dado una razón plausible para proclamar que eran falsos; pero en el caso de la última edición no tendría nada sobre lo que basarse, ya que el título era correcto y el texto mismo no podía ofrecerle ninguna ayuda porque la magia le impedía ser capaz de verlo. Puesto que tenía la atención concentrada en Nicci, Jagang no había pedido a Kahlan su resolución sobre la validez del último de los volúmenes.

Si lo hacía, y Kahlan no podía proporcionarle una respuesta que le satisficiera, Jillian sería quien pagaría por ello.

Hasta el momento las Hermanas no habían sido capaces de hallar ninguna diferencia entre las tres copias. Con todo como habían indicado con cierta vacilación al emperador, las diferencias no demostrarían nada. Las tres podían ser diferentes y a la vez ser copias falsas. ¿Cómo iban a saberlo? No había nada que dijera que el libro encontrado más recientemente, aun cuando fuera distinto de los otros dos, fuera una copia fidedigna. Ser distinto, en sí mismo, no demostraba nada.

Hasta donde Kahlan podía comprender, el único modo real de identificar la copia auténtica sería teniendo el original y las cinco copias. A pesar de sus bravatas y exigencias, Jagang tenía que saberlo también, y ése era sin duda el motivo de que tuviera a gente dedicada a localizar los demás libros.

Fuera como fuese, Jagang quería de todos modos que se comprobaran los libros en busca de cualquier discrepancia, así que las Hermanas los comprobaban... palabra por palabra.

El emperador les había concedido mucho tiempo para revisar los libros. Si bien estaba sumamente interesado en descubrir el verdadero *Libro de las sombras contadas*, por el momento estaba más interesado en Nicci.

Desde el momento en que habían capturado a Nicci se había mostrado obsesionado con ella. Apenas había llevado a ninguna otra mujer a su lecho e incluso casi había renunciado a acudir a los partidos de Ja'La. A Kahlan le daba la impresión de que él pensaba que si podía demostrar de un modo satisfactorio a Nicci lo intenso que era el deseo que sentía por ella, ésta se convencería de lo auténticos que eran sus sentimientos hacia ella y su obstinación se desvanecería.

Pero Nicci se había limitado a mostrar más indiferencia aún.

Tal actitud atraía de un modo extraño a Jagang, pero a la vez le incitaba a actuar con violencia y no hacía más que empeorar el calvario de ésta.

En varias ocasiones, tras un arranque de violenta cólera, la ira de Jagang se había extinguido al reparar de improviso en que podría haber ido demasiado lejos. En esas ocasiones, había hecho que trajeran a

Hermanas a toda prisa para que reanimaran a Nicci. Durante todo el tiempo que ellas trabajaban desesperadamente para salvarle la vida, él paseaba de un lado a otro con un semblante culpable y preocupado. Más tarde, una vez que la habían curado, recuperaba su indignación y culpaba a Nicci por empujarlo a tal violencia.

A veces, como la noche anterior, dejaba a Kahlan y a Jillian en la habitación exterior mientras llevaba a Nicci dentro para pasar la noche a solas con ella. Kahlan suponía que tal intimidad era su idea de un romance. Mientras la conducían al dormitorio, Nicci había compartido una breve mirada disimulada con Kahlan. Había sido una mirada de compartida comprensión de la locura total que se había apoderado del mundo.

Jagang había estado tan distraído desde que había recuperado a Nicci que había hecho caso omiso de casi todo lo demás, desde el *Libro de las sombras contadas* a los partidos de Ja'La. A Kahlan no le gustaban los partidos de Ja'La, pero deseaba con desesperación ver al hombre a quien todo el mundo llamaba Ruben. Sabía por los guardias que el equipo del comandante Karg había ganado hasta el momento todos sus partidos. Pero Kahlan quería ver al hombre punta con los extraños dibujos pintados en el cuerpo, el hombre de los ojos grises, el hombre que la conocía.

—Mira aquí —dijo la hermana Ulicia, dando golpecitos en la página de uno de los libros—. Esta fórmula es diferente.

Kahlan contempló sus espaldas mientras ambas se encorvaban sobre la mesa, comparando los libros abiertos ante ellas. Los dos enormes guardaespaldas de Jagang de pie al otro lado de la habitación también mantenían la vista puesta en las Hermanas. Los dos guardias especiales de Kahlan no parecían estar interesados en las Hermanas; vigilaban a Kahlan. Ésta, enrojeciendo al reparar en qué era lo que miraban, echó una guedeja de sus cabellos sobre la visión que proporcionaba la falta del botón superior de su blusa.

—Sí... —repuso la hermana Armina, arrastrando la palabra—. La constelación es diferente. ¿No es eso curioso?

—No sólo eso, sino que mira aquí. Los ángeles del acimut son distintos. —La hermana Ulicia acercó más uno de los quinqués—. Son diferentes en las tres copias.

La hermana Armina asentía mientras paseaba la mirada entre los libros.

—No lo captamos anteriormente, en los dos primeros libros. Siempre pensé que eran iguales, pero no lo son.

—Al ser algo tan pequeño es fácil ver por qué se nos pasó por alto. —La hermana Ulicia señaló los libros—. Esto los convierte a los tres en diferentes.

—¿Qué crees que significa?

La hermana Ulicia cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sólo puede significar que al menos dos tienen que ser copias falsas... pero en realidad, por lo que sabemos, las tres podrían serlo.

La hermana Armina lanzó un suspiro triste.

—Así que ahora sabemos algo nuevo... pero en realidad no nos dice nada útil.

La hermana Ulicia lanzó a la otra mujer una mirada de soslayo.

—Su Excelencia tiene un modo de hallar las cosas. A lo mejor sacará a la luz las otras copias y entonces tendremos por fin un medio de poder saber algo con certeza.

La colgadura que cubría la puerta se alzó bruscamente a un lado. Jagang empujó a Nicci a través de la abertura, y ésta dio un traspié y cayó a los pies de Kahlan. Los ojos de la mujer se alzaron por un breve instante, pero fingió no ver a Kahlan como tenía por costumbre.

Kahlan vio la cólera en los ojos de Nicci. También el dolor, y la desesperada desesperanza.

Quiso abrazarla, darle consuelo. Pero no podía hacer tal cosa.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó Jagang a las dos Hermanas colocándose detrás de ellas.

La hermana Ulicia dio un golpecito a uno de los libros y él se inclinó por encima del hombro de la mujer, mirando con atención el lugar que indicaba.

—Justo aquí, Excelencia. Los tres son diferentes en este lugar, justo aquí.

—¿Cuál es el correcto?

Ambas Hermanas retrocedieron un poco.

—Excelencia —respondió la hermana Ulicia con voz titubeante —, todavía es demasiado pronto para saberlo.

—Debemos tener las otras copias si queremos saberlo con seguridad —deslizó la hermana Armina.

Jagang giró la mirada hacia ella por un momento y luego se limitó a gruñir con indiferencia. Echó una ojeada por la estancia, comprobando que Kahlan seguía en la silla donde le había dicho que estuviera. Vio, también, que Jillian estaba en el suelo y que había guardias vigilándolas a todas.

—Seguid estudiando los libros —dijo a las dos Hermanas—. Voy a ir a ver los partidos de Ja'La Vigilad a la chica.

Empujó a Nicci hacia el exterior, por delante de él, y luego chasqueó los dedos a Kahlan, indicando que esperaba que ella también los acompañara. Kahlan agarró su capa y lo siguió. Le alegró que al menos Jillian no tuviera que estar en las proximidades de las turbas de los soldados, o de Jagang. Por supuesto, Jagang podía ejercer su control a través de las Hermanas y de ese modo lastimar a la joven en cualquier modo que deseara, dondequiera que lo deseara, en cualquier momento que lo deseara.

Tras echarse la capa sobre los hombros, Kahlan hizo a la preocupada Jillian un ademán para instarla a permanecer donde estaba. Los ojos color cobre de la joven ascendieron para clavarse en Kahlan mientras le respondía con un asentimiento. Temía quedarse sola. Kahlan lo comprendía, pero no podía ofrecerle una protección real.

Fuera de la tienda unos cuantos cientos de guardias bien armados formaron a toda prisa en filas, listos para escoltar al emperador. Tales hombres fornidos, con corazas de

cota de malla y armas relucientes, eran una presencia amedrentadora. Media docena de los guardias especiales de Kahlan, con un aspecto un poco menos amedrentador pero no menos brutal, formaron alrededor de ella. La mano rechoncha de Jagang agarró el delgado brazo de Nicci y la condujo entre los pasillos que se abrían entre las filas de los hombres.

La mayoría de aquellos hombres dedicaron una buena mirada a Nicci. Puede que ella le perteneciera a Jagang, pero aun así querían echarle un buen repaso. Tuvieron buen cuidado, no obstante, de asegurarse de que el emperador no les viera mirarla con lascivia. Aquellas miradas dejaron a Kahlan con la tranquilidad de que la mayoría de aquellos hombres no podían verla.

Aunque estaba nublado, las nubes no parecían lo bastante espesas para amenazar lluvia. No había llovido durante algún tiempo y el suelo había adquirido una solidez polvorienta. Bajo la apagada luz gris el campamento militar parecía más siniestro aún, más mugriento. El humo de las fogatas flotaba en el aire, enmascarando el hedor hasta cierto punto.

Mientras pasaban entre interminables grupos ruidosos, Jagang preguntó a uno de sus guardias personales de más confianza por los partidos de Ja'La. El soldado puso al corriente al emperador sobre los diferentes partidos que habían tenido lugar últimamente.

—¿Les ha ido bien al equipo de Karg? —inquirió Jagang,

El guardia asintió.

—Invicto hasta ahora. Aunque su margen de victoria ayer no fue tan grande como lo ha estado siendo.

La sonrisa dura de Jagang fue tan gélida como el cielo.

—Espero que ganen hoy. De todos los equipos que han venido a retarme, espero que a mi equipo le toque aplastar a ése.

El guardia señaló con una mano a su izquierda.

—Están jugando hoy... en esa dirección. Es el partido decisivo para ellos. Si ganan hoy se colocarán en cabeza de todos los equipos y obtendréis vuestro deseo, Excelencia. Si no es así, tendrá que haber partidos eliminatorios. Pero vuestro equipo jugara contra ellos si son los vencedores de este partido.

Mientras caminaban, con Jagang conversando con su guardia, Nicci dirigió una ojeada atrás, a Kahlan. Ésta supo que pensaba en el hombre del que ella le había hablado y sintió un aleteo de ansiedad.

Mientras se abrían camino por el revoltijo que era el campamento en la dirección indicada por el soldado, abriendose paso a través de la multitud a medida que se acercaban más al campo de Ja'La, Kahlan podía oír a lo lejos vítores y gritos de ánimo.

Había muchos más espectadores de los que Kahlan había visto en los partidos anteriores. Era evidente que éste era un partido importante, la multitud estaba muy excitada. Al sonar un rugido ensordecedor supo que uno de los equipos había marcado.

Los espectadores se apretaron más al frente, empujándose unos a otros, ansiosos por saber qué equipo había marcado.

A medida que los guardias gruñían órdenes o apartaban hombres a empellones, la apretada multitud miraba por encima del hombro y luego de mala gana se hacía a un lado para dejar pasar al grupo del emperador. Con una cuña de guardias fornidos abriendo un sendero, consiguieron por fin llegar a una zona que había sido acordonada para el emperador junto al terreno del juego. Otros guardias de Jagang que se habían adelantado habían formado ya una barrera a cada lado para mantener atrás al público.

Entre la pantalla de espectadores Kahlan captó visiones fugaces de hombres corriendo por el campo de juego. Los aullidos y gritos de la muchedumbre hasta dificultaban que oyera sus propios pensamientos. Vislumbró destellos de pintura roja, pero con la multitud que contemplaba el partido y la pared de guardias a cada lado, por no mencionar el corpachón del emperador frente a ella, flanqueado por su guardia de corps, resultaba difícil ver nada que no fueran cortos retazos de lo que ocurría en el campo.

Otro grito salvaje surgió de la multitud al marcar uno de los equipos. El rugido estremeció el suelo bajo los pies de Kahlan.

Entre las pequeñas brechas entre los guardias, descubrió que había algo diferente en aquel partido. Alrededor de todo el borde del terreno de juego, frente a los espectadores, había unos hombres de pie a intervalos regulares, con los pies separados, las manos en la espalda. Ninguno llevaba camisa, al parecer para exhibir su poderosa complexión.

Pocas veces había visto Kahlan a sujetos como aquéllos. Cada uno era enorme, y todos parecían estatuas, como si los hubieran forjado a partir del mismo mineral de hierro.

Cuando Jagang avanzó al frente, yendo al borde del terreno, Nicci, al ver que Kahlan miraba a aquellos ceñudos hombres, se inclinó hacia ella.

—El equipo de Jagang —dijo por lo bajo.

Kahlan comprendió, entonces, lo que éstos hacían. El vencedor del partido jugaría contra el equipo del emperador, así que esos hombres no estaban allí sólo para observar las tácticas del equipo al que se enfrentarían; estaban allí para intimidar al equipo que podía jugar contra ellos. Era una clara amenaza del sufrimiento que les esperaba.

El comandante Karg divisó al recién llegado emperador y se introdujo a través de la barrera de guardias. Kahlan había llegado a reconocer al hombre por sus excepcionales tatuajes de escamas de serpiente. Él y Jagang intercambiaron cumplidos mientras sonaban aclamaciones por otra jugada llevada a cabo en el terreno de juego.

—A tu equipo parece estarle yendo bien —dijo Jagang cuando las aclamaciones se apagaron un poco.

El comandante Karg echó una ojeada a Nicci igual que una serpiente estudiando a su presa. Ella ya tenía su mirada furibunda puesta en el hombre. La mirada del oficial recorrió todo el cuerpo de la hechicera antes de devolver la atención a Jagang.

—Bueno, Excelencia, a pesar de lo bueno que es mi equipo, soy muy consciente de que al vuestro jamás lo han vencido. Son los mejores, desde luego.

La parte posterior de la cabeza afeitada y el cuello de toro de Jagang se arrugaron cuando asintió.

—A tu equipo tampoco lo han vencido, pero no ha sido puesto a prueba de verdad en una competencia real. Mis hombres los vencerán con facilidad. No tengo la menor duda.

El comandante Karg cruzó los brazos, observando el juego durante un rato. La multitud chilló entusiasmada cuando un grupo de hombres pasó por delante a toda velocidad, para gemir a continuación, decepcionada, cuando fueron incapaces de marcar. Karg volvió a girar la cabeza hacia el emperador.

—Pero si resulta que ganan a vuestro equipo...

—Si lo hacen... —lo interrumpió Jagang

Karg sonrió a la vez que inclinaba la cabeza.

—Si lo hacen, entonces sería un gran logro para un humilde aspirante, como yo mismo.

Jagang escrutó a su comandante con falso aire amable.

—¿Un gran logro digno de una gran recompensa?

Karg indicó con la mano a los hombres del terreno de juego.

—Bueno, Excelencia, en el caso de que mi equipo ganara, cada uno de ellos tendría una recompensa. Cada uno tendría a la mujer que eligiera. —Juntó las manos a la espalda a la vez que efectuaba un encogimiento de hombros—. Parece muy justo que, como la persona que seleccionó cuidadosamente a cada jugador, yo tuviera una recompensa similar.

La risita entre dientes de Jagang tenía un dejé tan lascivo que le produjo un escalofrío a Kahlan.

—Supongo que tienes razón —dijo Jagang—. Nómbrala, pues, y si ganáis, es tuya.

Karg osciló sobre los talones un momento, como si considerara sus opciones.

—Excelencia, si mi equipo gana... —El comandante Karg dirigió una sonrisa maliciosa atrás— me gustaría tener a Nicci en mi lecho.

La helada mirada de Nicci podría haber cortado acero.

Al tiempo que su regocijo se extinguía, Jagang echó un vistazo atrás a la mujer.

—Nicci no está disponible.

El comandante asintió mientras regresaba a la contemplación del partido. Después de que los vítores a otra jugada en el campo se apagaran, contempló a Jagang

—Puesto que estáis seguro de ganar, Excelencia, en realidad no es más que una insignificante promesa, una apuesta ociosa. Si de verdad creéis que vuestro equipo triunfará sin la menor duda, entonces yo no tendría jamás el placer de recoger tal recompensa.

—En ese caso no tendría ningún sentido hacer tal apuesta.

Karg indicó el campo de Ja'La.

—¿V>s estáis seguro del éxito de vuestro equipo, no es así, Excelencia? ¿O tenéis dudas?

—De acuerdo, Karg —dijo Jagang por fin—, si ganáis, ella será tuya durante un tiempo. Pero sólo durante un tiempo.

El comandante volvió a inclinar la cabeza.

—Desde luego, Excelencia. Pero, como todos sabemos, lo cierto es que no tenéis necesidad de temer que vuestro equipo pierda.

—No, no la tengo. —Los ojos negros de Jagang se volvieron hacia Nicci—. ¿A ti no te importa mi pequeña apuesta, verdad, querida? —La sonrisa burlona regresó—. Al fin y al cabo, es tan sólo hipotética, ya que mi equipo nunca pierde.

Nicci enarcó una ceja.

—Como os dije al llegar aquí, en realidad no importa lo que yo quiera, ¿no es cierto?

La sonrisa de Jagang permaneció allí mientras la observaba unos instantes. Era una sonrisa que daba la impresión de ocultar pensamientos de una muerte horrenda para ella por su pública insolencia.

A medida que la intensidad del juego en el campo aumentaba, la multitud que los rodeaba empezó a empujar hacia adelante, intentando tener una mejor visión. Los guardias de Jagang reaccionaron haciendo retroceder a los espectadores y haciéndole aún más sitio al emperador. Querían asegurarse de disponer del espacio que necesitaban para protegerle. Los espectadores retrocedieron a regañadientes.

Mientras Jagang y el comandante Karg contemplaban el partido, enfascados en la acción que tenía lugar en el terreno de juego, Kahlan comprobó qué hacían sus guardias especiales y vio que también ellos estaban absortos en el juego. No dejaban de avanzar, un poco cada vez, alargando el cuello, intentando ver mejor. Kahlan se aproximó poco a poco a Nicci. A medida que los guardias hacían retroceder a los espectadores, Kahlan y Nicci obtenían un ángulo de visión mayor, tanto del terreno de juego como de los jugadores.

—El equipo que lleva la pintura roja lo dirige el hombre del que te hablé —susurró Kahlan—. Creo que se pintó a sí mismo y a todos sus hombres para que nadie lo reconociera.

Al pasar corriendo algunos jugadores por delante de ellas consiguieron la primera visión clara de los delirantes dibujos pintados en todos los hombres del equipo rojo.

Cuando vio aquellos dibujos, Nicci pareció sobresaltarse.

—Queridos espíritus...

Dio un paso al frente para ver mejor. Kahlan, preocupada por el brusco cambio en el comportamiento de la mujer y la evidente alarma que mostraba, fue hacia ella.

Entonces Kahlan divisó al hombre a quien todos llamaban Ruben. Se acercaba corriendo desde la izquierda con el broc bien apretado contra el pecho mientras esquivaba a los hombres que se lanzaban a por él.

Kahlan se inclinó más cerca de Nicci y señaló a la izquierda, atrayendo su atención hacia el hombre llamado Ruben.

—Es él —dijo Kahlan.

Nicci se asomó un poco para mirar a donde señalaba su compañera. Cuando lo vio, se quedó blanca como el papel. Kahlan nunca había visto a nadie quedarse lívido con tanta rapidez.

—Richard...

En cuanto Kahlan oyó el nombre supo que ese nombre encajaba con él. No sabía por qué, pero sencillamente encajaba con él.

En su mente no hubo la menor duda de que Nicci estaba en lo cierto. Su nombre no era Ruben, eran Richard, y sintió una extraña sensación de alivio por el sólo hecho de saber su nombre, de saber su nombre auténtico.

Kahlan, temiendo que Nicci fuera a desmayarse, posó una mano en la parte inferior de la espalda de la mujer para sostenerla. Bajo aquella mano pudo percibir cómo temblaba todo el cuerpo de Nicci.

Esquivando contrarios mientras corría a toda prisa por el campo, con sus aleros a cada lado, el hombre que ella sabía ahora que se llamaba Richard vio a Jagang por el rabillo del ojo. A la vez que corría, sus ojos se encontraron con los de Kahlan. La conexión, el reconocimiento en los ojos del hombre, la llenó de ánimo.

Cuando Richard divisó a Nicci de pie junto a ella, dio un traspie.

Aquel instante de vacilación dio a sus perseguidores su oportunidad. Lo embistieron, derribándolo al suelo. El impacto fue tan violento que el broc salió volando por los aires.

El alero derecho de Richard hundió el hombro, estrellándose contra los rivales y tumbándolos.

Richard yacía boca abajo, sin moverse.

Kahlan sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

Justo a tiempo, el otro alero utilizó un codo contra la cabeza de un contrario que estaba a punto de dejarse caer sobre Richard.

Mientras el adversario se desplomaba al lado, Richard empezó por fin a moverse. Al ver que varios hombres pasaban volando por encima de él rodó lejos a la vez que recuperaba el resuello.

En un instante estaba ya en pie, si bien un tanto tambaleante.

Era el primer error que Kahlan había visto cometer a aquel hombre.

El labio inferior de Nicci temblaba mientras ésta permanecía de pie, paralizada, con los ojos clavados en Richard. Las lágrimas habían aflorado a sus ojos azules.

Kahlan se preguntó de improviso si podría ser posible...

Descartó la posibilidad.

Sencillamente no era posible.

## 2

Sentado en la agonizante luz, con las rodillas dobladas a la altura del pecho mientras escuchaba los sonidos incesantes del campamento enemigo, más allá del círculo de carros y vigilantes, Richard lanzó un abatido suspiro. Pasó los dedos de una mano por sus cabellos. Apenas podía creer que Jagang hubiera conseguido capturar a Nicci. No era capaz de imaginar cómo podía haber sucedido tal cosa. Verla con un rada'han alrededor del cuello le producía náuseas.

A Richard le parecía como si el mundo entero se estuviera desmoronando. Y por más que temía considerar siquiera la idea, parecía como si la Orden Imperial fuera incontenible. Aquellos que querían decidir por sí mismos el modo en que vivirían sus propias vidas estaban siendo metódicamente sojuzgados por los innumerables seguidores de la Orden, seguidores consagrados hasta el fanatismo y ansiosos por imponer su fe sobre todos los demás. Tal concepto violaba la naturaleza misma de la fe, pero eso no importaba a los auténticos creyentes: todos los hombres tenían que doblegarse y creer lo que ellos creían. O morir.

Los que creían en las enseñanzas de la Orden controlaban en la actualidad la mayor parte del Nuevo Mundo así como todo el Viejo. Incluso se habían adentrado en la Tierra Occidental, el lugar donde él había crecido.

A Richard le daba la impresión de que el mundo entero se había vuelto loco.

Peor aún, Jagang también poseía al menos dos de las Cajas del Destino. Aquel hombre siempre parecía tenerlo todo bajo control.

Y ahora tenía a Nicci.

Pero si a Richard le partía el corazón ver a Nicci con el aro dorado de una esclava atravesando su labio inferior, de nuevo cautiva de un hombre que la había maltratado de un modo tan terrible en el pasado, le hervía la sangre al ver a Kahlan también prisionera de aquel mismo hombre.

A Richard le descorazonaba también profundamente saber que Kahlan no lo recordaba. Ella le importaba más que cualquier otra cosa en el mundo... Era su mundo... Pero ahora ella ni recordaba su nombre.

La fuerza y el coraje de Kahlan, su compasión, su inteligencia, su ingenio, su sonrisa especial, que no mostraba a nadie salvo a él, estaban siempre en sus pensamientos y su corazón, y lo estarían hasta el día en que muriera. Recordaba el día en que se casaron,

recordaba lo mucho que ella lo amaba y lo feliz que ella se había sentido sólo por estar en sus brazos. Pero ahora ella no recordaba nada de eso.

Sería capaz de hacer cualquier cosa por salvarla, por que volviera a ser quien era, por devolverle su vida... por tenerla de vuelta en la suya. Pero quién era, ya no estaba allí, dentro de ella. El hechizo Cadena de Fuego se lo había quitado todo a los dos.

No importaba en realidad lo mucho que él quisiera vivir su propia vida con Kahlan, o lo mucho que quisiera que otras personas fueran capaces de vivir sus propias vidas. Los miembros de la Orden Imperial tenían sus propios designios para la humanidad.

En aquellos momentos, Richard sólo podía ver un futuro desolador.

Por el rabillo del ojo vio que La Roca se deslizaba a toda prisa hacia él. La pesada cadena repiqueteaba mientras el hombretón la arrastraba por el duro suelo.

—Ruben, necesitas comer.

—Ya he comido.

La Roca indicó con un ademán el pedazo de jamón medio devorado en equilibrio sobre la rodilla de Richard.

—Sólo la mitad. Necesitas tus energías para el partido de mañana. Deberías comer.

Pensar en lo que iba a suceder al día siguiente sólo sirvió para que a Richard se le formara un nudo de ansiedad en el estómago. Tomó el grueso pedazo de jamón cocido y se lo ofreció a su compañero.

—He comido todo lo que quería. Si quieres, puedes comerte el resto.

La Roca sonrió abiertamente ante su inesperada suerte. Su mano se detuvo, su sonrisa titubeó. Alzó la mirada para clavarla en los ojos de Richard.

—¿Estás seguro, Ruben?

Richard asintió. El hombretón tomó por fin el jamón y le dio un buen mordisco. Una vez que hubo tragado, dio un codazo a Richard.

—¿Te encuentras bien, Ruben?

Richard suspiró.

—Soy un prisionero, La Roca. ¿Cómo podría estar bien?

La Roca sonrió burlón, pensando que Richard se limitaba a bromear. Cuando Richard no sonrió, La Roca adoptó una expresión seria.

—Recibiste un buen golpe en la cabeza hoy. —Se inclinó un poco más cerca, enarcando una ceja en dirección a Richard—. No fue muy inteligente por tu parte...

Richard dirigió una ojeada al otro.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Casi perdimos hoy.

—Casi no cuenta. No existen los empates en el Ja'La. O ganas o pierdes. Ganamos. Eso es lo que importa.

La Roca retrocedió un poco ante el tono de su compañero.

—Si tú lo dices, Ruben. Pero si no te importa que lo pregunte, ¿qué sucedió?

—Cometí un error.

Richard jugueteó con una piedra pequeña medio enterrada en el suelo. La Roca masticó mientras reflexionaba.

—Nunca antes te vi cometer un error como ése.

—Esas cosas suceden.

Richard estaba furioso consigo mismo por cometer tal equivocación, por permitirse perder su concentración de aquel modo. Debería haber sido más listo. Debería haberlo hecho mejor.

—Con suerte, no cometeré ningún error mañana. Mañana es el día importante, el día que cuenta. Espero no cometer un error mañana.

—Eso espero yo también. Hemos llegado muy lejos. —La Roca agitó el grueso pedazo de jamón ante Richard para añadir énfasis a su comentario—. No sólo estamos ganando partidos sino ganando admiradores. Muchos nos animan ahora. Una victoria más y seremos campeones. Entonces toda la multitud nos vitoreará.

Richard echó una ojeada a su alero.

—¿Viste el tamaño de los hombres del equipo de Jagang?

—No tienes por qué sentir miedo. —La Roca le lanzó una sonrisa socarrona—. Yo también soy grande. Te protegeré, Ruben.

Richard no pudo evitar sonreír junto con su fornido alero.

—Gracias, La Roca. Sé que lo harás. Siempre lo haces.

—Bruce también lo hará.

Richard sospechaba que muy bien podría ser así. Bruce era un soldado de la Orden Imperial, pero también era un miembro de un equipo potente con una reputación: el equipo de Ruben, como la mayor parte de sus hombres lo llamaba, aunque no lo llamaban así delante del comandante Karg. Los espectadores lo llamaban el Equipo Rojo, y el comandante Karg lo llamaba «su equipo», pero entre ellos, los jugadores, lo llamaban «el equipo de Ruben». Él era su hombre punta, y habían llegado a confiar en él. Bruce, como algunos de los otros soldados del equipo, se había mostrado reacio en un principio a dejarse pintar de rojo, pero ahora lucía esos símbolos con orgullo. Lo aclamaban cuando salía al terreno de juego.

—El partido de mañana va a ser... peligroso, La Roca.

El hombretón asintió.

—Tengo intención de que así sea.

Richard volvió a sonreír.

—Ten cuidado, ¿quieres?

—Mi tarea es cuidar de ti.

Richard hizo girar la piedrecita que había arrancado del suelo en la palma de su mano a la vez que elegía las palabras.

—Llega un momento en que un hombre tiene que velar por sí mismo. Hay momentos en que...

—Cara de Serpiente se acerca.

Richard dejó de hablar ante la advertencia hecha en voz baja. Alzó la mirada y vio al comandante Karg avanzando a través de los centinelas. El oficial no parecía contento.

Richard arrojó lejos la piedra y se recostó a la vez que el comandante Karg se detenía ante él. Se alzó polvo alrededor de las botas del militar. El oficial bajó una mirada iracunda hacia Richard a la vez que se ponía en jarras.

—¿A qué vino lo de hoy, Ruben?

Richard alzó los ojos hacia los tatuajes de escamas de serpiente apenas visibles a la agonizante luz.

—¿No apreciasteis el que ganásemos?

En lugar de responder, el comandante volvió la mirada furiosa sobre La Roca, quién captó el mensaje y se alejó a toda prisa, hasta que llegó al final de lo que permitía la cadena y no pudo ir más lejos. El comandante se acuclilló delante de Richard. Los tatuajes de las escamas se movieron de un modo que a Richard le pareció como si fuesen de la auténtica piel de serpiente.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿De qué iba toda esa estupidez?

—Me zurraron. Eso es lo que el otro equipo siempre intenta hacer. Tiene que suceder alguna que otra vez.

—Te he visto esforzarte al máximo y no conseguir puntuar por muy poco, o hacer todo lo posible por esquivar una carga de bloqueadores y no escaparte del todo, pero jamás te he visto cometer un error estúpido.

—Lo siento —repuso Richard, que no veía la utilidad de discutirlo.

—Quiero saber por qué.

Richard encogió los hombros.

—Como habéis dicho, fue un error estúpido.

Richard estaba más enojado consigo mismo de lo que el comandante podría comprender jamás. No podía cometer un error como aquél al día siguiente.

—Ganamos, de todos modos. Eso significa que jugaremos contra el equipo del emperador. Eso es lo que os prometí... que conseguiría que vuestro equipo compitiera con el equipo del emperador.

Los ojos del comandante se alzaron al cielo, contemplando las primeras estrellas nocturnas por un momento, antes de hablar.

—Recuerdas que fuiste capturado, ¿verdad?

—Lo recuerdo.

Los ojos del hombre volvieron a bajar para clavarse en Richard.

—Entonces recuerdas que deberías haber sido ajusticiado ese día. Te dejé vivir con la condición de que harías todo lo posible por hacerle ganar a mi equipo este campeonato. Hoy no estuviste al máximo. Estuviste a punto de arrojar por la borda la posibilidad de que mi equipo ganara.

Richard no rehuyó la mirada del otro.

—No os preocupéis, comandante. Mañana me esforzaré al máximo. Lo prometo.

—Bien. —Rostro de Serpiente sonrió por fin, aunque fue una sonrisa fría—. Bien. Vosotros ganáis mañana, Ruben, y tú consigues a tu mujer.

—Lo sé.

La sonrisa se tornó maliciosa.

—Vosotros ganáis mañana, y yo consigo a mi mujer.

Richard no estaba interesado en realidad.

—¿Es eso así?

El comandante Karg asintió.

—Si ganamos, esa espectacular rubia que estaba con el emperador Jagang será mía.

Richard alzó los ojos con el entrecejo fruncido y el semblante sombrío.

—¿De qué habláis? Jagang no va a dejaros tener a alguien así, a una mujer marcada como suya.

—Es una pequeña apuesta hecha con el emperador. Está tan seguro de que su equipo ganará que conseguí que se jugara a su mujer más valiosa a que así sería. Se llama Nicci. La llama su Reina Esclava. Jagang no quiere tener que entregármela, ella es más bien... una obsesión para él. Pero creo que puedes ganarla para mí. —Sus ojos se concentraron en sus propios pensamientos lujuriosos—. Eso me gustaría muchísimo... tanto como no le gustaría a Jagang —Regresó al tema del que hablaban y agitó un dedo ante el rostro de Richard—. Y será mejor que ganes por tu propio bien.

—¿Para que pueda elegir a una mujer?

—Para que puedas vivir. Pierde mañana y recibirás la muerte que deberías haber recibido después de que matases a todos aquellos hombres míos. —La sonrisa maliciosa del comandante Karg regresó—. Pero si ganas, podrás elegir a una mujer, como prometí.

Richard le devolvió la mirada con expresión feroz.

—Y os he prometido que lo haré lo mejor posible mañana. Siempre cumple mis promesas.

El comandante asintió.

—Estupendo. Gana mañana, Ruben, y todos nos sentiremos felices. —Rio entre dientes—. Bueno, Jagang no estará contento. Ni un ápice. Y ahora que lo pienso, no creo que Nicci vaya a estar contenta, tampoco; pero bien mirado, eso no es de mi incumbencia en realidad.

—¿Y el emperador? ¿No creéis que le importará?

—Ah, le importará, ya lo creo. —Karg lanzó una risita—. Jagang se volverá loco cuando tenga que dejar que me lleve a Nicci a mi lecho. Tengo unos cuantos asuntos que solventar con esa mujer. Y tengo intención de que sea muy placentero.

Richard consiguió permanecer en silencio y parecer sereno, a pesar de que deseaba pasarle la cadena alrededor del cuello para estrangularlo.

El comandante Karg se puso en pie.

—Tú gana ese partido, Ruben.

Richard dirigió una mirada iracunda a la espalda del oficial mientras lo observaba alejarse a grandes zancadas.

Una vez que estuvo seguro de que el comandante se había marchado, La Roca sostuvo flojo un trozo de cadena para impedir que tirara del collar que llevaba al cuello, y regresó junto a Richard.

—¿Qué te ha dicho, Ruben?

—Quiere que ganemos.

La Roca soltó una risotada.

—Apuesto a que sí. Como propietario de un equipo campeón podrá tener cualquier cosa que quiera.

—Eso es lo que me asusta.

—¿Qué?

—Descansa un poco, La Roca. Mañana va a ser un día lleno de acontecimientos.

### 3

Richard despertó bruscamente de un sueño ligero. Incluso en plena noche el campamento estaba lleno de sonidos y actividad. Por todas partes había hombres chillando, riendo y maldiciendo. Repicaban metales, relinchaban caballos y rebuznaban mulas. A lo lejos, Richard pudo ver la rampa, junto con filas de hombres y carromatos, iluminada por antorchas. Incluso en mitad de la noche la construcción proseguía sin pausa.

Pero nada de eso lo había despertado. Algo más cercano había atraído su atención.

Vio unas sombras que se escabullían a través del círculo de guardias y carromatos que delineaban su prisión. Contó cuatro figuras que se abrían paso furtivamente en la oscuridad. Una comprobación rápida a los costados reveló otra a la derecha. Se preguntó si de verdad habían conseguido pasar sin ser vistos o si los guardias les habían permitido el acceso.

Por su tamaño, Richard supo quiénes eran. Tras lo que el comandante Karg le había contado sobre su apuesta con Jagang, había estado esperando esa visita. Era lo último que deseaba, pero él no podía elegir.

Lo que de verdad le preocupaba era que, encadenado al carro, las opciones que tenía eran limitadas. No podía ocultarse y no podía huir. Pelear con cinco hombres, puede que más, era lo último que deseaba tener que hacer antes del partido del día siguiente. No podía permitirse que lo hirieran.

Echó una ojeada y vio que La Roca no se hallaba cerca. El hombretón estaba tumbado sobre el costado profundamente dormido.

Llamar en voz alta a su dormido alero le costaría a Richard la única cosa que tenía a su favor: la sorpresa. Los hombres que venían a por él pensaban que dormía. Si llamaba a La Roca los cinco podrían rebanarle el cuello a La Roca para poder llevar a cabo su tarea con Richard sin preocuparse de que hubiera interrupciones.

Los cuatro hombres fornidos se deslizaron más cerca, formando un semicírculo. Era evidente que sabían que la cadena le impediría escapar, y cerrándole el paso le impedirían tener margen de maniobra. Por lo silenciosos que eran, parecían seguir pensando que dormía.

Uno de ellos, con los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibrio, dio un largo paso y lanzó una patada a la cabeza de Richard como si pateara el broc. Richard

estaba preparado. Rodó al lado y luego lanzó con violencia el trozo de cadena alrededor del tobillo del agresor. Tiró hacia atrás de la cadena con todas sus fuerzas y ésta hizo perder pie al hombre, que cayó sobre la espalda con un golpe sordo.

—De pie —rezongó uno de los desconocidos ahora que sabía que Richard estaba despierto.

Richard sujetó un trozo doblado de cadena en el suelo tras él, manteniéndolo fuera de la vista, pero no se levantó.

—¿O qué? —preguntó.

—O te pateamos la cabeza donde estás sentado. Tú eliges, de pie o sentado, vas a salir herido de todos modos.

—Así pues, realmente tenéis miedo... tal y como todos dicen.

El hombre hizo una momentánea pausa.

—¿De qué hablas?

—Tenéis miedo de perder mañana —dijo Richard.

—No tenemos miedo de nada —dijo otra de las imprecisas figuras.

—No estaríais aquí a menos que tuvierais miedo.

—No tiene nada que ver con que tengamos miedo de nada —replicó el primer hombre—. Sólo hacemos lo que su Excelencia nos pide.

—Ah —dijo Richard—. De modo que es Jagang quien teme que os venceremos. Eso me dice muchas cosas. Debería deciros algo a vosotros también..., que somos mejores que vosotros y que no podéis ganar en un juego justo. Jagang también lo sabe, por eso os envió. Porque no sois lo bastante buenos para vencernos al Ja'La.

Mientras otro hombre, maldiciendo por lo bajo ante el retraso, alargaba el brazo para agarrarlo, Richard blandió la sección de cadena que tenía a la espalda con tanta fuerza como pudo. Alcanzó al tipo en un lado de la cara y éste giró en redondo, chillando por la inesperada sacudida de dolor.

Cuando un tercero cargó contra él, Richard se dejó caer atrás sobre los hombros, y con todas sus fuerzas alzó las piernas para patearle en la parte central de la barriga. El golpe lanzó violentamente al desconocido hacia atrás a la vez que lo dejaba sin resuello.

El primero volvía a estar ya de pie. El atacante que había recibido el tremendo golpe de cadena en la cara seguía retorciéndose en el suelo. El otro, con un brazo apretado contra la cintura, se levantó, recuperando el aliento, ansioso por vengarse. El cuarto y el quinto atacaron desde lados opuestos.

Dos de los hombres derribados estaban en pie, ansiosos por reincorporarse a la pelea. Siendo cuatro en total ahora, cargaron a la vez. Eran demasiadas manos intentando hacerse con la cadena a la vez para que Richard pudiera impedirles adueñarse de ella. Mientras intentaba apartarla a toda prisa de su alcance, uno de los hombres saltó y consiguió aferrar los gruesos eslabones con ambas manos.

Richard balanceó la pierna a un lado y a otro, alcanzó los pies de uno de ellos y lo derribó. El tipo aterrizó pesadamente sobre un hombro. Los otros dos aferraron la cadena y luego gruñeron por el tremendo esfuerzo de tirar de ella hacia atrás. La cadena se tensó de golpe, y el repentino tirón pareció como si pudiera arrancarle la cabeza a Richard a la vez que lo lanzaba de brúces sobre el suelo cuan largo era. El asfixiante dolor que sintió en la garganta fue tan intenso que por un segundo pensó que el collar de hierro podría haberle aplastado la tráquea.

Mientras Richard quedaba momentáneamente aturdido, luchando contra la creciente sensación de pánico, uno de sus atacantes le dio una patada en las costillas. Tuvo la impresión de que ese golpe podría haberle roto una costilla. Intentó rodar lejos pero volvieron a tirar de la cadena, haciendo girar el collar de hierro alrededor de su cuello a la vez que lo lanzaban hacia atrás. Richard sintió una quemazón allí donde el hierro se clavó en la carne.

Los guardias situados a lo lejos permanecieron donde estaban, vigilando. Habían decidido no intervenir. Al fin y al cabo, esos hombres pertenecían al equipo del emperador.

Al mismo tiempo que ésta se tensaba con violencia, Richard agarró la cadena mientras se ponía en pie, sujetándola bien en un intento de impedir que los otros utilizaran la cadena y el collar para partirle el cuello. Tres de aquellos hombres asestaron un poderoso tirón y consiguieron hacerle perder el equilibrio y derribarlo de espaldas.

Una bota descendió hacia su rostro. Richard volvió la cabeza a un lado justo a tiempo. Polvo y tierra volaron por los aires. Puños y botas descendieron con violencia desde todas direcciones.

Agarrando la cadena con una mano, Richard usó la otra para derribar hacia atrás a uno de sus atacantes. Bloqueó el puñetazo de otro y golpeó con el codo a un tercero en el muslo, obligando al tipo a doblar una rodilla en tierra por un instante. Con todo, por muy deprisa que pudiera bloquear o escapar de sus golpes, aún más caían sobre él. Como sus agresores mantenían la tensión sobre la cadena le era imposible maniobrar.

Se agachó en una posición defensiva, protegiendo el estómago, empequeñeciéndose tanto como podía, a la vez que obtenía tanto control sobre la cadena como le era posible. Uno de los desconocidos lanzó un puñetazo. Richard soltó la cadena y utilizó el antebrazo izquierdo para desviar el golpe. Al mismo tiempo se puso en pie de un salto y hundió un codo en la mandíbula del atacante con una fuerza capaz de quebrar cualquier hueso. El matón retrocedió dando traspiés.

Ahora que tenía más margen de cadena, Richard se agachó para evitar un puñetazo y dio una patada a la rodilla de aquel hombre. El golpe le hizo el daño suficiente para arrancarle un grito de dolor y provocar que el atacante empezara a cojear hacia atrás para ponerse a salvo, pero Richard usó al instante la oportunidad para asestarle una patada en la otra rodilla, haciendo que las piernas se le doblaran. Mientras éste caía estrepitosamente, Richard alzó la rodilla y se la hundió en la cara.

Cuando otro puñetazo hizo su aparición, Richard se echó hacia la izquierda y agarró la muñeca de su adversario. Con una sujeción férrea de la muñeca, estrelló la base de la mano izquierda en la parte posterior del codo del hombre. La articulación saltó, y el hombre lanzó un alarido a la vez que apartaba el brazo dislocado.

Llegó otro veloz puñetazo. Richard lo desvió, y, cuando el hombre lanzó a toda prisa un puñetazo con la otra mano, Richard desvió el brazo en la dirección opuesta, por encima del otro brazo del agresor. Con los brazos del sujeto cruzados y la tensión sobre el codo impidiendo cualquier escapatoria, Richard usó el efecto palanca sobre el brazo doblado para voltear a su fornido adversario.

Pese al éxito que estaba obteniendo, le era difícil rechazar a sus enemigos, porque la cadena que llevaba al cuello le impedía moverse con eficacia. De todos modos, sabía que, a pesar de la dificultad, no tenía otra opción que pensar en qué podía hacer, no en qué no podía hacer.

A Richard también le resultaba difícil combatir porque no osaba utilizar la clase de golpes que le habría gustado. Si mataba a cualquiera de los jugadores del emperador ello serviría, con toda probabilidad, como excusa para que Jagang acusase a Richard de asesinato y le hiciera ejecutar. Jagang no necesitaba excusas para ajusticiar a un hombre, pero el equipo de Richard empezaba a ser muy conocido y si ejecutaban a Richard todos sospecharían que era porque Jagang sabía que su equipo no podía vencer al de Richard. Aunque Richard dudaba de que a Jagang le importara gran cosa lo que nadie dijera, pero la excusa del asesinato le daría sin lugar a dudas una especie de justificación.

Si el hombre punta del comandante Karg estaba muerto, Jagang no tendría que preocuparse por la posibilidad de perder a Nicci. El equipo del emperador era temible, y tenía muchas posibilidades de ganar, pero sin Richard como hombre punta no existía la menor duda de que el equipo del emperador saldría victorioso.

Al mismo tiempo, Jagang no tendría que preocuparse por hacer ejecutar a Richard. Sus hombres parecían decididos a llevar a cabo la tarea por sí mismos. No serían castigados si mataban a Richard en una pelea. Richard no creía que ni siquiera Karg osara crear problemas por un cautivo suyo muerto en una pelea. En el campamento morían soldados en peleas todo el tiempo. Tales peleas era de lo más corriente y, por lo que Richard sabía, casi nunca recibían un castigo. Esto quedaría como una discusión que había acabado mal.

No obstante, lo peor era que si mataban a Richard, Kahlan no tendría la menor posibilidad de salvarse. Quedaría perdida para siempre en el hechizo Cadena de Fuego, convertida en un fantasma de su antiguo yo.

Esa idea hacía que Richard peleara con furia, aunque debía tener cuidado de golpear con la intención de detener más que matar. Refrenar golpes no era en absoluto fácil en el ardor de una pelea y Richard estaba recibiendo casi tanto castigo como infligía.

Cuando uno de los hombres volvió a lanzar un puñetazo, Richard le aferró el brazo. Gruñendo por el esfuerzo, se agachó bajo el brazo extendido, lo retorció y arrojó al hombre al suelo.

Al mismo tiempo que lo derribaban a él mismo al suelo, Richard recogió un trozo de cadena y giró en redondo, azotando con él la cara de uno de los agresores. El sonido del metal al chocar contra la carne y el hueso fue escalofriante. Otro matón asestó una patada a Richard con fuerza suficiente para dejarle sin aire en los pulmones.

Los golpes que Richard recibía empezaban a agotarle. Aunque la pelea sólo había comenzado hacía unos momentos parecía como si hubiesen pasado horas. El intenso esfuerzo por defenderse lo estaba dejando sin fuerzas.

Justo cuando otro hombre se abalanzaba sobre él, éste fue arrancado hacia atrás con violencia.

La Roca había arrojado una lazada de su propia cadena alrededor del cuello del tipo. Mientras el hombre arañaba la cadena, forcejeando para poder respirar, La Roca tiró de él hacia atrás, lejos de Richard. En un fragor de puños, pies y movimientos de cadena, La Roca ayudó a

Richard a hacer retroceder a los atacantes.

Alguien más, chillando amenazas coléricas, apareció en la oscuridad, entrando a la carrera a través del círculo de guardias. Richard estaba tan ocupado rechazando a sus enemigos, intentando desviar un aluvión de puños, que no pudo ver quién era.

De improviso, el recién llegado agarró a uno de los atacantes por el pelo y lo echó hacia atrás. A la luz de antorchas cercanas Richard vio los tatuajes de escamas. El comandante Karg chilló que los cinco hombres eran unos cobardes y amenazó con hacerles decapitar. Les asestó patadas a la vez que les ordenaba salir de la zona de alojamiento de su equipo.

Los cinco se levantaron a toda prisa y desaparecieron de vuelta al interior de la noche. Todo terminó de repente. Richard permaneció tumbado en el polvo, sin intentar siquiera incorporarse.

El comandante Karg apuntó con un dedo a los guardias, enfurecido.

—¡ Si dejáis que alguien más pase, haré que os despellejen vivos a todos! ¿Entendido?

Los guardias situados junto al círculo de carros, con aspecto avergonzado, respondieron que comprendían. Juraron que nadie más pasaría.

Mientras yacía jadeando de dolor, tratando de recuperar el aliento, Richard apenas oyó los gritos del comandante. La pelea había sido breve, pero los golpes que los jugadores del equipo de Jagang le habían asentado habían hecho mucho daño.

La Roca se arrodilló, dándole la vuelta con cuidado a Richard para colocarlo sobre la espalda.

—Ruben, ¿estás bien?

Richard movió con cuidado los brazos, alzó las rodillas e hizo girar el pie con cautela, comprobando el tobillo donde sentía un dolor punzante, que podía moverlo. Le

dolía todo el cuerpo. Estaba bastante seguro de que no lo habían dejado lisiado, pero no intentó levantarse todavía. No pensaba que hubiera podido hacerlo.

—Eso creo —respondió.

—¿De que iba todo eso? —preguntó La Roca a Cara de Serpiente.

El comandante Karg encogió los hombros.

—Ja'La dh Jin.

La Roca calló un instante, sorprendido ante la respuesta.

—¿Ja'La dh Jin?

—Es el Juego de la Vida. ¿Qué esperas?

A juzgar por su entrecejo cada vez más fruncido, La Roca no lo comprendía. Richard sí.

El Juego de la Vida no sólo tenía que ver con lo que sucedía en el terreno de juego. Incluía todo lo que acaecía antes y lo que acaecía después. Era estrategia e intimidación de antemano, el partido en el campo y lo que decidía el resultado de aquel partido. Debido a las recompensas posteriores al partido, lo que tenía lugar antes se convertía en parte del juego. Ja'La dh Jin no era tan sólo el partido sobre el terreno de juego, lo englobaba todo.

La vida tenía que ver con la supervivencia. La supervivencia era lo que importaba. Eso lo convertía todo en parte del juego, igual que en la vida. Una seguidora que acuchillaba a un jugador de un equipo para que el suyo venciera, pintar a los jugadores con pintura roja, o abrirle la cabeza al hombre punta del otro equipo en mitad de la noche formaba todo parte del Juego de la Vida.

Si querías vivir, tenías que pelear. Así de simple. Ése era el Juego de la Vida. La vida y la muerte eran la realidad lo que contaba, no el seguir un conjunto de normas prescritas. Si morías porque fracasabas en la tarea de protegerte, no podías gritar que alguien había jugado sucio una vez que estabas muerto. Tenías que pelear por tu propia vida, pelear para ganar, sin importar las circunstancias.

El comandante Karg se puso en pie.

—Descansa un poco... descansad los dos. Mañana se decide si viviréis o moriréis.

Dirigió los pasos hacia el círculo de guardias, chillándoles mientras iba hacia allí.

—Gracias, La Roca —dijo Richard una vez que el comandante hubo desaparecido—. Apareciste justo a tiempo.

—Te dije que cuidaría de ti.

—Lo hiciste muy bien, La Roca.

El hombretón sonrió de oreja a oreja.

—Tú límítate a hacerlo bien mañana. ¿Eh, Ruben?

Richard asintió a la vez que inhalaba una bocanada de aire.

—Lo prometo.

## 4

Verna alzó la mirada cuando la mord-sith se acercó resueltamente al otro lado del pequeño escritorio y se detuvo.

—¿Qué sucede, Cara? —¿Alguna noticia en el libro de viaje?

Verna suspiró pesadamente y depositó sobre la mesa los informes de los centinelas que había estado estudiando. Indicaban la existencia de una actividad creciente en torno a los partidos de Ja'La que se celebraban en el campamento de la Orden. Verna recordaba lo que parecía haber ocurrido hacía una eternidad, allá en el Palacio de los Profetas, cuando Warren le había hablado por vez primera sobre el Día Ja'La, sobre como el emperador Jagang estaba llevando el Ja'La dh Jin a todo el Viejo Mundo. Warren había estudiado el Ja'La dh Jin y sabía muchísimo sobre él.

Supuso que más que leer los informes estaba rememorando a Warren. Cómo lo echaba en falta. Cómo echaba en falta a tantísimas personas que habían perecido en aquella guerra.

—No, me temo que no —respondió—. Dejé un mensaje en el libro de viaje por si Ann echaba un vistazo al suyo, pero todavía no ha respondido.

Cara golpeó con un insistente dedo sobre el escritorio.

—Es obvio que algo les ha sucedido a Nicci y Ann.

—No discrepo. —Verna extendió las manos—. Pero no podemos hacer nada al respecto. ¿Qué hacer? ¿Dónde buscar? Hemos registrado el palacio, pero es tan extenso que no hay modo de saber cuántos lugares podríamos haber pasado por alto.

La expresión de Cara era en parte de enojo, en parte de preocupación y en parte de impaciencia. Si a eso se le añadía el hecho de que a Richard no se le encontraba por ninguna parte, Verna comprendía a la perfección lo que sentía la mujer.

—¿Han encontrado tus Hermanas alguna cosa inusual?

Verna negó con la cabeza.

—¿Las otras mord-sith?

—Nada —dijo Cara por lo bajo, a la vez que reanudaba su deambular.

Reflexionó sobre la situación un momento, luego se volvió hacia Verna.

—Sigo pensando que lo que fuera que sucediera tuvo que haber sucedido la noche que bajaron a la tumba.

—No digo que estés equivocada, Cara, pero ni siquiera estamos seguros de que llegaran a bajar a las tumbas. ¿Y si cambiaron de idea por algún motivo y fueron a otro lugar distinto primero? ¿Y si alguien le llevó un mensaje o algo a Ann, y se fueron corriendo a otra parte? ¿Y si sucedió algo antes de que bajaran a la tumba?

—No lo creo —dijo Cara a la vez que cruzaba los brazos—. Sigo pensando que algo ahí abajo está mal. Algo en las tumbas da la impresión de no ser como tiene que ser.

Verna no cuestionó que podría estar mal. Ya lo había hecho sin que sirviera de nada. La mord-sith no sabía qué estaba mal. Simplemente tenía una vaga sensación de que algo no estaba como tenía que estar.

—Tu sensación no nos proporciona mucho en lo que basarnos. A lo mejor, si fuera un poco más específica.

—¿No crees que no he intentado pensar en qué podría ser?

Verna contempló el lento deambular de Cara.

—Bueno, si tú no sabes qué te proporciona esa sensación respecto al lugar, a lo mejor hay alguna otra persona que podría saber por qué piensas que algo está mal ahí abajo.

—Eso suena a lord Rahl. Él siempre dice que hay que pensar en la solución, no en el problema —Cara suspiró—. Pero nadie baja nunca... —Giró en redondo y chasqueó los dedos—. ¡Eso es!

Verna frunció el entrecejo.

—¿Qué has pensado?

—Que debemos recurrir a alguien que conozca el lugar.

—¿A quién?

La mord-sith apoyó ambas manos sobre el escritorio y se inclinó al frente con una sonrisa astuta.

—El personal de la cripta. Rahl el Oscuro tenía a gente que se ocupaba de las tumbas... que se ocupaba de la tumba de su padre, en todo caso.

—¿Qué es eso de las tumbas? —preguntó Berdine mientras entraba con paso lento en la habitación.

Nyda, una mord-sith alta, rubia y de ojos azules la acompañaba. Verna vio a Adie cerrando la marcha.

—Se me acaba de ocurrir que el personal de la cripta podría proporcionar información sobre las tumbas —dijo Cara.

Berdine asintió.

—Es probable que tengas razón. Algunos de los textos que hay en las tumbas están en d'haraniano culto, así que Rahl el Oscuro en ocasiones me llevaba allí abajo para que le ayudara a traducir frases.

»Rahl el Oscuro era bastante quisquilloso sobre el modo en que se cuidaba de la tumba de su padre. Hizo ejecutar a gente por no ocuparse como era debido del lugar.

—No son más que tumbas de piedra. —Verna no podía creerlo —. No hay nada allí abajo; no hay mobiliario, colgaduras, o alfombras. ¿Qué hay allí para mostrarse maniático al respecto?

Berdine cruzó los brazos y se inclinaba al frente como si tuviera muchas cosas que contar.

—Bueno, en primer lugar insistía en que los jarrones estuvieran siempre llenos de rosas blancas frescas. Tenían que ser de un blanco inmaculado. También exigía que las antorchas estuvieran siempre encendidas. El personal de la cripta no tenía que permitir que ni un solo pétalo de rosa permaneciera sobre el suelo, ni que una antorcha que se apagaba se enfriara sin ser reemplazada por una nueva y encendida.

»Si Rahl el Oscuro visitaba la cripta de su padre y veía un pétalo de rosa en el suelo, o si una de las antorchas se apagaba, se enfurecía. Se decapitaba a miembros del personal de la cripta por tales infracciones, así pues, como puedes imaginar, prestaban mucha atención a sus deberes ahí abajo.

—En ese caso hemos de tener una charla con el personal de la cripta —dijo Verna.

—Puedes intentarlo —repuso Berdine—, pero no creo que tengan mucho que decir.

Verna se puso en pie.

—¿Por qué no?

—Rahl el Oscuro temía que pudieran hablar mal de su difunto padre mientras estaban abajo en la cripta..., así que les hizo cortar la lengua.

—Querido Creador —masculló Vena a la vez que se llevaba una mano a la frente—. Ese hombre era un monstruo.

—Rahl el Oscuro lleva mucho tiempo muerto —dijo Cara—, pero el personal de la cripta debe de andar aún por ahí. Ellos conocerían el lugar mejor que nadie —Inició la marcha hacia la puerta —. Vayamos a ver qué podemos averiguar.

—Creo que tienes razón —repuso Verna a la vez que rodeaba la mesa—. Quizá consigamos obtener alguna información de ellos. Si de verdad hay algo que no está bien ahí abajo tenemos que saberlo. Si no, entonces tenemos que poner nuestros esfuerzos en otra parte.

Adie agarró el brazo de Verna.

—Sólo vine a decirte que me voy.

Verna pestañeó, sorprendida.

—¿Te vas? ¿Por qué?

—Me ha estado preocupando el hecho que no hay nadie en el Alcázar del Hechicero. ¿Y si Richard va allí en busca de nuestra ayuda? Necesitará saber que está sucediendo. Necesitará saber que el Alcázar está cerrado. Necesitará saber lo que Nicci ha hecho al poner en funcionamiento las cajas en su nombre. Necesitará conocer la desaparición de Ann y Nicci. Puede que necesite incluso ayuda de alguien con el don. Debería de haber alguien allí si aparece por el Alcázar.

Verna indicó con un ademán al oeste antes de clavar la mirada en los ojos completamente blancos de Adie.

—Pero el Alcázar está cerrado. ¿Dónde te alojarías?

La amplia sonrisa de Adie dibujó una red de finas arrugas.

—Aydindril está desierta. El Palacio de las Confesoras está vacío. No me faltarán un techo precisamente. Además, me siento en el bosque como en casa, no en este... este lugar. Debilita mi don lo mismo que hace con el de cualquier otra persona con el don que no sea un Rahl. Tengo dificultades para usar mi don aquí de modo que pueda ver. Me es incómodo estar aquí. Preferiría hacer algo que no sea estar aquí sentada, inútil, en la oscuridad que este lugar impone.

—No puede decirse que seas inútil —objetó Verna—. Ayudaste con muchas cosas que encontramos en los libros.

Adie alzó una mano para acallarla.

—Lo habrías deducido sin mí. De nada sirvo aquí. Soy una anciana que estorba.

—Eso no tiene nada de cierto, Adie. Todas las Hermanas valoran tus conocimientos. Así me lo han dicho.

—Quizá, pero me sentiría mejor si sintiera que tengo un propósito en lugar de deambular por este, este... —volvió a indicar su alrededor—, enorme laberinto de piedra.

Verna transigió, entristecida.

—Comprendo.

—Te echaré de menos —dijo Berdine.

Adie asintió.

—Ciento. Y yo también te echaré de menos, criatura, y las charlas que hemos tenido.

Cara dirigió una mirada suspicaz a Berdine pero no dijo nada.

Adie alargó el brazo y agarró el hombro de Nyda.

—Nyda estará aquí para ti.

—No te preocupes, le haré compagnía —respondió Nyda a la vez que contemplaba a Berdine—. No dejaré que se sienta sola.

Berdine sonrió agradecida a Nyda y asintió en dirección a Adie.

—Estamos rodeados por más enemigos que estrellas hay en el cielo —dijo Cara—. ¿Cómo esperas que una ciega pueda cruzar entre ellos?

Adie frunció los labios mientras ponía en orden sus ideas.

—Richard Rahl es un hombre listo, ¿no?

Cara se sorprendió por la pregunta, pero la respondió de todos modos.

—Sí —cruzó los brazos—. En ocasiones demasiado listo para su propio bien.

Adie sonrió.

—Él es listo, ¿así que tú siempre sigues sus órdenes?

Cara lanzó una breve risotada.

—Desde luego que no.

Las cejas de Adie se enmarcaron en fingido asombro.

—¿No? ¿Por qué no? Él es vuestro líder. Acabas de decir que es listo.

—Listo, sí. Pero no siempre ve el peligro que lo rodea.

—Pero ¿tú sí?

Cara asintió.

—Puedo ver peligros que él no puede ver.

—¡Ah! ¿Así que puedes ver peligros que sus ojos, poseedores del don, no pueden?

La mord-sith sonrió.

—A veces lord Rahl puede estar tan ciego como un murciélagos. —Los murciélagos también ven en la oscuridad, ¿no es así?

Cara suspiró con tristeza.

—Eso supongo. —Regresó al tema que las ocupaba—. Pero lord Rahl me necesita para ver todos los peligros que lo rodean que él no puede ver.

Con un dedo largo y delgado, Adie dio un golpecito en la sien de

Cara.

—Tú ves con esto, ¿no? ¿Ves los peligros para él? —La anciana enarcó una ceja—. ¿Vs los peligros que los ojos no pueden ver? A veces no tener ojos me permite ver más.

Cara torció el gesto.

—Todo eso puede estar bien, pero ¿cómo vas a pasar a través del ejército de la Orden? ¿No estarás pensando en cruzar el campamento a pie?

—Eso es exactamente lo que debo hacer —Adie agitó un dedo en dirección al techo—. Hoy está nublado. Esta noche será oscura. Una vez que el sol se ponga y antes de que salga la luna, estará negro como boca de lobo. En una noche así, aquellos que tienen ojos no pueden ver, pero yo sí puedo ver en la oscuridad. Podré caminar entre ellos y ellos

no me verán. Si voy a lo mío, y me mantengo apartada de aquellos que estén despiertos y vigilantes, no seré más que una sombra entre sombras. Nadie me prestará ninguna atención.

—Tienen hogueras —señaló Berdine.

—El fuego cegará sus ojos a lo que esté en la oscuridad. Cuando hay fuego los hombres vigilan lo que está a la luz, no lo que está en la oscuridad.

—¿Y si por casualidad algunos de esos soldados sí te ven, o te oyen, o algo? —preguntó Cara—. Entonces ¿qué?

Adie sonrió levemente mientras se inclinaba hacia la mord-sith.

—No te gustaría toparte con una hechicera en la oscuridad, pequeña.

Cara pareció lo bastante preocupada por la respuesta como para no poner objeciones.

—No sé, Adie —dijo Verna—. Realmente me gustaría que estuvieras aquí, y a salvo.

—Déjala ir —dijo Cara.

Cuando todos la miraron con sorpresa, prosiguió:

—¿Y si ella tiene razón? ¿Y si lord Rahl se presenta en el Alcázar? Necesitará saber todo lo que ha sucedido. Necesitará saber que no debería entrar en el Alcázar porque las trampas que Zedd colocó podrían matarle.

»¿Y si lord Rahl necesita su ayuda? Si ella piensa que él podría necesitarla, debería estar allí para ayudarlo. Yo no querría que nadie me impidiese ayudarlo.

—Además —intervino Berdine a la vez que intercambiaba una triste mirada con la anciana hechicera—, no hay nada que sea seguro en este lugar. Probablemente estará más a salvo que cualquiera de nosotros aquí. Cuando ese ejército de ahí abajo por fin entre en el palacio, estar aquí dentro será cualquier cosa menos seguro. Va a ser una larga y sangrienta pesadilla.

Adie sonrió mientras alargaba el brazo y acariciaba la mejilla de Berdine.

—Los buenos espíritus cuidarán de ti, pequeña, y de todos aquellos que están aquí.

Verna deseó creerlo.

Se preguntó qué hacía siendo la Prelada de las Hermanas de la Luz si no lo creía.

5

Mientras acababa de retocar sus pinturas rojas, Richard intentó no dejar que sus compañeros vieran lo dolorosas que eran en realidad sus lesiones. No quería que nada los distrajera de la tarea que tenían por delante. Sentía punzadas en el tobillo y en el hombro izquierdo, y los golpes que había recibido en la cabeza le habían dejado doloridos también los músculos del cuello. Tras la breve pero furiosa pelea no había conseguido dormir mucho. No obstante, hasta donde podía ver, no tenía nada roto.

Mentalmente dejó el dolor y el cansancio a un lado. No importaba si le dolía todo el cuerpo, o si estaba cansado. Tenía un trabajo que hacer. Tan sólo importaba si lo hacía, si tenía éxito.

Si fracasaba, dispondría de toda la eternidad para dormir.

—Hoy tenemos nuestra oportunidad de obtener la gloria —dijo La Roca.

Richard, sujetando la barbilla del hombretón, giró la cabeza de éste un poco a un lado de modo que pudiera ver mejor. No dijo nada. Se agachó y sumergió el dedo en el balde de pintura roja y luego añadió un símbolo de vigilancia encima de uno de poder. Deseó conocer un símbolo para el sentido común y pintarlo por todo el cráneo de La Roca.

—¿No lo crees, Ruben? —insistió La Roca—. ¿No crees que hoy tenemos nuestra oportunidad de obtener la gloria?

El resto de los hombres estuvieron atentos a lo que Richard respondiese.

—Eres más listo que eso, La Roca. Quítate esas ideas de la cabeza.

Hizo una pausa en su trabajo y movió el dedo, recubierto de una capa fresca de pintura roja, ante todos los ojos que lo observaban.

—Todos vosotros sois más listos que eso, o al menos deberíais. Olvidad las ideas de gloria. Esos hombres del equipo del emperador no están pensando en la gloria ahora. Están pensando en mataros. ¿Entendéis eso? Quieren mataros.

»Éste es un día en el que tenemos que pelear para permanecer con vida. Ésa es la gloria que quiero: la vida. Ésa es la gloria que quiero para todos vosotros. Quiero que viváis.

El rostro de La Roca se crispó con incredulidad.

—Pero Ruben, después de que esos hombres intentaran romperme la crisma anoche debes de querer arreglar cuentas.

Todos estaban enterados del ataque. La Roca les había contado lo sucedido; les había contado cómo su hombre punta había combatido a cinco hombres fornidos él solo. Richard no había cuestionado el relato, pero no dejaba que percibieran lo mucho que le dolía todo. Quería que se preocuparan por sus propios cuellos, no que se preguntaran si él podía llevar a cabo su parte.

—Sí, quiero ganar —dijo—, pero no por la gloria, ni para arreglar cuentas. Soy un cautivo. Me trajeron aquí para jugar. Si ganamos, vivo. Es así de sencillo. Eso es lo único que realmente importa: vivir. Los jugadores de Ja'La... tanto cautivos como soldados... mueren en partidos todo el tiempo. En ese sentido somos iguales. La única gloria auténtica que hay en el hecho de ganar en estos partidos es continuar con vida.

Algunos de los otros cautivos asintieron para indicar que comprendían.

—¿No te preocupa derrotar al equipo del emperador? —preguntó Bruce, su alero izquierdo—. Vencer al equipo del emperador podría no ser lo correcto. Al fin y al cabo, representan el poder de la Orden Imperial, y del emperador. Vencerlos podría ser visto como jactancioso y arrogante, incluso sacrílego.

Todos los ojos se giraron hacia Richard.

Richard sostuvo la mirada del hombre.

—Pensaba que, según los preceptos de la Orden, todo el mundo era igual.

Bruce le devolvió la mirada con fijeza unos instantes. Por fin, una sonrisa se extendió por su rostro.

—No vas desencaminado ahí, Ruben. Son sólo hombres, como nosotros. Imagino que deberíamos vencer.

—Eso imagino yo —repuso Richard.

Ante eso, tal y como Richard les había enseñado, los hombres, como uno solo, lanzaron un bramido colectivo de acuerdo, un rugido profundo. Era poca cosa, pero servía para establecer un vínculo entre ellos, hacerles sentir que, si bien eran todos individuos muy distintos, tenían un objetivo común.

—Ahora bien —prosiguió Richard—, no hemos visto jugar al equipo del emperador, de modo que no conocemos sus tácticas, pero ellos han observado nuestro juego. Por lo que he podido ver, los equipos no acostumbran a cambiar el modo en que juegan, así que esperarán que hagamos las mismas cosas que nos han visto hacer en el pasado. Ésa va a ser una de nuestras ventajas.

»Recordad las nuevas formas de jugar que ideamos. No regreséis a las anteriores. Esas tácticas nuevas son nuestra mejor posibilidad de mantenerlos desconcertados. Concentraos en hacer vuestra parte en cada una de esas jugadas. Eso es lo que nos conseguirá puntos.

»Recordad, también, que esos hombres, además de querer ganar, van a intentar hacernos daño. Los equipos con los que hemos estado jugando sabían que lo que repartían lo recibían duplicado. Estos hombres son diferentes. Saben que si pierden los ejecutarán,

tal y como sucedió con el último equipo del emperador. No tienen incentivos para jugar limpio, pero tienen todos los incentivos para intentar arrancarnos la cabeza.

»No tengo la menor duda de que van a intentar eliminar a nuestros jugadores, así que estad preparados para ello.

—Tú eres al que van a intentar abatir —señaló Bruce—. Tú eres el hombre punta. Eres al que necesitan detener. Incluso intentaron eliminarte anoche.

—Eso es todo cierto, pero como hombre punta os tengo a ti y a La Roca protegiéndome. La mayoría de vosotros no tenéis otra protección que vuestra ingenio y vuestra habilidad. Creo que es igual de probable que vayan tras uno de vosotros, primero, así que no bajéis la guardia ni un segundo. No os perdáis de vista unos a otros e intervenid si es necesario.

A lo lejos, Richard podía oír los cánticos de innumerables soldados ansiosos porque empezara el partido. Sonaba como si todo el campamento cantara. Richard sospechaba que todo hombre no obligado a trabajar en la rampa, probablemente estaría aguardando a que le transmitieran información sobre él.

Más espectadores de lo acostumbrado iban a poder ver aquel partido porque el emperador había ordenado a las cuadrillas de trabajadores, que necesitaban material para la rampa de todos modos, que sacaran tierra de una extensa zona para crear una hondonada en las llanuras Azrith. El nuevo campo de Ja'La, con sus extensos lados en suave pendiente, permitiría que muchos más espectadores pudieran contemplar los partidos de Ja'La.

Los partidos, al fin y al cabo, eran un alarde para los soldados. El nuevo campo de Ja'La era la declaración del emperador —justo a los pies del Palacio del Pueblo— de que la Orden estaba allí para quedarse y ser dueña del lugar.

Richard alzó la mirada a los nubarrones de un gris acerado. Los últimos leves tonos violáceos de la puesta de sol habían desaparecido. Iba a ser una noche oscura.

No había contado con que fuera a una hora tan tardía cuando se iniciara el partido, pero la noche le venía la mar de bien. De hecho, era el único retazo de buena suerte ante los obstáculos monumentales que tenía ante sí. Estaba acostumbrado a la oscuridad. Como guía forestal a menudo había recorrido los senderos de sus bosques con tan sólo la luna y las estrellas para iluminar su camino. A veces eran simplemente las estrellas.

Ver era algo más que utilizar sólo los ojos.

Mientras que en algunos aspectos aquellos tiempos pasados en los bosques parecían haber sido apenas unos días atrás, en otros parecía que hacía una eternidad, casi como en otra vida. Estaba muy lejos de su bosque del Corzo. Muy lejos de la paz y seguridad que había conocido.

Muy lejos de tener a la mujer que amaba de vuelta en sus brazos.

Mientras acababa con las pinturas de La Roca, Richard divisó al comandante Karg abriendose paso entre el círculo de guardias. Tras su complicidad en la traición de la noche

anterior, los soldados involucrados se mantenían bien apartados del hosco oficial. Había unos cuantos rostros nuevos entre los guardias, sin duda de más confianza. El comandante Karg conducía una escolta, hombres consagrados a la vigilancia de los jugadores.

En su mayoría, sin embargo, los soldados estaban allí para vigilar a Richard. Eran sus guardias especiales.

Richard pudo por fin frotarse el dolorido cuello después de que el comandante Karg abriera por fin su collar de hierro. Sin la gruesa cadena agobiándolo, Richard se sintió liviano, casi como si pudiera flotar en el aire. Le proporcionó una sensación de ingratidez, y de ser inhumanamente veloz, y abrazó tal sentimiento, convirtiéndolo en parte de él.

Los cánticos de los soldados a lo lejos tenían un aire primigenio. Estaba más allá de lo sobrecogedor. A Richard se le puso la carne de gallina.

Los espectadores esperaban sangre.

Esa noche iban a ver satisfecho su deseo.

Mientras seguía al comandante Karg, que conducía a su equipo en dirección al campo de Ja'La, Richard apartó el creciente ruido de su mente. Halló un punto focal donde relajarse.

Mientras avanzaban por corredores bordeados de multitud de soldados, por todas partes surgían manos que deseaban tocar a los miembros del equipo a medida que pasaban. Algunos de los hombres del equipo de Richard sonrieron, saludaron y palmearon las manos extendidas de los soldados. La Roca, por ser el más fornido y más fácil de distinguir, era el centro de mucha de la atención. Sonreía ampliamente, saludaba, estrechaba manos y se impregnaba de todo ello mientras desfilaba. A Richard le daba la impresión de que lo que La Roca siempre había deseado era la adoración de la multitud. Le encantaba.

Palabras tanto de ánimo como de odio caían en cascada desde todos los lados. Richard dirigió los ojos al frente, haciendo caso omiso de los soldados y los gritos mientras pasaba.

—¿Estás nervioso, Ruben? —le preguntó el comandante Karg volviendo la cabeza.

—Sí.

Karg le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Eso desaparecerá cuando empiece el partido.

—Lo sé —repuso Richard a la vez que le lanzaba una breve mirada iracunda.

La extensa depresión del campo de Ja'La era un caldero de ruido, los espectadores una espuma de rostros por encima de un arremolinado mar negro.

La multitud situada más allá del denso círculo de antorchas parpadeantes del borde del terreno de juego coreaba... no palabras, sino un gruñido gutural. Al compás, la multitud golpeaba el suelo con los pies. El profundo sonido primigenio no sólo podía oírse

sino sentirse, casi como el retumbo de un trueno. El efecto era ensordecedor y, en cierto modo, embriagador.

Era una llamada primitiva a la violencia.

Richard estaba sumido ya en aquellos sentimientos, y dejó que esos crudos y salvajes sonidos alimentaran aquellas pasiones que él ya había liberado en su interior. Mientras avanzaba a través del hervidero de hombres, se hallaba en su propio mundo privado, sumido en sus impulsos internos.

El comandante Karg detuvo a su equipo en un extremo del campo justo ante las antorchas. Richard vio arqueros, con flechas listas para ser disparadas, apostados por todo el terreno. Cerca del mediocampo, a su derecha, divisó la zona reservada para el emperador.

Jagang no estaba allí.

Richard sintió que se le hacía un nudo de pánico en el estómago. Había pensado que, sin duda, Jagang acudiría al partido, que Kahlan estaría cerca.

Pero la sección acordonada estaba vacía.

Richard controló sus emociones, apartando el desaliento. Jagang no se perdería ese partido. Más tarde o más temprano aparecería.

Cuando el equipo del emperador penetró a grandes zancadas por el extremo opuesto del campo, la multitud prorrumpió en un rugido atronador. Esos hombres eran lo mejor que la Orden tenía que ofrecer. Eran héroes para miles de espectadores. Eran los que podían derrotar a todos los que se presentasen ante ellos, los jugadores que aplastaban toda competencia, los campeones más merecedores de la victoria. Muchos consideraban al equipo como una representación tangible de su propio poder.

Mientras Richard y los suyos aguardaban fuera de las antorchas, el otro equipo, con un aspecto no tan sólo resuelto sino peligroso, caminó majestuosamente alrededor de todo el perímetro del campo, respondiendo al rugido de la muchedumbre con miradas sanguinarias. A la multitud le encantó aquel semblante de odio y amenaza.

Cuando el equipo del emperador terminó de dar la vuelta al campo y se congregó para ir hacia el otro extremo del terreno de juego, los arqueros y otros guardias especiales se apartaron a ambos lados. El comandante Karg hizo una señal a Richard y a su equipo para que cruzaran en fila. Cuando Richard pasó, el comandante le advirtió en un susurro que sería mejor que ganara.

Richard penetró en el campo. Su preocupación por su plan quedó mitigada cuando las resonantes aclamaciones a su equipo fueron casi tan ensordecedoras como las que habían sonado para el equipo del emperador. Habían sido muchos los partidos que habían jugado desde que habían llegado al campamento de la Orden Imperial, y el equipo de Richard los había ganado todos, y al hacerlo se habían ganado el respeto de muchos. No hacía ningún daño el que Richard fuera famoso por haber matado a un hombre punta contrario. Probablemente incluso más importante que eso, sin embargo, era la visión del

equipo cubierto con aterradores dibujos en pintura roja. Era un atrezo que encajaba con aquellos partidos. Richard contaba con ese respaldo.

También sintió inquietud cuando por fin pudo ver bien a todos sus adversarios. Eran algunos de los hombres más grandes que Richard había visto nunca. Le recordaron a Egan y a Ulic, los guardias personales de lord Rahl, y pensó que no le iría nada mal tenerlos allí en ese momento.

Dejando a los suyos reunidos en un extremo del campo, Richard cruzó solo el terreno hasta donde estaba el árbitro, en el centro del campo, con un puñado de pajitas. El hombre punta del equipo del emperador, que aguardaba junto al árbitro, parecía ser casi treinta centímetros más alto que Richard.

Una hilera de rojas marcas en un lado del rostro dejaba constancia del lugar donde le habían alcanzado los eslabones de la cadena. Mientras Richard aguardaba, el imponente hombre punta, mirando con ira a Richard en todo momento, fue el primero en sacar una pajita

Cuando Richard sacó, la suya fue más corta. Los espectadores rugieron su aprobación a que el equipo del emperador tuviera la primera oportunidad de marcar. El hombre lanzó a Richard una sonrisita de suficiencia antes de coger el broc y encaminarse a su lado del terreno de juego.

Mientras regresaba junto a sus jugadores, la mirada de Richard barrió las interminables masas de hombres, con los puños alzados en salvaje emoción, que esperaban ver sangre de un bando o del otro. Richard podía sentir las emociones febres de miles de hombres que presionaban todos al frente, intentando ver lo que sucedería; hombres que habían llegado a donde estaban pisoteando innumerables cadáveres de inocentes que tan sólo habían querido vivir sus propias vidas y prosperar.

Richard se sentía atrapado en un mundo que había enloquecido.

Su mirada paseó por el espacio vacío donde se suponía que debía de estar el emperador. Donde se suponía que debía de estar Kahlan. Sin Kahlan, aunque fuera una Kahlan que no lo reconocía, el mundo era un lugar frío y vacío.

Justo en aquellos momentos, Richard se sentía muy pequeño y solo.

Sumido en un aturdido entumecimiento, ocupó su puesto junto con sus compañeros. Cuando sonó el cuerno y el adversario, agrupado en una formación cerrada, empezó a ir hacia ellos, estar allí abajo, en la depresión del campo de Ja'La, fue como estar en un valle, contemplando como un alud descendía sobre él. Justo entonces, en aquel momento de desolación, Richard no sabía qué hacer.

La colisión fue brutal. Rechinando los dientes por el esfuerzo, intentó hacer girar a los hombres que protegían al hombre punta, pero éstos se abrieron camino a través de Richard y su equipo.

Sin demasiadas complicaciones, su hombre punta alcanzó la zona de disparo y lanzó el broc. Los defensores pintados con símbolos rojos saltaron para intentar desviar el

lanzamiento, pero los atacantes los avasallaron. El broc aterrizó firmemente en la red, marcando el primer punto.

La multitud estalló en un ensordecedor rugido de aprobación.

Richard acababa de averiguar algo. El equipo del emperador parecía confiar en su tamaño y peso superiores para abrirse paso como una trituradora a través de la defensa adversaria. No tenían ninguna necesidad de actuar con astucia. Dirigió a sus hombres una señal furtiva con la mano mientras el otro equipo formaba para su segunda carga.

Cuando llegaron a la línea de bloqueo, todo el equipo de Richard se lanzó a placar a los hombretones centrales y a derribarlos. No fue elegante, pero cumplió la función de abrir un agujero. Antes de que el agujero pudiera cerrarse, Richard había pasado. El hombre punta no alteró su rumbo, confiando en su tamaño para aplastar a Richard y apartarlo.

Richard giró sobre los talones y se colocó a la altura del hombre a la vez que lanzaba una pierna contra sus tobillos. Cuando éste dio un traspie para mantener el equilibrio, Richard le arrebató el broc de los brazos cuando éstos se aflojaron.

Richard efectuó un regate y atravesó a toda velocidad una floja hilera de contrincantes. Cuando más hombres convergieron sobre él, arrojó el broc a La Roca, colocado ya tras la hilera de enemigos. Bajo los enloquecidos vítores de sus seguidores, La Roca alzó por un instante el broc para que todos lo vieran mientras huía de un grupo de perseguidores. La Roca, disfrutando del momento, se giró mientras corría para poder reírse de quienes lo perseguían, luego arrojó el broc por encima de sus cabezas a Richard.

Se abalanzaron hombres desde todas direcciones al mismo tiempo que Richard atrapaba el broc, pero él se escabulló de uno, esquivó a otro y se apartó de un tercero, cambiando de dirección frenéticamente. A pesar de que sus propios jugadores placaban a muchos o les cerraban el paso para apartarlos del camino de Richard, los oponentes acortaban distancias por todas partes. Mientras Richard intentaba evitar a uno, otro lo agarró por los hombros e, igual que si fuera un niño pequeño, lo arrojó al suelo. Richard sabía que no iba a poder impedir que le quitaran el broc, y no quería que se amontonaran todos sobre él y le rompieran los huesos, así que en cuanto chocó contra el suelo alzó con gran esfuerzo el broc y lo lanzó.

Bruce corría por el lugar adecuado en el momento adecuado. Atrapó el broc, pero lo placaron.

Sonó el cuerno, poniendo fin al tiempo de juego del equipo del emperador. Habían marcado un punto, y Richard les había impedido conseguir dos.

Mientras corría por su lado del campo, se reprendió por permitir que sus sentimientos lo dominaran. No estaba prestando suficiente atención. No tenía la mente puesta en lo que hacía. Acabaría consiguiendo que lo mataran.

No podía hacer nada para ayudar a Kahlan a menos que espabilara.

Sus hombres jadeaban, la mayoría agachados con las manos sobre las rodillas. Parecían abatidos.

—De acuerdo —dijo Richard cuando llegó junto a ellos—, les hemos dejado tener su momento de gloria. Ahora acabemos con ellos.

Todos los hombres se animaron y sonrieron al oír eso.

A la vez que atrapaba el broc cuando el árbitro lo lanzó en su dirección, Richard paseó la mirada por sus hombres.

—Enseñémosles con quién se las ven. Jugad uno-tres y luego invertidlo. —Les mostró rápidamente un dedo, luego tres, por si acaso no podían oírle por encima de todo el ruido—. Vamos.

Como un solo hombre salieron a la carrera, apiñándose al instante en un grupo que rodeaba a Richard. Ningún bloqueador avanzó al frente, ni se colocaron aletas a los lados. En su lugar, todos se comprimieron en una formación lo más cerrada posible.

El otro equipo pareció complacido ante la táctica. Era su táctica favorita: la fuerza bruta. Con sus seguidores alentándolos corrieron directos hacia el grupo contrario.

Todos los hombres de Richard observaron con atención al equipo de Jagang, aguardando. Momentos antes del impacto, cuando los defensores llegaban a aquel punto, el equipo de Richard se dividió de improviso en todas direcciones a la vez.

Fue una jugada tan sorprendente que los otros jugadores titubearon, girando en una dirección y en otra, indecisos sobre qué hacer. Cada uno de los hombres de Richard corrió en un enloquecido zigzag que parecía no tener ni pies ni cabeza. Los hombretones de Jagang no sabían a quién agarrar, a quién perseguir, o adónde iban. En un instante, la carga concentrada había quedado disuelta como un enjambre de libélulas.

La multitud estalló en carcajadas.

Richard corrió siguiendo una ruta disparatada al igual que sus compañeros, salvo que él era quien tenía el broc. Cuando por fin el otro equipo cayó en la cuenta, Richard ya había rebasado a la mayoría de ellos y se había adentrado profundamente en el campo enemigo. Corrió como si le fuera la vida en ello mientras dos de los bloqueadores iban tras él.

Al alcanzar la zona de tiro alzó el broc. En cuanto éste abandonó sus dedos recibió un golpe por detrás, pero ya era demasiado tarde para detener el lanzamiento. El broc voló al interior de la red. Richard chocó contra el suelo con un hombre encima. Fue una suerte que el atacante hubiera estado corriendo a toda velocidad porque el impulso le hizo rodar por encima de la espalda de Richard.

Richard se incorporó a toda prisa y trotó a su lado del campo entre enloquecidas aclamaciones de la multitud. Estaban empasados, pero no le interesaba un empate. Necesitaba sacar el máximo partido de su ventaja. La jugada que había ideado no había terminado aún. Necesitaba completarla.

Sus compañeros, todo sonrisas, se congregaron tan de prisa como les fue posible. Richard no necesitó hacerles una señal. Ya les había indicado toda la jugada la primera vez. Cuando el árbitro le arrojó el broc todos echaron a correr al instante.

Una vez más, se colocaron en una formación cerrada mientras cargaban campo a través. En esta ocasión, no obstante, el equipo de Jagang, mientras corría a su encuentro, se desperdigó en el último instante, listo esta vez para interceptarlos cuando intentaran salir en todas direcciones. La multitud los vitoreó y aulló su aprobación.

En vez de separarse, sin embargo, el equipo de Richard permaneció bien unido mientras cargaban directamente por el centro del campo. Los pocos jugadores que quedaban dentro de la zona para interceptarlos fueron arrollados. El otro equipo, comprendiendo de improviso lo que sucedía, emprendió la persecución. Pero fue demasiado tarde.

En cuanto Richard alcanzó la zona de puntuación y sus hombres formaron un escudo protector, Richard lanzó el broc. Contempló a la luz de las antorchas como describía un arco en el aire nocturno y luego entraba en la red. La multitud prorrumpió en aclamaciones. Sonó el cuerno, indicando el final del juego.

El árbitro, en el centro del campo, anunció la puntuación: un punto para los campeones —el equipo de Jagang— y dos para los aspirantes.

Pero entonces, antes de que el árbitro diera la vuelta al reloj de arena, Richard le vio girarse hacia la banda. Era Jagang. Estaba en la zona que habían acordonado para él. Nicci estaba a su lado. Kahlan permanecía un poco más atrás. Jillian la acompañaba.

Mientras todo el mundo aguardaba, el árbitro fue hasta la banda y escuchó durante unos instantes al emperador. Asintió y regresó al centro del campo, donde anunció que se había resuelto que el segundo punto había entrado después de sonar el cuerno, de modo que no contaba. La puntuación, anunció en voz alta, era un empate.

Parte de la multitud chilló enfurecida, mientras que otros gritaban de alegría.

Los hombres de Richard empezaron a chillar, discutiendo la decisión. Richard paseó por delante de ellos a grandes zancadas. El ruido de la multitud era tan fuerte que temió que sus hombres no pudieron oírle, así que pasó un pulgar por delante de la boca, poniendo fin a sus objeciones.

—¡No podéis cambiarlo! —les chilló—. ¡Tranquilizaos! ¡Concentraos!

Dejaron de protestar, pero no estaban contentos. Richard tampoco lo estaba, pero sabía que no podía hacer nada al respecto. Había sido una orden del emperador la que había anulado el punto marcado. Iba a tener que alterar sus planes.

—Es necesario que los detengamos —dijo mientras paseaba por delante de su equipo—. Cuando vuelva a ser nuestro turno, jugad dos- cinco. —Les mostró primero dos dedos, luego cinco, y los demás asintieron—. No podéis cancelar lo que acaba de pasar, pero podéis impedir que marquen. Entonces podemos llevar a cabo nuestra jugada y recuperar lo que nos quitaron injustamente. Dejad de obsesionaros en lo que no tiene remedio y pensad en lo que debemos hacer.

Todos asintieron mientras formaban, preparándose para la carga del rival. Seguían enojados pero estaban listos para concentrar aquella ira en el adversario.

La carga del equipo del emperador fue desordenada. Les embargaba todavía el júbilo por su golpe de suerte. En un choque demoledor su hombre punta recibió el impacto de un bloqueo coordinado. Richard se sintió orgulloso de sus hombres por el modo en que utilizaban su cólera.

En el furioso forcejeo que siguió a la colisión La Roca se alzó con el broc. Lo lanzó a Bruce cuando sus perseguidores se le acercaron mucho. Bruce por su parte pasó el broc a Richard. Éste corrió campo adelante y, ante las delicias de la multitud, usó toda su fuerza para lanzar desde la línea de dos puntos. El broc entró. No contaba, claro, pero la multitud rugió como si lo hiciera. Los vitoryes hicieron temblar el suelo. Era una reivindicación del tanto perdido, y era lo más aproximado a un desaire a Jagang que podía conseguir Richard.

Sus seguidores empezaron a entonar:

—¡Cuatro a uno! ¡Cuatro a uno!

El resultado seguía siendo oficialmente uno a uno, pero desde el punto de vista de aquellos que lo aclamaban ahora era de cuatro a uno.

En su siguiente carga, cuando el hombre punta del equipo del emperador penetró a la carrera en la zona de lanzamiento y arrojó el broc, uno de los compañeros de Richard saltó muy alto y consiguió apartarlo justo lo suficiente para que saliera desviado y no entrara. Cuando sonó el cuerno, el resultado seguía siendo uno a uno.

En su primera jugada, Richard estaba casi en la zona de lanzamiento cuando lo placaron. Mientras caía al suelo, Richard arrojó el broc en dirección a La Roca, quien lo recogió justo antes de que un adversario pudiera hacerse con él.

La Roca alcanzó la zona de puntuación y lanzó. Desde el suelo Richard contempló cómo el broc entraba en la red, marcando un punto.

La Roca, rebosante de alegría, agitó ambos brazos en el aire a la vez que pegaba brincos igual que un niño. A la multitud le encantó. Richard no pudo evitar sonreír mientras se liberaba de su placador, quien le asestó un doloroso puñetazo en la espalda justo antes de irse.

Richard no mordió el anzuelo. Sabía bien que no debía verse arrastrado a una pelea cuando el broc no estaba en juego.

Alcanzó a La Roca y corrieron juntos de vuelta a la zona de inicio para su próxima carrera. Richard dio una palmada a su alero en el hombro.

—Lo has hecho muy bien, La Roca —chilló por encima de los vitoryes.

—¡Yo he conseguido nuestra gloria!

Richard no pudo evitar una carcajada.

—Gloria —convino a la vez que volvía a dar una palmada a La Roca en la espalda— . Y un punto que cuenta.

Mientras formaban a la espera de que el árbitro entregara el broc, todos sus compañeros gritaron sus felicitaciones a La Roca, que estaba radiante. El hombretón movió un puño arriba y abajo, obteniendo un sonoro grito de todo el equipo, antes de ocupar su lugar de costumbre a la derecha de Richard. Bruce ocupó el lado izquierdo. Los bloqueadores formaron una cuña por delante de La Roca. La jugada tenía como objetivo atraer a los defensores hacia la izquierda, donde la defensa era más débil.

Mientras arremetían campo adelante, el equipo del emperador empezó a ir hacia la izquierda de Richard, como él quería; pero en el último instante hicieron un brusco giro y fueron hacia el centro de la cuña. Una táctica así no detendría a Richard ni les permitiría hacerse con el broc. Iban tras otra cosa.

—¡La Roca! —chilló Richard—. ¡A la derecha!

La Roca, en su lugar, hundió su enorme hombro en lo más reñido del ataque. Tres placadores saltaron. El cuarto enganchó un brazo alrededor del cuello de La Roca. Un quinto hombre a toda velocidad, lo golpeó en el cuello.

Richard sintió como si estuviera inmerso en un sueño y no consiguiera que sus piernas se movieran lo bastante de prisa.

Mientras corría con todas sus energías, oyó que un hueso se partía.

## 6

Con una gran tristeza, Kahlan contempló cómo Richard se arrodillaba junto a su alero derecho caído. El cuerno sonó. Los hombres del equipo de Jagang abandonaron a toda prisa a su víctima para regresar a su extremo del campo y prepararse para defenderse.

—¿Está muerto? —preguntó Jillian.

Kahlan pasó un brazo alrededor de los hombros de la muchacha y la apretó contra su costado izquierdo.

—Eso me temo.

—¿Por qué tendrían que hacer algo así?

—Es el modo en que la Orden juega a Ja'La dh Jin. Matar es un medio de obtener lo que quieren.

Kahlan podía ver las lágrimas en los ojos de Richard mientras sus hombres enlazaban sus brazos bajo los suyos y lo arrastraban atrás, lejos del cuerpo. Si no regresaba al juego de inmediato lo expulsarían por retrasar el partido. Los ayudantes del árbitro se pusieron a arrastrar el cuerpo sin vida fuera del terreno de juego.

Kahlan oyó cómo Jagang, a media docena de pasos por delante de ella, reía por lo bajo.

Nicci, junto a él, echó una ojeada a sus espaldas. Kahlan no supo exactamente cómo interpretar la líquida expresión de sus ojos azules. Parecía en parte tristeza por Richard, en parte rabia contenida, y, de algún modo, una advertencia para Kahlan.

Kahlan no había conseguido volver a hablar con Nicci desde la noche que fue maltratada de aquel modo tan terrible. Por otro lado, desde el momento en que Jagang había efectuado su apuesta con el comandante Karg el emperador había estado taciturno e irascible.

La noche anterior, mientras Nicci aguardaba en el dormitorio y Kahlan esperaba en la estancia exterior de la tienda, el emperador se había reunido con algunos de los miembros de su equipo. Kahlan no lo había oído todo, pero había sonado como si les hubiera dado órdenes a fin de que el hombre punta del equipo de Karg no les causara problemas.

Kahlan había pasado la noche en blanco, preocupada por si Richard no vivía para ver el nuevo día. Lo que fuera que se había planeado proporcionó a Jagang ganas de disfrutar de Nicci, de modo que ordenó a Kahlan y a Jillian que permanecieran donde estaban, en la estancia exterior. Quería estar a solas con su Reina Esclava, como la llamaba.

Kahlan no había sabido lo que Jagang le estaba haciendo a la mujer. Pero no importaba lo que le hiciera, Nicci jamás gritaba. En el lecho del emperador ella siempre parecía quedarse como atontada, con la vista fija fuera de este mundo, mientras él hacía lo que quería. Kahlan comprendía que era la única defensa que Nicci tenía. Al retraerse en sí misma, su indiferencia externa era la única protección que tenía para mantener la cordura. No le haría ningún bien prestar atención a todo lo que aquel animal le hacía. Por otra parte, su indiferencia enfurecía a Jagang y a menudo le provocaba arranques de violencia.

Kahlan se preguntaba si, cuando él empezara a hacerle lo mismo a ella, tendría la fortaleza que tenía Nicci.

Esa mañana Kahlan se había preguntado si tendrían que volver a llamar a las Hermanas para salvar a Nicci, o para curarla. Sin embargo, cuando Jagang salió del dormitorio llevaba a Nicci agarrada de los cabellos. La arrojó al suelo, frente a él, pareciendo complacido con la indefensión de la mujer. Kahlan se había sentido aliviada al ver que, si bien Nicci parecía apaleada, y con moretones, al menos no daba la impresión de estar herida de gravedad.

En el terreno de juego el equipo de Richard se reunió, preparándose para la siguiente jugada. Kahlan echó una ojeada en derredor mientras parte del público todavía expresaba a gritos su satisfacción por la muerte del jugador. Otros, no obstante, chillaban furiosos, agitando puños en dirección al equipo del emperador. La tensión se palpaba en el aire. Cuando el partido se reanudó, la multitud empezó a calmarse, al menos hasta cierto punto.

De todos modos, Kahlan podía percibir que el estado de ánimo de los espectadores había cambiado. Lo que había sido una aprobación universal de que el partido esperado finalmente se iniciara había pasado a ser descontento e incluso en algunos aspectos empezaba a parecer agitación. Había empezado a cambiar cuando Jagang había intervenido para anular el último punto que Richard había marcado. Jagang había invalidado la decisión de los árbitros, diciendo que el tanto se había marcado después de sonar el cuerno. Los árbitros habían accedido y declarado nulo el punto, pero todo el mundo sabía que el broc había entrado con claridad antes del toque del cuerno.

Nada de eso importaba, sin embargo. El emperador lo había decidido.

El equipo rojo parecía empeñado en seguir jugando como si no acabaran de perder a su hombre más fornido, y en el terreno de juego se abrían paso por la fuerza a través de una línea de bloqueadores. Richard esquivó con habilidad varios intentos de atraparlo.

Richard se paró de improviso sobre la casilla segura, un lugar que raras veces se usaba, impidiendo que el hombre que había estado a punto de placarlo lo hiciera. Era el animal que le había partido el cuello al alero.

Kahlan no podía imaginar qué tramaba Richard. Estar en aquella casilla impedía que lo atacaran mientras permaneciera allí, pero también permitía que sus adversarios lo rodearan. Si bien estaba a salvo por el momento, no podía marcar desde allí. Al final tendría que moverse, pero con cada momento que pasaba el terreno que lo rodeaba se tornaba más y más peligroso.

Cuando el jugador que iba a placarlo se giró para comprobar la posición de sus compañeros, Richard gritó algo para atraer su atención. El hombre se giró hacia él.

Richard, sosteniendo el broc contra el pecho, lo soltó de repente en un lanzamiento fulminante. La pesada bola chocó de pleno contra el rostro del individuo con tanta fuerza que rebotó de vuelta a las manos de Richard.

El golpe fue lo bastante fuerte como para hundir en parte el rostro del jugador. Con la nariz hundida, el hombre se quedó flácido y cayó directo al suelo hecho un ovillo.

La multitud lanzó un grito ahogado ante el inesperado giro de los acontecimientos.

En un ataque de cólera, otro rival a la derecha de Richard embistió, aun cuando Richard estaba en la casilla segura. El árbitro no pareció predisposto a invalidar la acción. Richard agarró el broc bajo el brazo izquierdo a la vez que se agachaba un poco hacia ese lado. Girándose, balanceó con fuerza el brazo derecho. El grueso hueso de su antebrazo alcanzó al hombre en la garganta. El jugador se llevó las manos a la garganta a la vez que trastabillaba hacia atrás y caía. Luchaba con desesperación por respirar. Con la tráquea aplastada, su rostro empezó a pasar del rojo al azul.

Sin una vacilación, otro rival de gran tamaño embistió desde la izquierda con un puño alzado. Richard se apartó y se sirvió del impulso del adversario. El potente golpe alcanzó al hombre justo sobre el corazón. El impacto fue suficiente para hacerle retroceder tambaleante. El hombretón se llevó las manos al pecho, con expresión aturdida y confusa, y luego, a la vez que los ojos se le ponían en blanco, cayó desmadejadamente al suelo.

Sin la menor ayuda, Richard había eliminado a tres adversarios que eran considerablemente mucho más grandes que él. A Kahlan le fue fácil comprender por qué había tantísimas flechas alrededor del terreno de juego apuntando a aquel hombre en todo momento.

Kahlan se planteó qué sucedería si Richard conseguía alguna vez tener una espada en las manos.

Richard no perdió tiempo. Salió disparado a través de la brecha que acababa de crear. Sus compañeros parecían haber estado preparados para la jugada, pues estaban colocados ya a lo largo de su ruta, listos para cerrar el paso a los placadores que iban tras él. Por todas partes en el terreno de juego chocaron unos contra otros.

Kahlan pudo ver cómo todos los rostros de la ladera situada frente a ella giraban al unísono mientras contemplaban cómo corría Richard, esquivando a algunos hombres mientras sus bloqueadores derribaban a otros para apartarlos de su camino.

Richard corrió al interior de una zona de lanzamiento. Libre de obstáculos, arrojó el broc a la red y marcó otro punto. Su equipo volvía a ir por delante.

La multitud se dejó llevar por el frenesí. Incluso Jagang había dado un paso al frente, más cerca del borde del campo, para observar, con un puño crispado. También todos sus guardias se inclinaron para observar mientras el equipo de Richard recibía el broc del árbitro e iniciaba otra carga.

A medida que penetraban en el territorio del adversario, Richard corrió hacia la izquierda, pero fue placido al poco. Kahlan pensó que casi parecía deliberado. Le recordó el modo en que había caído en el barro para que nadie pudiera reconocerle la primera vez que ellos habían ido a ver a su equipo.

Cuando Richard golpeó el suelo, el broc salió disparado de sus brazos. También esto le pareció muy poco natural. Se le pasó por la cabeza que parecía formar parte de un plan. Su alero izquierdo, que corría campo adelante, estaba casualmente en el lugar correcto. Se agachó y recogió el broc cuando éste pasaba rodando, y en un instante llegó a la zona de lanzamiento y lanzó. Con Richard caído, era legal que un alero intentara puntuar.

El broc entró en la red, lo que desencadenó unas estruendosas aclamaciones.

El alero alzó los brazos jubiloso por haber marcado. Era algo que los aleros raras veces tenían la oportunidad de intentar, y que en más raras ocasiones conseguían. Si bien Kahlan sabía que estaba permitido, nunca antes lo había visto hacer.

Cuando sonó el cuerno, indicando el fin del turno, Richard alcanzó a su alero izquierdo y, con una sonrisa de orgullo, le dio una palmada en la espalda. A juzgar por el modo en que el alero miró a Richard, Kahlan pensó que el reconocimiento por parte de Richard había significado tanto para el hombre como el punto marcado.

Desde el último partido al que habían asistido, cuando Nicci había pronunciado el nombre de Richard, Kahlan sabía que Richard era su nombre auténtico. No había podido intercambiar ni una palabra con Nicci desde entonces, no obstante, de modo que no podía preguntar, pero sospechaba que Richard era en realidad Richard Rahl... lord Rahl.

No sabía si era cierto, pero sin duda alguna eso explicaría muchas cosas, como por qué el hombre cayó al barro aquel primer día, por qué se pintaba la cara con dibujos extravagantes, y por qué decía a la gente que su nombre era Ruben.

Lo que sucedía era que parecía imposible, no obstante; lord Rahl cautivo de la Orden Imperial, jugando en un equipo de Ja'La contra el equipo del emperador.

Lo que de verdad la preocupaba, de todos modos, era que él la conocía. Había pronunciado su nombre aquel primer día que había estado en una jaula dentro de un carro en un convoy de suministros que entraba en el campamento. Suponía que era posible que la Orden lo hubiera capturado sin darse cuenta de a quién tenían. No obstante, la coincidencia de todo ello le resultaba de lo más disparatado. Aunque sabía que probablemente había más en ello de lo que comprendía, y que quizás Richard se había dejado coger para poder acercarse a ella. Para rescatarla.

Ahora, se dijo, quizás debía comportarse como una tonta.

Con todo, se preguntó por qué estaba ella en el centro de tantas cosas.

Deseó tener una oportunidad de conversar otra vez con Nicci para preguntarle si realmente era Richard Rahl. Pero por otra parte, por la reacción de Nicci, por sus lágrimas al verlo, Kahlan no necesitaba preguntar. Podía verlo escrito en el rostro de la mujer.

Ése era el hombre a quien Nicci amaba.

Por el rabillo del ojo, Kahlan no perdía de vista a sus guardias especiales. Cuando la multitud rugió, alzando los puños en el aire con entusiasmo, sus custodios se inclinaron a este lado y al otro para mirar por entre la guardia real y ver el campo en el mismo instante en que el equipo del emperador cogía el broc para jugar su turno. Tres de sus jugadores, habían sido reemplazados. Por el modo en que los tres fueron abandonados en un lateral, Kahlan supo que los tres habían muerto. Richard había matado a tres hombres en un instante y sin ninguna ayuda.

El equipo del emperador parecía estar poseído por una furia ciega mientras iniciaba su carga. Apelotonados en un grupo compacto, avanzaron por el centro, decididos a aplastar a cualquiera que se interpusiera en su camino. El equipo de Richard se separó para dejarles pasar, luego desde ambos lados les atacaron desde la retaguardia, agarrando las piernas de los jugadores. Placados de ese modo, los hombres cayeron de brúces.

Uno de los placajes fue lo bastante violento para partirle el tobillo a uno. El jugador aulló de dolor. El hombre punta, al oír el grito, se distrajo durante una fracción de segundo, pero bastó para que pudiera ser golpeado por dos hombres. Fue arrojado al suelo con tal brutalidad que el impacto le arrebató el aire de los pulmones e hizo que le castañetearan los dientes. Estalló una reyerta por la posesión del broc.

Cuando el equipo del emperador se recuperó, sus miembros apartaron por la fuerza a los adversarios y consiguieron conservar el broc. Otra vez de pie, lucharon para conseguir dejar atrás a los defensores. Virios hombres del equipo de Richard quedaron en el suelo, retorciéndose de dolor. La multitud aulló enfervorizados gritos de ánimo al equipo del emperador. Su hombre punta esquivaba a los perseguidores yendo a un lado y a otro, rodeando a algunos y derribando a otros.

Los guardias de Kahlan, oyendo los rabiosos vítores, no dejaban de adelantarse poco a poco, para ver mejor qué sucedía. Eso dejaba más espacio donde Kahlan estaba. La presión de los espectadores que bordeaban la ladera situada detrás, todo su peso empujando al frente, provocaba que la zona reservada para el emperador quedara apretujada. Hacia la parte frontal, donde estaba Jagang, los guardias reales mantenían atrás a la excitada multitud, pero incluso ellos estaban inmersos en la frenética lucha que tenía lugar en el campo de Ja'La.

Kahlan rodeó con más fuerza a Jillian con el brazo izquierdo para protegerla, manteniéndola cerca mientras sus guardias especiales, que cada vez tenían menos espacio, empezaban a avanzar despacio hacia donde había más sitio, más cerca de la acción. Los que habían estado detrás de ella empezaron a hacer presión, apiñándose por delante de ella.

Nicci, olvidada por el emperador a medida que éste se veía más atrapado por la acción, dio un paso atrás. Eso concedió a los custodios de Kahlan espacio para adelantarse. Pareció natural, como si ella simplemente tratase de no interferir con lo que ellos querían.

Jagang, como todos los demás, vitoreaba, refunfuñaba, maldecía y chillaba a voz en cuello a los equipos del terreno de juego. La oscuridad hacía mucho que había hecho su aparición, prestando una atmósfera sobrenatural al acontecimiento. Las antorchas a lo largo del borde del campo proyectaban una luz parpadeante sobre la zona despejada de terreno. Entre las antorchas vigilaban arqueros listos para disparar. Pero incluso ellos estaban absortos en el juego, más atentos a la acción que a los cautivos.

Kahlan sentía como si estuviera en el centro de un furioso ritual desenfrenado dedicado a la violencia. La muchedumbre no sólo chillaba y aclamaba, sino que empezó a entonar cánticos, golpeando el suelo con los pies al compás mientras su equipo corría por el campo. El suelo temblaba bajo aquellos cientos de miles de botas. La noche, oscura y encapotada, parecía reverberar con un tronar continuo y retumbante.

La atmósfera era cautivadora. Incluso contagió a Kahlan.

Junto con todos los espectadores, sentía como si estuviera sobre el terreno de juego. El corazón le martilleaba mientras contemplaba cómo Richard esquivaba placajes, se agachaba bajo un brazo extendido y se deslizaba entre hombres que se lanzaban a por él. Componía un gesto de dolor, medio volviendo la cabeza, cuando alguien recibía un golpe. Muchos de los espectadores gemían, como si ellos mismos hubieran recibido el golpe.

Mientras el reloj de arena marcaba los turnos, Kahlan vio que Richard no conseguía marcar tantos que estaba segura de que podría haber conseguido. Éste daba la impresión de aminorar la velocidad justo lo suficiente para que pudieran atraparle y derribarle. En una ocasión lanzó y falló.

Ella no sabía el motivo.

A medida que el partido se alargaba, Kahlan tuvo cada vez más claro que él manipulaba la puntuación, manteniéndola ajustada. Cuando el equipo del emperador marcaba, no pasaba mucho tiempo antes de que él marcase a su vez para mantener el tanteo igualado, pero a continuación no conseguía volver a marcar... hasta que el equipo del emperador volvía a hacerlo. Un turno tras otro del reloj de arena fue transcurriendo. El marcador señalaba un empate a siete.

Kahlan podía ver por el modo en que él se movía que no sólo se contenía, sino que también ahorraba energías. El otro equipo se estaba agotando.

Un partido tan igualado sólo servía para caldear las emociones de las laderas cubiertas de espectadores. Muchos de ellos vitoreaban, aplaudían, silbaban y chillaban a su equipo favorito, mientras que otros agitaban puños y dirigían imprecaciones al equipo contra el que estaban. Aquí y allá estallaban peleas entre los espectadores, que acababan siendo breves porque todo el mundo quería ver el juego.

Kahlan, que había observado el lento avance de Nicci, vio que ésta había conseguido colocarse a media docena de pasos por detrás de Jagang Nadie le estaba

prestando la menor atención. Jagang había echado un vistazo atrás en dos ocasiones, sólo mirando a medias, para comprobar que estaba lo bastante cerca.

Kahlan podía ver que las mujeres que seguían el campamento, cerca del borde del campo, presas de un desenfreno idéntico al de la enorme multitud, descubrían sus pechos cuando los jugadores pasaban corriendo por su lado. Si bien el territorio situado en las inmediaciones de las bandas era muy valorado, y a menudo objeto de peleas para conseguir un puesto, a las mujeres que acudían a los partidos se les permitía el acceso hasta el límite mismo del terreno. La multitud masculina, que sabía lo exaltadas y ansiosas que estaban por captar la atención de los jugadores, las azuzaba. Por encima del ruido ensordecedor de la multitud, Kahlan podía oír a algunas de las mujeres de las bandas que tenía más cerca aullando promesas lascivas para los vencedores. Tal conducta acrecentaba la atmósfera de cruda perversión. Todo formaba parte del Ja'La dh Jin.

Cuando Nicci consiguió deslizarse lo bastante cerca, Jillian alargó el brazo y le tocó la mano.

—¿Te encuentras bien? —susurró justo lo bastante alto para que lo oyera por encima del ruido del gentío—. Estábamos muy preocupadas por ti.

Posando la mano en la mejilla de la muchacha, Nicci sonrió brevemente a la vez que asentía.

—Está tramando algo —dijo Nicci por lo bajo mientras se inclinaba un poco más cerca de Kahlan.

—Lo sé.

—Ésta podría ser una oportunidad para ti de escapar. Haré todo lo que pueda para ayudarte. Estate preparada.

Con el collar alrededor del cuello Kahlan no sabía qué posibilidad podría tener de escapar. De todos modos las palabras de su amiga le dieron ánimos, aun cuando pensaba que no era en absoluto realista. Si bien Kahlan no creía que tuviera ninguna posibilidad real de escapar, podría ser una oportunidad para hacer otra cosa, algo que podría salvar a otros.

Cuando Nicci volvió a echar una ojeada, Kahlan alzó la mano un poco, ocultando lo que tenía debajo, en la palma.

—Ten. Coge esto.

Cuando Nicci se limitó a fruncir el entrecejo, Kahlan giró la mano por un breve instante, justo el tiempo suficiente para que Nicci viera el mango de un cuchillo. La hoja estaba apretada a lo largo de la muñeca de Kahlan, bajo la manga de la camisa.

—Consérvalo —dijo Nicci—. Puedes necesitarlo.

—Todavía tengo dos.

Nicci la miró sorprendida un momento, luego ladeó la cabeza, indicando que Kahlan debía entregar el cuchillo a Jillian. Jillian abrió la capa justo lo suficiente para mostrar a la hechicera el cuchillo que Kahlan ya le había dado.

Nicci alzó los ojos hacia Kahlan.

—Los cuchillos no son mi fuerte.

—No es difícil manejarlos —repuso Kahlan a la vez que introducía el mango en la mano de Nicci—. Cuando sea el momento apropiado, límítate a hundir el extremo puntiagudo en alguna zona importante de alguien a quien odies.

Los ojos azules de Nicci echaron una mirada furtiva a Jagang

—Creo que eso sí lo puedo hacer.

Kahlan pensó que Nicci, a la suave luz de las antorchas, con los cabellos rubios descendiendo por encima de sus fuertes hombros, era probablemente la mujer más hermosa que había visto nunca. No era sólo que fuese hermosa, sin embargo. A pesar de lo que Jagang le hacía, había una fortaleza interior en ella, una nobleza.

—¿Es Richard Rahl? —preguntó Kahlan.

Los ojos azules de Nicci volvieron a girar hacia Kahlan y la miraron con fijeza un momento.

—Sí.

—¿Qué hace aquí?

Una sonrisa apenas visible curvó la boca de la mujer.

—Es Richard Rahl.

—¿Sabes lo que trama?

Nicci negó con la cabeza de un modo apenas perceptible mientras recorría con la mirada a todos los guardias, asegurándose de que ninguno les prestaba atención. Entre las brechas podían ver a los hombres con estrafalarios dibujos rojos pasar corriendo.

—¿De verdad es Richard? —preguntó Jillian.

Nicci asintió.

—¿Cómo lo sabes? Quiero decir, con toda esa pintura que llevan encima, ¿cómo puedes estar segura? Conozco a Richard y no soy capaz de saberlo.

Nicci echó una mirada a Jillian.

—Es él.

Su tono era de tal serena certeza que impedía cuestionarlo. Kahlan pensó que era probable que Nicci pudiera reconocer a aquel hombre en una oscuridad total.

—¿Cómo es que me conoce? —preguntó.

Nicci volvió a clavar la mirada en los ojos de Kahlan un largo instante.

—Éste no es lugar para hablarlo. Sólo estate preparada.

—¿Para qué? —quiso saber Kahlan—. ¿Qué piensas que va a hacer? ¿Qué piensas que puede hacer?

—Si conozco a Richard, imagino que está a punto de iniciar una guerra.

Kahlan pestañeó, sorprendida.

—¿El solo?

—Si tiene que hacerlo...

En el terreno de juego, el equipo del emperador marcó un punto justo antes de que el cuerno sonara. La multitud enloqueció. Kahlan se estremeció ante el clamor.

El equipo de Richard iba ahora por detrás por un punto.

Mientras aguardaban a que los jugadores ocuparan su puesto y el cuerno indicara el inicio del turno del equipo de Richard, la multitud empezó a entonar un cántico compuesto por una especie de gruñidos profundos, ásperos y rítmicos simultáneamente, la horda empezó a golpear el suelo con las botas.

«Uh-ah.» Pisotón. «Uh-ah.» Pisotón. «Uh-ah.» Pisotón.

El suelo temblaba. Incluso Jagang y su guardia real se sumaron. Eso daba a la noche un aire fantasmagórico, salvaje y primitivo, como si todo lo que era civilizado hubiera quedado relegado ante aquel espectáculo de un salvajismo sin paliativos.

Los seguidores del equipo del emperador querían que los suyos despedazaran a los aspirantes antes que permitirles marcar. Los seguidores del equipo de Richard querían que sus hombres aplastaran a aquellos que intentaban detenerles.

El cántico era una petición de sangre.

Como quedaba sólo un turno, el equipo de Richard tenía que marcar durante ese juego o perderían. No obstante, si marcaban sólo un punto durante su período de juego el partido estaría empataido y tendrían que pasar a una prórroga.

Kahlan captó vislumbres de Richard, que no mostraba ninguna emoción, mientras éste se reunía con sus compañeros, a los que hizo unas breves señas con la mano. Cuando giró, su mirada barrió el lugar donde ella estaba y, por un instante, sus ojos se encontraron.

El poder transmitido por aquella conexión visual hizo que a Kahlan le martilleara el corazón y le flaquearan las rodillas.

Con la misma rapidez con que había llegado, la mirada de Richard siguió adelante. Nadie salvo Kahlan habría sabido que la había mirado directamente, y, de haberlo hecho, no habrían comprendido el motivo.

Kahlan comprendió.

Él estaba comprobando la posición en que estaba ella.

Había llegado el momento para el que Richard se había pintado con aquellos símbolos extraños. Había llegado el momento para el cual había mantenido la puntuación igualada. Había aplastado a todos los demás equipos con los que se habían enfrentado para estar seguro de hallarse aquí, en ese lugar, en ese momento.

Ella no podía imaginar por qué, pero era para ese momento.

Richard profirió de improviso un grito de batalla e inició la carga.

Al verle cubierto con los aterradores símbolos rojos, los músculos en tensión, la colérica mirada de rapaz, el poder concentrado en lo que hacía, la soltura con que se movía... Kahlan pensó que su desbocado corazón podría acabar estallando.

Todos los ojos estaban puestos en Richard mientras corría con el broc bajo el brazo izquierdo. La multitud, en tensa expectación, contenía la respiración. También Kahlan, que había dado un paso al frente, permanecía paralizada.

El equipo de Jagang, en el otro extremo del campo, inició su acometida para detener la carga. Si podían impedir que el equipo de Richard marcara, ganarían el campeonato. Eran jugadores experimentados que sabían que la victoria estaba al alcance de su mano y no tenían la intención de permitir que se les escapara.

Richard, escudado por los bloqueadores y el alero que le quedaba, atajó hacia la derecha. Fue pegado al borde derecho del campo mientras corría a una velocidad vertiginosa. Las llamas de las antorchas silbaron y aletearon cuando pasó como una exhalación junto a ellas. Varias mujeres alargaron los brazos para intentar tocarle mientras aullaban.

Richard estuvo de repente justo allí, delante de ellos, pasando a toda velocidad ante el emperador. Jagang dio la impresión de querer placar él mismo a Richard cuando éste pasó.

Kahlan esperó que Richard se detuviera, girara hacia el emperador y lo matara con la misma eficiencia con que había matado a otros, pero no lo hizo. Ni siquiera echó una ojeada mientras pasaba como una exhalación.

Richard tuvo su oportunidad de asesinarlo y no la había aprovechado.

Kahlan no podía imaginar por qué no lo había hecho, si como Nicci pensaba, él había tenido realmente intención de hacer algo. A lo mejor no eran más que ilusiones por parte de Nicci... y de Kahlan.

En un instante Richard y sus hombres ya habían pasado y desaparecido campo adelante.

Los hombres del equipo de Jagang, observando cómo se acercaban y viendo que estaban relativamente pegados unos a otros en su carga, en lugar de desperdigados por todo el terreno como habían hecho en ocasiones pasadas, convergieron para formar una barrera infranqueable de hueso y músculo para detener su avance.

En los últimos turnos el equipo del emperador había impedido marcar al de Richard. Sabían que ganarían si se limitaban a contener al adversario y le impedían marcar durante su turno. De todos modos, parecían querer más. No tan sólo ganar; querían

castigar a los aspirantes. Parecían ferozmente determinados a poner fin a aquello del modo más brutal posible.

Mientras corrían, los hombres de Richard, en vez de dispersarse o moverse hacia posiciones designadas, de un modo repentino e inexplicable, se juntaron. Aún más sorprendente, formaron una única columna, con los hombres de mayor tamaño al frente. Cada hombre alargó el brazo y sujetó una mano al hombro del situado delante, trabando la columna. Sus largas zancadas se movían al unísono.

En un instante, todo el equipo de Richard había pasado a formar un sólido ariete humano.

Aquella columna, con Richard cerca de la parte posterior, no avanzaba muy rápido, pero no necesitaban ir de prisa, su peso conjunto les proporcionaba un ímpetu pasmoso.

Aun cuando los hombretones del equipo de Jagang se prepararon a nivel individual, la desbocada fila de hombres se abrió paso de forma demoledora entre ellos, como un tronco de árbol a través de la puerta de un indigente.

Todos los jugadores de Jagang estaban acostumbrados a que su colosal tamaño les fuera de gran utilidad pero, no obstante lo fornidos que eran, no eran rival para el peso ingente de todo el equipo de Richard incrustándose contra ellos de un modo tan concentrado. Con un peso tan aplastante, la columna pasó a través sin ver aminorada su velocidad, arrollando a los bloqueadores defensores.

Algunos de los hombres de Richard situados delante fueron arrancados por la violencia del contacto, pero a medida que cada uno se desprendía, éste dejaba a un nuevo hombre en cabeza, de modo que la fila permanecía mientras rebasaba la barrera defensiva.

En cuanto estuvieron en el territorio de los defensores y en la primera línea de lanzamiento, mucho antes de alcanzar la zona de puntuación habitual, la columna se deshizo, chocando contra los bloqueadores que convergían sobre ellos. Por un instante, la acción abrió una pequeña zona segura para Richard.

Alzó y lanzó el broc desde aquella línea posterior. Había mucha distancia hasta la red y, mientras el balón describía un arco en el aire nocturno, iluminado por antorchas, la multitud se inclinó al frente como una sola persona, todo el mundo conteniendo la respiración, todos los ojos observando con atención.

Con un fuerte golpe sordo, el broc aterrizó firmemente en la red, marcando dos puntos.

La multitud estalló en un rugido atronador, que hizo temblar el aire y estremecerse el suelo.

El equipo de Richard iba ahora un punto por delante. Al equipo del emperador no le quedaban más turnos, no había modo de que ganaran. Aun cuando al equipo de Richard le quedaba tiempo de juego, no lo necesitaban. El partido estaba ya ganado, aunque no hubiera finalizado y la arena del reloj de arena siguiera cayendo.

El emperador Jagang se quedó con un rostro inexpresivo. Los guardias, con semblante sombrío, usaron todo su peso para mantener atrás a la entusiasmada multitud mientras las aclamaciones proseguían sin perder su intensidad.

Jagang alzó por fin un brazo bien alto y las enloquecidas celebraciones empezaron a apagarse a medida que la atención se desviaba para ver lo que haría el emperador. Jagang hizo una señal al árbitro para que se acercara.

Kahlan intercambió una breve mirada con Nicci. No pudieron oír nada mientras los hombres conferenciaban, con las cabezas muy juntas.

El árbitro, con semblante un tanto pálido, dedicó al emperador un movimiento afirmativo con la cabeza y luego corrió al centro del campo, alzando una mano para indicar una resolución.

—El hombre punta del equipo aspirante salió de los límites del campo mientras corría a lo largo de la banda —gritó el árbitro—. Los dos últimos puntos no cuentan. El equipo de su Excelencia todavía gana por uno. El juego debe reanudarse hasta que se agote el tiempo.

Si la muchedumbre había enloquecido cuando Richard marcó, ahora la embargó una furia delirante. Todo el ejército que contemplaba el partido estaba sumido en el caos.

Richard, sin embargo, no parecía en absoluto alterado por la resolución. De hecho, ya estaba situado en su extremo del campo, junto con sus compañeros, como si lo hubiera esperado. Sus hombres, con aspecto de estar concentrados en su tarea, tampoco parecían desanimados.

Cuando el árbitro les arrojó el broc, estaban preparados. En el Ja'La, el juego no podía interrumpirse. El equipo de Jagang, por otra parte, había estado celebrando el repentino cambio en su suerte y no había formado aún para defender. El equipo de Richard, al que quedaba poco tiempo, no perdió ni un instante e inició la carga de inmediato.

En su carrera por el terreno de juego fueron hacia el lado izquierdo en esta ocasión, el lado opuesto al de Kahlan. Una vez más, formaron la misma columna compacta, con la mano de cada hombre descansando en el hombro del jugador situado delante. La diferencia era que esta vez permanecían bien lejos de la banda; lo bastante lejos para que cualquiera, en especial la muchedumbre de aquel lado del campo, pudiera ver que no estaban en absoluto cerca del límite.

El equipo de Jagang vio lo que se acercaba pero todavía no habían organizado una defensa para detener la formación que se les venía encima. Comprendieron el riesgo y corrieron a cerrar el paso a los contrincantes.

Cuando el equipo de Richard se abrió paso, imparable, por la red de bloqueadores y alcanzó la misma zona de puntuación que en la jugada anterior, los atacantes volvieron a dispersarse para crear un espacio seguro y proteger a su hombre punta. En aquel instante, libre de defensores, Richard lanzó el broc.

Éste voló por encima de los brazos extendidos del equipo de Jagang y entró con un golpe sordo en la red, obteniendo dos puntos.

La muchedumbre prorrumpió en enloquecidos vítores.

El cuerno sonó, apenas se oía por encima de atronador ruido.

El partido había finalizado. El equipo de Richard había ganado el campeonato... por dos veces.

Jagang, con el rostro rojo de cólera, dio un largo paso atrás, estiró el brazo, aferró la parte superior del brazo de Nicci y tiró violentamente de ella hacia delante para colocarla a su lado.

Y alzó con energía el otro brazo en el aire. El árbitro y sus asistentes se quedaron paralizados, observando a Jagang. Los vítores perdieron intensidad y la consternada multitud calló poco a poco.

—¡Su hombre punta pasó por encima de la línea divisoria! — rugió Jagang—. ¡Salió del terreno!

Cuando Richard había llevado a cabo la jugada la vez anterior, puesto que había estado tan cerca, Kahlan había podido ver que no sobrepasaba la línea divisoria. De hecho, las personas a lo largo de la línea divisoria había estado alargando los brazos, intentando tocarle, y él había estado fuera de su alcance. Esta vez, incluso si Richard hubiera corrido fuera de la línea, no había modo de que Jagang pudiera haberle visto desde el otro extremo del campo.

—¡La jugada fue nula! —chilló Jagang—. ¡Esos puntos no son válidos! ¡El equipo real ha ganado el campeonato!

Los espectadores lo contemplaron fijamente con incredulidad.

—¡Jagang el Justo ha hablado! —gritó Nicci a la multitud, mofándose del decreto de Jagang.

Richard acababa de obligar a Jagang el Justo a demostrar a todos que, bajo la Orden, la justicia era inexistente. Y Nicci había retorcido el cuchillo por él.

Jagang le asestó un revés con tanta fuerza que la derribó cuan larga era a los pies de Kahlan.

Los partidarios del equipo del emperador enloquecieron de júbilo. Muchos saltaban mientras chillaban y vitoreaban, como si ellos mismos hubieran conseguido algo.

Los partidarios del equipo de Richard se enfurecieron.

Kahlan, conteniendo la respiración, agarró el cuchillo, comprobando la posición de los guardias mientras Jillian se inclinaba para ayudar a la mujer que sangraba en el suelo a los pies de ambas.

Partidarios del equipo de Jagang gritaban pullas a hombres que les gritaban que su equipo lo componían tramposos y que habían perdido. Empezaron a darse empujones entre sí. Los puños empezaron a volar. Se desenvainaron armas.

En un instante todo el campamento se había amotinado.

Las laderas repletas de público parecieron quebrarse, luego de improviso parecieron empezar a precipitarse en dirección al campo de Ja'La. En el frenético tumulto que se desencadenó dio la impresión de que todo el ejército se había enzarzado en una batalla campal.

Kahlan no lo habría creído posible, pero Nicci tenía razón.

Richard acababa de iniciar una guerra.

8

La guardia de Jagang hacía esfuerzos titánicos, presionando con las espaldas para mantener atrás a la turba de cada lado. Un emperador enfurecido observaba mientras un combate feroz estallaba a su alrededor, pero no hacía ningún movimiento para retirarse a un lugar seguro. Incluso daba la impresión de no desear otra cosa que tomar parte en la batalla. Pero sus guardias hacían todo lo que podían para mantener tal batalla lo más lejos posible de él.

Kahlan divisó a Richard en el extremo opuesto del campo. A la luz de las antorchas su pintura roja destacaba como una advertencia de que el inframundo mismo estaba a punto de abrirse y engullirlos a todos. Detrás de él y de los hombres de su equipo toda la ladera estaba descontrolada. La violencia generada por el alcohol, el odio desatado y el ansia de sangre discurrían sin freno.

Kahlan, tras evaluar a su media docena de custodios especiales y ver que por el momento les preocupaba más proteger la vida del emperador que vigilarla a ella, se acuclilló junto a Jillian. Hilillos de sangre cruzaban el rostro de Nicci. Una línea de moretones causados por los anillos de Jagang discurría en ángulo ascendente por su mejilla. La mujer estaba aturdida pero parecía que despertaba.

—Nicci —susurró Kahlan en tono apremiante a la vez que alzaba con delicadeza la cabeza y hombros de la mujer—, ¿estás malherida?

Los ojos azules de Nicci pestañearon, intentando distinguir el rostro de Kahlan.

—¿Qué?

—¿Estás herida de gravedad? —Con un dedo, Kahlan apartó unos mechones de pelo rubio fuera de los ojos de Nicci—. ¿Tienes algo roto?

Nicci alzó la mano y se palpó el rostro. Movió la mandíbula de lado a lado, comprobando su funcionamiento.

—Creo que estoy bien.

—Tienes que levantarte. No creo que podamos permanecer aquí mucho tiempo. Richard ha iniciado su guerra.

Pese a su dolor, Nicci sonrió. Ella jamás había albergado dudas al respecto.

Kahlan se levantó, ayudando a Jillian a poner en pie a una Nicci todavía insegura. Jillian pasó un brazo por la cintura de la hechicera, ayudando a sostenerla. Nicci colocó un brazo sobre los hombros de la muchacha para apoyarse.

Jagang, echando una ojeada atrás, vio a Kahlan ayudando a Nicci a levantarse. Señaló a Kahlan con una mano mientras con la otra agarraba la camisa de uno de los guardias especiales y lo empujaba en dirección a Kahlan.

—No la perdáis de vista —masculló.

Aquellos hombres, los únicos que había allí que podían verla —además de Jagang y Richard— abandonaron sus esfuerzos por ayudar a contener las hordas de soldados que disputaban y se apresuraron a obedecer al emperador.

En medio de la confusión y el caos, los guardias regulares de Jagang, junto con un contingente de sus omnipresentes guardaespaldas, rechazaban furiosamente a la arremolinada muchedumbre que chillaba y peleaba a su alrededor. Los guardias de Jagang eran todos forzudos y de gran tamaño, pero apenas si podían mantener a los soldados regulares atrás. Centímetro a centímetro, empezaban a perder terreno.

Aquellos soldados regulares en realidad no estaban interesados en luchar con los guardias de Jagang, ni con el emperador —estaban por completo ocupados en pelear unos contra otros, inmersos en las pasiones de una riña de borrachos—, pero la pelea avanzaba sin embargo hacia el emperador.

Jagang gritó a sus guardias, enojado porque estaban siendo demasiado indulgentes. Les ordenó que destriparan a todos aquellos que retrocedían. Kahlan no pensó que a Jagang le preocupara en absoluto su seguridad, sino que era más bien indignación ante tal falta de respeto por su emperador.

Los guardias no vacilaron. Empezaron a matar a aquellos que presionaban para abrirse paso hacia ellos. Jagang agarró una espada corta cuando uno de sus guardaespaldas se la ofreció, y empezó a asestar tajos a ambos lados. Por encima del fragor del combate, los alaridos de los que caían apenas podían oírse.

No era tanto que los soldados de las proximidades involucrados en el motín desobedecieran de un modo deliberado las órdenes de retroceder; la realidad era que no tenían ninguna elección al respecto. Los estaba comprimiendo el alud de hombres de la ladera. A medida que toda la multitud quedaba inmersa en la batalla, los espectadores de la parte más cercana al campo de Ja'La quedaban atrapados en aquella aglomeración que descendía y eran transportados sin poderlo evitar hasta las mortíferas espadas de los guardias de Jagang.

Kahlan echó una ojeada al tumulto en el terreno de juego. Pestañeó ante lo que vio.

Richard tenía un arco.

Y tenía colocada una flecha. Y tenía una segunda flecha entre los dientes.

Jagang estaba en el centro de sus guardias, con una espada corta ensangrentada bien agarrada mientras gritaba órdenes. Contemplaba con sus iracundos ojos negros a los

soldados situados más allá, que combatían y morían disputando sobre quién había ganado al Ja'La dh Jin. Jagang señalaba con la mano libre, chillando órdenes, dirigiendo a sus leales para que mantuvieran atrás a la turba.

Kahlan miró más allá y vio a Richard con la cuerda del arco tensada ya contra la mejilla. En un abrir y cerrar de ojos, la flecha había salido disparada.

Contuvo la respiración mientras contemplaba cómo la flecha de afiladísima hoja de acero volaba. Casi con la misma rapidez con que salió la primera, otra la siguió.

Justo antes de que la primera pudiera dar en el blanco, uno de los guardias de Jagang giró al oír apremiantes solicitudes de ayuda por parte de otros guardas que pugnaban por hacer retroceder a un grupo de soldados que se habían abierto paso entre sus filas. El hombre pasó a la carrera por delante del emperador, y al pasar recibió la primera flecha dirigida al emperador. Le alcanzó en un lado del pecho, entre la placa delantera y trasera de una gruesa coraza de cuero. La flecha penetró lo suficiente para haber alcanzado el corazón y, a juzgar por el modo en que el hombre se tambaleó, así fue.

Sorprendido, Jagang se giró un poco, dando medio paso atrás cuando el hombre lanzó un quejido mientras caía. Aquel medio paso le salvó la vida, porque la segunda flecha alcanzó a Jagang en el lado derecho del pecho. De no haberse movido, habría recibido la segunda flecha en el centro del corazón.

Kahlan no podía creer que con tal clamor, desorden y confusión, combates furiosos, cólera, miedo, dolor y muerte por todas partes, Richard pudiera haber efectuado un disparo así.

Al mismo tiempo no podía creer que hubiera fallado el tiro.

Con una flecha profundamente clavada en el pecho, Jagang trastabilló. Al tiempo que caía de rodillas, sus guardias corrieron como locos a rodearlo y formar una barrera para prevenir que más flechas consiguieran darle. Kahlan perdió de vista al emperador tras la apretada cortina de guardaespaldas.

Utilizó ese instante de commoción entre sus guardias especiales para hundir con fuerza el cuchillo que tenía en la mano derecha en un riñón de uno de sus custodios mientras éste contemplaba a Jagang. Luego clavó el arma de la mano izquierda en el vientre de otro hombre cuando éste se giró hacia ella y empujó hacia arriba el cuchillo, abriéndole en canal. Un tercer guardia abandonó la protección del emperador y cargó hacia ella. Jillian le puso la zancadilla cuando pasó corriendo. Kahlan le alcanzó la garganta con el cuchillo cuando cayó por delante de ella, y con un veloz movimiento le rebanó el cuello.

Se giró y vio a Richard en el otro lado del terreno de juego.

Tenía una espada.

Cuando otro guardia fue hacia allí para desarmarla, Nicci le clavó su cuchillo en la espalda. El hombre se revolvió, chillando sorprendido a la vez que alargaba el brazo por encima del hombro, hacia la herida. Ella lo apuñaló dos veces en el pecho... con golpes veloces y potentes. El desgraciado dio un traspié, intentando rodearla con los brazos para

mantenerse en pie, pero no pudo y cayó al suelo. Para no ser una experta en el uso de cuchillos, Nicci parecía haber averiguado muy bien cómo funcionaban.

Un quinto hombre agarró a Jillian, intentando usarla como escudo mientras iba a por Kahlan. Ésta acuchilló el antebrazo que rodeaba el cuello de Jillian, cortando a través de músculo y tendones hasta llegar al hueso. Cuando él reculó con un grito de dolor, Jillian se liberó. Cuando el hombre arremetía contra Kahlan, ésta utilizó el impulso de su atacante para ensartarlo con el cuchillo que llevaba en la otra mano.

Dio un brusco tirón ascendente a la hoja hasta alcanzar las costillas. Los ojos del soldado se abrieron como platos por la sorpresa. Kahlan se hizo a un lado mientras él caía por delante de ella, con las tripas fuera. En toda la confusión reinante no vio al sexto guarda especial, pero sabía que estaba por allí.

La masa de espectadores de la ladera situada detrás de Richard no dejaba de resbalar hacia abajo, penetrando en tropel en el campo de Ja'La La mayoría de los arqueros ya habían sido arrollados por la arremolinada muchedumbre. Debido a que muchos de los hombres que sostenían las antorchas hacía mucho que habían sido a su vez aplastados contra el suelo por la batalla que descendía sobre ellos, la oscuridad era cada vez mayor. Empezaba a resultar difícil ver.

El campo de Ja'La estaba siendo inundado por combatientes. Había hombres que luchaban por su vida, otros por segarlas. Otros más, borrachos tras un día de celebraciones durante los partidos de Ja'La, peleaban por pelear. El suelo estaba cubierto de heridos de gravedad. Por todas partes, los heridos aullaban de dolor. Nadie los ayudaba.

Pronto hubo tantos rostros cubiertos de rojo que cada vez era más difícil seguir la pista de Richard. Lo que hacía muy poco le había hecho destacar ahora servía para ocultarlo. Unos momentos antes había resultado llamativo, ahora era un fantasma en medio del caos.

Los soldados estaban enfurecidos y con ganas de matar. Se blandían hachas, se cercenaban brazos, se hendían cráneos y se abrían pechos a tajos.

A pesar de que era cada vez más difícil hacerlo, Kahlan no perdía a Richard de vista mientras éste era atacado por soldados. Para muchos, era el objeto de su ira. Era responsable de la blasfemia cometida contra la Orden Imperial: quien había osado pensar que podía derrotar al equipo del emperador.

Él había logrado lo inconcebible, y lo odiaban por ello. Por lo que veían como arrogancia.

Kahlan supuso que creían que debería haber fallado, deliberadamente si era necesario. El fracaso era un motivo de rencor que daba rienda suelta a su odio cada vez que alguien tenía éxito en algo, en cualquier cosa. Al éxito había que aplastarlo. Ésas eran las bestias que formaban la Orden con sus enseñanzas. Las creencias de la Orden precisaban de bestias para imponerse.

Mientras Richard cruzaba el terreno, yendo hacia Kahlan, no dejaban de atacarlo. Él abatía a sus asaltantes con sumaria serenidad. Avanzaba metódicamente por el terreno de juego. Aquellos que intentaban detenerlo morían.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó una asustada Jillian.

Kahlan echó una veloz mirada en derredor. No había ningún sitio al que escapar. El ejército de la Orden Imperial las rodeaba por todas partes. No había una ruta de escape. Kahlan, al ser invisible para la mayoría, podía escapar, pero no estaba dispuesta a abandonar a Jillian y a Nicci para que se las arreglaran solas entre tales animales. Incluso aunque quisiera hacerlo, de todos modos, llevaba el collar al cuello.

—Es necesario que nos quedemos aquí —dijo Nicci.

Kahlan, que sabía que no existía forma de que pudieran huir, de todos modos, contempló intrigada a la otra mujer.

—¿Por qué?

—Porque Richard lo va a tener difícil para encontrarnos si nos alejamos de aquí.

Kahlan no pensaba realmente que hubiera nada que él pudiera hacer. Al fin y al cabo, Nicci y ella llevaban collares alrededor del cuello. Jagang podría haber resultado herido, pero seguía consciente. Si intentaban huir las detendría con aquellos collares... o algo peor. Ella estaba dispuesta a ponerlo a prueba, pero no hasta que viera una oportunidad que valiera la pena.

Siempre era posible que Richard consiguiera acabar con Jagang. Entonces tendrían una posibilidad... a condición de que la hermana Ulicia o la hermana Armina no aparecieran. Jagang era un Caminante de los Sueños y, por lo que Kahlan sabía, ya podría haber utilizado el control de sus mentes para hacerlas acudir corriendo en su ayuda.

Abrazando con fuerza a Jillian, Kahlan miró en derredor. Nicci protegía a la muchacha desde el otro lado. La turba estaba poseída por un frenesí asesino.

Kahlan asintió.

—Por el momento estamos más seguras aquí, protegidas por los guardias de Jagang. Aunque, tal y como van las cosas, eso puede que no dure mucho.

Por todas partes los hombres seguían peleando. Jagang estaba de rodillas, en el centro de sus guardias, con las manos sobre el pecho. Algunos de los guardias se habían arrodillado junto a él para sostenerlo y abrirse paso. Otros gritaban órdenes urgentes para que trajeran a una Hermana. El terreno alrededor de la zona de observación del emperador empezaba a resultar resbaladizo debido a la sangre y las vísceras.

Kahlan permanecía petrificada, contemplando a Richard.

Se abalanzaban hombres sobre él desde todas direcciones, intentando matarlo, y él pasaba entre ellos como si fuera un fantasma. De un modo muy parecido a como había eludido a los bloqueadores, se agachaba a un lado cuando las espadas oscilaban en su dirección, esquivaba estocadas y se deslizaba entre los hombres cuando intentaban

cercarlo. Cuando lanzaba una estocada, ésta era veloz y certera. Era la viva imagen de la economía de movimientos, sin hacer nunca más de lo necesario mientras se abría paso por el campo de Ja'La. A su alrededor decenas de miles de hombres combatían en una batalla tumultuosa.

Richard era un punto de serenidad en aquel mar del caos.

Su espada centelleaba y caían hombres. Ni siquiera se molestaba en matar a muchos, se limitaba a apartarlos de su camino después de que hubieran lanzado una estocada o blandido sus espadas contra él. Cuando uno arremetió contra él con un cuchillo, Richard lo decapitó.

Kahlan observaba cautivada.

Comprendía el modo en que él utilizaba una espada.

Era del todo distinto al modo en que cualquiera de los hombres que los rodeaban lo hacía. Y era, en cierto modo, como contemplarse a sí misma en el fragor del combate. Aun cuando cogía a los soldados por sorpresa, ella a menudo sabía lo que Richard iba a hacer antes de que lo hiciera.

En algunos aspectos él combatía de un modo diferente a como lo hacía ella, pero en muchos aspectos tenía mucho en común con el modo en que ella utilizaba un cuchillo. Él era más fuerte que ella, y por lo tanto usaba su fuerza cuando le proporcionaba ventaja, pero con todo tenía mucho en común con su forma de manejar un arma.

Desde luego, no podía recordar nada anterior al momento en que las Hermanas la habían capturado y utilizado el hechizo Cadena de Fuego sobre ella, así que supuso que tenía que haberlo aprendido de alguien, y aquel alguien había peleado como Richard.

Aun cuando era fuerte, Richard conservaba las energías, utilizando tan sólo la fuerza necesaria. No iba a por otros. Aguardaba hasta que iban a por él. No efectuaba grandes movimientos, en su lugar usaba el impulso del adversario en su contra, colocando la espada donde necesitaba estar, de modo que, cuando llegaban, ellos mismos se la clavaban. Parecía saber qué iban a hacer y donde estarían antes de que ellos lo supieran, y usaba aquella información contra ellos.

Y al mismo tiempo que avanzaba a través de la refriega, su mirada jamás estaba lejos de ella.

Sin embargo, a pesar de cómo se deshacía de los adversarios mientras avanzaba sin pausa por el terreno de juego, no era más que un hombre, el ejército que lo rodeaba no era algo que pudiera superar con facilidad. A pesar de la valentía con la que combatía, aquel ejército de hombres se iba arremolinando a su alrededor.

Al cabo de otro instante, Kahlan ya no pudo verle.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jillian.

Kahlan vio que Jagang tosía sangre, tenía problemas para respirar.

—Creo que es necesario que empezamos a movernos.

—No podemos —dijo Nicci—. Si Richard no puede encontramos, estamos perdidas. Kahlan indicó con un ademán el caos que las envolvía.

—¿Qué crees que va a poder hacer?

—A estas alturas —repuso Nicci—, yo pensaba que ya habrías aprendido a no subestimarle.

—Nicci tiene razón —dijo Jillian—. E incluso le he visto regresar del mundo de los muertos.

**9**

Kahlan sólo pudo extrañarse ante la afirmación de Jillian. Ahora sabía que aquel hombre podía de verdad iniciar una guerra, pero no creía realmente que pudiera ir al inframundo y regresar. No obstante, observando la peligrosa turbamulta que se desplegaba a su alrededor, supo que no era el momento ni el lugar para discutirlo.

Escudriñó la confusión de desenfrenada violencia, buscando una salida. Si Jagang moría, o aunque sólo perdiera el conocimiento, podría sacar a Jillian, Nicci y a ella misma de allí. Se preguntó si importaba si Jagang, siendo un Caminante de los Sueños, estaba inconsciente o no. Le preocupaba que incluso en un estado de inconsciencia pudiera todavía ser capaz de controlarlas mediante los collares.

Si Jagang moría o perdía el conocimiento, y no era capaz de detener a Nicci y a Kahlan mediante los collares, todavía estaba la cuestión del enorme ejército que las rodeaba. Kahlan era invisible para prácticamente todos los hombres que tenían en derredor, pero Jillian y Nicci no lo eran. Conseguir hacer pasar a una mujer con el aspecto de Nicci y a una jovencita como Jillian a través de todos aquellos hombres no sería fácil.

—¿De verdad piensas que Richard puede sacarnos de aquí? —preguntó a Nicci.

La mujer asintió.

—Con mi ayuda. Creo que sé un modo.

Kahlan no pensaba que Nicci fuera la clase de mujer que fuera a poner su fe únicamente en una esperanza y una oración. Durante el calvario al que la había sometido Jagang jamás había intentado aferrarse a ilusiones falsas o esperanzas vanas de salvación. Si decía que conocía un modo, Kahlan se sentía inclinada a pensar que no hablaba por hablar.

Más allá, a través de una brecha en la batalla campal, Kahlan divisó a Richard. Éste lanzó una estocada al frente, atravesando a un soldado antes de que pudiera blandir su propia espada. Richard, cubierto con los símbolos de color rojo sangre, extrajo de inmediato la espada del muerto y aprovechó el movimiento hacia atrás para estrellar el pomo en el rostro del hombre que arremetía contra él por detrás.

—Ésta puede ser nuestra única oportunidad —dijo Kahlan.

Nicci estiró el cuello para comprobar los progresos de Richard antes de volver a echar una ojeada a la confusión en torno al emperador herido.

—No creo que tengamos una mejor. Creo que es ahora o nunca. Con estos collares, no obstante...

—Si Jagang está lo bastante distraído podría no detenernos.

Nicci lanzó a Kahlan una mirada que sugería lo estúpida que era tal idea.

—Ahora, escuchadme —dijo—. Si algo sale mal, haré lo que pueda para encargarme de que tú, Jillian y Richard tengáis una posibilidad de huir —Nicci alzó un dedo admonitorio—. Si llega ese momento, aprovechad esa oportunidad... ¿me oís? Si llega ese momento, no os atreváis a desperdiciar esa oportunidad. ¿Comprendido?

A Kahlan no le gustó que Nicci pensara en sacrificar su vida para darles una posibilidad de huir. También se preguntó por qué Nicci pensaba que era más importante que Kahlan viviera en vez de ella.

—Si me prometes que no considerarás siquiera hacer tal cosa a menos que no haya absolutamente ningún otro modo... Preferiría hallar un modo de sacarnos a todas de esto.

—Es la única vida que tengo —replicó Nicci—. Quiero conservarla, si es eso lo que te estás preguntando.

Kahlan sonrió y puso una mano en el hombro de Jillian.

—Quédate cerca, pero no estorbes si tengo que usar un cuchillo.

Y no temas usar el tuyo si tienes que hacerlo.

Jillian asintió mientras Kahlan la conducía hacia donde había visto por última vez a Richard. Nicci permaneció a poca distancia detrás de Jillian.

Antes de que Kahlan hubiera dado una docena de pasos, el comandante Karg, montado en un enorme caballo de guerra, se abrió paso entre la muralla de combatientes que había detrás de ellas. El enorme caballo resopló su disgusto ante los hombres que se interponían en su camino.

El comandante, encabezando una amplia fuerza de guardias reales, miró en derredor para evaluar la situación. Al igual que los soldados que custodiaban a Jagang, los recién llegados eran combatientes de élite. Eran todos fornidos e iban armados hasta los dientes; y parecía haber miles de ellos. La violencia que pusieron en acción no tenía parangón. Entraron en tropel entre los soldados regulares en medio de una oleada de sangre.

No mucho más allá, tras los guardias reales, Kahlan vio alzarse goterones de fuego en el cielo nocturno. El resplandor rojo iluminó los rostros tensos de los combatientes. A quién combatían parecía haber perdido su importancia. Los soldados daban la impresión de haber enloquecido en un mundo que se había vuelto loco. Era un sálvese quien pueda, excepto para la guardia real, que sí tenían una idea clara de a quién combatían: a cualquiera salvo ellos mismos.

—Vienen Hermanas —anunció Nicci mientras observaba las llamas y el humo que ascendían hacia el negro cielo—. No tenemos mucho tiempo. Intentad manteneos fuera de la vista de la guardia.

Kahlan asintió mientras se abría paso con cautela, junto con Jillian, en una dirección que las alejaba del grupo principal que luchaba por entrar. Nicci tenía un plan para sacarlas de allí. Su intención era bordear la confrontación principal entre los soldados regulares y la guardia real a la vez que iban hacia donde había visto a Richard la última vez, esperando no alejarse mucho del camino que seguía Richard para alcanzarlas. Al mismo tiempo quería mantenerse lejos de la guardia de élite, sería un enemigo muy distinto de los soldados regulares.

El comandante Karg saltó del caballo.

—¿Dónde está Jagang? —gritó a la barrera de guardias que protegían al emperador herido.

—Le han disparado una flecha —dijo un oficial a la vez que hacía una seña a los demás para que dejaran pasar al comandante.

Kahlan vio a Jagang, entonces, todavía de rodillas, sostenido por un hombre fornido acuclillado a cada lado. Estaba pálido pero consciente. Tenía problemas para respirar, tosía de vez en cuando y dejaba pequeñas manchas oscuras de sangre en su barbilla con una mano aferraba la flecha que sobresalía del lado derecho del pecho.

—¡Una flecha! —chilló Karg—. ¿Cómo, en el nombre de la Creación, sucedió eso?

El oficial agarró a Karg por la cota de malla y lo acercó a él con un violento tirón.

—¡Tú hombre le disparó!

El comandante Karg lo fulminó con la mirada a la vez que alzaba la barbilla del oficial con la punta de un cuchillo.

—Quítame las manos de encima.

El hombre soltó al comandante, pero le devolvió la mirada iracunda.

—Ahora, ¿qué es eso que dices sobre mi hombre? —preguntó Karg.

—Fue tu hombre punta. Le disparó una flecha al emperador.

El semblante de Karg se ensombreció.

—Entonces lo mataré yo mismo.

—Si no lo matamos nosotros primero.

—Estupendo. Hacedlo vosotros, entonces. No me importa en realidad quién lo mate... siempre y cuando esté muerto. Es peligroso. No quiero que ande suelto para hacer más daño. Sólo traedme su cabeza para que sepa que se ha acabado.

—Considéralo hecho —respondió el oficial.

Karg hizo caso omiso de la fanfarronada del otro y empezó a empujar hombres fuera de su camino.

—¡Poned en pie al emperador! —chilló a voz en cuello a la pared de guardias que rodeaba a Jagang—. Vamos a llevarlo a su tienda. Allí hay Hermanas que pueden ayudarle. No podemos hacer nada aquí.

Nadie lo discutió. Unos guardias ayudaron a Jagang a alzarse. Dos hombres, uno a cada lado, pusieron los hombros bajo sus brazos, sosteniéndole.

—Karg —dijo Jagang con voz débil.

El comandante se le acercó.

—¿Sí, Excelencia?

Una sonrisa irónica apareció en el rostro del herido.

—Me alegro de verte. Imagino que te la has ganado durante un tiempo.

El comandante Karg compartió una breve sonrisa maliciosa con el emperador antes de girar y chillar a los guardias.

—¡En marcha!

Jillian aferró a Kahlan por un lado, Nicci por el otro, mientras seguían escabulléndose hacia un lado, intentando no ser vistas. Los guardias que ayudaban a Jagang empezaron a sacarlo de allí. Los hombres que el comandante Karg había traído con él volvieron a abrirse paso a machetazos y cuchilladas a través de la batalla.

Kahlan sintió pavor ante la idea de volver a estar en la tienda de Jagang. Al mismo tiempo que no perdía de vista del todo a los guardias, miró atrás, buscando, pero no vio a Richard.

Soldados borrachos y enfurecidos seguían combatiendo alrededor de las tres mientras Kahlan observaba como los guardias del emperador comenzaban a organizar una cuña al frente para despejar un sendero que los llevara a la tienda del emperador.

Casi todas las antorchas hacía rato que se habían apagado. Los guardias habían traído algunas, pero no estaban cerca. Kahlan ni siquiera podía ver ya el campo de Ja'La. Incluso la meseta que se alzaba por encima de las llanuras Azrith parecía haber desaparecido en la negrura.

Con un ruido sordo que hacía temblar el suelo, ascendían llamaradas a medida que las Hermanas utilizaban su poder para abrirse paso a través del vasto ejército amotinado para acudir al rescate de Jagang. Había habido miles de hombres en el partido de Ja'La, y no daba la impresión de que ninguno estuviera huyendo del lugar. Ahora los guardias que protegían al emperador necesitaban escapar de aquella turba.

También Kahlan, Jillian y Nicci necesitaban escapar a través de la turba, pero carecían de soldados fuertemente armados para ayudarlas. Contaban, en su lugar, con pasar inadvertidas. Encorvándose para parecer inofensivas, evitaban mirar directamente a los hombres que tenían alrededor. Mantenían las capuchas de las capas subidas y las cabezas gachas mientras se escabullían poco a poco a través de bolsas de relativa calma en mitad del caos. Era una marcha lenta. Todavía no habían conseguido dejar atrás a los

guardias ocupados en combates cuerpo a cuerpo. Tenían que conseguir cruzar aquella línea de guardias, y a continuación pasar entre el ejército situado más allá.

El comandante Karg, con una sonrisa perversa en su rostro de serpiente, surgió de improviso de la oscuridad y agarró a Nicci por el brazo.

—Aquí estás. —Le echó atrás la capucha de la capa para dedicarle una buena mirada—. Tú te vienes conmigo. —Hizo una señal a uno de sus subordinados—. Lleva contigo a la chica también. Vamos a celebrar todos una fiesta.

Jillian lanzó un chillido cuando aquel individuo la arrancó de las manos de Kahlan y se la llevó a rastras siguiendo al comandante Karg y a Nicci. Cuando Jillian intentó apuñalarlo, éste le quitó el arma de la mano. Aquellos hombres no podían ver a Kahlan, o también la habrían cogido a ella.

Kahlan se colocó muy pegada a la espalda del soldado que sujetaba a Jillian. Empezó a alzar su cuchillo, pero una mano fuerte le sujetó la muñeca. Era uno de sus custodios especiales; el sexto hombre, aquel al que le había perdido la pista. Se alzaba imponente detrás de ella. Kahlan lo conocía. Era uno de los que eran más listos. No era descuidado como los demás. Todavía llevaba consigo todas sus armas.

Mientras a Nicci y a Jillian, que no dejaba de chillar, las arrastraban cada vez más lejos de Kahlan, el hombre le retorció a ésta el brazo a la espalda hasta que sus dedos perdieron sensibilidad.

Kahlan lanzó un grito de dolor, pero el semblante del individuo fue indiferente a su tormento. Ella dio patadas a las espinillas de su captor, intentando que la soltara, pero en lugar de aflojar la presión, aquel animal le retorció aún más el brazo, hasta que el dolor le impidió por completo forcejear. La llevó a empujones en la dirección en que iba el emperador.

Nicci volvió la cabeza para mirar a Kahlan mientras el comandante Karg la arrastraba a través de la confusión de hombres. Kahlan sólo pudo ver vislumbres de su cabello rubio entre los cuerpos en veloz movimiento.

La mano que la sujetaba le soltó la muñeca y la agarró por la parte superior del brazo. Aquella mano la arrastró con brusquedad de vuelta entre los hombres que combatían, de vuelta a la oscuridad. Kahlan giró, lista para oponerse a lo que era evidente que tenía intención de hacer aquel animal.

Richard estaba justo allí.

El mundo pareció detenerse.

Los ojos grises del hombre le miraban el alma.

A tan poca distancia, los extraños dibujos de color rojo en su rostro resultaban aterradores. Pero la sonrisa que había en su cara le daba el aspecto del hombre más dulce y amable del mundo.

Parecía incapaz de hacer otra cosa que sonreír mientras la miraba fijamente a los ojos. Kahlan tardó un instante en recordar cómo se respiraba.

Por fin bajó la mirada y vio al guardia especial que la había estado sujetando por la muñeca. Estaba en el suelo. Tenía la cabeza torcida en un ángulo antinatural. No parecía que respirara. Con cuerpos tumbados por todas partes, nadie prestaba ya atención. Al fin y al cabo, él no era más que un soldado, como todos los que peleaban entre sí.

Salvo que él había podido verla.

Los pensamientos de Kahlan regresaron en tropel. Pensar en que aquel cerdo tuviera a Nicci y a Jillian la hacía sentir mareada y con náuseas. Agitó la mano.

—Tenemos que ayudar a Nicci y a Jillian. El comandante Karg las tiene.

Richard no vaciló. Sus ojos grises giraron en dirección al lugar por el que Nicci había desaparecido.

—Deprisa. No te separes de mí.

Tras una docena de pasos estaban de vuelta en lo más reñido de la batalla. En esta ocasión, no obstante, no era a soldados regulares a los que tenía que enfrentarse Richard..., era a la guardia real. No pareció importarle. Avanzó a través de ellos, abatiendo hombres para despejar un sendero para ella cuando tenía que hacerlo, evitándolos cuando era posible.

Cuando uno le lanzó una estocada, Richard retrocedió, haciéndose a un lado, y seccionó el brazo del atacante, atrapando la espada antes de que chocara contra el suelo. Arrojó el arma a Kahlan. Ella la atrapó y tuvo que utilizarla al instante para detener a un soldado que iba a por Richard.

Proporcionaba una sensación agradable tener una espada en las manos. Proporcionaba una sensación agradable ser capaz de defenderse. Los dos se abrieron paso a mandobles a través de los guardias reales.

El comandante Karg echó un vistazo atrás y vio acercarse a Richard. Soltó a Nicci y sonrió burlón, listo para luchar. Los guardias que lo rodeaban vieron que el comandante quería ocuparse por sí mismo, de modo que regresaron a sus propios problemas.

—Bueno, Ruben, parece que...

Richard blandió el arma y decapitó a aquella serpiente sin ceremonias. No estaba interesado en otra cosa que no fuera lo necesario. No necesitaba darle una lección al enemigo. Tan sólo le interesaba eliminarlo.

Un guardia que había visto lo sucedido empezó a avanzar hacia Richard. Nicci le rodeó el cuello con un brazo y lo degolló con el cuchillo. El rostro del hombre mostró una sorpresa total, cayendo primero sobre una rodilla antes de desplomarse de bruces contra el suelo.

En un instante estuvieron en mitad de un combate feroz. Con tantos soldados experimentados yendo tras ellos, Richard ya no pudo refrenarse. Se internó en medio de la guardia real con ganas.

Preocupada por el hecho de que hubiera demasiados para él, Kahlan no podía dejar que lo hiciera solo. Tenía la ventaja de ser invisible y causar sus propios estragos. Hombres que esperaban combatir a Richard caían bajo su espada, que surgía de la nada. Entre los dos, estaban masacrando a la guardia.

También Nicci pasó de inmediato al ataque. Los tres tenían ahora un único propósito: abrirse paso entre los guardias reales.

—¡Tenemos que llegar a la rampa! —gritó Nicci a Richard.

Éste extrajo su espada de un adversario que caía por delante de él y miró a Nicci con el entrecejo fruncido.

—¿La rampa? ¿Estás segura?

—¡Sí!

Richard no discutió. Cambió de dirección, cubriendo a Jillian a la vez que batallaba para pasar por entre la masa de hombres fornidos, asegurándose de que ninguno de ellos podía llegar hasta ella.

Mientras avanzaban a base de cuchilladas y mandobles, Kahlan sabía que debía mantenerse alejada de Richard para que éste dispusiera del espacio que necesitaba. La mayor parte de los hombres iban tras él. Ninguno podía ver a Kahlan, así que ésta mantuvo a Jillian bien apartada del camino de Richard, de modo que los guardas no pudieran agarrarla para usarla como un escudo que les permitiera llegar hasta él. Kahlan estaba en mejores condiciones de protegerla que Nicci, e intentaba proteger a la muchacha a la que vez que también le cubría la espalda a Nicci.

Cuando uno de los guerreros de la Orden situados detrás alzó una espada para atacar a Jillian, alguien atravesó a éste por detrás.

Mientras el moribundo caía, Kahlan se encontró mirando el rostro sonriente de un hombre con unos extrañísimos ojos dorados.

—Estoy aquí para ayudarte, hermosa dama.

Incluso en la casi oscuridad, la espada del hombre refulgía.

Iba vestido como un soldado de la Orden, pero no era uno de ellos. Mientras Jillian retrocedía contra Kahlan, otro hombre intentó clavarle una espada; el individuo de los ojos dorados giró en redondo y con un mandoble de revés alcanzó al atacante en la cabeza, que estalló en pedazos de hueso y sesos.

Kahlan pestañeó, atónita.

Richard vio lo que sucedía y corrió hasta allí. El desconocido, con el semblante repentinamente enfurecido, acometió con la reluciente arma a Richard.

Richard hizo entonces la cosa más rara del mundo: se quedó quieto.

Kahlan tuvo la seguridad de que en esta ocasión iban a atravesar a Richard, pero la espada, que apenas un momento antes había hecho pedazos la cabeza de un hombre, hizo

una cosa de lo más desconcertante. Justo antes de ensartar a Richard, se desvió a un lado, como si él hubiera estado protegido por un escudo invisible.

El hombre, más enfurecido aún, volvió a lanzar una estocada, pero de nuevo la espada se desvió. El desconocido pareció no sólo sorprendido, sino preocupado. La preocupación se transformó en una mirada de fría cólera.

—¡Es mía!

Kahlan no tenía ni idea de a qué se refería. Antes de poder hacerse preguntas sobre ello, vio que Nicci se desplomaba a la vez que se llevaba las manos a la garganta.

Un nuevo pelotón de guardias reales embistió a tal velocidad y en tal número que obligó a Richard a darse la vuelta y pelear contra ellos o morir. Una nueva batalla estalló de pleno. Hombres que chillaban gritos de batalla llegaron en tropel, blandiendo espadas. Richard peleó frenéticamente, pero se vio obligado a retroceder. A medida que la oleada de enemigos llegaba, el espacio entre Richard y Kahlan empezó a ensancharse.

Kahlan empezó a atacar a los soldados que pululaban alrededor de Richard, pero el desconocido la agarró por el brazo, y tiró de ella hacia atrás para sacarla de allí.

—Tenemos que irnos. Ahora. Él puede ocuparse de esos hombres. Nos está dando una oportunidad de escapar. Tenemos que aprovecharla.

—No voy a dejar que...

Kahlan lanzó de repente un jadeo al sentir una violenta sacudida de dolor. La espada cayó de su mano. Alzó las manos hacia su garganta, aferrando el collar. Chilló aunque no quería hacerlo. El abrasador dolor era muy agudo, muy violento.

Cayó de rodillas, igual que había hecho Nicci. Lágrimas de atroz dolor brotaron de sus ojos.

—¡Vimos! —gritó el desconocido—. ¡Tenemos que escapar... date prisa!

Kahlan era incapaz de hacer nada para huir. Casi no podía ni respirar, atenazada por el desgarrador dolor.

A través de una visión empañada por las lágrimas, pudo ver el horror, la ira, del rostro de Richard mientras intentaba en vano llegar hasta ella.

Más miembros de la guardia de élite irrumpieron en el lugar, decididos a acabar con el hombre punta que había humillado al emperador e iniciado el motín. Aun cuando su espada mataba con cada estocada y los rivales caían agonizantes a su alrededor, más y más soldados arremetieron e hicieron retroceder a Richard.

Kahlan cayó de bruces sobre el duro suelo. El dolor le abrazó los nervios de la espalda y luego las piernas, provocándole espasmos. No tenía control sobre sus músculos.

El desconocido agarró el brazo de Kahlan.

—¡Vamos! ¡Tenemos que huir!

Cuando ella fue incapaz de responder, empezó a arrastrarla.

## 10

Richard vio cómo Kahlan gritaba de dolor, arañando el collar que llevaba en el cuello. El corazón le martilleó, atemorizado, mientras combatía. No obstante, sus esfuerzos frenéticos por abrirse paso a través de la pared de hombres con corazas de cuero y cotas de malla le estaba resultando imposible llegar hasta ella. De hecho, apenas si conseguía defenderse del creciente número de asaltantes.

Una mortífera variedad de armas arremetió contra él desde todas direcciones: espadas, cuchillos, hachas y lanzas. Tuvo que alterar su táctica para rechazarlas. Atravesó a un hombre que empuñaba una espada y aprovechó el movimiento hacia atrás para romper una lanza. Se agachó bajo un hacha cuando ésta pasó silbando justo por encima de su cabeza. Sabía que si cometía aunque sólo fuera un error, éste podía costarle la vida.

Durante todo ese tiempo, a pesar de combatir tan duro como jamás había combatido en su vida, se veía obligado a ceder cada vez más terreno. Era el único modo de evitar que pudieran con él. Una y otra vez volvió a atacar con furia salvaje, abriendo brechas en las filas enemigas, pero al mismo tiempo que lo hacía más hombres aparecían para ocupar el lugar de aquellos que habían caído ante su espada. En aquellas ráfagas de frenético esfuerzo lo mejor que conseguía era no perder terreno. Pero cada vez que tomaba aliento lo perdía.

Kahlan estaba tan cerca, pero tan lejos...

Jagang volvía a arrebatársela.

Richard se reprendió por no haber hecho más para intentar eliminar a Jagang. Debería haberlo intentado con más ahínco. Si aquel hombre no hubiera pasado por delante de Jagang justo en el momento equivocado, la flecha de Richard habría cumplido su tarea. Pero incluso mientras se decía que debería haber hecho más, que debería haber intentado algo más, sabía que no podía obsesionarse con lo que podría haber sido. Tenía que idear algo que pudiera hacer ahora.

A través de ojeadas brevísimas podía ver a Nicci en el suelo también. Al igual que Kahlan, la hechicera se hallaba en una situación desesperada. Richard sabía que era urgente que las ayudara. Y Samuel no estaba haciendo nada que valiera la pena.

La angustia por ellas hacía que Richard se distrajera y estaba desajustando el ritmo de sus movimientos. Falló en una estocada, dejando a su adversario con vida para volver a atacarle. Sólo una acción veloz le salvó de que la hoja le hiciera algo más que un corte superficial en un hombro. En varias ocasiones estuvo a punto de perder la vida mientras

intentaba vislumbrar a Kahlan. Había estado a punto de pasar por alto un movimiento que captó cuando ya casi era demasiado tarde. Tenía que concentrarse. No podía ayudar a Kahlan, Nicci y Jillian si estaba muerto.

Los brazos, sin embargo, le pesaban como si fueran de plomo.

Tenía las manos resbaladizas debido a la sangre. La espada no dejaba de resbalar en ellas.

Un hombre hizo girar en redondo un hacha, como para demostrar a Richard que tenía ante sí a un experto. El sujeto agarró el mango y empezó a blandir el hacha hacia abajo, con intenciones letales. En el último instante, Richard se agachó a un lado, luego, con un grito de esfuerzo, blandió su propia arma. El golpe cercenó el brazo del atacante. Richard utilizó el pie para derribar al sobresaltado tipo de espaldas, luego se agachó bajo un frenético mandoble de una espada contra su cabeza y hundió la suya en el bajo vientre del rival.

La espada que utilizaba funcionaba, pero no era su espada.

Samuel tenía su espada.

Lo que Samuel estaba haciendo allí era algo que Richard temía imaginarlo. Sin embargo, viéndole observando con atención a Kahlan, no tenía que imaginarlo.

Richard recordaba que Zedd le había contado, al entregarle por vez primera la *Espada de la Verdad*, que no podía utilizarla contra Rahl el Oscuro porque éste había puesto en funcionamiento las Cajas del Destino. Zedd dijo que durante aquel período de un año el poder de las cajas protegía a Rahl el Oscuro de la *Espada de la Verdad*.

Richard sabía que fue una estupidez hacer lo que acababa de hacer, pero tenía que poner a prueba la teoría de su abuelo. Tenía que saber hasta qué punto era cierta si quería tener éxito en lo que tenía por delante. Las Cajas del Destino estaban en funcionamiento en su nombre, y la *Espada de la Verdad* no pudo lastimarle por esa razón.

Cuando pensaba que no podía seguir adelante, utilizaba la cólera que le provocaba el espantoso peligro en que estaba Kahlan para obligarse a seguir. No sabía cuánto tiempo podría mantener tal esfuerzo. Sólo sabía que cuando parase, moriría.

Justo entonces, otro soldado se abrió paso a mandobles desde detrás de Richard, protegiendo su flanco izquierdo de un trío que atacaba desde esa dirección. Por rabillo del ojo Richard vio pintura roja.

Descargó la espada sobre un rostro en cuanto su dueño cometió el error de doblar atrás el brazo. Mientras él caía a un lado con un grito, Richard usó la oportunidad para dirigir una veloz ojeada a su izquierda.

Era Bruce.

—¿Qué haces tú aquí? —le chilló entre el entrechocar de aceros.

—¡Lo que siempre hago... protegerte!

Richard apenas podía creer que Bruce, un soldado regular de la Orden Imperial, estuviera peleando a su lado, combatiendo a la guardia real del emperador. Aquel hombre estaba cometiendo traición al combatir al lado de Richard. Supuso que vencer al equipo del emperador ya era la mayor traición. Bruce peleaba con furia. Sabía que aquél era un juego que no podían permitirse perder. Lo que le faltaba en sutileza lo compensaba en tenacidad.

Richard echó otra mirada de soslayo y vio que Samuel empezaba a llevarse a Kahlan a rastras. El rostro de la mujer era una imagen de aterrador padecimiento, y tenía los dedos ensangrentados de tanto arañar el collar.

Con un repentino fogonazo y un sonoro golpe en el aire, los soldados que rodeaban a Richard, incluido Bruce, fueron lanzados hacia atrás como por una explosión. Sin embargo no había llamas, ni humo, ni cascotes que volaran, ni el zumbido posterior a una explosión. De pie en el centro del acontecimiento, Richard se quedó con la visión borrosa y un escozor en la carne.

En todas direcciones, el bosque de fornidos guardias reales yacía derribado sobre el oscuro terreno, igual que árboles talados. A lo lejos, el rugido de la batalla seguía, pero en la zona más próxima a Richard reinaba una quietud espectral. La mayor parte de los hombres parecían estar inconscientes. Unos pocos gemían mientras intentaban moverse, pero sus brazos caían tras alzarse brevemente, como si incluso eso fuera un esfuerzo excesivo.

Un violento aguijonazo de dolor se dejó sentir de repente en la base del cráneo de Richard. Pareció como si lo hubiesen golpeado por detrás con una barra de hierro. La intensa punzada le hizo caer de rodillas. Reconoció la sensación. No lo habían golpeado con hierro. Era magia. Junto a él, Bruce yacía boca abajo.

Todavía de rodillas, Richard vio, más allá, en la distante oscuridad, a una mujer demacrada que avanzaba con paso majestuoso hacia él entre los soldados derribados. Se movía igual que un buitre vigilando una presa herida. El aspecto zarrapastroso que mostraba hizo sospechar a Richard que era una de las Hermanas de Jagang.

Incapaz de soportar el penetrante dolor que sentía en la cabeza, Richard cayó de cara al suelo. Un dolor abrasador recorría cada nervio de su cuerpo. No podía mover las piernas. Pugnó con todas sus fuerzas por levantarse, pero no consiguió que su cuerpo respondiera. Con el mayor de los esfuerzos logró por fin mover un poquitín la cabeza.

Tumbado allí, sobre el vientre, intentó desesperadamente alzarse de rodillas, pero no pudo. Miró a Kahlan a través del campo de batalla plagado de caídos. Incluso presa de un evidente dolor, ella lo miraba a su vez, preocupada por lo que le sucedía a él.

La Hermana estaba aún a cierta distancia, pero Richard sabía que se estaba quedando sin tiempo para hacer algo.

—¡Samuel! —chilló.

Samuel, que intentaba arrastrar a Kahlan por el brazo, paró en seco y miró hacia atrás, a Richard, con los dorados ojos pestañeando. Richard no podía ayudar a Kahlan. Al menos, no en el modo en que quería ayudarla.

—¡Samuel, idiota! Usa la espada para cortar el collar de su cuello.

Samuel, sujetando el brazo de Kahlan con una mano, alzó en la otra la espada que Richard tanto codiciaba, contemplándola con el entrecejo fruncido.

Richard vio que a la Hermana se acercaba más. Recordaba que en una ocasión, cuando fue llevado al Palacio de los Profetas, usó la

*Espada de la Verdad* para partir un collar de hierro que rodeaba el cuello de Du Chaillu. También recordaba la vez que había estado en Tamarang con Kahlan y usado la espada para seccionar los barrotes de la prisión. La *Espada de la Verdad* podía cortar acero.

También sabía de cuando las Hermanas le habían puesto el collar alrededor del cuello que la espada no podía atravesar un rada'han. El collar había sido cerrado y mantenido fijo con el poder de su propio don. No era tanto el acero lo que la espada no podía cortar, sospechaba Richard, sino el poder vinculante de la misma magia. Cuando se usaba el rada'han para lo que fue diseñado éste se convertía, en cierto modo, en una parte de la persona a la que estaba fijado. Por ese motivo sabía que la espada no podría cortar el collar de Nicci.

Pero el collar que Kahlan llevaba al cuello era diferente. No era el don de ésta lo que lo ligaba a ella. Sencillamente lo habían cerrado alrededor de su cuello y usado para controlarla. Richard también sospechaba que Seis podría haber proporcionado a Samuel un poco de ayuda extra. Sin lugar a dudas no era su ingenio lo que le había permitido llegar tan lejos. Cualquier habilidad adicional que ella le hubiera dado podría ayudar. Richard no estaba seguro de que fuese a funcionar, pero era la única posibilidad de Kahlan. Tenía que conseguir que Samuel lo probara.

—¡Date prisa! —chilló Richard—. ¡Desliza la hoja por debajo del collar y corta! ¡Deprisa!

Samuel frunció el entrecejo, contemplando a Richard con suspicacia por un momento. Bajó los ojos hacia el tormento que padecía Kahlan, luego se dejó caer sobre una rodilla y deslizó a toda prisa la espada por debajo del collar.

Algunos de los soldados del suelo daban la impresión de que podrían estar empezando a recuperar el conocimiento. Gemían mientras se sujetaban las cabezas entre las manos.

Samuel dio un potente tirón a la *Espada de la Verdad*. El sonido del acero al partirse repiqueteó en la noche, y Kahlan, libre del collar, se desplomó aliviada.

Mientras yacía en el suelo jadeando, recuperándose del suplicio, Samuel corrió un corto trecho hasta el enorme caballo de guerra en el que había llegado el comandante Karg. Alargó la mano bajo el cuello del animal y atrapó las riendas. Tras acercar el caballo, pasó una mano bajo el brazo de Kahlan.

Kahlan yacía sin fuerzas en el suelo, aturdida aún por el dolor, pero empezaba a mover las piernas, intentando levantarse. Con Samuel tirándole del brazo, por fin consiguió verse en pie.

Richard, que seguía siendo incapaz de levantarse, miró al lado y vio a la Hermana, con el harapiento chal bien cerrado sobre el cuerpo, pasando por encima de hombres caídos en su inexorable avance hacia él.

Kahlan trastabilló, pero en seguida se recuperó lo suficiente para inclinarse y agarrar una espada. Tenía intención de acudir en ayuda de Richard.

Richard no podía permitirlo.

—¡Huye! —le chilló—. ¡Huye! ¡No hay nada que puedas hacer aquí! ¡Escapa mientras aún puedes hacerlo!

Samuel introdujo una bota en el estribo y saltó sobre la silla.

Kahlan permaneció con la mirada fija en Richard, con lágrimas en sus hermosos ojos verdes.

—¡Date prisa! —la instó Samuel desde el caballo.

Ella no pareció oírle. No podía apartar los ojos de Richard. Sabía que lo dejaba allí para que muriera.

—¡Vete! —chilló Richard con todas sus energías—. ¡Vete!

Afloraron lágrimas a sus propios ojos. No obstante por mucho que lo intentaba, ni siquiera podía alzarse sobre manos y rodillas. La magia que le recorría abrasadora no lo permitía.

La Hermana dirigió una mano en dirección a Samuel. Una llamarada de luz salió disparada en la noche.

Samuel utilizó la espada para desviar el fogonazo y éste se perdió en la noche, describiendo un arco. La Hermana pareció sorprendida.

Por todas partes la batalla proseguía con toda su virulencia. Más cerca, los guardias aturdidos por el estallido inicial del poder de la Hermana todavía no estaban lo bastante recuperados para levantarse. Al parecer la mujer no quería que interfirieran. Tenía sus propios planes.

El enorme caballo de guerra sacudió la cabeza a la vez que piafaba. Kahlan dirigió la mirada hacia Nicci. La hechicera estaba enroscada sobre sí misma, temblando de dolor. Jillian yacía en el suelo, a su lado, aturdida por la misma explosión de la magia de la Hermana. A pesar de sus posibilidades de escapar, Richard supo que Kahlan iba a arrojarlas por la borda para intentar ayudarles.

Sabía que no había nada que Kahlan pudiera hacer por Nicci. Si Kahlan se quedaba, moriría. Era así de sencillo. Por mucho que aborreciera esa idea, por el momento Samuel era la única salvación para ella.

—¡Huye! —gritó Richard, con la voz entrecortada por las lágrimas.

—Pero tengo que ayudar a Nicci y...

—¡No hay nada que puedas hacer por ella! ¡Morirás! ¡Huye mientras todavía puedes!

Samuel alargó la mano hacia abajo y le agarró el brazo, ayudándola a montar en el caballo, detrás de él. En cuanto estuvo en la grupa, Samuel no perdió el tiempo y golpeó los ijares del animal con los tacones. El caballo salió a galope tendido, arrojando tierra y piedras tras él.

Mientras el caballo desaparecía en la oscuridad, Kahlan miró atrás.

Él no apartó los ojos de ella en ningún momento, sabiendo que era la última vez que la vería.

En un instante, todavía con la vista vuelta hacia Richard, Kahlan se perdió en la oscura confusión del campamento y desapareció.

Richard se dejó caer sin fuerzas contra el frío y duro suelo, con las lágrimas surcándole el rostro.

Surgiendo de la oscuridad, la Hermana, que avanzaba entre los guardias reales aturdidos, llegó por fin y se detuvo junto a él, mirándolo con fijeza. Richard sintió que el dolor aumentaba, dificultando cada inhalación de aire. La mujer quería estar totalmente segura de que no era capaz de alzar ni un dedo contra ella.

Bajó los ojos para observarlo atentamente con sorprendido asombro.

—Vaya, vaya, quién me lo iba a decir, pero si tenemos aquí a Richard Rahl en persona.

Richard no recordaba a la Hermana. La mujer tenía un aspecto demacrado; sus cabellos canos estaban descuidados y sus ropas apenas eran otra cosa que harapos. Parecía más una pordiosera que una Hermana de la Luz... o una Hermana de las Tinieblas.

—Su Excelencia va a estar muy complacido conmigo por llevarle tal trofeo. Creo que estará más que complacido, también, de tener la oportunidad de vengarse de ti, muchacho. Imagino que antes de que finalice la noche estarás padeciendo un suplicio muy largo en las tiendas de tortura.

Recuerdos de Denna pasaron raudos por la mente de Richard.

## 11

Incluso en su atroz padecimiento, incapaz de levantarse del suelo, Richard no pudo evitar un sentimiento de júbilo porque Kahlan ya no llevaba el terrible collar. Estaba libre de Jagang.

Richard sabía que incluso si Samuel se dejaba coger o matar antes de que pudieran escapar del campamento, Kahlan era invisible a aquellos hombres y podría aún escapar. Conociendo a Kahlan, probablemente utilizaría esa ventaja para aniquilar a la mitad del campamento mientras lo abandonaba. No importaba lo que le sucediera a él, ahora, el alivio que sentía por Kahlan lo compensaba.

Kahlan no sabía quién era, y no sabría adónde ir, pero estaría viva y fuera de peligro. Richard había venido al campamento de la Orden para ayudar a liberarla. En eso había tenido éxito. A pesar del peligro en que se encontraba él ahora, valía la pena por haber conseguido ayudarla a huir.

Miró a Nicci. La hechicera estaba padeciendo un suplicio. Él había llevado uno de aquellos collares alrededor del cuello y sabía bien la agonía en que estaba sumida. Deseó poder ayudarla también, o al menos hacerle saber que no estaba sola. Pero no podía hacer nada.

Sabía que a Jillian no le iba a ir mejor. Se recordó que no debía obsesionarse con tales pensamientos terribles.

Un problema cada vez, se dijo. Tenía que hallar algún modo de ayudarlas a ambas.

El dolor desapareció repentinamente de sus brazos y piernas. El resto de él todavía parecía arder. Aun cuando por fin podía empezar a moverse, su cabeza seguía presa de tanto dolor que todo parecía empañado y distorsionado.

—En pie —dijo la Hermana.

Sonaba como si estuviera de un humor de perros. Había manifestado estar ufana de que atrapar a Richard le proporcionaría una recompensa de Jagang, pero eso no parecía haberle cambiado el talante.

Tenía que ser una Hermana de las Tinieblas, decidió, aunque supuso que tanto daba en realidad.

—Apuesto a que no estás muy contento de volver a ver mi cara —dijo ella en un tono de petulante satisfacción.

Era probable que ella pensara que todo el mundo conocería su altivo semblante malcarado, su actitud condescendiente, su lengua afilada. Algunas personas pensaban que podían obtener distinción, prestigio y renombre mediante una arrogancia pomposa. Confundían el miedo con el respeto. Richard no conocía en realidad a aquella mujer, no obstante, y no vio por qué tendría que seguirle la corriente.

—No puedo decir que te recuerde. ¿Debería?

—¡Mentiroso! ¡Todo el mundo en el palacio me conocía!

—Eso está bien —repuso él, intentando ganar tiempo para recuperar algo de sus energías.

—¡En pie!

Richard hizo todo lo posible por acatar la orden. No le fue fácil. Sus extremidades no funcionaban tan bien como le habría gustado.

Una vez que consiguió alzarse sobre manos y rodillas, ella le dio una patada en las costillas. Richard compuso una mueca de dolor. Por suerte, la mujer no poseía el peso o la fuerza para hacer que la patada causara daños importantes, sólo fue dolorosa. Su don sí era peligroso.

—¡Ahora! —chilló.

Richard se puso en pie tambaleante. Sus brazos y piernas empezaban a deshacerse del lacerante dolor, pero no su cabeza.

Los hombres que lo rodeaban seguían en el suelo, pero algunos de ellos parecían estar recuperando el sentido. Bruce rodó sobre sí mismo, gimiendo a la vez que se sujetaba la cabeza.

La mirada de la Hermana se desvió ante un aumento en el ruido de la batalla. Richard aprovechó la oportunidad para echar una ojeada, inspeccionando las armas del suelo. Si ella le daba la espalda tenía que aprovecharlo. Una vez que Jagang lo tuviera atado en las tiendas de tortura Richard sabía que jamás volvería a ver la luz del día.

Por mucho que tal destino lo aterrara, una parte de él no podía evitar sentir alegría al saber que Kahlan había escapado. Se tragó la angustia que le provocaban las lágrimas que había visto en sus ojos cuando ella había conseguido escapar. Le recordaron lo mucho que ella lo amaba, pero eso era algo que ella ya no recordaba.

—No sabes cuánto tiempo he esperado algo como esto, algo que pudiera conseguirme el favor del emperador. Por fin el Creador ha respondido a mis oraciones y te ha puesto en mis manos.

—¿De modo que —dijo Richard— tu Creador tiene por costumbre entregarte víctimas en respuesta a tus oraciones? ¿Hasta tal punto se siente adulado por tus manos mugrientas, unidas en una súplica, que no tiene el menor inconveniente en ayudarte a llenar las tiendas de tortura?

Ella lo contempló con una sonrisa maliciosa.

—Tu lengua impertinente no tardará en ser cortada y los humildes siervos del Creador no tendrán que oír cómo viertes tus blasfemias.

—Algunas personas me han dicho que mi lengua impertinente es uno de mis defectos, así que me estaréis haciendo un favor al cortármela.

La sonrisa maliciosa de la mujer se agrió. Volvió la cabeza a un lado, indicando con un amplio ademán el campamento.

—Crees que tú...

Richard le lanzó una patada al rostro con todas las fuerzas que pudo reunir. El potente golpe la cogió desprevenida, alzándola del suelo. Dientes y sangre volaron en la oscuridad. Aterrizó de costado con un fuerte golpe sordo. El contundente impacto de la bota de Richard parecía haberle fracturado la mandíbula.

Richard se lanzó a por una espada. Sabía que no debía subestimar a una mujer como aquélla. Hasta que estuviera muerta, podía matarle... o hacer que deseara estar muerto. Giró en redondo para hundírsela.

Hubo un estallido de luz en el aire. Richard aterrizó sobre la espalda con tal violencia que se quedó sin aire en los pulmones.

La Hermana estaba en pie, con sangre manando de la parte inferior de su rostro. Richard apenas podía creer que la mujer fuera capaz de permanecer en pie. Tenía el aspecto de alguien que acaba de morir y vuelve a la vida. Richard sabía que ella no podía durar mucho tiempo, pero podía durar lo suficiente para matarlo.

Era evidente que el golpe le había causado daños espantosos, sin embargo aquella repentina commoción en el fragor de la batalla también le impedía sentir el dolor ahora. Aunque él sabía que podría empezar a sentirlo dentro de un instante y desplomarse entre alardos de atroz dolor, por el momento no lo sentía.

El deseo de matar brillaba en los ojos de la Hermana.

Richard intentó ponerse en pie a toda prisa para acabar con ella, pero sentía como si tuviera un toro tumbado sobre el pecho. Le faltaba el aire.

La mujer dio un paso hacia él, luego paró, con expresión desconcertada. Sus ojos se desenfocaron, y se llevó las manos al pecho.

Richard pestañeó sorprendido mientras la veía dar otro paso tambaleante hacia él y caer de bruces, contra el suelo sin ni siquiera intentar frenar la caída. La contempló un instante, no muy seguro de que no fuera un truco. Ella no se movió. El peso desapareció de su pecho.

Puesto que no quería desperdiciar la oportunidad, agarró la espada que había dejado caer.

Algo atrajo la atención de Richard. Alzó los ojos y no pudo creer lo que veía de pie en la oscuridad detrás del lugar donde la Hermana había estado sólo un momento antes.

—¿Adie?

La anciana sonrió.

—Adie... jamás me he alegrado tanto de verte —dijo Richard a la vez que se alzaba a toda prisa.

—Lo entiendo —dijo ella.

—¿Qué haces aquí?

—Iba en dirección al Alcázar cuando vi el más extraño de los partidos de Ja'La. Había jugadores pintados con cosas muy, muy, peligrosas. Entonces supe que sólo podía ser obra tuya. Desde entonces, intentaba llegar hasta ti. Ha sido un poco problemático.

Él podía imaginarlo a la perfección.

No dedicó ni un momento a considerar todo el asunto o a interrogar a la anciana hechicera. Corrió hasta donde Nicci yacía en el suelo retorciéndose de dolor. Los ojos de la mujer se alzaron hacia él aterrados, como si suplicara ayuda. Estaba inmersa en un mundo de dolor insopportable. Era el collar, él lo sabía, lo que le infligía aquella tortura. No sabía qué hacer.

—¿Puedes ayudarla? —preguntó Richard girándose.

Adie se arrodilló junto a él. Negó con la cabeza.

—Lleva un rada'han. Yo no se lo puedo quitar.

—¿Tienes alguna idea de quién puede?

—Nathan, tal vez.

—Lord Rahl, tenemos que darnos prisa —dijo una voz que se acercaba—. Estos hombres están despertando.

Richard contempló con el entrecejo fruncido al hombre que surgía de la oscuridad, espada en mano. Era Benjamín Meiffert. Iba vestido como uno de los guardias de más confianza de Jagang,

—General, ¿qué demonios está haciendo aquí? —El reciente convoy de suministros acudió a la mente de Richard—. Se supone que tiene que estar en el Viejo Mundo destruyendo la capacidad de la Orden para mantener en funcionamiento este ejército.

El hombre asentía.

—Lo sé. Tuve que regresar para daros un informe. Hemos topado con un problema. Un gran problema.

Richard lo conocía lo bastante bien para saber que el problema tenía que ser muy serio para que abandonara su misión. Ése no era precisamente el lugar para discutirlo, no obstante.

—No estaba seguro de dónde podría encontrarlos —siguió el general—, pero se me ocurrió que la última vez que os vi fue cerca de aquí. Razoné que si no estabais aquí, al menos podrían darme noticias de vuestro paradero.

»No hace mucho Adie y yo nos encontramos por casualidad. Ella me contó que estabais aquí, en mitad de este desbarajuste. No estaba seguro de que... de que eso fuera posible. Resulta que tenía razón.

Richard no perdió tiempo preguntando cómo había conseguido hacerse con el uniforme de uno de los guardias de Jagang. Ese uniforme era a todas luces lo que le había permitido moverse por el campamento sin que lo capturaran o mataran.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó el general a Adie—. A lo mejor podemos regresar al palacio por ese camino.

Adie negó con la cabeza.

—Bajé por la calzada. Estaba oscuro e iba sola. Usé mi habilidad para que ayudara a ocultar mi presencia al llegar al ejército que custodiaba el final de la calzada.

»No podemos regresar por allí. Hay demasiados guardias. Tienen allí a gente con el don, con telarañas mágicas colocadas para detectar a los que intenten pasar. Esos escudos no son poderosos, pero sí suficiente para atraparnos.

—Pero con tu poder...

—No —replicó, al general—. Mi poder débil es en el palacio. Incluso cerca de la meseta no es como debería. Todos los que tienen el don son más débiles allí, pero usan su habilidad en conjunto para hacerla más fuerte. No tengo a otras personas con el don para ayudarme. Pude ayudar a ocultarme de ellos cuando pasé, pero lo bastante poderosa no soy para ayudar a todos nosotros, en especial con la carga de Nicci en un estado tan grave. Si intentamos regresar por ese camino, moriremos.

—Las grandes puertas interiores están cerradas —dijo el oficial, pensando en voz alta—. Y además están fuertemente custodiadas. Aun cuando pudiéramos pasar no podríamos abrir esas puertas.

—Nicci dijo que conocía un modo de subir al interior del palacio —les dijo Richard—. Me contó que tenemos que llegar a la rampa. No sé de qué hablaba, pero es necesario que hallemos un modo rápido de salir de este campamento antes de que nos cojan. No creo que a Nicci le quede mucho tiempo, tampoco.

Adie, inclinándose cerca de ella, tocó con sus delgados dedos la frente de Nicci.

—Cierto.

Richard levantó a Nicci en brazos.

—En marcha.

El general Meiffert dio un paso al frente.

—Yo puedo llevarla, lord Rahl.

—Ya le he cogido yo —Richard ladeó la cabeza—. Coja a Jillian.

El general alzó a toda prisa a la atontada muchacha.

—Lo que no comprendo —dijo Adie a la vez que pasaba una mano por la frente de Nicci, intentando reconfortarla un poco—, es cómo la capturaron. Ella arriba estaba en el palacio, la última vez que la vimos.

Richard sintió el peso de la responsabilidad.

—Conociendo a Nicci, es probable que intentara encontrarme.

—Ann desaparecida está también —repuso Adie a la vez que posaba dos dedos de la mano derecha en la barbilla de Nicci.

—No he visto a Ann —respondió Richard.

Lo que fuera que Adie estuviera haciendo por Nicci no parecía ayudar. Richard no creía que Nicci fuera a durar mucho más a menos que hallaran un modo de quitarle el collar del cuello. Nathan era la esperanza más cercana.

—Adie —dijo Richard, indicando con el mentón atrás, al lugar donde había estado caído en el suelo cuando la Hermana había aparecido—. El hombre que hay ahí, con la pintura roja en el cuerpo... ¿Puedes ayudarle?

Adie echó una mirada al hombre del suelo.

—Es posible.

La anciana fue a toda prisa a donde estaba Bruce y se arrodilló junto a él. Estaba consciente sólo en parte, igual que todos los otros que la Hermana había abatido con su explosión de poder. Los lacios cabellos grises y negros de Adie colgaron alrededor de su rostro mientras ésta se inclinaba al frente, presionando los dedos sobre los símbolos rojos pintados en las sienes del hombre. Bruce jadeó. Abrió los ojos de par en par e inhaló profundamente unas cuantas veces más mientras Adie retiraba la mano de un lado.

Al cabo de un momento Bruce se levantó en el suelo, torciendo la cabeza en un intento de estirar músculos del cuello agarrotados y evidentemente doloridos.

—¿Qué sucede?

—Bruce, date prisa —dijo Richard—. Tenemos que salir de aquí.

El alero izquierdo de Richard paseó la mirada por los hombres del suelo, por Benjamín, que sostenía a Jillian e iba vestido como uno de los guardias reales de Jagang, por Adie, y por fin Richard que estaba unos pasos más allá, con Nicci en los brazos.

Bruce agarró una espada a toda prisa.

—Ruben, ¿qué sucede?

—Es una larga historia. Viniste a ayudarme. Salvaste mi vida. Es hora de que decidas de qué lado estás.

Bruce frunció el entrecejo.

—Soy tu alero. Estoy contigo.

Richard miró al hombre a los ojos.

—Mi nombre es Richard.

—Bueno, ya sabía que no era Ruben. Es un nombre estúpido para un hombre punta.

—Richard Rahl —dijo Richard.

—Lord Rahl —puntualizó el general Meiffert, con aspecto de estar preparado para enfrentarse a problemas aun cuando sostenía a Jillian en sus brazos.

Bruce pasó la mirada de un rostro a otro.

—Bueno, si todos vosotros queréis morir, os podéis quedar por aquí hasta que estos tipos despierten. Si ése es el caso, entonces no estoy con vosotros. Si tenéis intención de vivir, sí estoy con vosotros.

—Rampa... —jadeó Nicci.

Richard la apretó un poco más contra él.

—¿Estás segura, Nicci? Podríamos probar la calzada que asciende a la meseta. —Se sentía reacio a cambiar un camino que conocía por la vaga posibilidad de otra ruta—. Sé que está fuertemente custodiada pero a lo mejor podríamos abrirnos paso. Adie podría ayudar un poco. Quizá podríamos conseguirlo.

Nicci le agarró el cuello con firmeza, bajándole la cabeza hacia ella. Fijó con intensidad los azules ojos en su rostro.

—Rampa... —musitó con todas sus energías.

Aquella expresión en sus ojos fue todo lo que Richard necesitó.

—Vamos —dijo a los demás—. Tenemos que llegar a la rampa.

—¿Cómo vamos a pasar a través de los hombres que todavía combaten? —preguntó Bruce mientras iniciaban la marcha al interior de la noche—. Hay un largo trecho hasta la rampa.

Con todos los guardias caídos, la zona en la que estaban resultaba relativamente tranquila. Más allá, no obstante, seguía el caos.

El general cambió levemente de posición el peso de Jillian y señaló con la espada.

—Hay un pequeño carro de suministros justo allí. Podemos ocultar a Jillian y a Nicci dentro. Con esa pintura, vosotros dos no conseguiréis llegar lejos antes de que unos cuantos miles de estos hombres decidan acabar con ambos. No es mi intención ofender, lord Rahl, pero las probabilidades son muy escasas. Sería mejor que os ocultarais dentro con Jillian y Nicci. Adie y yo conduciremos el carro. Cualquiera pensará que soy uno de los guardias del emperador y que

Adie es una Hermana. Podemos decir que el emperador nos ha encomendado una tarea urgente.

Richard asintió.

—Estupendo. Me gusta la idea. Démonos prisa.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Bruce a la vez que se inclinaba hacia Richard.

—Es mi principal general —respondió Richard.

—Benjamín Meiffert —dijo el oficial con una veloz sonrisa mientras todos iniciaban la marcha hacia el carro—. Te has ganado la gratitud de muchas buenas personas por colocarte ante las fauces de la muerte para pelear junto a lord Rahl.

—Nunca antes había conocido a un general —masculló Bruce mientras apresuraba el paso.

## 12

Verna juntó las manos ante ella y suspiró en silencio mientras observaba cómo Cara plantaba los puños en sus caderas cubiertas de cuero rojo. El grupo de hombres y mujeres con vestiduras blancas avanzó por el pasillo, arrastrando los pies, con la mirada puesta en las paredes de mármol blanco mientras pasaban los dedos sobre él, parando aquí y allí para examinarlo de cerca, como si buscaran un mensaje del mundo de los muertos.

—¿Y bien? —preguntó Cara.

Un hombre de más edad, Dario Daraya, posó un dedo sobre sus labios. Frunció el entrecejo, pensativo, durante otro largo instante, mientras observaba al montón de gente que avanzaba por el corredor como corchos cabeceando y balanceándose en un río, luego giró sobre los talones en dirección a la mord-sith. Pasó las manos por el ribete de seda azul celeste que descendía por la parte frontal de la almidonada túnica blanca. Miró a Cara, las facciones se le crisparon un poco mientras se rascaba la orla de pelo blanco que circundaba su calva.

—No estoy seguro, ama.

—¿No estás seguro de qué? ¿No estás seguro de que tengo razón, o no estás seguro de lo que ellos piensan?

—No, no, ama Cara... Estoy de acuerdo con vos. Algo está mal aquí.

Verna se adelantó.

—¿Estás de acuerdo con ella?

El hombre asintió con seriedad.

—Pero no estoy seguro de qué podría ser.

—¿Cómo que algo da la impresión de estar fuera de lugar? —sugirió Cara.

El hombre agitó un dedo hacia el cielo.

—Sí, creo que es eso. Es como uno de esos sueños donde te pierdes en un lugar porque las habitaciones están todas entremezcladas y no están donde deberían.

Cara asintió distraídamente mientras observaba cómo el personal de la cripta se deslizaba pegado a la pared opuesta. Siguieron avanzando por el pasillo, con las cabezas zigzagueando arriba y abajo mientras escrutaban las paredes. A Vina le recordaron un poco a sabuesos cazando entre el sotobosque.

—Tú diriges al personal de la cripta —dijo Verna al hombre—. ¿Tú no sabes si algo está fuera de lugar?

No concebía cómo podía algo estar fuera de lugar. Había alfombras en unos pocos lugares, una silla o dos en pequeñas habitaciones laterales, pero aparte de eso no había gran cosa que pudiera estar fuera de lugar.

Dario observó a su gente un momento, luego se volvió hacia Cara y Vertía.

—Yo me ocupo de todo lo que tiene que ver con su servicio. Hay alojamientos de los que ocuparse, comidas, ropas, suministros..., toda esa clase de cosas. Y dirijo al personal de la cripta. Ellos son los que de verdad se ocupan del trabajo que se lleva a cabo aquí abajo.

—¿Qué clase de trabajo, exactamente? —quiso saber Verna.

—Bueno, en general, barrer, limpiar, quitar el polvo; esa clase de cosas. Hay kilómetros de pasillos aquí abajo. El personal sustituye el aceite de las lámparas y velas en algunos lugares, mantiene las antorchas renovadas en otros. De vez en cuando un trozo de piedra se agrieta y necesita ser reparada o reemplazada. Los ataúdes que no están enterrados dentro de paredes o en el suelo tienen que mantenerse en buen estado; hay que sacarle brillo al metal de algunos, hay que mantener libre de óxido el de otros, y los que son de madera tallada necesitan que les den cera y se impida que la madera se seque en exceso. Alguna que otra vez ha habido filtraciones aquí abajo, de modo que hay que inspeccionar con cuidado los ataúdes para estar seguros de que no cogen humedad o enmohecen.

»El personal de la cripta está en última instancia al servicio de lord Rahl. Atienden sus deseos específicos, si tiene alguno. Aquellos que están enterrados aquí abajo, al fin y al cabo, son sus antepasados.

»Solía darse el caso, cuando Rahl el Oscuro vivía, de que el personal llevaba a cabo ante todo los deseos de éste relacionados con la tumba de su padre. Fue Rahl el Oscuro quien ordenó que cortaran las lenguas de los empleados de la cripta. Temía que, mientras estaban aquí abajo solos, pudieran hablar mal de su difunto padre.

—¿Y qué si lo hacían? —preguntó Verna—. ¿Qué daño podía hacer?

El hombre se encogió de hombros.

—Lo siento, pero yo no tenía la más mínima intención de cuestionarle al respecto. Cuando él estaba vivo había un tráfico constante de nuevos trabajadores que reemplazaban a aquellos que habían sido ejecutados por razones diversas. No era nada saludable estar en las inmediaciones de aquel hombre, y el personal de la cripta a menudo era el objeto de sus arranques de cólera. De vez en cuando se hacía acopio de personal nuevo.

»Rahl el Oscuro me permitió conservar la lengua sólo porque mi trabajo no me llevaba aquí abajo con frecuencia. Yo necesito relacionarme con otros miembros del personal de palacio, de modo que debo hablar con la gente. El resto del personal, desde el

punto de vista de Rahl el Oscuro, no tenían nada que valiera la pena decir, y por lo tanto no necesitaban lengua.

—¿Cómo te comunicas con ellos? —preguntó Cara.

Dario volvió a tocarse los labios a la vez que echaba un vistazo al grupo que seguía internándose más en el pasillo.

—Bueno, gruñen un poco, o asienten, para dar a conocer sus pensamientos. Pueden oír, por supuesto, así que no necesito utilizar sus señas para hablar con ellos.

»Comparten los mismos alojamientos y trabajan juntos, de modo que casi siempre están unos con otros. Por esa razón han llegado a estar muy versados en señas que han inventado entre ellos. No estoy ni con mucho tan familiarizado con su excepcional lenguaje como lo están entre ellos, pero en su mayor parte he llegado a ser capaz de comprenderles. Lo suficiente como para arreglármelas.

»La mayoría de ellos son bastante inteligentes. La gente a veces piensa que son estúpidos porque no pueden hablar. En algunos aspectos están más al tanto de lo que se cuece en el palacio que la mayoría del personal de palacio. Puesto que la gente sabe que son mudos, a menudo ni siquiera tienen en cuenta que oyen igual de bien que los demás. Estas personas a menudo saben lo que está sucediendo mucho antes que yo.

Verna encontraba que el pequeño mundo de aquellas personas allí abajo, en las tumbas, era una revelación extraordinaria, aunque un tanto perturbadora.

—Bien, ¿qué creen que está sucediendo aquí abajo?

Dario sacudió la cabeza con expresión preocupada.

—No han llamado mi atención sobre nada, aún.

—¿Por qué no? —preguntó Cara.

—Miedo, probablemente. En el pasado, al personal de la cripta lo ejecutaban con frecuencia por las cosas más triviales. Tales ejecuciones jamás tenían sentido. Aprendieron que para permanecer con vida era mejor formar parte del telón de fondo, ser tan invisibles como fuera posible. Sacar a colación problemas no era el modo de tener una vida larga.

»Hasta el día de hoy, han temido incluso venir a contarme cosas. En una ocasión, hubo una filtración que manchaba una pared. Jamás dijeron ni una palabra, probablemente porque temían que los ejecutarían por esa mancha que ensuciaba las tumbas de los antepasados de lord Rahl. Sólo me enteré de la existencia de la mancha porque una noche fui a verlos en sus alojamientos y no estaban. Los encontré aquí abajo, todos trabajando frenéticamente para hacer desaparecer la mancha antes de que nadie la viera.

—Vaya modo de vivir —murmuró Cara para sí.

—¿Qué están haciendo, de todos modos? —preguntó Verna mientras observaba a varios miembros del personal pasando las manos por la pared, como si palparan en busca de algo escondido en el suave mármol blanco.

—No estoy seguro —dijo Dario—. Vayamos a preguntarles.

Algo más atrás, en el corredor, un pelotón de la Primera Fila aguardaba. Algunos de ellos tenían las ballestas cargadas con las flechas especiales adornadas con plumas rojas. A Vana no le gustaba estar en las proximidades de aquellos objetos perversos. Su magia letal la hacía sudar.

El personal de la cripta, compuesto tanto por mujeres como por hombres, estaba inspeccionando las paredes y cada intersección que hubiera lo largo del camino. Todos habían estado en los niveles de las tumbas la mayor parte del día, y Verna estaba cansada. Por lo general ya se había acostado a aquellas horas y era en la cama donde quería estar. En su opinión, aquella meticulosa inspección sin resultado podía aguardar hasta el día siguiente.

Cara no parecía cansada. Parecía ansiosa. Tenía el «problema abajo en las tumbas» bien sujeto entre los dientes y no iba a soltarlo por nada.

Verna se habría desentendido de la preocupación, salvo que cuando habían ido en busca de Dario Daraya, el hombre a cargo del personal de la cripta, y le preguntaron qué podía decirles, él no había desestimado la investigación, como Verna había esperado. Incluso parecía ponerle nervioso que hubieran hecho la pregunta. Resultó que compartía la desasosegante sospecha de Cara, pero por el momento no lo había mencionado a nadie. Contó a Verna y a Cara que sospechaba firmemente que los miembros de su personal también eran conscientes de que pasaba algo.

Verna había averiguado que, entre el extenso número de personas que formaban el personal de palacio, los servidores de la cripta estaban considerados como los más inferiores. Aquéllos con responsabilidades sobre secciones importantes del palacio desestimaban el trabajo llevado a cabo en las tumbas como una tarea simple y casi sin importancia. A los trabajadores de la cripta también se les evitaba porque pasaban su existencia trabajando entre los muertos, llevando consigo de ese modo la mácula de la superstición.

Dario había explicado que tales actitudes los habían convertido en una gente tímida y encerrada en sí misma. No comían en las zonas comunes, se mantenían aparte y se guardaban sus opiniones.

Verna los observó corredor adelante, a cierta distancia, conversando entre ellos en su extraño lenguaje por señas. Nadie más les comprendía salvo, quizá, Dario Daraya.

Por mucho que Verna, y en especial Cara, querían interrogar al personal directamente, se veían obligadas a recurrir a Dario. La simple cercanía de alguien de fuera —en especial una mord-sith— provocaba temblores e incluso lágrimas al silencioso grupo. Eran personas a las que el último lord Rahl había tratado muy mal, y probablemente también su antecesor. Muchos de ellos, sin duda amigos íntimos y seres queridos, habían sido ejecutados por permitir que el pétalo de una rosa blanca descansara demasiado tiempo sobre el suelo de la tumba del padre de Rahl el Oscuro. Habían vivido y muerto según los decretos de un demente.

A aquellas personas, con razón, les aterraba la autoridad.

Verna había advertido a Cara que si de verdad quería obtener respuestas, tenía que mantenerse aparte y dejar que Dario les consiguiese esas respuestas.

La Prelada contempló a Dario, de pie en medio de todos ellos, haciendo preguntas en voz baja. Las personas que lo rodeaban se mostraron excitadas en ciertos momentos, señalando en una dirección y en otra, y haciéndole señas. Dario asentía de vez en cuando y hacía más preguntas con delicadeza, que daban pie a más lenguaje silencioso por parte de algunos miembros del servicio de las tumbas.

Dario regresó por fin.

—Dicen que no hay ningún problema en este corredor. Todo aquí está bien.

Cara le replicó apretando los dientes:

—Bien, entonces, si ellos no...

—Pero —la interrumpió Dario—, dicen que en ese corredor de ahí... —señaló más adelante, a la derecha— hay algo que no está bien.

Cara estudió el rostro del hombre por un instante.

—Vamos, pues, echemos una mirada.

Antes de que Verna pudiera retenerla, Cara se acercó con paso decidido al grupo de una docena y media de personas. Verna pensó que varias de ellas iban a desmayarse de miedo cuando se replegaron hacia atrás, temerosas de lo que la mord-sith fuera a hacerles.

—Dario dice que creéis que hay algo que no está bien en aquel corredor de ahí. —Cara indicó con un ademán la intersección situada más adelante—. También yo creo que hay algo que no está bien. Por eso quise que todos vosotros vinieseis. Y soy quien os hizo venir. Os hice venir porque sé que vosotros sabéis más sobre este lugar que ninguna otra persona.

Parecieron inseguros respecto a las intenciones de la mord-sith.

Cara paseó la mirada por los rostros que la observaban.

—Cuando era una niña, Rahl el Oscuro vino a nuestro hogar y capturó a mi familia. Torturó a mi padre y a mi madre hasta matarlos. Me tuvo encerrada durante años. Me torturó para convertirme en una mord-sith.

Se giró un poco y alzó el cuero rojo que le cubría la cintura, mostrándoles una larga cicatriz que discurría por su costado y su espalda.

—Me hizo esto. ¿Veis?

Los reunidos se inclinaron al frente, comiéndose con los ojos la cicatriz. Un hombre alargó la mano y la tocó tímidamente. Cara se volvió hacia él para permitírselo. Tomó la mano de una mujer e hizo que frotara el dedo a lo largo de la irregular longitud de la cicatriz.

—Mirad, echad un vistazo a esto —dijo, subiéndose las mangas y extendiendo las muñecas para que las vieran—. Éstas me las dejaron los grilletes cuando me colgó..., encadenada al techo.

Todos se inclinaron para mirar. Algunos tocaron con suavidad las cicatrices de sus muñecas.

—Él también os hizo daño, ¿verdad? —Cara conocía la respuesta, pero la hizo de todos modos, y cuando todos asintieron, dijo—: Enseñádmelo.

Todos abrieron las bocas de par en par para que viera que carecían de lengua. Cara miró en cada boca, asintiendo ante lo que veía. Algunos apartaron las comisuras de una de las mejillas, girando las cabezas para asegurarse de que veía sus cicatrices. Cara miró con atención a cada uno hasta que estuvieron convencidos de que realmente lo había querido ver.

—Me alegro de que Rahl el Oscuro esté muerto —les dijo por fin—. Lamento lo que os hizo a todos. Habéis sufrido. Lo comprendo. Yo he sufrido también. Ya no puede lastimarnos nunca más.

Ellos permanecieron allí de pie escuchando con atención mientras ella proseguía.

—Su hijo, Richard Rahl, no se parece en nada a su padre. Richard Rahl jamás me haría daño. De hecho, cuando estaba herida y me moría, arriesgó su propia vida para usar magia con la que salvarme. ¿Podéis imaginaros eso?

»Él jamás habría hecho daño a ninguno de vosotros, tampoco. Se preocupa porque todo el mundo pueda tener una oportunidad de vivir su propia vida. Incluso me dijo que soy libre de abandonar su servicio en cualquier momento que quiera y que él me deseará todo lo mejor. Sé que me dice la verdad. Permanezco con él porque quiero ayudarle. Quiero ayudar a un hombre bueno para variar en lugar de ser la esclava de uno malo.

»He visto a Richard Rahl llorar por mord-sith que han muerto. —Se golpeó el pecho sobre el corazón con un dedo—. ¿Comprendéis lo que eso significa para mí? ¿Aquí dentro? ¿En mi corazón?

»Creo que Richard Rahl tiene problemas. Quiero ayudarle y a aquellos que pelean con él contra toda esa gente que hace daño a los demás. Queremos proteger vuestras vidas, de todos esos hombres que están ahí fuera, en las llanuras Azrth, que querrían haceros daños o esclavizaros otra vez.

Los que la escuchaban pestañeaban llorosos ante el relato, un relato que podían comprender mejor que muchos.

—¿Me ayudaréis? ¿Por favor?

Verna sabía lo muy sentidas que eran de verdad las palabras de Cara.

La avergonzó no haber pensado nunca realmente que Cara pudiera ser amable y comprensiva, haber confundido la férrea defensa de Richard que llevaba a cabo Cara por simple naturaleza agresiva de una mord-sith. Era mucho más que eso. Era aprecio.

Richard había hecho más que salvarle la vida; le había enseñado a vivir su vida. Verna se preguntó si, como Prelada, podía esperar hacer algo parecido alguna vez.

Dos de las mujeres, una a cada lado, tomaron las manos de Cara y empezaron a conducirla por el pasillo. Vana intercambió una mirada con Dario, quien enarcó una ceja, como para indicar que ahora ya lo había visto todo.

Los dos siguieron al lento grupo de personas. Varias de ellas alargaban las manos mientras recorrían el corredor para tocarla, para pasar una mano por el cuero rojo de su brazo, para posar una mano sobre su espalda, como si quisieran decirle que comprendían el dolor y los malos tratos que había padecido y que lamentaban haberla juzgado mal.

Cuando tomaron por el pasillo siguiente, Verna comprendió que ya no estaba segura de dónde estaban. La zona de las tumbas era un laberinto confuso que ocupaba varios niveles. Además de eso, la mayoría de los pasillos eran idénticos. Todos tenían la misma anchura y altura, y todos estaban construidos con el mismo mármol blanco veteado de gris. Sabía que habían descendido al nivel más bajo pero, aparte de eso, dependía de los demás para saber con exactitud dónde estaban.

Detrás, manteniendo la distancia para no interferir, los soldados, siempre vigilantes, los seguían tan silenciosamente como era posible.

El grupo vestido con túnicas blancas fue a detenerse por fin en una sección del corredor donde no había una intersección.

Varios miembros del personal posaron las palmas de las manos sobre el mármol. Echaron una mirada a Cara mientras pasaban las manos levemente por las paredes.

—¿Aquí? —preguntó Cara.

Los empleados, la mayoría de ellos alrededor de ella igual que pollitos alrededor de una gallina clueca, asintieron.

—¿Qué hay en este lugar que os resulta extraño? —les preguntó.

Varias personas, con las manos separadas, efectuaron movimientos al frente y atrás.

Cara no comprendió. Tampoco Verna. Dario se rascó la orla de cabellos blancos. Incluso a él le desconcertaba la extraña exhibición. Los empleados se apiñaron un momento, utilizando sus señas para discutir en silencio el problema entre ellos.

Todos se giraron de nuevo hacia Cara. Tres de ellos señalaron la pared, luego negaron con las cabezas. Todos giraron y volvieron a mirar a Cara para evaluar su reacción y comprensión.

—¿No os gusta el aspecto que tiene la pared? —adivinó Cara.

Todos ellos negaron con la cabeza. Cara lanzó una mirada inquisitiva a Vana y a Dario. Éste volvió las palmas hacia arriba y se encogió de hombros. Verna tampoco pudo ofrecer ninguna sugerencia.

—Sigo sin comprender —dijo Cara—. Sé que pensáis que hay algo en esta pared que no está bien. —Asintieron cabezas—. Pero no sé qué es. —Suspiró—. Lo siento, no es culpa

vuestra. Soy yo que no lo entiendo. No sé gran cosa sobre paredes. ¿Podéis ayudarme a comprender?

Uno de los hombres del grupo tomó la mano de Cara y tiró con suavidad de la mord-sith para acercarla más a la pared. Alargó el brazo y con el dedo de la otra mano tocó la piedra. Volvió la mirada hacia Cara.

—Sigue —dijo ella—, te escucho.

El hombre sonrió ante el modo en que ella lo había expresado y luego devolvió la atención a la pared. Empezó a seguir con el dedo algunas de las vetas grises. Cara se inclinó un poco al frente y frunció el entrecejo mientras observaba. Él miró atrás. Cuando la vio concentrada, regresó a la tarea de reseguir con el dedo la espiral gris. Lo hizo varias veces, una y otra vez en el mismo lugar.

—Parece una cara —dijo la mord-sith con quedo asombro.

El hombre asintió frenéticamente. Otros asintieron con él. Todos se regocijaron en silencio. Una mujer alargó el brazo y resiguió con entusiasmo la misma espiral gris. El dedo siguió un rizo, un arco. Luego, al igual que el hombre, tocó el centro en dos lugares. Unos ojos.

Cara alargó la mano y resiguió el mismo rostro en la piedra, tal y como ellos habían hecho, siguiendo los remolinos grises con un dedo, dibujando la boca, la nariz, luego los ojos.

El grupo vestido de blanco emitió gruñidos de alegría, dándole palmadas en la espalda, contentísimos al ver que habían podido hacerle ver la cara.

Verna no tenía ni idea de qué podía significar.

Un hombre del grupo hizo un gesto para que lo siguieran, luego fue a toda prisa a un punto en el otro lado. Rápidamente trazó algo en el veteado gris. Verna no podía verlo desde donde estaba, pero asumió que era probable que fuera otro rostro. El hombre corrió a otro punto a lo largo del pasillo y dibujó un rostro pequeño en la piedra que los miraba desde la pared. Se trasladó a toda prisa a otro lugar y señaló un rostro más grande.

Verna empezaba a comprender. Aquellas personas habían aprendido a ver las marcas distintivas en lo que parecían a primera vista losas iguales de mármol blanco. Pero no eran indistinguibles para ellos. Para el personal de la cripta, que pasaban sus vidas allí abajo y cuidaban del lugar, esas marcas eran como rótulos de calles. Las reconocían todas.

La comprensión había aparecido a su vez en el rostro de Cara, que también parecía más preocupada.

—Volved a mostrarme lo que está mal —dijo en voz seria y queda.

Los empleados, entusiasmados al ver que Cara los seguía ahora, regresaron a toda prisa a la sección de pared donde le habían mostrado el primer rostro. De pie ante la pared, todos ellos movieron ambas manos adelante y atrás, acercándose y apartándose de la pared.

Hicieron una pausa, en la que todo el grupo se giró hacia Cara para ver si comprendía. Ella los observó con atención.

Uno de los hombres señaló entonces la pared y más allá en un movimiento en arco, como si indicara algo que estaba más allá, al otro lado de una colina situada a lo lejos. Vena volvió a sentirse confundida.

Cara clavó la mirada en el rostro de la pared. Arrugó la frente. Su semblante era ahora de suma preocupación. Vena seguía a oscuras, como lo estaba Dario, pero los ojos de Cara brillaban, empezando a comprender.

La mord-sith rodeó de improviso con los brazos las espaldas de varios miembros del grupo y les hizo ir de vuelta en dirección a Verna y Dario. Posó una mano en las espaldas de otros y los empujó con suavidad, llevándolos lejos de la perturbadora pared. Con los brazos extendidos a los lados, guio al resto de vuelta por el corredor.

En el camino, Cara recogió a Vana y a Dario. Los mudos empleados de la cripta la siguieron todos de cerca, mostrándose a la vez preocupados de que Cara estuviera alarmada, y orgullosos de sí mismos.

Cara se inclinó muy cerca de Verna cuando hubieron retrocedido por el pasillo y doblado la esquina de la intersección.

—Trae a Nathan —dijo con un sereno tono de autoridad.

La frente de Verna se crispó.

—¿Tiene que ser esta noche? ¿No crees que podríamos...?

—Tráelo ahora —repuso la mord-sith en el mismo tono que antes.

Sus ojos azules ardían con un fuego gélido. Verna sabía, no obstante lo amable y comprensiva que Cara había sido con los empleados, que no se podía discutirle algo en aquellos momentos. Ahora estaba al mando de la situación. Verna no tenía ni idea de cuál era la situación, pero confiaba en la mujer y sabía que no tenía que poner en duda la palabra de Cara en esto.

La mord-sith chasqueó los dedos a los hombres que aguardaban a poca distancia. El comandante avanzó presuroso para ver qué quería. En cuanto llegó, se inclinó hacia ella, atento a lo que pudiera decir.

—¿Sí, ama?

—Trae al general Trimack aquí abajo. Dile que es urgente. Dile que traiga hombres. Muchos hombres. Alerta a las mord-sith. Las quiero aquí abajo también. Hazlo ya.

Sin discutir, el hombre se golpeó un puño contra el pecho y se fue corriendo.

Verna agarró el brazo de la mord-sith.

—Cara, ¿qué sucede?

—No estoy segura.

—¿Estamos a punto de poner el palacio en alerta total, de arrastrar a cientos de hombres por no decir miles hasta aquí abajo... al general Trimack, a toda la Primera Fila... y no sabes por qué?

—No dije que no supiera por qué. Dije que no estaba segura. Creo que hay rostros que nos miran que no deberían estarnos mirando.

Cara se giró hacia todos los rostros que la observaban.

—¿Estoy en lo cierto?

El personal de la cripta prorrumpió en entusiasmadas sonrisas mudas, emocionados por tener a alguien que los comprendía y les creía.

## 13

Richard atisbaba por debajo de la lona impermeabilizada mientras el carro rodaba cerca de los bordes del campamento de la Orden. Cada vez que una ráfaga de viento azotaba el vehículo tenía que aferrar bien la lona para mantenerla bajada. La imponente monstruosidad de la rampa se alzaba por encima de sus cabezas, y a tan poca distancia pudo ver lo inmensa que era ahora. No parecía una falsa esperanza que acabara por alcanzar el palacio de lo alto de la meseta.

Después de que Adie hubiera usado su don para ayudarles a cruzar los combates que tenían lugar alrededor del campo de Ja'La, había sido un trayecto relativamente sin incidentes. Los soldados regulares no querían saber nada de los potenciales problemas que ofrecía un carro pequeño escoltado por lo que parecían un guardia real y una Hermana. En su mayor parte prefirieron mirar a otro lado.

El motín había quedado confinado principalmente a los espectadores del partido de Ja'La. Si bien daba la impresión de que había miles de hombres involucrados por el resultado del partido, y era un baño de sangre, quedaba limitado de todos modos a una porción del campamento. En gran parte del resto del campamento, los oficiales habían enviado a toda prisa a sus subordinados para que pusieran freno a los problemas.

De todos modos, la agitación se había extendido hasta cierto punto. La mayoría de los hombres no se habían unido a la contienda para pasar frío, hambre y cavar y amontonar tierra. Empezaban a estar resentidos por tener que trabajar en lugar de dedicarse a asesinar, violar y saquear. Estar a la espera de una conquista era una cosa, pero en la actualidad los botines que quedaban parecían limitados y la tarea para llegar hasta ellos era considerable. Daba la impresión de que la abnegación por la causa de la Orden tenía sus límites. Parecía que habían decidido que hasta allí podían llegar si había llegado el momento de tener que trabajar y esforzarse de verdad.

Los oficiales, no obstante, fueron no tan sólo veloces sino brutales en lo referente a aplastar los focos de sedición. Descontentos como estaban muchos de los hombres con sus condiciones de vida, cuando vieron lo que sucedía a algunos de aquellos que provocaban disturbios, perdieron el valor para unirse a ellos.

En varias ocasiones el general Meiffert había tenido que marcarse faroles para abrirse paso entre los amotinados. En una ocasión su bravata había necesitado ser reforzada con un tajo en el cuello de un hombre. En otras ocasiones Adie había usado sus poderes discretamente para facilitar su paso. Que los soldados creyeran que era una de las

Hermanas de Jagang ponía fin a muchas preguntas antes incluso de que se hicieran. En varias ocasiones, cuando la habían detenido e interrogado soldados, ella se limitó a mirarlos con fijeza sin responder. Al mirar al interior de aquellos ojos completamente blancos mientras ella los observaba iracunda, perdían el coraje y desaparecían en la oscuridad.

Muy por detrás de ellos, en el campo de Ja'La, había focos dentro del motín que por fin estaban siendo controlados, pero en su mayor parte eran combates caóticos entre soldados borrachos. La guardia del emperador no se había preocupado en realidad de restaurar el orden. Sólo les había interesado salvar la vida del emperador.

El estremecido dolor de Nicci indicaba a Richard que Jagang seguía vivo y capaz de ejercer su influencia. Eso no significaba que estuviera consciente, sin embargo. Lo que Richard no sabía era si Jagang en algún momento, cuando se viera incapaz de obligarla a regresar, podría decidir matarla a través del collar. Si lo hacía, no había nada que Richard pudiera hacer para detenerlo. Quitarle el collar del cuello era la única solución, y para hacer eso tenían que llegar hasta Nathan, arriba, en el palacio.

Asomando por debajo de la lona, Richard distinguió una confusión de pozos enormes esparcidos a la luz de las antorchas. Pudo ver filas de hombres, animales y carros abandonando pozos en los que se excavaba material. Nubes de polvo surgían de zonas donde se cavaba. Las filas de hombres y carros que salían de esos pozos se alargaban hasta la rampa en constante movimiento mientras transportaban la tierra y las rocas a la zona de construcción.

Richard volvió a echar una ojeada a Nicci, tendida en la plataforma del carro. La mujer le aferraba la mano. Todo su cuerpo temblaba. Sintió una terrible empatía con su padecimiento. Sabía lo que se sentía. Había soportado la misma magia procedente de un collar, aunque su suplicio no había durado tanto. No sabía cuánto tiempo podría sobrevivir ella.

Jillian yacía al otro lado de Nicci, sujetándole la otra mano. Bruce estaba tumbado más allá de Jillian, atisbando con cautela por debajo de la lona con la espada lista por si había problemas.

Richard no estaba seguro de hasta qué punto podía confiar en él. Bruce había intervenido en más de una ocasión para proteger a Richard con gran riesgo para su propia vida, y Richard sabía que no todos los guerreros de la Orden elegirían obedecerla, si de verdad se le permitiera escoger. Tenía que haber algunos, aunque fueran unos pocos, que preferirían no tener nada que ver con la Orden. Richard no conocía en realidad tan bien a Bruce, de modo que no sabía por qué experiencias había pasado éste que hubiesen provocado que aprovechara esta posibilidad para ponerse de su lado. Pero lo alegraba que lo hubiera hecho. Le daba esperanzas de que no todo el mundo se había vuelto loco. Todavía había personas que valoraban su propia vida y que querían la libertad de vivir como creyeran conveniente. Incluso estaban dispuestas a luchar por ello.

Cuando el carro se detuvo con un bamboleo, Adie se acercó, posando un codo sobre el lateral del lado donde estaba Richard. Echó una mirada.

—Hemos llegado.

Richard asintió, luego se inclinó cerca de Nicci.

—Hemos llegado. Estamos cerca de la rampa.

La frente de la hechicera estaba fuertemente contraída por el dolor. Parecía estar en un lejano mundo de sufrimiento. Con un gran esfuerzo aflojó algo de la presión que ejercía sobre la mano de Richard, luego volvió a apretarla para hacerle saber que lo había oido.

A pesar del frío que hacía, estaba empapada de sudor. Sus ojos permanecían cerrados la mayor parte del tiempo, aunque de vez en cuando se abrían como platos cuando ella jadeaba debido a una terrible punzada de dolor.

A Richard le desesperaba no poderla ayudar, que ella tuviera que esperar, padecer en su aislado mundo de tormento, soportando la interminable eternidad que parecía que estaban tardando en llevarla hasta Nathan.

—Nicci, ¿puedes decirme qué hemos de hacer? Estamos aquí, pero no sé por qué. ¿Por qué querías que fuéramos a la rampa?

Richard le apartó con delicadeza pelo que tenía pegado a la frente cubierta de sudor. Sus ojos se abrieron de par en par con una punzada de abrumador dolor.

—Por favor... —susurró.

Richard se inclinó más cerca aún para poder oírla.

—¿Qué es?

Acercó más el oído a su boca.

—Por favor... ponle fin. Mátame.

Nicci se estremeció con un gemido cuando la recorrió otro ataque de dolor. Empezó a sollozar.

Richard, sintiendo un nudo de terror en la garganta, la abrazó con fuerza.

—Ya casi hemos llegado. Aguanta. Si podemos entrar en el palacio creo que Nathan podrá quitarte ese collar. Sólo aguanta.

—No puedo —lloró ella.

Richard apretó la mano contra su mejilla.

—Te ayudaré a deshacerte de él. Sólo necesitamos entrar. Necesito saber cómo entraremos.

—Catacumbas... —dijo ella en un jadeo a la vez que su espalda se arqueaba.

¿Catacumbas? Richard pestañeo ante la palabra. ¿Catacumbas?

Alzó la lona un poco y atisbó fuera otra vez. La rampa se alzaba a poca distancia. Más allá de la rampa, la meseta se erguía en la noche.

Mientras miraba la meseta, aquello tuvo sentido.

Jillian se inclinó por encima de Nicci.

—¿Podría referirse a catacumbas como las de mi tierra natal? —Bajó los ojos hacia la hechicera—. ¿Catacumbas como en Caska?

Nicci asintió.

Richard volvió a mirar fuera desde debajo de la lona, buscando algo que pareciera diferente, alguna señal de dónde podía estar la entrada. Repasó mentalmente todo lo que pudo recordar sobre las antiguas catacumbas de Caska. En lo más profundo de aquellas habitaciones subterráneas fue donde habían encontrado el libro *Cadena de Fuego*. El laberinto de antiguos túneles y estancias había discurrido a lo largo de kilómetros. Richard había pasado casi toda la noche registrando las catacumbas y sabía que sólo había visto una mínima parte de ellas.

Encontrar la entrada, sin embargo, había sido difícil. Hallar una pequeña abertura en campo abierto, con todos aquellos hombres por allí, iba a ser mucho más difícil todavía.

Volvió a mirar atrás.

—Nicci, ¿cómo encontraste las catacumbas del palacio?

Ella negó con la cabeza.

—Nos encontraron.

—¿Os encontraron? —Richard volvió a atisbar fuera a la vez que comprendía de repente—. Queridos espíritus...

Todo empezó a tener sentido para él. Los hombres de Jagang, cavando los pozos, habían dejado al descubierto las antiguas catacumbas.

—¿Ellos subieron al palacio y te capturaron? ¿Es eso a lo que te refieres?

Nicci asintió.

Pero si ellos habían conseguido introducirse en el palacio, ¿por qué seguían trabajando en la rampa? Comprendió que si las catacumbas guardaban algún parecido con las de Caska necesitarían más túneles que aquellos para meter todo su ejército en el Palacio del Pueblo.

También podría ser que la rampa fuera una diversión para conseguir tiempo.

Diversión o no, Jagang podría haber introducido espías en el palacio a través de las catacumbas. Si había un modo de entrar, no había forma de saber el daño que tal brecha podía causar.

Tenían que ser Hermanas las que se habían introducido dentro.

Habrían hecho falta Hermanas para capturar a Nicci. Con todos sus poderes debilitados por el hechizo del palacio, sabía que habría hecho falta más de una.

—Las cuadrillas que extraían tierra para la rampa descubrieron catacumbas —adivinó Richard en voz alta, dirigiéndose a Nicci—. Unas Hermanas recorrieron las catacumbas y hallaron un modo de subir al interior del palacio. Así es como te capturaron.

Entre los temblores y el dolor, Nicci le oprimió la mano a modo de confirmación.

Richard se inclinó muy pegado a Nicci.

—¿Sabe alguien ahí arriba que Jagang tiene un modo de entrar?

Ella movió la cabeza de lado a lado.

—Agrupándose dentro... —consiguió responder.

A Richard le dio un vuelco el corazón.

—¿Están agrupando hombres dentro para atacar el palacio?

Ella volvió a asentir.

—Será mejor que entremos ahí y los advirtamos —dijo Bruce.

—Adie —dijo Richard a la anciana—, ¿has oído todo eso?

—Sí. El general está aquí. También lo oyó.

Richard miró fuera desde debajo de la lona. A lo lejos, un poco a la derecha, vio un pozo donde no había ni hombres ni carros.

—Mirad ahí, alrededor de ese pozo. Hay centinelas repartidos por toda la zona.

—Guardias... —confirmó el general Meiffert.

—Ése tiene que ser el lugar donde encontraron las catacumbas... abajo, en ese pozo.

Mirad el modo en que han interrumpido todas las excavaciones entre ese lugar y la meseta.

—¿Por qué habrán hecho eso? —preguntó el general.

—Las catacumbas son antiguas. No hay forma de saber en qué estado podrían hallarse. No quieren arriesgarse a derrumbar ninguno de los túneles que discurren bajo el palacio.

—Debe de ser eso —repuso Adie.

—¿Cómo vamos a bajar al interior del pozo? —preguntó el general Meiffert.

—Si dispusiéramos de más uniformes de la guardia real podríamos conseguirlo — sugirió Bruce.

—Tal vez —replicó Richard—, pero ¿y Nicci y Jillian?

Bruce no tenía una respuesta.

—Desde luego no podrían entrar como si tal cosa —convino el general Meiffert—, y bajar un carro al interior de un pozo custodiado provocaría sospechas.

—Tal vez —dijo Richard, pensando en voz alta—. Tal vez no...

—¿Qué tenéis en mente? —preguntó el general Meiffert.

Richard movió con delicadeza los hombros de Nicci.

—¿Hay libros en las catacumbas?

—Sí —logró contestar ella.

Richard se volvió hacia el general.

—Podríamos decir a los guardias que, con todo el alboroto que hay en el campamento esta noche, el emperador quiere llevar un cargamento de libros importantes a su tienda para asegurarse de que están a salvo. Que envió a esta Hermana para que se ocupara de esos libros. Y que deben organizar una escolta para proteger los libros.

—Querrán saber por qué no hemos traído soldados con nosotros.

—Debido al motín —sugirió Bruce—. Los oficiales no querían arriesgarse a retirar guardias de la tarea de proteger al emperador.

Richard asintió.

—Mientras están ocupados yendo a conseguirnos algunos hombres, nos deslizamos dentro de las catacumbas.

—No todos los soldados van a abandonar el emplazamiento para ir a reunir hombres —dijo Bruce—. Sonaría terriblemente sospechoso si sugiriéramos siquiera tal cosa. Cualquiera que se quede en la zona verá a las dos mujeres.

»No subestiméis a esos guardias. ¿Vis sus uniformes? Esos son hombres en los que el emperador confía. No son idiotas y no son gandules. No se les pasa nada por alto.

—Eso tiene sentido —repuso Richard mientras consideraba el consejo de Bruce, y frunció el entrecejo mientras se le ocurría una idea que le hizo girarse hacia Adie—. Es una noche ventosa. ¿Crees que podrías ayudar al viento?

—¿Ayudar al viento? —Sus ojos completamente blancos lo contemplaron bajo la débil luz de las antorchas—. ¿Cuál tu idea es?

—Hacer que uses tu don para agitar el aire... Algunas ráfagas al azar... Después de que el general Meiffert les haya dicho que empiecen a reunir algunos hombres para que sirvan de escolta, bajaremos el carro al interior del pozo. Entonces una ráfaga de viento aún más fuerte apagará las antorchas. Cuando todo quede a oscuras, y antes de que los guardias puedan llevar más antorchas allí bajo, bajamos a Nicci y a Jillian al interior sin que las vean.

—De acuerdo, pero dentro de los túneles —dijo el general Meiffert— seguirá habiendo soldados. ¿Qué proponéis respecto a eso?

Richard compartió una mirada de preocupación con él.

—Tenemos que pasar a través de ellos, de un modo o de otro. Pero, sí, es probable que haya muchos hombres.

—Será difícil pelear en los túneles. Eso igualará las probabilidades —apuntó Bruce.

—Tienes razón —dijo el general Meiffert—. Hasta cierto punto no importa cuántos soldados haya ahí abajo. En lugares tan reducidos sólo pueden tener unos pocos hombres a la vez combatiéndonos.

Richard soltó un suspiro.

—Pero eso sigue siendo un problema. Cada uno de los hombres de ahí abajo intentará detenernos. A medida que nos abrimos paso por la fuerza ellos pueden rodearnos por detrás. Seguro que hay innumerables estancias, lo que les dará la oportunidad de atacar desde los lados a medida que avanzamos. Será un camino largo. Y teniendo que ayudar a Nicci va a ser más que difícil abrirnos paso.

—¿Qué elección tenemos? —preguntó el general Meiffert—. Tenemos que pasar y el único modo es eliminar a cualquiera que intente detenernos. No será fácil, pero es nuestra única esperanza.

—Las catacumbas estarán negras como el carbón—dijo Adie en su voz áspera—. Si uso mi don para apagar todas las luces ahí abajo ellos vernos no podrán.

—Pero ¿entonces cómo podemos ver nosotros? —quiso saber Bruce.

—Tu don —dijo Richard a Adie a la vez que comprendía el plan de la anciana—. Tú ves con tu don.

Ella asintió.

—Y seré vuestros ojos. Mis ojos fueron cegados cuando era joven. Veo mediante mi don, no mediante la luz. Todos vosotros me seguiréis. Sin hacer el menor ruido. Ni siquiera sabrán que estamos escabulléndonos entre ellos. Si tropiezo con algunos guardias, encontraré un modo de rodearles por otras rutas, de modo que no sepan que estamos allí. Si no hay otro remedio, los mataremos, pero mejor pasar a hurtadillas junto a ellos.

—Eso me da la impresión de que es nuestra mejor posibilidad.

Richard echó una ojeada a Nicci antes de mirar a los demás.

Nadie presentó ninguna objeción, así que siguió diciendo:

—Está decidido, entonces. El general Meiffert habla con el capitán de los guardias. Nosotros bajamos el carro al interior del pozo mientras él va en busca de hombres. Una vez abajo, Adie usa su don para levantar una ráfaga de viento que apague las antorchas. En la confusión creada antes de que puedan encender las antorchas descendemos al interior de las catacumbas. Ellos probablemente pensarán que hemos iniciado nuestro trabajo de recoger los libros para el emperador. Una vez dentro, Adie encabeza la marcha y apaga cualquier luz con la que topemos. Nos guiará por la ruta más segura. Cualquiera que se nos cruce en el camino que intente detenernos morirá.

—Pero estad preparados por si el capitán de la guardia recela y quiere crearnos problemas —indicó el general.

—Si necesario —repuso Adie—, haremos frente a esos problemas. Yo me aseguraré de ello.

Richard asintió.

—De todos modos, tenemos que apresurarnos. Pronto habrá luz. Necesitamos la oscuridad para descender a las catacumbas sin que ninguno de los guardias vea a Nicci y a Jillian. Una vez que estemos dentro no importará.

—Entonces pongámonos en marcha —dijo el general, a la vez que se dirigía a la zona delantera para conducir los caballos.

Richard echó una ojeada al cielo oriental. No faltaba mucho para el amanecer. Bruce y él tiraron hacia abajo de la lona y la sujetaron con fuerza mientras el carro empezaba a traquetear al frente. Richard confió en que pudieran descender a la noche eterna de las catacumbas a tiempo.

Junto a él, Nicci lloraba quedamente, incapaz de soportar el atroz dolor, incapaz de invocar a la muerte.

Su padecimiento le partía el corazón a Richard, quien no podía hacer otra cosa que oprimirle la mano para hacerle saber que no estaba sola.

Richard oyó el aullido del viento mientras el general Meiffert hablaba con el capitán de la guardia.

Se inclinó más cerca de Nicci y le susurró:

—Aguanta. No falta mucho.

—No creo que pueda oírte ya —musitó Jillian.

—Puede oírme —dijo Richard.

Tenía que oírle. Tenía que vivir. Richard necesitaba su ayuda. No sabía cómo abrir la Caja del Destino correcta. No conocía a nadie que pudiera serle de más ayuda que Nicci.

Y más importante que eso, Nicci era su amiga. Ella le importaba muchísimo. Siempre podía hallar otras soluciones llegado el caso, pero no podía soportar perderla.

Nicci había sido a menudo la única persona a la que podía recurrir, la persona que había ayudado a mantenerle centrado, quien le había recordado que confiara en sí mismo. En muchos modos había sido su única confidente desde que se habían llevado a Kahlan.

No podía soportar la idea de perderla.

## 14

En la ribera nordeste por encima del arroyo, Rachel se deslizó fuera del caballo y aferró las riendas mientras escudriñaba el entorno, en busca de cualquier movimiento. A las primeras luces del alba, los oscuros montículos de las áridas colinas producían la impresión de que eran una manada de monstruos adormecidos.

Sabía que no era así, sin embargo. Eran simples colinas. Pero existían cosas reales que no eran inofensivos productos de su imaginación.

Los engullidores espirituales eran reales, estaban cerca e iban a por ella.

Zumaques, perdidas ya las hojas debido a la estación, bordeaban la estrecha senda en la que estaba Rachel, temblando bajo el frío. La alta entrada de la cueva estaba cerca, aguardando, igual que la boca abierta de un gran monstruo esperando para engullirla.

Rachel ató las riendas del caballo a un zumaque y avanzó con dificultad por el sendero en dirección a aquellas fauces oscuras. Asomó al interior, para ver si la reina Violet o Seis estaban escondidas allí. Supuso que a lo mejor Violet saldría de un salto y la abofetearía, para luego reír de aquel modo altanero.

La cueva estaba oscura y vacía.

Rachel retorció los dedos entre sí mientras volvía a escrutar las colinas. El corazón le latía con violencia mientras miraba en busca de cualquier movimiento. Los engullidores espirituales estaban cada vez más cerca. Iban a por ella. Iban a atraparla.

Dentro de la cueva vio los familiares dibujos que había visto tantas veces antes. Eran miles de bosquejos que cubrían cada centímetro de las paredes. Entre los dibujos enormes, se habían introducido dibujos pequeños. Cada uno era diferente. Muchos daban la impresión de haber sido dibujados por personas distintas. Algunos eran tan simples que casi parecía como si los hubieran dibujado niños. Otros eran detallados y con un aspecto extraordinariamente realista.

Rachel no sabía cómo juzgar tales cosas, pero a ella le parecía que los dibujos tenían que representar muchas generaciones de personas. Teniendo en cuenta los muchos estilos diferentes y los diversos niveles de refinamiento, podían representar con facilidad a docenas y docenas de generaciones de artistas, puede que cientos.

En todos los dibujos aparecían personas. A todas las personas de los dibujos las estaban lastimando, hostigando, matando de hambre, envenenando, apuñalando, yacían

destrozadas al pie de precipicios o lloraban sobre sepulturas. Aquellos dibujos le provocaban pesadillas a Rachel.

Se agachó y palpó las lámparas de aceite. Estaban frías. Cogió un trozo de pedernal y un afilador de un hueco tallado en la pared de la cueva y lo usó para hacer saltar una chispa sobre la mecha de una lámpara.

Lo intentó varias veces y consiguió obtener una buena chispa, pero no una llama en la mecha. Echó ojeadas atrás entre los intentos. Se le acababa el tiempo. Ya venían. Estaban cerca.

Sacudió la lámpara para llevar más aceite a la mecha, luego golpeó frenéticamente el pedernal con el acero. Hicieron falta media docena de intentos más pero por fin consiguió que apareciera una llama.

Levantó la lámpara por el asa en forma de aro y se puso en pie. Miró con atención fuera de la entrada de la cueva, en busca de cualquier movimiento, en busca de los engullidores espirituales. No los vio, pero sabía que venían. La pareció que podía oírles, fuera, en los matorrales. Sentía cómo la miraban.

Con la lámpara en una mano corrió de vuelta al interior de la oscuridad, lejos de los engullidores espirituales, a lugar seguro... esperaba. Tenía que escapar. Venían. Podían cogerla en cualquier otra parte. Ésta era su única oportunidad.

Puesto que sabía lo cerca que estaban se sentía morir de miedo. Las lágrimas afloraron a sus ojos mientras corría al interior de la cueva, dejando atrás todos los dibujos de personas a las que les hacían daño.

Fue un largo trecho de vuelta a la oscuridad. Un largo trecho hasta donde pensaba que podría hallar el único lugar donde podría estar a salvo. La luz de la lámpara discurría veloz sobre la superficie de roca que la rodeaba, iluminando los rostros dibujados en las paredes.

En las profundidades de la cueva, la luz procedente de la entrada era sólo un tenue resplandor lejano. Rachel pudo ver su aliento mientras jadeaba no sólo por el esfuerzo sino por el creciente pánico. No sabía lo lejos que tenía que ir para estar a salvo; sólo sabía que los engullidores espirituales venían a por ella y que tenía que seguir avanzando, tenía que escapar.

Llegó al dibujo que tan bien recordaba. Era un dibujo que Rachel había contemplado cómo lo dibujaba la reina Violet con la ayuda de Seis. Aunque ellas jamás habían mencionado su nombre, Rachel sabía que era un dibujo de Richard. Con todas las cosas dibujadas alrededor de la figura central era el dibujo más grande de toda la cueva; también el más complejo.

A diferencia del resto de las pinturas, la de Violet había sido realizada con tiza de colores. Rachel recordaba todo el tiempo que la reina Violet le había dedicado a ella —en la época en que había sido la reina—, todas las cuidadosas instrucciones que Seis le había dado, todas las cuidadosas secuencias de líneas, ángulos y elementos. Rachel recordaba haber permanecido allí de pie durante horas seguidas, escuchando mientras Seis explicaba

el porqué y el cómo de todo lo que Violet tenía que dibujar antes de que a ésta se le permitiera apoyar la tiza sobre la pared de piedra.

Rachel contempló el dibujo de Richard un momento, pensando que era una de las cosas más espantosas y siniestras que había visto jamás.

Pero a continuación, sin poder escapar del terror que le producía lo que iba a por ella, siguió corriendo, introduciéndose cada vez más en la oscuridad.

Cada vez que Seis había hecho que Violet pintara sus dibujos, siempre se habían adentrado más y más en la cueva para encontrar paredes nuevas sobre las que dibujar. Rachel recordaba a la perfección que el dibujo de Richard era la última cosa que habían dibujado, así que sabía que más allá de él las paredes estarían desnudas.

Una vez que hubo dejado atrás la coloreada red de líneas y símbolos que surgían alrededor de Richard, a Rachel la sobresaltó ver algo que no había visto nunca antes. Se detuvo. Había un dibujo nuevo.

Lo contempló estupefacta. Era un dibujo de ella.

Por todas partes alrededor de su dibujo había criaturas arremolinadas. Reconoció los símbolos que las obligaban a ir hacia ella. Las espantosas bestias eran como espectros hechos de sombras y humo. Salvo que tenían dientes. Dientes afilados. Dientes hechos para desgarrar y arrancar.

Sin el menor asomo de duda, Rachel supo lo que eran. Eran los engullidores espirituales.

Permaneció paralizada contemplando el dibujo de las terribles criaturas letales que le habían lanzado encima los hechizos dibujados en la pared de la cueva.

Sabía por las largas horas pasadas escuchando cómo Seis instruía a Violet lo que representaban muchos de los símbolos. Seis los había llamado «elementos terminales». Estaban diseñados para eliminar a los agentes principales del hechizo tras el final de la secuencia de acontecimientos que el dibujo estaba destinado a iniciar. Comprendía la naturaleza del dibujo y lo que todo ello significaba. Significaba que una vez que los engullidores espirituales la atraparan, se desvanecerían y dejarían de existir.

En el dibujo, los seres de pesadilla la rodeaban por todas partes, yendo sin pausa hacia ella. Y vio que no existía escapatoria. La seguridad hacia la que había pensado que corría no era más que el centro hacia donde la habían estado impeliendo, el centro donde estaría atrapada, incapaz de escapar jamás.

Oyó un sonido y miró en dirección al tenue resplandor de luz procedente de la entrada de la cueva. Por primera vez vio las sombras y los remolinos. Estaban en la cueva. Se congregaban, igual que en el dibujo de la pared. Venían a por ella.

Rachel quedó paralizada por el terror. Comprendió que ya no podía salir de la cueva. Sólo podía adentrarse más en ella. Pero mirando el dibujo podía ver que adentrarse más en la cueva no la salvaría; también había engullidores espirituales allí. Estaba

atrapada, incapaz de ir más al interior, incapaz de salir. Estaba en el centro de un hechizo diseñado para cerrarse a su alrededor.

—¿Te gusta? —gritó alguien.

Rachel lanzó un grito ahogado y se giró en redondo hacia la voz que resonaba en las tinieblas.

—Reina Violet.

El rostro, tenuemente iluminado por la luz de la farola, sonrió burlón desde la oscuridad. Violet estaba allí para observar, para ver cómo los engullidores espirituales la cogían, para presenciar los resultados de su obra.

—Pensé que podrías querer venir y ver de dónde procedían antes de que te hagan pedazos. Quería que supieras quién saldaba cuentas contigo. —Indicó la pared con la mano—. Así que lo dibujé de tal modo que tendrías que venir aquí al final. Hice que éste fuera el lugar donde por fin te atraparían. —Se inclinó un poco fuera de la oscuridad—. Donde por fin te cogerían.

Rachel no se molestó en preguntar a Violet por qué tendría ella que hacer tal cosa. Conocía el motivo. Violet la culpaba de todo lo malo que le sucedía siempre. Jamás se culpaba a sí misma por sus problemas; culpaba a otros, culpaba a Rachel.

—¿Dónde está Seis?

Violet efectuó un ademán desdenoso.

—Quién sabe. No me cuenta sus asuntos. —La mirada iracunda de Violet se tornó tan sombría como la misma cueva—. Ella es la reina ahora. Nadie me hace caso ya. Hacen lo que ella dice. La llaman su reina. Reina Seis.

—¿Y tú?

—Sólo me mantiene por aquí para que dibuje para ella. —Violet apuntó con un dedo a Rachel—. Es todo culpa tuya.

La mirada iracunda de Violet se transformó en la sonrisa que siempre le había producido escalofríos a Rachel.

—Pero ahora pagarás por tu falta de respeto, por tus malas artes. Ahora pagarás. —La sonrisa se ensanchó, satisfecha—. Los creé de forma que te arranquen la carne de los huesos. Los dejarán bien pelados.

Rachel tragó saliva, aterrada.

Se preguntó si podría abrirse paso peleando con la burlona Violet. Pero ¿de qué serviría eso? Ellos no tardarían en salir también de la oscuridad más profunda.

Chase le había enseñado a no rendirse nunca, a pelear por su vida. Sabía que tenía que hacer eso ahora. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía combatir a tales criaturas? Tenía que pensar en algo.

Paseó la mirada en derredor. No había tiza por ninguna parte.

Al oír un aullido chirriante lanzó un grito ahogado y alzó los ojos, viendo a los engullidores espirituales flotando más cerca, igual que humo arremolinándose a lo largo de la oscura cueva. Pudo distinguir los pequeños dientes afilados en las bocas abiertas de las criaturas; dientes creados para desgarrar y arrancar la carne de sus huesos.

—Quiero que digas que lo sientes.

Rachel pestañeo a la vez que se volvía hacia Violet.

—¿Qué?

—Dime que lo sientes. Dobla una rodilla en tierra y di a tu reina que lamentas haberla traicionado. A lo mejor, si lo haces, te ayudaré.

En un intento desesperado de asirse a alguna esperanza, Rachel dobló rápidamente una rodilla en tierra e inclinó la cabeza, usando ese instante para pensar.

—Lo siento.

—Lo sientes... ¿qué?

—Lo siento, reina Violet.

—Eso es. Soy tu reina. Mientras Seis no esté, soy la reina por aquí. ¡La reina! ¡Dilo!

—Tú eres la reina, reina Violet.

Violet sonrió satisfecha.

—Bien. Quiero que lo recuerdes mientras mueres.

Rachel alzó la mirada.

—Pero dijiste que me ayudarías...

La reina Violet, riendo para sí, retrocedió más al interior de la oscuridad.

—Sólo dije «a lo mejor». He decidido que no mereces mi ayuda. Eres una don nadie.

Detrás de ella, los chirriantes gruñidos estaban cada vez más cerca. Rachel pensó que iba a desmayarse por el terror.

Introdujo la mano en un bolsillo del vestido y palpó algo allí; la cosa que le había dado su madre. La sacó y la miró con atención a la luz de la lámpara. Ahora sabía lo que era.

Era un trozo de tiza.

Cuando su madre se la había dado, Rachel había tenido tanta prisa por escapar de los engullidores espirituales que ni siquiera había prestado atención a lo que era.

Su madre le había dicho que cuando lo necesitara sabría qué hacer.

Rachel volvió a echar una ojeada a la oscuridad. Pudo ver la parte posterior de la cabeza de Violet mientras ésta retrocedía más al interior de la cueva, lejos de la muerte violenta que sabía que estaba a punto de tener lugar.

La pequeña miró atrás, en la dirección opuesta, y vio a las furiosas criaturas acercándose, abriendo de par en par las bocas a la vez que hacían chasquear continuamente los dientes afilados como agujas.

Al instante fue hasta el dibujo que Violet había hecho para atraparla y usó la tiza para añadir a toda prisa líneas y sombras, haciendo que la figura fuera más gruesa, más rechoncha. Hizo el rostro más redondo, y luego le añadió una mueca odiosa. La tiza corría veloz sobre la piedra mientras ella colocaba un vestido de volantes, la clase de vestidos que a Violet le gustaba llevar. Finalmente, recordando lo que a Violet le gustaba ponerse en la sala de las joyas, Rachel dibujó una corona en la cabeza, cambiando por completo el dibujo, para convertirlo en el de la reina Violet.

Violet afirmaba ser la reina. Rachel acababa de coronarla, dándole lo que exigía.

Oyó un chillido procedente de la oscuridad.

Cuando las vio venir desde el otro lado, la pequeña apretó la espalda contra la pared mientras las criaturas flotaban y serpenteaban por el aire, encaminándose de vuelta al interior de la oscuridad.

Rachel, con los ojos abiertos de par en par, contuvo la respiración mientras las figuras menudas pasaban flotando ante ella.

Con el corazón martilleando, oyó cómo Violet chillaba histéricamente.

—¡Qué has hecho! —gritó ésta desde la oscuridad.

Violet salió corriendo a la luz. Rachel pudo verla a través de las criaturas espirituales que regresaban en dirección a su creadora. Los ojos de Violet se abrieron aterrados al verlas ir a por ella.

—¡Qué has hecho! —volvió a chillar.

Rachel no contestó. Estaba demasiado aterrada mientras observaba.

—¡Rachel... ayúdame! ¡Siempre te he querido! ¡Cómo podrías hacerme esto!

—Te lo hiciste a ti misma, reina Violet.

—¡Siempre he sido una persona amable y afectuosa!

—¿Amable y afectuosa? —Rachel apenas podía dar crédito a sus oídos—. Tu vida ha estado consagrada al odio, reina Violet.

—¡Sólo odiaba a aquellos que me agravian, que eran malvados y egoístas! Siempre hice lo que era mejor para mi pueblo. Te traté bien. Te di comida y techo. Te di más de lo que una don nadie como tú habría tenido jamás sin mi ayuda. Te mostré únicamente bondad. Ayúdame, Rachel. Ayúdame y te recompensaré.

—Quiero vivir. Ésa es mi recompensa.

—¿Cómo puedes ser tan cruel... tan odiosa? ¿Cómo puedes permitir que esto le suceda a otro ser humano? ¿Cómo puedes ser cómplice de una cosa así?

—Eres tú quien creó a los engullidores espirituales.

—¡Me has traicionado! ¡Te odio! ¡Odio el aire que respiras!

Rachel asintió.

—Efectuaste tus propias elecciones, Violet. Siempre elegiste abrazar el odio en lugar de la vida. Bajaste a esta cueva porque elegiste odiar. Te traicionaste a ti misma con ese odio.

Cuando los engullidores espirituales llegaron más cerca de Violet, aullaron con voces que Rachel imaginó que debían de sonar como los gritos de los muertos en el inframundo. Se le puso la carne de gallina.

Apretó la espalda contra la pared de piedra de la cueva y permaneció paralizada por el miedo mientras veía aquellos dientes que habían sido pensados para ella desgarrar a una aullante reina Violet.

Rachel sabía que sólo cuando hubieran terminado y sus huesos hubieran quedado bien pelados finalizaría la invocación nacida del odio que los había llamado. Sólo entonces desaparecerían por completo.

## 15

Verna alzó los ojos cuando oyó el alboroto. Era Nathan, por fin, con los brazos balanceándose al compás de sus largas piernas, la capa ondulando tras él mientras iba con paso enérgico hacia ellos. El general Trimack caminaba pegado a los talones del profeta.

Cara, que paseaba impaciente, se detuvo para contemplar al profeta que se acercaba y al montón de personas que lo seguían. Vasto como era el complejo del palacio, había hecho falta bastante tiempo para localizar al profeta y llevarle a él y a los demás hasta las tumbas.

Nathan se detuvo con brusquedad.

—Voy a ir a caballo por este lugar para moverme más de prisa. Primero me quieren aquí, luego me quieren allí. —Efectuó una floritura con un brazo, indicando la grandiosidad del palacio—. Paso la mayor parte del día corriendo de un extremo de este descomunal complejo al otro. —Miró con cara de pocos amigos a los que lo observaban—. ¿De qué va esto, de todas formas? Nadie quiere decirme nada. ¿Habéis encontrado algo? ¿Son Ann y Nicci?

—Mantén la voz baja —dijo Cara.

—¿Por qué? ¿Temes que despertaré a los muertos? —soltó él.

Verna esperó que Cara respondiera a su sarcasmo con algo cáustico por su parte, pero no lo hizo.

—No sabemos lo que hemos encontrado —dijo, la preocupación que sentía era muy evidente en su semblante.

La frente de Nathan no hizo más que crisparse aún más ante la enigmática respuesta.

—¿Quéquieres decir?

—Necesitamos tu habilidad —explicó Verna—. Mi don no funciona muy bien en este lugar. Necesitamos utilizar el don para que nos ayude en esto.

Con sus suspicacias aumentando, el profeta examinó al general Trimack y luego a Berdine y a Nyda, que aguardaban junto a Cara. Por fin, paseó la mirada por el resto de las mord-sith desperdigadas entre los soldados por todo el corredor. Las mord-sith vestían todas sus equipos de cuero rojo.

—De acuerdo —dijo, en un tono considerablemente más circunspecto—. ¿Cuál es el problema y qué tenéis en mente?

—El personal de la cripta... —empezó a decir Cara.

—¿El personal de la cripta? —interrumpió Nathan—. ¿Quiénes son?

Cara indicó con un ademán a varias personas con túnicas blancas situadas más atrás en el pasillo, por detrás de los hombres armados de la Primera Fila.

—Ellos cuidan de este lugar. Como ya sabes, yo creo que hay algo que no está bien aquí abajo.

—Eso has dicho, pero sigo si ver nada que esté mal aquí abajo.

Cara señaló a su alrededor.

—Tú no conoces este lugar muy bien. Yo he vivido aquí la mayor parte de mi vida y ni siquiera yo estoy familiarizada con el laberinto de pasillos de aquí abajo. En el pasado las tumbas sólo las visitaba lord Rahl. El personal de la cripta, sin embargo, pasa una gran parte de su tiempo aquí abajo, manteniendo el lugar siempre listo para esas visitas, así que lo conocen mejor que nadie.

Nathan se acarició el mentón a la vez que volvía a echar una mirada atrás, a las figuras vestidas de blanco apiñadas a lo lejos.

—Eso tiene sentido. —Volvió de nuevo la cabeza hacia Cara—. Así pues, ¿qué tienen que decir?

—Son mudos. Rahl el Oscuro seleccionaba sólo a personas analfabetas del campo para ser miembros del personal de la cripta, de modo que tampoco saben leer ni escribir.

—Seleccionaba... Quieres decir que capturaba personas y las obligaba a servir.

—Exactamente —dijo Berdine a la vez que avanzaba un poco para colocarse junto a Cara—. De un modo muy parecido a como adquiría a jovencitas para ser adiestradas como mord-sith.

Cara señaló la tumba de Panis Rahl.

—Rahl el Oscuro quería unos empleados que no hablaran mal de su difunto padre, así que les cortaba la lengua. Puesto que no saben leer ni escribir, tampoco podían escribir en secreto nada ofensivo sobre los difuntos.

Nathan lanzó un suspiro.

—Era un hombre cruel.

—Era un hombre malvado —dijo Cara.

Nathan asintió.

—Jamás he oído nada que pueda contradecirlo.

—Entonces, ¿cómo sabéis que el personal de la cripta piensa que hay algo que está mal aquí abajo? —preguntó el general Trimack a Cara—. Al fin y al cabo, no pueden contároslo o escribirlo.

—Tú utilizas señas con la mano para dirigir a tus hombres cuando el silencio es necesario, o cuando en el fragor del combate no pueden oírtelo. Estas personas usan unas señas que han inventado a lo largo de los años para comunicarse entre ellas. Los he interrogado y hasta cierto punto han sido capaces de hacerse entender. Como estoy segura de que os lo podéis figurar, son muy observadores.

—Y aguardad hasta que oigáis lo que piensan —dijo Verna.

Todo ello le parecía absurdo a ella, pero las implicaciones eran lo bastante graves para que quisiera saberlo con seguridad. Verna había aprendido desde que se había convertido en prelada que siempre era una buena idea mantener la mente abierta. En cuestiones tan serias sería estúpido no asegurarse al menos de que no existía ningún problema real. Con todo, no se sentía contenta al respecto.

La expresión suspicaz de Nathan regresó.

—Así pues, ¿qué piensan?

Cara señaló en dirección a una intersección corredor adelante.

—Doblando por allí encontraron un lugar que no está bien.

—¿No está bien? —Exasperado, Nathan se puso en jarras—. ¿Qué quieres decir?

—Toda la piedra que hay aquí abajo tiene vetas. —Cara se giró y señaló varios dibujos en la pared que tenía detrás—. ¿Ves? Todos los empleados de la cripta reconocen las distintas vetas. Saben dónde están aquí abajo mediante esos dibujos únicos.

Nathan examinó el veteado.

—Es un lenguaje de símbolos —añadió Cara.

Nathan apartó la mirada de las vetas y la devolvió a Cara.

—Eso tiene sentido. Sigue.

—En ese corredor de allí, un poco más adelante, hay un bloque de mármol de la pared que pertenece a otro lugar.

Las suspicacias de Nathan regresaron mientras la escrutaba con recelo, como si le siguiera el juego pero no le gustara nada en absoluto.

—Así pues, ¿adónde pertenece?

—Ése es el problema —respondió ella—. No consiguen encontrar el pasillo al que pertenece. Hasta donde puedo comprender, lo que intentan decirme es que falta un corredor.

—¿Falta? —Nathan soltó un profundo suspiro y se rascó la cabeza mientras echaba un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde podría ocultarse un corredor?

Cara se inclinó hacia él sólo un poco.

—Detrás de ese pedazo de mármol.

La contempló fijamente en silencio mientras daba la impresión de considerarlo.

—De modo que queremos que utilices tu don y veas si puedes percibir a alguien detrás de esa pared —dijo Verna.

La preocupación se dibujó en las facciones de Nathan Rahl mientras dirigía una veloz mirada a todos los rostros que lo observaban.

—¿A alguien escondido detrás de la pared?

Cara asintió.

—Así es. A alguien escondido detrás de la pared.

Nathan se pasó la mano por el cogote a la vez que miraba hacia la intersección.

—Bueno, por disparatada que suene esa teoría, al menos es bastante fácil de comprobar —Hizo un veloz gesto con una mano, señalando al general Trimack—. ¿Y crees que la Primera Fila podría ser necesaria?

—Depende de si hay algo desagradable en el otro lado de la pared —respondió Cara con un encogimiento de hombros.

El general parecía no tan sólo preocupado, sino alarmado. Era responsable de proteger el palacio y a todo el mundo en él. En especial a lord Rahl. Se tomaba muy en serio su trabajo.

El militar movió una mano hacia la pared.

—¿Y vos creéis que lo hay?

Cara no se dejó intimidar por la formidable mirada del general.

—Nicci y Ann desaparecieron aquí abajo.

La cicatriz que descendía por la mejilla del hombre destacó muy blanca. Enganchó los pulgares tras el cinto de las armas mientras se giraba a un lado. Uno de sus hombres corrió al frente para recibir sus órdenes.

—Quiero que todos permanezcáis cerca, pero estad muy callados.

El oficial asintió y luego corrió en silencio de vuelta junto a su pelotón para transmitir las órdenes.

—Exactamente, ¿quién creéis que podría estar oculto tras la pared? —preguntó el general a la vez que paseaba la mirada entre todas las mujeres.

—A mí, no me miréis —dijo Verna—. Estoy preocupada, pero no se me ocurre quién o qué podría estar ahí, si es que hay alguien. No estoy segura de creer nada de esto, pero en el Palacio de los Profetas conocí a miembros del servicio capaces de percatarse de las cosas más raras, cosas de las que nadie más se había dado cuenta. No tengo ni idea de qué va todo esto, pero no desecho las inquietudes de gente que conoce este lugar mejor que yo.

—Eso tiene sentido —repuso el general.

Nathan empezó a moverse.

—Vayamos a echar una mirada, entonces.

Mientras iba detrás de él, Verna sintió alivio por haber sido capaz de convencer a Nathan de la gravedad de la cuestión. Ella no lo creía del todo, pero quería dar su apoyo a Cara. Ella era la clase de persona que merecía que le dieran el beneficio de la duda. La mord-sith había estado loca de preocupación por Nicci y no había dormido mucho en los últimos días. Para Cara, Nicci no era sólo una amiga, sino un eslabón para localizar a Richard.

Todos avanzaron tan en silencio como les fue posible. Cara encabezó la marcha, con Nathan detrás, Verna se rezagó un poco, con

Berdine y Nyda. El general Trimack, con sus efectivos, cerraba la marcha.

Cuando doblaron la esquina y avanzaron por el corredor sospechoso, unas cuantas antorchas más abajo sisearon y chisporrotearon. Una de ellas parecía estar casi agotada. A los empleados, no obstante, los habían mantenido lejos de allí. El general hizo señas a sus hombres. Media docena de ellos reunieron antorchas de más atrás en el pasillo y las llevaron con ellos.

Cara chasqueó los dedos para atraer la atención del general e hizo una señal para que la mitad de los hombres siguieran adelante y custodiaran el pasillo desde el otro lado. Al parecer quería que el lugar quedase acordonado. Cara envió a algunas de las otras mord-sith con los soldados.

Al llegar a la pared de mármol Cara resiguió con un dedo las líneas del rostro dibujado en la piedra. A estas alturas, incluso Vana reconocía aquella cara.

—Ellos dicen que esta cara no pertenece aquí —susurró Cara cuando Nathan se inclinó junto a ella.

Nathan asintió y luego se irguió muy tieso. Agitó una mano, instando a Cara a mantenerse apartada de él.

Cara frunció el entrecejo y dirigió a Verna una mirada perpleja. No sabía con exactitud qué hacía el anciano mago. Verna sí. Utilizaba su habilidad para percibir más allá de la piedra. Utilizaba su don para buscar vida. Verna podía hacer algo similar, pero no podía hacerlo en el Palacio del Pueblo. Allí cualquier don, salvo el de un Rahl, quedaba reprimido. Verna había intentado percibir algo más allá de la pared cuando el personal de la cripta les había informado por primera vez de lo que ocurría, pero no había tenido el menor éxito.

Cara regresó para colocarse junto a Verna. Se inclinó hacia ella, hablando en un susurro.

—¿Qué crees?

—Creo que Nathan nos lo dirá cuando sepa algo.

El general Trimack se inclinó hacia ellas.

—¿Cuánto tardará?

—No mucho —le contestó Verna.

Mientras Verna observaba, el rostro de Nathan palideció de repente. Dio un tambaleante paso atrás.

Ver su reacción hizo que Cara empuñara al instante su agiel. Berdine y Nyda también empuñaron sus armas.

Nathan dio otro paso atrás y se llevó la mano al rostro con gesto commocionado. Se giró hacia ellas, boquiabierto.

A toda prisa, haciendo el menor ruido posible, corrió de vuelta hasta ellas.

—Queridos espíritus... —Pasó los dedos hacia atrás por sus cabellos a la vez que miraba al rostro de la pared.

—Queridos espíritus, ¿qué? —masculló Cara.

Nathan, con la cara casi tan blanca como su pelo, posó sus ojos azul celeste en la mord-sith.

—Hay cientos de personas en el otro lado de esa pared.

Cara se quedó sin habla durante un momento.

—¿Cientos? ¿Estás seguro?

Él asintió con energía.

—Quizá miles.

Verna recuperó por fin su propia voz.

—¿Qué personas? ¿Quiénes son?

—No lo sé —dijo Nathan—. No puedo ni imaginarlo. Pero puedo deciros que llevan mucho acero con ellos.

El general Trimack se inclinó al frente.

—¿Acero?

—Armas —dijo Verna.

El semblante de Nathan era serio.

—Eso es. Aquí abajo no hay mucho acero, de modo que destaca cuando uso mi don para percibir lo que está al otro lado de la pared. Hay gran cantidad de personas y llevan mucho acero con ellas.

—Sólo pueden ser hombres armados —dijo el general a la vez que desen vainaba su espada.

Hizo una señal a sus hombres y todos hicieron lo mismo. En un santiamén todos empuñaron sus armas.

—¿Alguna idea de quiénes podrían ser? —preguntó Berdine en un susurro.

Nathan, pareciendo más preocupado de lo que Verna lo había visto nunca, negó con la cabeza.

—Ninguna. No puedo decir quiénes son, sólo que están ahí detrás.

Cara empezó a cruzar el corredor.

—Yo digo que lo averigüemos.

El general hizo unas señas a todos sus hombres, quienes empezaron a avanzar en silencio desde ambos lados.

—¿Y cómo piensas que puedes averiguarlo? —preguntó Verna, pisándole los talones a Cara.

Cara se paró y volvió la cabeza para mirarla durante un momento. Se volvió hacia Nathan.

—Puedes utilizar tu don para, para, no sé... derribar la pared, o algo.

—Desde luego.

—Entonces creo que...

La mord-sith calló cuando Nathan alzó la mano. El anciano ladeó la cabeza, escuchando.

—Están hablando. Algo sobre luz.

—¿Luz? —preguntó Verna—. ¿A qué te refieres?

La frente del profeta se arrugó mientras éste se concentraba como si intentara oír. Ella sabía que escuchaba con su don, no con los oídos. Resultaba de lo más frustrante que ella no pudiera hacer lo mismo.

—Se les ha apagado la luz —dijo él en voz baja—. Sus lámparas se han extinguido todas de repente.

Todo el mundo miró hacia la pared cuando llegaron voces ahogadas del otro lado. No hacía falta el don para oírlas. Los hombres se quejaban de no poder ver, deseando saber qué sucedía.

Entonces oyeron un chillido. Duró sólo un instante y luego cesó bruscamente. Se alzaron gritos sofocados de consternación y pánico creciente.

—¡Derríbala! —gritó Cara a Nathan.

De improviso estallaron alardos procedentes del otro lado de la pared; hombres que chillaban no tan sólo aterrorizados sino conmocionados y atenazados por el dolor.

Nathan alzó los brazos para lanzar una telaraña mágica que derribaría la pared.

Antes de que pudiera actuar, el mármol blanco estalló en dirección a ellos. Fragmentos de piedra salieron volando con un ruido ensordecedor. Un hombre fornido,

empuñando una espada ensangrentada, se abrió paso violentamente con el hombro por delante a través de la pared en una huida desesperada. Cayó y resbaló por el suelo.

Pedazos de piedra blanca de todos los tamaños y formas volaron por el corredor. Grandes secciones de mármol se soltaron y estrellaron contra el suelo. Más allá del caos de fragmentos de piedra que volaban por los aires y polvo arremolinado, Verna vio atisbos de hombres con oscuras corazas que empuñaban armas. Parecían hallarse en un estado de desconcierto, peleando contra un enemigo invisible. El estruendo de sus voces se alzaba lleno de cólera, confusión y terror.

A través de la nube de polvo y cascotes Verna pudo ver que había un pasillo oscuro al otro lado ocupado por un revoltijo descomunal de soldados de la Orden Imperial.

En medio del ruido atronador y el tumulto, caían cuerpos a través de la abertura de la pared. Enormes hombres tatuados cubiertos con oscuras corazas de cuero, correas, tachones y cotas de malla, varios sin algún brazo, otros con los rostros heridos, se estrellaron pesadamente contra el suelo. Una cabeza, con grasiencias gudejas de pelo ondeando, rodó a través del suelo. Hombres a los que faltaba una pierna se desplomaron al exterior. Otros, con los vientres desgarrados por la mitad, pasaron a trompicones entre el revoltijo.

Goterones de sangre roja salpicaron el suelo de mármol blanco.

En mitad de toda aquella piedra que volaba, de las nubes de polvo que ascendían, de las cabezas decapitadas que rodaban, de los soldados que caían, chillaban y morían, Richard blandió su espada con una mano y a la vez que sostenía en pie a una Nicci que parecía inconsciente con el otro brazo pasado alrededor de la cintura, se abrió paso a través de la brecha.

## 16

Cara plantó un pie sobre la espalda de un soldado caído y saltó hacia Richard mientras éste utilizaba su propio impulso para que le ayudara a pasar a través de la confusión de polvo y piedra hecha añicos por Bruce cuando éste había cargado a través del revestimiento de mármol como si golpeara una línea de bloqueadores. Al mismo tiempo que se deslizaba bajo las espadas en movimiento y la sangre, Richard depositó a Nicci en el suelo, dejando su cuerpo flácido encima de una capa de polvo.

Richard giró en redondo de inmediato, utilizando la espada contra la masa de guerreros que se abalanzaban sobre él a medida que surgían del oscuro pasillo. Lanzaba tajos sin ninguna piedad, pero ellos peleaban con ferocidad para llegar hasta él y abatirlo. El acero acuchillaba músculos y alcanzaba huesos. El ruido era ensordecedor: los hombres gruñían, algunos lanzaban gritos de combate y otros chillaban de dolor mientras morían.

Richard esquivaba sus feroces ataques y aprovechaba cada oportunidad para lanzar estocadas contra la avalancha de hombres. Cada uno de sus veloces ataques daba en el blanco. No obstante, por cada uno que mataba, parecía que tres más lo reemplazaban.

Cara chocó contra un hombretón con la cabeza afeitada cuando éste iba a por Richard. Utilizando ambas manos, le estrelló el agiel contra la garganta. Por un instante Richard vio la descarga de dolor en los ojos del sujeto antes de que éste cayera. Richard utilizó la ocasión para hundir la espada en otro soldado situado a un lado.

Todos los soldados que se habían estado reuniendo en silencio en el oscuro corredor parecían ser luchadores expertos. La batalla había llegado antes de lo que habían esperado, pero ahora combatían con una furia salvaje. Éstos no eran los soldados regulares de la Orden Imperial, que se habían alistado para conseguir gloria y botines. Éstos eran guerreros profesionales, mercenarios bien entrenados y con experiencia que sabían lo que hacían. Eran hombres fuertes, que llevaban todos como mínimo corazas de cuero. Algunos iban equipados además con cotas de malla, y todos ellos llevaban armas bien confeccionadas. Peleaban con movimientos comedidos pensados para atravesar una línea defensiva enemiga.

Pese a su experiencia, la repentina oscuridad y la inmediata violencia los había cogido desprevenidos. Habían creído que estaban bien ocultos. En un momento de confusión y alarma, cuando todo había quedado a oscuras en el pasillo, los había dominado el miedo a lo desconocido. En aquellos breves instantes de desconcierto, habían empezado a morir sin comprender cómo o por qué.

Richard había utilizado la sorpresa para abrirse paso violentamente a través de sus filas a la mayor velocidad posible. Lo último que había querido era verse atascado en un combate cuerpo a cuerpo. Con Nicci, Jillian y Adie a las que escoltar, ya resultaba bastante problemático para Bruce, el general Meffert y él avanzar sin aminorar la velocidad. En el interior del palacio la capacidad de Adie para ayudarlos había disminuido.

Eso había sido un problema.

Con todo, las tropas ocultas de la Orden se habían recuperado con rapidez y estaban ahora en su elemento: el combate. Eran los guerreros que la Orden tenía por costumbre utilizar para encabezar una invasión, para avasallar a un adversario con un potente ataque pensado para machacar toda oposición. Por suerte para Richard, Bruce, el general Meiffert y él no tenían que pelear solos. Cara abatía a todo aquel al que podía acercarse y se enfrentaba con aquellos que intentaban hacer pedazos a Richard. Estos guerreros estaban familiarizados con una oposición armada pero sabían muy poco sobre las mord-sith. Intentaban ya alejarse de Cara, pero se encontraban con que otras mord-sith saltaban sobre ellos y los abatían. Richard vio a Berdine y a Nyda estrellando su agiel sobre cogotes o hundiéndolo y retorciéndolo contra pechos fornidos. Por todas partes se oían gritos agónicos.

Situada no muy lejos, la Primera Fila embistió contra los soldados de la Orden Imperial desde ambos lados a la vez. Richard vio al general Trimack conduciendo a su tropa a lo más reñido de la batalla. La Primera Fila era la élite de la élite, más que dignos rivales para los soldados de la Orden no tan sólo por su tamaño sino también por su habilidad. Las tropas d'haranianas estaban formadas por hombres duchos en el combate, muy versados en tácticas letales que les proporcionaban una reputación temible y bien merecida.

Varios enemigos con corazas de cuero oscuro y los rostros crispados por el odio y la ira, se precipitaron hacia Richard. Antes de que él pudiera poner en acción su espada, otros hombres fornidos fueron a colocarse justo frente a ellos, impidiéndoles llegar hasta Richard. Los cuellos de los soldados de la Orden quedaron desgarrados, con las carótidas seccionadas.

Richard pestañeó al ver que eran Ulic y Egan, dos enormes guardaespaldas rubios de lord Rahl. Las correas, placas y cintos de cuero de sus uniformes estaban moldeados para encajar como una segunda piel sobre los contornos prominentes de sus músculos. Grabada en el cuero, en el centro de sus pechos, había una elaborada «R», y debajo dos espadas cruzadas. Llevaban bandas de metal justo por encima de los codos diseñadas especialmente para el combate cuerpo a cuerpo. Tales bandas tenían salientes afilados como cuchillas. No tardó en quedar claro a los invasores que cualquiera que estuviera lo bastante cerca para topar con Ulic y Egan no sólo iba a morir, sino que iba a hacerlo del modo más truculento.

Aún más efectivos que salían en tropel por la abertura de la pared fueron abatidos mediante la magia que les enviaba Nathan. Fogonazos de luz rebanaban a hombres cubiertos con cotas de malla, haciendo volar fragmentos de metal ardiente que rebotaban

en paredes, suelos y techos. Era una macabra contienda unilateral, en la que los soldados de la Orden no tenían ninguna posibilidad de alzar las espadas contra el alto profeta antes de ser destrozados.

El general Meiffert se agachó bajo una oscilante masa de hachas a la vez que cargaba a través del humo, con Jillian acurrucada tras la protección de su espada y con Adie sostenida en alto por el otro brazo del oficial.

Richard vio que Adie estaba cubierta de sangre.

Cara se detuvo en seco.

—¿Benjamín?

—¡Toma! Coge a Adie.

—Tengo que proteger a lord Rahl.

—¡Haz lo que se te dice! —le chilló él por encima del estruendo de la batalla—.  
¡Ayúdala!

A Richard le sorprendió ver que Cara abandonaba al instante la discusión para hacerse cargo de Adie y relevar al general Meiffert de su cuidado. Éste agarró a Jillian con la mano que acababa de quedar libre y la hizo girar, lejos de dos guerreros que embestían desde la derecha. Se agachó a la vez que lanzaba una estocada, atravesando a uno. Bruce estaba justo allí, pero muy encogido para no entrometerse en el camino de la espada del general. Desde esa posición baja, Bruce hirió al segundo atacante abajo en las rodillas. Cuando un tercero intentó alcanzar al general, Egan rodeó con un musculoso brazo el cuello del soldado y efectuó una violenta torsión. El hombre quedó flácido. Egan lo arrojó a un lado como si fuera una muñeca de trapo y fue al instante a por otro miembro de la Orden.

—¡Retrocede! —chilló el general Meiffert a Cara cuando ella regresó para lanzarse de nuevo al interior de lo más reñido de la batalla.

—Tengo que...

—¡Muévete! —le chilló él al tiempo que le daba un fuerte golpe en la espalda con la mano—. ¡He dicho que te muevas!

—¡Nathan! —gritó Richard por encima del estruendoso ruido cuando vio la oportunidad que el general Meiffert acababa de crear al obligar a Cara a echarse para atrás con él.

Cuando el profeta giró al oír su nombre, Richard señaló el oscuro corredor que el general acababa de abandonar.

—¡Ya no queda ninguno de nosotros! ¡Hazlo!

Nathan comprendió y no perdió un instante, alzando de inmediato ambas manos. Llameó luz entre sus palmas, y un fuego de mago cobró vida violentamente, enviando colores centelleantes sobre la enconada batalla.

Nathan envió el fuego de mago al interior de las filas enemigas.

La mortífera esfera de luz líquida que borboteara salió rodando y aquel infierno incandescente se expandió. Incluso por encima del ruido de la batalla, Richard pudo oír el lamento del fuego mientras volaba en dirección al oscuro pasillo lleno de tropas de la Orden Imperial que presionaban al frente para penetrar en el palacio y unirse a la batalla.

El fuego de mago salió disparado corredor adelante, proyectando una luz de un rojo anaranjado sobre el mármol blanco. El sonido por sí solo era suficiente para dejar a los hombres agarrotados por el pánico.

Era un espectáculo horripilante ver cómo una muerte abrasadora se desparramaba sobre la carne de seres vivos. La creciente esfera de fuego líquido pasaba entre brincos sobre las cabezas de los hombres, sin dejar de derramar muerte sobre ellos, hasta que el rodante infierno estalló en una cascada de luz y llamas líquidas que descendió con un enorme chapoteo sobre la aterrada masa de hombres.

Los alaridos de dolor ahogaron el entrechocar de las armas.

Nathan conjuró aún más fuego de mago. En un instante, también éste salió despedido a toda velocidad.

La esfera de fuego rodó por el oscuro corredor, discurriendo como una exhalación por paredes y hombres, mientras derramaba llamas que prendían fuego a todo. La líquida llama era tan tenaz, tan pegajosa, tan abrasadora, que fundía a su paso las corazas de cuero y chapoteaba a través de las cotas de malla para aferrarse a la carne mientras ardía. El fuego de mago, una vez que estaba sobre una persona, a menudo ardía hasta llegar al hueso antes de extinguirse. Aun cuando los hombres intentaran quitarse las corazas de cuero que el pegajoso fuego líquido atravesaba, era demasiado tarde. Las ropas estaban ya fundidas con la piel y todo lo que conseguían era arrancarse la propia carne.

El fuego envolvía rostros, y al jadear commocionados, los hombres introducían remolinos de llamas en los pulmones. El hedor de la carne quemada era abrumador. El sonido de los alaridos escalofriante.

Los atacantes que estaban ya en el pasillo sabían que no tendrían a nadie que acudiera desde atrás a ayudarlos. Los hombres de la Primera Fila caían ya sobre ellos, apisonándolos, ensartándolos en sus lanzas desde ambos lados.

No tenían otra elección que pelear por sus vidas. En esta batalla no se permitiría la rendición.

El general Meiffert asestó un tajo a un enemigo en el hombro. Bruce utilizó ambas manos sobre la empuñadura de su espada para descargarla en otro que cayó espatarrado a sus pies. Cuando un tercero, con el rostro contorsionado por la cólera y el odio, fue a por Richard, éste le lanzó un mandoble, hundiendo la espada casi a través de la cabeza del hombre. Extrajo el arma de un tirón mientras el desgraciado caía de rodillas con un grito de inesperado terror. Berdine, con su traje de cuero rojo, se adelantó y presionó su agiel contra la base del cráneo del soldado, rematándolo.

Nathan lanzó otra esfera de fuego de mago pasillo adelante. El implacable infierno de muerte era un espectáculo nauseabundo mientras descendía, salpicándolo todo, sobre

una multitud de guerreros que hasta el momento lo habían evitado. Envueltos en llamas, intentaban frenéticamente escapar de la creciente conflagración, pero no existía escapatoria. Estaban atrapados no tan sólo por las llamas, sino por el mismo gran número de hombres que eran y por todos los cadáveres que los rodeaban. No tenían otra opción que chillar de dolor y desesperado pánico mientras se quemaban vivos. Volutas de fuego se enroscaban en las bocas abiertas que emitían aquellos alaridos. Richard estaba seguro de que cerca de la retaguardia los apostados habrían abandonado el ataque y estarían corriendo ya de vuelta a la seguridad de las catacumbas.

Lo que sólo un momento antes había sido una batalla frenética empezaba a amainar. A los guerreros de la Orden Imperial que seguían vivos no se les mostró la menor clemencia. La Primera Fila acabó con ellos.

Cara apartó de un empujón a uno que acababa de matar. Éste se desplomó de espaldas y dio contra el suelo con un golpe sordo. El general Meiffert estaba a poca distancia y ella lo contempló con más enojo de lo que había mirado al enemigo que acababa de matar.

—¿Qué crees que estás haciendo gritándome... diciéndome lo que debo hacer?

—Mi trabajo. Te interponías en lo que lord Rahl intentaba hacer. Necesitaba que te quitaras de en medio.

Cara echó una mirada atrás.

—Bueno, no me importa...

—No tengo tiempo para discusiones. —Su enojo corría parejo al de ella—. Mientras yo esté al mando, harás lo que se te dice. Así es como tiene que ser.

Ella volvió su semblante iracundo al corredor, donde todavía había hombres quemándose vivos. Brazos convertidos en antorchas oscilaban lenta e inútilmente en aquel infierno.

Richard había sabido que eran demasiados los soldados que llenaban los corredores para pelear contra todos ellos, y había estado intentando conseguir que el general, Bruce, Jillian y Adie salieran de en medio para que Nathan pudiera utilizar el fuego de mago. El general había comprendido las intenciones de Richard, y Cara había estado bloqueando el paso. Como oficial al mando, no podía permitir que nadie cuestionara su autoridad; y menos en mitad de una batalla.

En cuanto Cara comprendió lo que había sucedido, abandonó la disputa y se fue corriendo para reunirse con Richard mientras éste avanzaba apresuradamente por el suelo cubierto de sangre hacia Nicci, que yacía con la espalda recostada en la pared.

—¿Nicci? —Richard le pasó con delicadeza una mano por detrás del cuello—. Aguanta. Nathan está aquí.

Los ojos de la mujer estaban en blanco. El dolor le producía convulsiones. Richard sólo podía suponer que Jagang intentaba matarla, pero que el hechizo que envolvía el palacio obstaculizaba tal intento. Todo ello la llevaba hacia una muerte lenta y atroz.

Richard giró la cabeza.

—¡Nathan! ¡Te necesitamos!

Más allá de las figuras caídas de los soldados de la Orden Imperial, Richard vio a Nathan arrodillado junto a alguien y tuvo la terrible sensación de que sabía quién era. Nathan alzó los ojos, mirando con tristeza e impotencia a Richard.

—Nicci... aguanta. Ya viene ayuda. Prometo que te quitaré ese collar. Aguanta. —Sujetó el brazo de Cara y la acercó a él—. Quédate con ella. No quiero que piense que está sola. No quiero que se rinda.

Cara asintió, con lágrimas en sus azules ojos.

—Lord Rahl, qué contenta estoy de veros.

Él le posó una mano en el hombro a la vez que se ponía en pie.

—Lo sé. También yo estoy muy contento de verte.

Richard corrió por encima de los soldados sin vida de la Orden en lugar de perder tiempo buscando un camino despejado. Parecía surrealista ver tantísimos cadáveres, extremidades y cabezas cortadas, tanta sangre, mancillando los sagrados corredores de mármol blanco del palacio.

Mientras se abría paso a toda velocidad entre el revoltijo de cadáveres, sus temores se vieron confirmados cuando vio que Nathan estaba arrodillado junto a Adie. La anciana hechicera apenas respiraba.

Richard se agachó junto al profeta.

—Nathan, tienes que ayudarla.

El general Meiffert y Jillian se arrodillaron al otro lado de la anciana. Jillian tomó la mano de Adie y la sostuvo contra el pecho.

Nathan lo miró con ojos llorosos y cansados.

—Lo siento, Richard, pero esto puede que esté más allá de mi capacidad.

Richard engulló el nudo que sentía en la garganta mientras bajaba los ojos hacia Adie. La anciana alzó sus ojos completamente blancos hacia él, pareciendo estar muy en paz a pesar de que tenía que sentir un dolor terrible.

—Adie, lo conseguimos. Tu plan funcionó. Lo hiciste. Conseguiste que pasáramos.

—Estoy contenta, Richard. —Sonrió un poco—. Pero ahora debes ayudar a Nicci.

—Preocúpate por ti ahora.

Ella le aferró el brazo, tirando para acercarlo un poco más.

—Debes ayudarla. Mi parte hecha está. Ella es tú única posibilidad ahora, para salvar todo lo que valoramos en este mundo.

—Pero...

—Ayuda a Nicci. Ella tú única esperanza. Prométeme que la ayudarás.

Richard asintió a la vez que notaba que una lágrima le corría por la mejilla.

—Lo prometo.

La sonrisa de la mujer se ensanchó, y unas finas arrugas se marcaron en sus mejillas.

Richard no pudo evitar sonreír al reparar en lo que ella acababa de hacer. Zedd le había contado en una ocasión que las hechiceras jamás te cuentan todo lo que saben y de ese modo te engatusan para que estés de acuerdo en cosas que de otro modo podrías no aceptar.

—No me hace falta una estratagema de hechicera para mantener mi promesa de ayudar a Nicci. Nathan le quitará ese collar del cuello.

Mientras ella le sonreía, Richard sintió que la mano de la anciana apretaba un poco más.

—No estoy tan segura, Richard. Ella necesita ayuda que sólo tú puedes dar.

Richard no sabía qué podía hacer él que Nathan no pudiera. Incluso aunque supiera cómo utilizar su don, Richard hacía mucho que había perdido su conexión con él. Cuando los ojos de Adie se cerraron despacio y Jillian empezó a llorar, el general Meiffert rodeó con un brazo los hombros de la muchacha.

—¡Lord Rahl! —llamó Cara.

Tanto Richard como Nathan giraron la cabeza hacia la mord-sith, encorvada sobre Nicci.

—¡De prisa!

—Ayúdala a aguantar —susurró Nathan a Adie.

Posó un dedo sobre su frente. Adie suspiró y sus músculos se relajaron.

—Eso la reconfortará por el momento —dijo Nathan en tono confidencial a Richard—. A lo mejor con la ayuda de algunas Hermanas puedo hacer algo más por ella.

Richard asintió, luego agarró a Nathan por debajo del brazo y lo ayudó a ponerse en pie. De camino hacia Nicci pasaron veloces junto a las figuras enredadas entre sí de los muertos. La mayoría de los caídos eran guerreros de la Orden Imperial, pero había también integrantes de la Primera Fila desperdigados por todo el pasillo.

Nicci, si eso era posible, tenía un aspecto aún peor. Se sacudía debido al poder invisible que intentaba arrebatarle la vida.

—Tienes que quitarle el collar —dijo Richard a Nathan—. Jagang ha estado utilizando el rada'han para controlarla. Ahora creo que está intentando matarla con él.

Nathan, asintiendo mientras alzaba un párpado de Nicci, evaluó con rapidez el estado de la hechicera. Alargó los brazos y posó ambas manos sobre el collar de metal que llevaba en el cuello. Cerró los ojos un momento, arrugando la frente por el esfuerzo de

utilizar sus poderes invisibles. El aire en torno a ellos pareció zumbar con una vibración queda. Al cabo de un momento la discordante sensación cesó.

—Lo siento, Richard —dijo en voz baja cuando por fin irguió el cuerpo.

—¿Qué quieres decir con que lo sientes? Tienes que quitarle esta cosa antes de que la mate.

Nathan paseó la mirada por todos los muertos, con sus ojos azul celeste un poco más húmedos de lo que habían estado un momento antes. Su mirada apesadumbrada regresó finalmente a Richard.

—Lo siento, muchacho, pero no hay nada que pueda hacer.

—Sí que lo hay —dijo Cara—. ¡Tú puedes quitarle el collar!

—Lo haría si pudiera... —con un semblante abatido negó con la cabeza—, pero no puedo. Lo mantienen cerrado ambos lados de su don. Yo sólo tengo el de Suma.

Richard no podía aceptarlo.

—Este palacio aumenta tu habilidad. Eres un Rahl. Tu poder es mayor en este lugar. Tienes más poder aquí. ¡Úsalo!

—Mi lado de Suma se ve acrecentado aquí... pero carezco de la habilidad de Resta. Sin la Magia de Resta para contrarrestar la cerradura, no puedo hacer nada.

—¡Puedes intentarlo!

Nathan posó una mano en el hombro de Richard.

—Ya lo he intentado. Mi habilidad no es suficiente. Lo siento, muchacho. Me temo que no puedo hacer nada.

—Pero si no lo haces, morirás.

Mirando a Richard a los ojos, Nathan asintió despacio.

—Lo sé.

El general Meiffert apareció detrás de Nathan.

—Lord Rahl.

Tanto Nathan como Richard alzaron la vista.

El oficial vaciló un momento, mirando alternativamente a ambos.

—Tenemos que hacer algo antes de que puedan enviar refuerzos a través de esos túneles. No podemos saber cuántos efectivos tienen ahí abajo, aguardando para subir y renovar el ataque. Debemos actuar ahora.

—Purga los túneles —dijo Richard.

—¿Qué? —preguntó Nathan.

—Despeja los pasillos primero. Asegúrate de que no hay más soldados de la Orden aquí arriba. Luego utiliza fuego de mago. Envíalo a través de las catacumbas. Las catacumbas son lugares para los muertos. Elimina de ellas a los vivos.

Nathan asintió.

—Me ocuparé de ello al instante.

Mientras se levantaba, Richard, sujetando la mano de Nicci, alzó los ojos hacia el mago.

—Nathan, tiene que haber algo que puedes hacer.

—Puedo impedir que más de ellos lleguen aquí.

—Me refiero a Nicci. ¿Qué podemos hacer para ayudarla?

Desde las desoladas profundidades de su tormento interno, Nathan contempló a Richard.

—Quédate con ella, Richard. Permanece a su lado hasta que muera. No permitas que esté sola en los últimos momentos. Eso es todo lo que puedes hacer.

Con un floreo de su capa se giró y apresuró el paso para seguir al general Meiffert.

## 17

Cara, sentada de rodillas junto a él, posó una mano con gesto compasivo sobre el hombro de Richard cuando éste se inclinó sobre Nicci.

Él mismo sentía como si estuviera muerto.

Rodeó a Nicci con sus brazos, incapaz de ofrecerle ninguna protección real, ninguna salvación; incapaz de arrebatarla del dominio de Jagang.

La suma de los acontecimientos que lo habían conducido hasta aquel punto de su vida parecían sobrepasarle. No importaba lo que hiciera, los que creían en la Orden Imperial hacían progresar su causa de un modo constante. En su fanatismo, estaban decididos a erradicar toda alegría de la vida, a extraerle cualquier significado, a agriar la existencia misma para convertirla en un suplicio insopportable.

Consagrados a su fe insensata en una vida perfecta y eterna después del sacrificio en esta vida, los seguidores de la Orden anhelaban hacer sufrir a cualquiera que osara querer existir para el simple disfrute. Tal deseo era para ellos pecaminoso e intolerable.

Richard los odiaba. Los odiaba con vehemencia por todo el daño que infligían.

Deseaba poder borrarlos a todos del mundo de la vida.

Nicci, a pesar de que apenas parecía consciente del entorno, apretó un brazo contra su cuello como si quisiera consolarle en su pena, como si quisiera decirle que no pasaba nada, que también ella, como tantas personas que habían peleado y muerto para defender su modo de vida, el derecho de sus seres queridos de vivir a salvo y libres, estaría pronto en una paz eterna, lejos del alcance del dolor.

Aun cuando él sabía que ella estaría por fin libre de un padecimiento terrible, y fuera del alcance de Jagang, Richard no podía soportar la idea de que abandonara el mundo de la vida.

En aquel momento, todo le parecía fútil a Richard. Todo lo bueno en la vida estaba siendo metódicamente destruido por personas que creían con fervor que su piadoso propósito en la vida era asesinar a aquellos que no querían someterse a las creencias de la Orden.

El mundo estaba atenazado por una locura absoluta.

Tantos habían muerto ya, tantos morirían... Richard sentía como si estuviera atrapado en un remolino, que lo sumía constantemente en las profundidades de la

desesperación. No parecía existir fin a aquella matanza sin sentido, ninguna escapatoria que no fuera la muerte.

Y ahora Nicci emprendía ese viaje final.

Él tan sólo había querido vivir su vida con la mujer que amaba, igual que tantas otras personas. En su lugar, a Kahlan le habían robado la mente, convirtiéndola en un instrumento de aquellos con un ardiente deseo de imponer sus creencias a todo el mundo. Si bien podría haber ayudado a Kahlan a escapar, los esbirros de Jagang la estarían persiguiendo y ninguno de ellos se daría por vencido jamás. A menos que se les detuviera, la Orden se adueñaría de Kahlan tal y como se adueñaría de todos.

Ahora también a Nicci le estaba extrayendo poco a poco la vida.

Mientras se ensimismaba, ajeno a todos y a todo, Richard sintió una repentina sacudida violenta y desgarradora en su interior. Por un momento lo mantuvo inmovilizado en un extraño y silencioso mundo de las tinieblas antes de volver a dejarle caer en una tormenta interior.

No conocía el origen de esa desorientación interior, pero de improviso sintió como si se hubiera perdido entre un millón de meteoros. Y entonces todos ellos estallaron desde algún lugar dentro de las insondables profundidades de su ser.

Cara le agarró el brazo y lo zarandeó.

—¡Lord Rahl! ¿Qué sucede? ¡Lord Rahl!

Reparó en que estaba chillando, y que no podía parar.

En mitad de la incandescencia, le invadió la comprensión.

De repente supo sin la menor duda la causa de esa sensación.

Era un despertar.

El soberbio poder de aquel renacimiento era pasmoso. Cada fibra de su cuerpo ardía de improviso llena de aquella vida. Al mismo tiempo, el tuétano de cada hueso repiqueteaba con un dolor tan abrumador que casi lo dejó inconsciente.

Podía sentir su herencia inalienable ardiendo otra vez en su interior, volvía a sentirse completo por primera vez desde lo que parecía una eternidad. Era casi como si hubiera olvidado quién era, qué era, como si hubiera perdido su camino y todo hubiera regresado de repente en un instante cegador.

Su don había regresado. No tenía ni idea de por qué o cómo, pero había regresado.

Lo que lo mantenía consciente, no obstante, lo que mantenía su mente centrada, era la rabia que hervía en su interior hacia aquellos que justificándose en sus propias creencias retorcidas infligían daño a otros que no pensaban como ellos.

En aquel momento, mientras su rabia ciega hacia todos aquellos que existían para odiar y hacer daño a otros, volvía a fluir a través de aquella conexión integral con su don, oyó un chasquido metálico.

Nicci jadeó.

Richard, casi sin darse cuenta de lo que sucedía, advirtió que los brazos de la mujer lo rodeaban, y que ésta jadeaba para recuperar el aliento.

—¡Lord Rahl —dijo Cara, zarandeándolo— mirad! ¡El collar se ha soltado! Y el aro de oro que tenía en el labio ya no está.

Richard se echó atrás para contemplar los ojos azules de Nicci. Ella tenía la vista alzada hacia él. El rada'han se había hecho pedazos y yacía roto en el suelo.

—Tu don ha regresado —musitó Nicci, apenas consciente—. ¡Puedo percibirlo!

Él sabía sin la menor duda que era verdad. Su don había regresado de un modo inexplicable.

Advirtió la presencia de un bosque de piernas cuando miró a su alrededor. Unos soldados de la Primera Fila, empuñando armas, lo habían rodeado. Ulic y Egan estaban entre ellos y Richard. Entre Ulic y Egan había un muro de cuero rojo.

Richard comprendió que había gritado cuando el dolor abrasador había estallado a través de él y que ellos probablemente habían pensado que lo estaban asesinando.

—Richard —dijo Nicci, atrayendo su atención con una voz que apenas era un débil susurro—. ¿Has perdido el juicio?

La hechicera tuvo que obligar a sus ojos a abrirse varias veces. Tenía la frente perlada de sudor. Richard sabía que estaba agotada por el suplicio y necesitaba descanso. Con todo, era de lo más alentador ver la vida en sus ojos otra vez.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo demonios se te ocurrió pintar esos símbolos en rojo por todo tu cuerpo?

Cara echó una ojeada a Richard.

—Me gusta como quedan.

Berdine asintió por encima de la cabeza de Cara.

—A mí también. En cierto modo me recuerda a nuestro cuero rojo.

—Le proporciona una apariencia estupenda —convino Nyda.

Incluso a través del agotamiento que sentía, la expresión de Nicci reveló que no le parecía gracioso.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? ¿Tienes alguna idea del peligro que representan esos símbolos?

Richard se encogió de hombros.

—Desde luego. ¿Por qué crees que los pinté?

Nicci se dejó caer atrás sin fuerzas, demasiado débil para discutir.

—Escúchame —dijo—. Si yo no... si algo... escucha... no puedes hablar a Kahlan sobre vosotros dos.

Richard frunció el entrecejo a la vez que se inclinaba más cerca de ella, intentando oírla con claridad.

—¿De qué estás hablando?

—Hace falta un campo estéril. Si algo me sucede, si no sobrevivo, es necesario que lo sepas. No puedes hablarle sobre vosotros dos. Si le cuentas a Kahlan su pasado contigo, no funcionará.

—¿Qué no funcionará?

—El poder de las cajas. Si alguna vez tienes la oportunidad de invocar el poder de las cajas, éste necesita un campo estéril para funcionar. Eso significa que Kahlan no puede tener un conocimiento previo sobre el amor entre vosotros dos, o los recuerdos no podrán reconstruirse. Si se lo cuentas, la perderás para siempre.

Richard asintió, no muy seguro de qué le hablaba ella, pero enormemente preocupado de todos modos. Temía que Nicci pudiera delirar debido al padecimiento provocado por el collar. En realidad no tenía el menor sentido lo que decía, pero sabía que no era el momento ni el lugar para ahondar en ello. La necesitaba recuperada por completo.

—¿Estás escuchando? —preguntó ella, con los ojos cerrándosele mientras pugnaba por permanecer consciente.

Richard no estaba seguro de si había conseguido quitar el collar a tiempo. Sí sabía que Nicci todavía no era ella misma.

—Sí, de acuerdo. Escucho. Un campo estéril. Entendido. Ahora, relájate hasta que podamos llevarte a un lugar donde puedas descansar. Luego puedes explicármelo todo. Estás a salvo ahora.

Richard se puso en pie mientras Cara y Berdine ayudaban a Nicci a levantarse.

—Necesita un lugar tranquilo donde pueda descansar -les dijo.

Berdine rodeó con un brazo la cintura de Nicci.

—Me ocuparé de ello, lord Rahl.

Había transcurrido algún tiempo desde que había oído referirse a él como «lord Rahl». Se le ocurrió que Nathan podría experimentar cierto resentimiento al verse desplazado. Ésta no había sido la primera vez que había actuado como lord Rahl, el protector del vínculo, para encontrarse a continuación con que Richard regresaba para reclamar el título.

Antes de que pudiera realmente pensar en ello, oyó un ruido curioso. Pareció como algo que chisporroteaba, seguido por un golpe sordo. Cuando todos se hicieron a los lados para dejar pasar a Richard y a Nicci, éste vio que un hombre iba hacia ellos.

Tras un segundo vistazo, Richard no estuvo seguro de qué veía. Parecía un soldado de la Primera Fila, pero no era así. El uniforme tenía un aspecto distinto.

El general Trimack extendió un brazo, empujando a algunos de sus subordinados fuera del paso para que Richard pudiera pasar. Éste, no obstante, se había detenido. Miraba al soldado que avanzaba entre la carnicería.

El hombre carecía de rostro.

Lo primero que le pasó por la cabeza fue que a lo mejor había recibido quemaduras espantosas y el rostro se le había consumido. Pero el uniforme estaba intacto y su carne no parecía en absoluto quemada o cubierta de ampollas. En su lugar, era lisa y sin heridas. Tampoco caminaba como si estuviera herido.

Pero carecía de rostro.

Donde debería haber habido ojos había sólo leves depresiones en la piel lisa, y por encima de ellas un atisbo de un arco superciliar. Donde debería haber estado la nariz había sólo una ligera elevación, un simple indicio de una nariz. No había boca. Parecía como si su rostro estuviera hecho de arcilla pero aún no le hubieran esculpido las facciones. También las manos estaban por terminar. Sólo tenía pulgares. El resto parecían muñones.

Era una visión tan sorprendente que su contemplación producía un terror instantáneo.

Un soldado de la Primera Fila, que ayudaba a un herido y que sólo atisbó de soslayo un uniforme de la Primera Fila, se enderezó y se giró un poco, alzando un brazo como para pedir al hombre que permaneciera atrás. El hombre sin rostro alzó la mano y tocó el brazo del soldado.

El rostro y las manos del soldado se resquebrajaron y ennegrecieron, como si un calor intenso hubiera achicharrado al instante su carne, convirtiéndola en una costra negra. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de quedar carbonizado. Cayó, chocando contra el suelo con un golpe sordo; el ruido que Richard había oído sólo un momento antes.

El hombre sin rostro había adoptado un aspecto más nítido. La nariz había ganado definición, y ahora mostraba el indicio de una hendidura a modo de boca. Era como si hubiera extraído las facciones de la vida que acababa de eliminar.

En un instante, otros soldados de la Primera Fila se colocaron ante la amenaza que se aproximaba. El hombre sin rostro los tocó a medida que atravesaba su línea de defensa. También los rostros de estos soldados se arrugaron al instante, convertidos en negros pliegues quemados que ya ni siquiera parecían humanos, y todos ellos se desmoronaron sin vida al suelo.

—La bestia... —dijo Nicci, situada justo al lado de Richard.

Él la ayudaba a sostenerse en pie y ella tenía un brazo alrededor de sus hombros.

—La bestia —susurró ella otra vez, un poco más fuerte, por si acaso él no la había oído—. Tu don ha regresado. La bestia puede encontrarte.

El general Trimack conducía ya a media docena de sus soldados hacia la nueva amenaza, pero aquella amenaza seguía andando hacia Richard, indiferente a quienes corrían a enfrentarse a ella.

El general Trimack rugió a la vez que descargaba la espalda sobre la amenaza. El hombre no efectuó el menor esfuerzo por esquivar el golpe. La espada se abrió paso sus buenos treinta centímetros a través del hombro, justo al lado del cuello, casi seccionando el hombro del cuerpo. Era una herida que habría detenido a cualquiera. A cualquiera que estuviera vivo.

El general, con las manos aún en la espada, se descompuso en carne arrugada, carbonizada, agrietada y sangrante que empezó a desprenderse. El militar cayó desplomado al suelo sin ni siquiera una mueca o un grito. Salvo por el uniforme, el cuerpo era irreconocible.

El hombre sin rostro, con la espada del general todavía profundamente clavada en el cuerpo, ni siquiera dio un traspie. El rostro había obtenido aún más definición y ahora asomaban dos ojos rudimentarios en las depresiones. A lo largo de un lado de la cara había aparecido un atisbo de una cicatriz, similar a la que tenía el general Trimack.

La hoja de la espada, allí donde sobresalía del hombre, empezó a humear a medida que se tornaba incandescente, como si la acabaran de sacar de la forja de un herrero; luego, ambos extremos se combaron al fundirse en dos, desprendiéndose del lugar en el que había estado incrustada en el pecho del hombre. La punta de la espada, tras la espalda, cayó con un ruido metálico al suelo. El extremo de la empuñadura cayó y rebotó, para aterrizar a continuación siseando y humeando sobre un cadáver próximo.

De todas direcciones salieron hombres a la carrera para detener la amenaza.

—¡Retroceded! —chilló Richard—. ¡Retroceded!

Una de las mord-sith estrelló su agiel contra la base del cuello del hombre. Al instante, la mujer chisporroteó y humeó hasta convertirse en un ennegrecido cadáver carbonizado y luego cayó hacia atrás.

Lo que había sido sólo un indicio de cabellos en la bestia ahora eran unos meros mechones rubios, como los que había lucido ella sólo un momento antes.

Todo el mundo se frenó y empezó a retroceder, intentando permanecer fuera del alcance de la amenaza.

Richard cogió una ballesta de un soldado de la Primera Fila que tenía cerca. El arma estaba ya cargada con una de las mortíferas flechas con plumas rojas que Nathan había encontrado para ellos.

Mientras el hombre con la cara en plena evolución caminaba decidido hacia él, Richard alzó el arco y pulsó el disparador.

Una saeta con plumas rojas se estrelló en el centro de su pecho.

El hombre —la bestia— se detuvo. Su carne empezó a ennegrecerse y calcinarse igual que la de todos aquellos que había tocado. Las rodillas se le doblaron y la bestia cayó en un ovillo humeante, adquiriendo a los ojos de todos el mismo aspecto que sus víctimas.

Sin embargo, siguió ardiendo en forma de rescoldos. No surgieron llamas, pero toda la criatura, incluido el uniforme que Richard pudo ver entonces que no era en realidad tal, sino una parte de la bestia misma, se fundió y borboteó. La masa que se disolvía empezó a coagularse y a ennegrecerse y, mientras todo el mundo permanecía allí, de pie, atónito, contemplándola, ardió sin llama, secándose, resquebrajándose y enroscándose sobre sí misma hasta que sólo quedaron cenizas.

—Utilizaste tu don —dijo Nicci, con la cabeza colgando sin fuerzas—. Te encontró.

Richard asintió sin dirigirse a nadie en particular.

—Berdine, por favor lleva a Nicci a algún sitio donde pueda descansar un poco.

Richard esperaba que ella pudiera recuperarse. Nicci no tan sólo le importaba, también la necesitaba. Adie había dicho que Nicci era su única esperanza.

## 18

Vaya, vaya, vaya. Pero qué lista que eres.

Rachel pegó un salto, soltando un chillido a la vez que se giraba en redondo al oír la fina voz.

La mirada inmutable de unos descoloridos ojos azules estaba clavada en ella. Era Seis.

El impulso de Rachel fue echar a correr, pero sabía que no serviría de nada adentrarse en la cueva, y Seis le cerraba el camino al exterior, de modo que no había ningún lugar al que huir. Rachel tenía un cuchillo, pero un cuchillo parecía ridículamente inadecuado.

La bruja resultaba aún más aterradora de lo que Rachel recordaba. Sus cabellos negros tenían el aspecto de haber sido tejidos por un millar de viudas negras. La piel tirante parecía a punto de rajarse sobre sus huesudos pómulos. El vestido negro era casi invisible en las sombras, lo que hacía que su rostro y sus manos pálidos dieran la impresión de estar flotando por sí solos en la quietud sepulcral de la cueva.

Casi habría preferido tener a los engullidores espirituales tras ella.

Rachel se preguntó cuánto tiempo había estado la bruja observando. Sabía que Seis podía moverse igual de silenciosa que una serpiente, y que no era ningún problema para ella desplazarse en una oscuridad total. Para Rachel no sería ninguna sorpresa descubrir que la mujer poseía también una lengua bifida.

La pequeña había estado tan concentrada mientras había trabajado en el dibujo de Richard que no sólo había perdido la noción del tiempo, sino que, hasta cierto punto, había olvidado dónde estaba. Había estado tan absorta en lo que había estado haciendo que había olvidado la cautela. No sabía que pudiera ensimismarse tanto en algo.

Se sintió como una estúpida por haber sido tan negligente, por haber cometido un error tan estúpido. Chase habría meneado la cabeza, avergonzado, y le habría preguntado si no había prestado la menor atención a todas las cosas que le había enseñado.

Pero había deseado desesperadamente deshacer lo que le habían hecho a Richard. Sabía qué era estar en el centro de uno de aquellos hechizos. Sabía lo espantoso que era. Sabía lo indefenso que le hacía sentir a uno. No quería que eso le sucediera a Richard, y él había sufrido aquel hechizo muchísimo más tiempo del que ella había estado doblegada por el suyo. Había querido ayudarle a escapar del dominio de aquellos dibujos malvados.

Había sabido que corría un riesgo, pero Richard era su amigo. Richard la había ayudado tantísimas veces que ella quería ayudarle por una vez.

Seis echó una ojeada a la oscuridad del fondo de la cueva, la oscuridad situada más allá de la lámpara de aceite, la oscuridad donde yacían los huesos de Violet.

—Sí, muy lista.

Rachel tragó saliva.

—¿Qué?

—El modo en que te has desecho de la vieja reina... —dijo Seis en un susurro sedoso.

Rachel no pudo evitar echar una veloz mirada atrás, confundida.

—¿Vieja reina? —Volvió a mirar a la bruja—. Violet no era vieja.

Seis sonrió con aquella sonrisa suya que hacía que Rachel casi se meara encima.

—En el momento de morir era todo lo vieja que llegaría a ser, ¿no crees?

Rachel no intentó desentrañar el acertijo. Estaba demasiado asustada para pensar. Seis penetró en la zona iluminada.

—¿Cuántos años crees que tienes en este momento, pequeña?

—No lo sé, con seguridad —respondió Rachel con toda la honestidad de que fue capaz, y tragó saliva, aterrada—. Soy huérfana. No sé cuántos años tengo.

Pensó en la visita de su madre... si es que de verdad había sido su madre. Mientras lo rememoraba ahora, no parecía tener sentido. Se preguntó por qué su madre la habría dejado en un orfanato. Si de verdad era su madre, ¿por qué la había abandonado, dejándola totalmente sola? ¿Por qué la habría localizado en mitad de ninguna parte y luego se habría limitado a abandonarla? Cuando había entrado en el campamento de Rachel había parecido perfectamente natural, pero ahora Rachel no sabía qué pensar.

Seis sonrió ante la respuesta. No fue una sonrisa alegre, sin embargo. Rachel no pensaba que Seis tuviera una sonrisa alegre, sólo aquella sonrisa que hacía saber a las personas que pensaba cosas siniestras y propias de brujas.

La bruja apuntó con un dedo largo y huesudo al dibujo de Richard.

—Eso requirió mucho trabajo, ya lo sabes.

Rachel asintió.

—Lo sé. Estaba aquí cuando tú y Violet lo hicisteis.

—Sí. —Seis arrastró la palabra a la vez que contemplaba a la niña igual que una araña a una mosca que ha caído en su telaraña—. Ya lo creo que estabas.

La mujer se acercó más al dibujo.

—Esto de aquí... —meneó un dedo ante uno de los lugares que Rachel había alterado—, ¿cómo hiciste esto?

—Bueno, recordé lo que le dijiste a Violet sobre los elementos terminales. —Rachel no dijo que sabía lo que era un «elemento terminal», pero lo sabía—. Recuerdo que dijiste que aquella confluencia lo fijaba a la persona, mediante el ángulo azimut, para permitir que el hechizo la localizase y luego adjuntase las parcelas adecuadas. Me figuré que eso era esencial para su funcionamiento. Alteré la proporción de modo que cambiara la posición que lo unía al sujeto.

Seis asentía ligeramente mientras escuchaba.

—Interrumpiendo así un soporte fundamental para la estructura posicional —dijo Seis para sí—. Vaya, vaya, vaya. —Sacudió la cabeza mientras miraba con mayor detenimiento el dibujo, y luego miró con el entrecejo fruncido a Rachel—. No sólo posees bastante talento, también inventiva.

Rachel no creyó que fuera una buena idea decir «gracias». A Seis, a pesar de la sonrisa en sus finos labios, probablemente no le había gustado nada descubrir todo el daño que Rachel había hecho al dibujo; y Rachel comprendía a las mil maravillas el gran daño que había hecho.

Seis señaló con un dedo huesudo.

—Esto de aquí. ¿Por qué añadiste esa línea? ¿Por qué no te limitaste a borrar la confluencia?

—Porque razoné que sólo debilitaría el hechizo si hacía eso. —Rachel señaló varios elementos—. Éstos de aquí sustentan los elementos principales también, así que si borraba esa confluencia todavía aguantado. Calculé que si le añadía esa variación, se redirigiría la conexión establecida y de ese modo la rompería.

Seis sacudió la cabeza.

—Qué buen oído tienes. No sabía que una criatura podía captar tales cosas tan de prisa.

—No fue de prisa —repuso Rachel—. Tú tenías que repetirle a Violet las mismas cosas una y otra vez. Era imposible no entenderlo al cabo de un tiempo.

Seis rio por lo bajo.

—Sí, era bastante estúpida, ¿no?

Rachel no contestó. No se sentía muy lista ella misma en aquel momento, después de que la hubiera atrapado con tanta facilidad.

Seis cruzó los brazos mientras paseaba por delante del enorme dibujo, inspeccionando el trabajo de Rachel. Masculló algunos murmullos por lo bajo mientras examinaba todo el conjunto. A Rachel la desanimó ver que su mirada iba directa a cada alteración que ella había hecho. A la bruja no se le escapó ni una.

—De lo más impresionante —dijo sin mirar atrás, y efectuó un veloz ademán con la mano en el aire—. Lo has deshecho todo. —Seis se giró hacia Rachel—. Has echado a perder todo el hechizo.

—No lamento haberlo hecho.

—No, no esperaba que lo hicieras. —Suspiró pesadamente—. Bueno, no ha pasado nada, en realidad. Cumplió su propósito. Supongo que ya no es necesario.

A Rachel le decepcionó oír aquello.

—Esto no ha sido una pérdida total. —Seis, con los brazos todavía cruzados, dirigió una mirada taimada a Rachel—. Me parece que tengo una artista nueva. Una que aprende más rápido que la última. Podrías ser de bastante utilidad. Creo que te mantendré con vida por el momento. ¿Qué dices a eso?

Rachel se armó de valor.

—No dibujaré cosas que hagan daño a nadie.

La sonrisa regresó, más amplia aún.

—Oh, ya veremos.

## 19

Agotada, Kahlan estaba a punto de dejarse caer del lomo del enorme caballo. Podía percibir por su zancada irregular que también el sudoroso caballo estaba a punto de desplomarse. Su rescatador, sin embargo, parecía decidido a hacer correr el caballo hasta matarlo. —El caballo no va a durar a este paso. ¿No crees que deberíamos parar?

—No —dijo él, volviendo la cabeza.

Bajo la tenue luz de un falso amanecer, Kahlan pudo ver por fin que empezaban a aparecer las formas negras de unos árboles. Era un alivio saber que pronto saldrían del terreno descubierto de las llanuras Azrith. En las llanuras, una vez que saliera el sol, podrían divisarlos a kilómetros de distancia desde cualquier dirección. No sabía si los estaban siguiendo, pero aunque no lo hicieran era probable que hubiera patrullas que podrían avistarlos.

De todos modos, no pensaba que Jagang fuera a permitirle huir sin enviar soldados especiales a darle caza. Él tenía algún plan para vengarse, y no iba a abandonarlo. En cuanto las Hermanas curaran al emperador, éste estaría sin duda de un humor de perros y decidido a hacer lo que fuera para recuperarla. Jagang no era un hombre que tolerara que le negaran lo que quería.

Sin duda las Hermanas irían asimismo tras ella. Por todo lo que Kahlan sabía era posible que le estuvieran pisando ya los talones. Incluso sin ser capaces de divisarlos, era probable que las Hermanas pudieran utilizar sus poderes para seguir el rastro de Kahlan.

A lo mejor Samuel era sensato al no parar.

Pero si mataban al caballo, eso no haría más que colocarles en un peligro peor.

Deseó que hubieran podido conseguir otro caballo. No habría sido tan difícil. Kahlan era, al fin y al cabo, invisible para casi todos los hombres del campamento. Podría haberse bajado del caballo cuando habían cabalgado cerca de otros y cogido uno. Samuel iba vestido como uno de ellos; así había conseguido atravesar el campamento. Nadie habría enarcado ni una ceja si él se hubiese detenido, y no podían ver a Kahlan. Bien mirado, podría haber cogido con facilidad algunas monturas de modo que pudieran tener animales de refresco.

Sin embargo, Samuel había sido categórico respecto a que no lo intentara. Pensaba que el riesgo era demasiado grande. Temía que fueran a echar por la borda su huida.

Considerando lo que había estado en juego, supuso que no podía culparle por querer huir tan de prisa como fuera posible.

Se preguntó por qué no resultaba invisible para Samuel. Al igual que Richard, él parecía haber acudido al campamento con la intención específica de ayudarla a escapar.

Kahlan se sentía fatal porque Richard no hubiera conseguido huir también. El recuerdo de verlo allí, en el suelo, no sólo la perseguía, sino que le partía el corazón. Estaba avergonzada por no haberse quedado y haberle ayudado. Aun en aquellos momentos, aterradora como era la idea, sentía el impulso de regresar. Al ser invisible, podría ser capaz de hacer algo. Quería intentarlo desesperadamente.

Y no era sólo por haber abandonado a Richard. También estaban Nicci y Jillian. Nicci había pasado ya por tanto... y ahora era probable que las cosas no hicieran más que empeorar para ella, si es que eso era posible. Jagang también había amenazado con hacer daño a Jillian si Kahlan volvía a causarle problemas o desobedecía sus órdenes. Esperó que, sin ella allí, lastimar a Jillian no tuviera sentido para Jagang.

A pesar de lo mucho que deseaba haberse quedado y haberles ayudado, había algo en la orden de Richard de que Kahlan se fuera que la había impelido a hacer lo que él decía. Era como si él hubiera renunciado a todo con tal de verla escapar, y si ella echaba por la borda la oportunidad que él le había conseguido, todo lo que él había llevado a cabo no serviría de nada. Habría convertido todo lo que él había sacrificado en algo sin sentido.

Era incapaz de recordar haberse sentido jamás tan torturada.

Kahlan sabía que las Hermanas no la habrían tratado bien. Los soldados, por su parte, habrían estado más que ansiosos de obtener su sangre. Se preguntó si ya estaría muerto... o siendo torturado.

Le cayeron lágrimas por las mejillas mientras cabalgaban.

No conseguía dejar de pensar en él, y no conseguiría detener las lágrimas. Sencillamente no podía quitarse de la cabeza aquella imagen de Richard allí, en el suelo, indefenso.

Lo que lo empeoraba aún más las cosas era que había estado tan cerca de obtener respuestas. Sabía que Richard habría podido llenar muchos de sus huecos. Él parecía saber tanto sobre ella... incluso parecía saber cosas sobre Samuel y la magnífica espada que Samuel llevaba. Recordaba que Richard había chillado a Samuel:

«¡Samuel, idiota! Usa la espada para cortar el collar de su cuello.»

Aquellas palabras todavía resonaban en la memoria de Kahlan.

Ninguna espada era capaz de cortar metal. Pero Richard sabía que la espada de Samuel podía.

Más que eso, no obstante, ello le decía a Kahlan lo que Richard pensaba de Samuel. También le decía que incluso con la pobre opinión que Richard tenía del hombre, deseaba hasta tal punto verla a salvo que estaba incluso dispuesto a permitir que fuera Samuel quien la ayudara a escapar.

—¿Qué sabes de Richard? —preguntó.

Samuel cabalgó en silencio un momento y por fin contestó:

—Richard es un ladrón. No es alguien en quien confiar. Hace daño a la gente.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó al hombre al que rodeaba con sus brazos.

Él medio se giró para mirarla.

—Ahora no es el momento de discutirlo, bella dama.

Richard, flanqueado por varias mord-sith, Ulic y Egan, y varios soldados de la Primera Fila, apresuró el paso en dirección a la tumba que había servido de brecha para que las Tropas de la Orden penetraran en el palacio desde las catacumbas.

Nicci estaba a su lado, pues, a pesar de que no estaba ni con mucho recuperada, insistía en estar cerca de él. Richard sabía que estaba preocupada por el regreso de la bestia y porque él no pudiera ser capaz de detenerla sin su ayuda. Quería estar cerca de él para proporcionar esa ayuda si era necesario. Cara, no obstante su preocupación por Nicci, había sido conquistada por los argumentos de Nicci a favor de la seguridad de Richard. Nicci había prometido que, en cuanto Richard se ocupara de eso, ella descansaría. Richard pensaba que sus promesas de que descansaría no tardarían en ser irrelevantes, porque imaginaba que la hechicera podría muy bien caer redonda al suelo en cualquier momento.

Mientras seguían adelante por los amplios corredores, dejaban atrás innumerables cadáveres quemados petrificados en poses grotescas. Las paredes de mármol blanco lucían marcas de quemaduras allí donde hombres, envueltos en llamas, habían dejado la huella de sus cuerpos al estrellarse. Las tiznadas siluetas tenían cierto parecido a manifestaciones espirituales, salvo por las manchas de sangre, que eran muda evidencia de que habían sido hombres los que habían dejado las marcas.

En las habitaciones y pasillos laterales Richard vio aún más guerreros de la Orden Imperial muertos.

—Mantuviste tu promesa —aclaró Nicci en un tono de gratitud y asombro.

—¿Mi promesa?

Ella sonrió pese a su cansancio.

—Prometiste que me quitarías aquella cosa del cuello. Cuando lo dijiste no te creí. No podía responder, pero jamás creí que pudieras hacerlo.

—Lord Rahl siempre cumple sus promesas —dijo Berdine.

Nicci sonrió lo mejor que pudo.

—Eso veo.

Nathan los descubrió encaminándose todos ellos por el corredor, así que se paró en una intersección y aguardó a que lo alcanzaran. Venía de un pasillo situado a la derecha.

El asombro lo embargó.

—¡Nicci! ¿Qué ha pasado?

—El don de Richard ha regresado. Consiguió quitarme el collar del cuello.

—Y entonces apareció la bestia —añadió Cara.

La frente de Nathan se arrugó mientras miraba con detenimiento a Richard.

—¿La bestia que va tras de ti? ¿Qué le sucedió?

—Lord Rahl le disparó —contestó Berdine— una de esas saetas especiales que encontraste.

—Esta vez funcionaron —dijo Nicci por lo bajo.

—Me tranquiliza que hayan acabado siendo útiles —dijo Nathan a la vez que posaba una mano en la cabeza de Nicci—. Había pensado que podrían serlo —farfulló distraídamente mientras alzaba el párpado de Nicci con el pulgar.

Mientras miraba con atención al interior del ojo, surgió un sonido de su garganta que indicaba que no estaba del todo complacido con lo que veía allí.

—Necesitas descansar —anunció por fin.

—Lo sé. Lo haré. Pronto.

—¿Qué hay de los corredores de abajo? —preguntó Richard a Nathan.

—Acabamos de terminar de despejarlos. Encontramos un buen número de soldados de la Orden intentando ocultarse. Por suerte, la zona que habían bloqueado con la losa de piedra no tenía ningún otro acceso al interior del palacio. Era un callejón sin salida.

—Eso es un alivio —dijo Richard.

Uno de los oficiales de la Primera Fila habló:

—Los eliminamos a todos. Por suerte todavía no habían introducido cantidades ingentes de hombres en el palacio. Hemos despejado todo el camino hasta la habitación de la tumba por la que entraron. Tenemos hombres allí, aguardándonos.

—Justo estaba a punto de hacer lo que sugeriste —indicó Nathan —, y purgar las catacumbas.

—Luego tendremos que derrumbar algunos túneles, o algo parecido, para asegurarnos de que nadie más puede entrar.

Richard sabía que los soldados enemigos no eran la mayor de sus preocupaciones. Que las Hermanas de las Tinieblas consiguieran penetrar en el palacio podría ser mucho peor.

—No estoy segura de que eso no sea posible —dijo Nicci.

Richard le dirigió una veloz mirada.

—¿Por qué no?

—Porque no sabemos lo extensas que puedan ser las catacumbas. Podemos aislar el lugar por el que entraron, pero podrían muy bien hallar otro pasadizo que no conocemos en una zona totalmente distinta. Podrían existir kilómetros y kilómetros de túneles ahí abajo. Toda la red que hay ahí abajo no es sólo inmensa sino totalmente desconocida en sus proporciones para nosotros.

Richard suspiró.

—Tenemos que pensar en algo.

Nadie se lo discutió.

Mientras caminaban por el corredor de mármol blanco Nicci paseó la mirada por Richard con una expresión que él reconoció. Era la mirada de desaprobación de una maestra.

—Tenemos que hablar sobre esos símbolos rojos que llevas por todas partes.

—Sí —convino Nathan con el entrecejo fruncido—. Me gustaría tomar parte en esa conversación.

Richard lanzó una mirada a Nicci.

—Estupendo. Mientras tenemos esa conversación, me gustaría saberlo todo sobre cómo pusiste en funcionamiento las Cajas del Destino en mi nombre.

Nicci se estremeció levemente.

—Oh, eso.

Richard se inclinó un poco hacia ella.

—Sí, eso.

—Bueno, como has dicho, tendremos que hablar sobre ello. En realidad, algunos de los símbolos pintados en tu cuerpo tienen una relación directa con las Cajas del Destino.

A Richard aquello no le sorprendió en absoluto. Sabía que algunos de los símbolos tenían que ver con el poder de las cajas. Incluso sabía lo que significaban. Por eso, al fin y al cabo, los había pintado en sus hombres y en sí mismo.

Nicci señaló con la mano.

—Aquí está. Es por donde entraron... fue por esa tumba.

Richard paseó la mirada por el lugar cuando penetraron en la sencilla habitación. Palabras en d'haraniano culto aparecían grabadas en las paredes de piedra, palabras sobre los enterrados allí. Habían empujado a un lado el ataúd, dejando al descubierto la escalera que descendía. Cuando habían ascendido hasta el palacio desde las catacumbas, la oscuridad había sido total, de modo que Richard no había visto lo que los rodeaba. Adie los había estado guiando en aquella oscuridad y Richard ni siquiera había sabido dónde estaban una vez que estuvieron en el palacio.

Nicci indicó abajo, al interior de la oscuridad.

—Por aquí entraron las Hermanas.

—De modo que ellas todavía tienen a Ann —dijo Nathan tras bajar la vista al negro pozo.

Nicci titubeó.

—Lo siento, Nathan. Pensaba que lo sabias.

El semblante adusto de Nathan se ensombreció.

—¿Saber qué?

Ella cruzó las manos frente al cuerpo y desvió la mirada.

—A Ann la mataron.

Nathan se la quedó mirando con fijeza un momento. Richard tampoco estaba enterado de la muerte de Ann. Se sintió fatal por

Nathan. Richard sabía lo unido que estaba el profeta a la prelada. Casi parecía imposible que Ann ya no estuviera.

—¿Cómo? —fue todo lo que Nathan pudo preguntar.

—La última vez que estuve aquí, cuando Ann y yo bajamos aquí. Nos sorprendieron tres Hermanas. Habían enlazado su don para utilizar su poder aquí dentro. A Ann la mataron antes de que nos diéramos cuenta de que estaban ahí. Jagang quería que me capturaran viva, o de lo contrario estoy segura de que les habría encantado matarme también a mí.

Nicci posó una mano en el brazo del profeta.

—No sufrió, Nathan. No creo que fuera consciente de ello siquiera mientras sucedía. Murió al instante. No sufrió.

Nathan, con la mirada puesta en lejanos recuerdos, asintió.

—Lo siento mucho —dijo Richard, poniendo una mano en el hombro del anciano.

La frente de Nathan se contrajo sombríamente. Por el acerado brillo de su mirada furiosa, Richard no tuvo problemas en imaginar la clase de cosas que pasaban por la mente del profeta. Pensó que debían de ser las mismas que él consideraba a menudo.

En el incómodo silencio, Richard indicó abajo, al interior de la escalera que quedaba al descubierto.

—Creo que es necesario que nos aseguremos de que no hay ninguno de ellos oculto ahí abajo.

—Con mucho gusto —repuso Nathan.

Fuego de mago prendió entre sus palmas, proyectando una luz ardiente por toda la habitación a medida que rotaba despacio, aguardando para cumplir sus órdenes.

Nathan se inclinó sobre la oscura abertura y liberó el mortífero infierno. El fuego descendió como una exhalación a las tinieblas, aullando furioso mientras avanzaba, a la vez que iluminaba las talladas paredes de piedra en su veloz vuelo.

—Una vez que haya hecho su trabajo —indicó Nathan—, bajaré ahí y derrumbaré el túnel por el que entraron, para asegurarme de que no pueden volver a entrar por el mismo sitio.

—Ayudaré a levantar algunos escudos de Magia de Resta para asegurar que no lo vuelven a excavar —ofreció Nicci.

Nathan asintió distraídamente, sumido en sus propios pensamientos.

—Lord Rahl —preguntó Cara en voz baja—, ¿qué hace Benjamín aquí?

Richard miró fuera, al corredor donde el general permanecía de pie, aguardando paciente.

—No lo sé. No ha tenido tiempo de contármelo aún.

Dejando a Nathan con sus pensamientos íntimos mientras mantenía la mirada clavada en el interior de las catacumbas, Richard, con Cara y Nicci a su lado, salieron de la habitación para reunirse con el general Meiffert.

—¿Qué haces aquí, Benjamín? —preguntó Cara antes de que Richard tuviera oportunidad de hacerlo—. Pensaba que tenías que estar en el Viejo Mundo, arrasando a la Orden.

—Es cierto —dijo Richard—. No es que no agradezca la ayuda, pero ¿Por qué está aquí? Antes dijo que necesitaba encontrarme para darme un informe sobre un problema con el que se han topado.

Él apretó con fuerza los labios un momento.

—Es cierto, lord Rahl. Hemos topado con un gran problema.

—¿Un gran problema? ¿Qué clase de gran problema?

—Uno rojo. Con alas. Montado por una bruja.

## 20

Richard, con los codos apoyados sobre el tablero de caoba de la mesa, se pasó los dedos por los cabellos. Estaba tan cansado que el libro que tenía delante empezaba a tornarse borroso ante sus ojos. Había leído tantos libros últimamente que hacía tiempo que había perdido la cuenta de cuántos días habían transcurrido desde que regresara al Palacio del Pueblo.

El partido de Ja'La, los motines, Kahlan escapando con Samuel, el regreso al interior del palacio y la batalla subsiguiente parecían ya algo del remoto pasado. Con la ayuda de Verna y otras Hermanas, Nathan había conseguido curar a Adie. No obstante, una vez que hubo descansado, la anciana insistió en volver a ponerse en marcha en su solitario viaje. Debido a que el lugar reducía su poder, estaba virtualmente ciega dentro del palacio.

Richard podía comprender por qué quería marcharse, pero se preguntaba si, mediante sus poderes como hechicera, no le veía ningún futuro a permanecer en el palacio. Richard dudaba de que hubiera un futuro en ninguna parte por el que preocuparse.

Considerando lo que el general Meiffert le había contado sobre que una bruja montada en un enorme dragón rojo dando caza a las tropas d'haranianas en el Viejo Mundo, las cosas empezaban a tener muy mal cariz. Como los hombres que él había enviado a destruir la capacidad de la Orden para sustentar a su ejército en el Nuevo Mundo estaban ahora bajo ataques tan fulminantes, Richard no sabía cuánto tiempo les quedaba antes de que la Orden fuera capaz de aplastar toda resistencia.

El general había tenido gran confianza en el plan para atacar el poderío de la Orden en su raíz, y durante un tiempo había estado funcionando con gran efectividad. Habían dado caza y destruido convoyes de provisiones antes de que pudieran abandonar siquiera el Viejo Mundo. Habían convertido cuarteles y complejos de adiestramiento en desolados bosques de estacas con cabezas de soldados. En su camino habían derruido depósitos de suministros, arruinado cosechas y perseguido y matado a los acólitos que predicaban las repugnantes enseñanzas de la Orden.

Los habitantes del Viejo Mundo habían empezado a comprender la amarga realidad de la guerra que habían lanzado sobre otros. Su entusiasmo por el modo en que sus tropas hacían entrar en vereda a los paganos del norte se había transformado en un temor que les quitaba el sueño. Las multitudes que escuchaban a aquellos que predicaban las enseñanzas

de la Orden eran más reducidas. Incluso había lugares donde habían estallado revueltas contra el gobierno de la Orden.

Jagang hizo varias cosas para contrarrestar aquel esfuerzo. En primer lugar, ordenó que las autoridades tomaran medidas drásticas contra cualquier indicio de insurrección. Poblaciones sospechosas de simpatizar con la causa de la libertad eran incendiadas, todos los pobladores eran torturados para obtener confesiones y se ejecutaba a miles de personas. Poner en duda el gobierno de la Orden acarreaba consecuencias terribles. El castigo y el ejercicio de la autoridad eran los objetivos, de modo que la sospecha era suficiente para provocar un tratamiento brutal. La gente se había acobardado con rapidez y adoptado una temerosa obediencia, que los hacía mostrarse ansiosos por proporcionar cualquier cosa exigida por los nuevos dictados en solicitud de suministros.

Aquel temor generalizado a ser sospechoso de traición había aumentado de manera espectacular la cantidad de suministros disponibles para ser enviados al norte, de modo que los nuevos convoyes no habían tenido dificultades para reunir lo que se necesitaba. Puesto que el Viejo Mundo era tan enorme, aquel esfuerzo masivo aseguraba que, a pesar de los esfuerzos de las tropas d'haranianas, siguieran enviándose suministros suficientes. Richard recordaba las repentina existencias nuevas de comida, como aquel jamón cocido, de modo que sabía que la táctica funcionaba, al menos por el momento.

Con tiempo suficiente, las tropas d'haranianas enviadas al sur habrían adaptado sus métodos para abordar los nuevos problemas. Eso era lo que hacían los guerreros: adaptaban sus planes para adecuarlos a las circunstancias con las que se topaban.

Sin embargo, lo último que Jagang había hecho era otra cuestión. Envío a un dragón y a una bruja —por las descripciones parecía como si fuera Seis— a perseguir a los d'haranianos destacados en el sur. Richard sabía por propia experiencia que desde el aire era mucho más fácil localizar y divisar tropas. Era una técnica de caza eficaz, y con el talento de una bruja, mucho más mortífera.

La táctica no sólo había reducido la eficacia de los ataques en el Viejo Mundo, sino que había acabado con gran número de tropas d'haranianas, haciendo que la tarea de los que aún combatían fuera mucho más difícil. Con el aumento de los suministros y los ataques desde el cielo, Jagang parecía estar obteniendo lo que necesitaba para continuar el asedio al Palacio del Pueblo, y eso era todo lo que le importaba.

Ahora daba la impresión de que serían los que estaban en el palacio quienes no serían capaces de resistir. Una vez que la rampa quedara finalizada, y si descubrían otras catacumbas por las que pudieran entrar, entonces las legiones de la Orden podrían atacar el palacio tanto por arriba como por abajo. Incluso la rampa sola bastaría al final. Un ataque así sería muy costoso para la Orden Imperial, pero a Jagang no le importaba el coste en vidas para su ejército, a él sólo le importaba su objetivo. Más tarde o más temprano lo alcanzaría.

Cuando eso sucediera, y Richard sabía que era inevitable, la causa de la libertad estaría acabada. Ellos estarían acabados.

La única esperanza de Richard ahora era encontrar un modo de utilizar las Cajas del Destino. Desde luego, no tenía ninguna de las cajas, pero aunque las tuviera todavía no sabía cómo usarlas. El conocimiento era su mejor arma. Estaba decidido a armarse hasta los dientes.

La habitación en la que Nicci y él estaban era una biblioteca privada que, según Berdine, estaba repleta de volúmenes prohibidos, libros destinados a ser leídos únicamente por lord Rahl. Escudos potentes protegían las dobles puertas de caoba de la entrada en forma de arco. Rahl el Oscuro había pedido en ocasiones a Berdine que le ayudara a traducir d'haranano culto, pero la mord-sith decía que ella había estado en esa habitación raras veces. Decía que él, por lo general, venía aquí solo. Richard y Nicci habían decidido que era un buen lugar por el que empezar.

Berdine registraba otras bibliotecas, junto con Verna y casi todas las Hermanas. Cualquier cosa considerada como una posible ayuda se llevaba a Nicci, quien comprobaba personalmente todo lo que le traían con el fin de ver si era algo que pudiera tener interés para Richard. Algunas de las Hermanas con más experiencia estaban demostrando ser muy valiosas para sacar a la luz fuentes importantes de información.

Nicci también mantenía a la gente alejada de Richard de modo que él pudiera concentrarse en la lectura. En algunos aspectos él se sentía como un recluso. Pero aquello también mantenía la atmósfera del tranquilo refugio, que era justo lo que Richard necesitaba.

En aquel santuario había librerías bajas colocadas cerca de paredes lujosamente revestidas con paneles de madera, sofás y butacas. Ello hacía que la habitación tuviera más aspecto de estudio que de biblioteca. Estantas pequeñas decoraban la parte superior de algunas de las estanterías, dándoles más aspecto de expositores que de librerías.

Richard no se había aventurado aún a subir por la estrecha escalera de caracol metálica que llevaba a la pequeña galería de la pared opuesta, pero Nicci sí. Mientras él leía, ella había bajado libros que pensaba que eran importantes para añadirlos a los montones que aguardaban su atención. Aunque la habitación no tenía el aspecto de una típica biblioteca, las discretas estanterías de la estancia tenían que contener de todos modos miles de volúmenes. Aquellos en los que ellos estaban interesados, no obstante, no eran libros corrientes.

Con todo, la pesada mesa de caoba ante la que estaba sentado contenía altas pilas de libros que Nicci había depositado. Desde el interior de la biblioteca no había modo de saber si era de día o de noche. Las gruesas colgaduras de terciopelo azul estaban corridas. Abrirlas tampoco habría servido, ya que no había más que un revestimiento de madera detrás. Las cortinas no eran más que un medio de proporcionar la ilusión de ventanas y crear más quietud en la habitación. Había muchas lámparas, sin embargo, y una chimenea. Todo ello daba al lugar un cálido resplandor que lo hacía parecer acogedor y atractivo. Pero a Richard no le resultaba ninguna de las dos cosas.

Trabajaban sin pausa. Les llevaban la comida para que no tuvieran que parar. Cuando ya no podían seguir manteniendo los ojos abiertos, dormían un rato en los sofás.

Nicci, siempre a su lado, deambulaba entre los haces de sombras y luz de las lámparas. La hechicera echó un vistazo a otro libro más, para ver si él lo debía leer, para a continuación regresar a la estantería y devolverlo a su lugar.

El impulso de Richard era actuar. Deseaba con desesperación ir en busca de Kahlan. No obstante, sabía que no era tan simple, y que para poder ir de verdad en su busca tenía que aprender a utilizar el poder de las cajas. Sabía que leería imposible hacer tal cosa por su cuenta, y Nicci hacía aceptado, sin una vacilación, ser su maestra.

Lo primero que había hecho había sido explicarle las complejidades de los campos estériles. Quería que él comprendiera a la perfección las implicaciones. Richard no era un experto en magia, y no sabía usar su habilidad a voluntad, pero Nicci había hecho que los principios le resultaran comprensibles. En un principio a Richard le había costado captarlo.

Nicci insistió en que los magos que habían creado las cajas para contrarrestar el acontecimiento Cadena de Fuego creían que un conocimiento previo de naturaleza emocional contaminaría la magia que creaban, y las cajas mismas. Richard había tenido sus dudas.

Ella le contó que fue Zedd quien le explicó que un conocimiento previo contaminara la magia. Éste le había contado que el mismo Richard lo había demostrado al enamorarse de Kahlan sin que el poder de Confesora de ésta le hiciera daño. Cualquier conocimiento previo al respecto, habría destruido la capacidad de Richard para superar el problema, porque la magia de Kahlan, cuando la lanzara sobre él, aunque no fuera su intención, habría acabado con él. Si bien el viejo mago no le había revelado la solución a Nicci, Zedd sí le había contado que Richard tenía que desconocer por completo que existía una solución, o esa solución no habría funcionado, de modo que le hizo jurar que mantendría el secreto.

Zedd había contado a Nicci que el mismo Richard había demostrado la cuestión central de la teoría que regía las cajas..., que el conocimiento previo puede afectar el funcionamiento de la magia. Lo había demostrado con Kahlan.

Richard sabía perfectamente de qué hablaba Nicci, aún cuando ella no estuviera al corriente de todos los detalles. Debido a que lo había experimentado de primera mano, reconocía la gravedad de la situación. Sabía que, igual que su conocimiento previo de poder amar a una Confesora habría hecho que eso no ocurriera, el que Kahlan tuviera un conocimiento previo de la profunda conexión emocional que ambos tenían haría que las cajas no funcionasen.

No era sólo una teoría, como los magos que habían creado las cajas habían pensado. Era cierto: el conocimiento previo contaminaba un campo estéril. Y Richard captaba tal concepto a un nivel visceral.

Saber en su corazón, y en su mente, que no podía permitir que Kahlan averiguara que los dos estaban enamorados le hacía sentir un nudo en el estómago. De todos modos, por el momento tal eventualidad era sólo una preocupación lejana. Era un problema al que

tendría que enfrentarse algún día, pero tenía muchas más cosas que aprender antes de que llegara a ese momento.

Mediante la lectura de varios relatos históricos en la biblioteca y de volúmenes que algunas de las Hermanas habían hallado que se remontaban a la época anterior a la gran guerra, Nicci había sido capaz de formar una teoría sobre el don de Richard y cómo funcionaba. No era tanto, en su opinión, el que Richard no hubiera crecido aprendiendo cosas sobre la magia lo que le dificultaba controlar su habilidad, sino que el don de un mago guerrero en realidad funcionaba de un modo diferente al de una hechicera o un mago. El poder de Richard funcionaba a través de la intención, a través de sus sentimientos, de un modo muy parecido a cómo funcionaba la *Espada de la Verdad*.

En este sentido, la *Espada de la Verdad* era una especie de manual básico sobre cómo funcionaba su propia habilidad. La espada funcionaba de acuerdo con lo que creía la persona que la empuñaba. No haría daño a un amigo, pero destruiría a cualquiera que quien la blandía creyera que era un enemigo. La realidad no importaba; era lo que la persona creía lo que impulsaba la magia de la espada. Ése era el concepto crítico en torno al cual giraba la espada y su don como mago guerrero.

Los sentimientos, las emociones, eran las sumas internas de lo que uno había recopilado, observado, experimentado y captado sobre la vida: un punto de vista interior proyectado en forma de emoción en un momento dado. Eso no significaba, de todos modos, que aquellos juicios fueran correctos. Del mismo modo que con la espada, su don funcionaba según lo que él valorase. Al intelecto le correspondía pasar por el tamiz qué valores eran legítimos y proporcionar justificaciones bien razonadas que convirtieran esas emociones en certidumbres morales.

Era ése el motivo de que fuese vital seleccionar a la persona correcta para empuñar la *Espada de la Verdad*. Tal persona tenía que ser alguien con la capacidad para efectuar juicios en base a razonamientos acertados.

También de un modo muy parecido a la espada, su don funcionaba a través de la cólera. La cólera era en realidad una proyección de sus valores frente a una amenaza a dichos valores. Así pues, el don lo ponía en marcha su cólera ante lo que amenazara, por ejemplo, aquellos a quienes amaba, o incluso el valor primordial de la vida misma.

Nicci le había contado que, por todo lo que ella sabía, él podría no aprender jamás a controlar su habilidad directamente, del modo en que otras personas con el don lo hacían. Le dijo que sospechaba que la razón era que el don de un mago guerrero era distinto en esencia, y servía para un propósito diferente del don para ser un sanador o un profeta. Por lo que ella había averiguado, la cólera era el elemento clave en la habilidad de un mago guerrero. Al fin y al cabo, uno no iniciaba una guerra en serio llevado por el placer o el ansia de conquista, sino en respuesta a una amenaza a sus valores.

No obstante, un motivo más inmediato de inquietud para Richard era aprender a utilizar el poder de las cajas para invertir el hechizo Cadena de Fuego.

A Nicci la había impactado ver los dibujos y símbolos que Richard había pintado sobre sí mismo y sobre los otros hombres. Reconocía que él había combinado elementos

familiares en formas completamente nuevas; pero también quería saber cómo había conseguido integrar elementos que pertenecían a las Cajas del Destino.

Richard había explicado que había llegado a averiguar que algunas de las partes de los hechizos que Rahl el Oscuro había dibujado para abrir las Cajas del Destino también eran partes de la danza con la muerte, y él conocía esos símbolos muy bien.

En cierto modo, esa asociación tenía sentido. Zedd le había contado en una ocasión que el poder de las cajas era el poder de la vida misma. La danza con la muerte, utilizada con la *Espada de la Verdad*, tenía que ver en realidad con la preservación de la vida, y el poder de las cajas en sí surgía del poder de la vida y estaba centrado en preservarla de los estragos del hechizo Cadena de Fuego.

En cierto modo, la *Espada de la Verdad*, la habilidad de un mago guerrero y el poder de las cajas estaban todos ellos vinculados inextricablemente.

Tales vínculos hacían pensar a Richard en el Primer Mago Baracoas, el hombre que miles de años atrás había escrito un libro, *Secretos del poder de un mago guerrero*, para Richard. Aquel libro estaba pensado para ayudarlo en su búsqueda, y aquel libro seguía escondido en Tamarang, donde Richard lo había ocultado cuando Seis lo había retenido prisionero durante un breve espacio de tiempo. Richard sabía que Zedd se había dirigido allí para ver si podía anular el hechizo dibujado en las cuevas sagradas. Puesto que el don de Richard había regresado, era evidente que su abuelo había tenido éxito.

Ahora que Richard volvía a estar conectado con su don, recordaba cada palabra del *Libro de las sombras contadas*. Nicci estaba convencida, y había convencido a Richard, de que el libro que había memorizado era una copia falsa que no se podía utilizar para abrir la caja correcta.

De todos modos, la hechicera también creía que, incluso siendo una copia falsa, era muy probable que contuviera todos, o la mayoría, de los elementos necesarios para abrir y usar la caja correcta. Convertir la versión que Richard había memorizado en una copia falsa sólo habría requerido que una única secuencia de elementos estuviera desordenada, pero eso no significaba que dichos elementos no fueran válidos, y por lo tanto importantes y necesarios.

Con ese fin, Richard le había recitado todo el libro y habían tomado nota de todos los elementos que aparecían en él. Si él aprendía a crear o dibujar cada uno de aquellos elementos, cuando le pusieran las manos encima a la copia auténtica del *Libro de las sombras contadas*, no tendría más que usar aquellos componentes, pero disponiéndolos en el orden adecuado desvelado por la copia auténtica del libro.

Por este motivo, Nicci sabía ahora qué necesitaba enseñarle. Y Richard llevaba recorrido más camino del que ella habría pensado, porque ya comprendía muchos de los elementos clave. Conocía ya una extensa selección de las partes básicas utilizadas en las configuraciones de hechizo. De hecho, las había dibujado sobre todo su equipo y sobre él mismo. La danza con la muerte le había enseñado lo esencial de esos diseños, convirtiéndolos a aquellas alturas en algo casi intuitivo para él.

Richard había descubierto que dibujar las configuraciones de hechizo era una extensión natural de no tan sólo los símbolos empleados en la representación de la danza con la muerte, sino de cómo peleaba con una espada, y cómo tallaba estatuas. Todas aquellas cosas en apariencia diferentes tenían partes básicas en común. Todas ellas compartían movimiento y fluidez.

Para Richard fue pasmoso descubrir cómo todo ello encajaba en una visión más amplia. Cuando dibujaba las configuraciones de hechizo que Nicci le enseñaba no le resultaba incómodo o difícil. Le resultaba natural. Él ya conocía las formas. Reconocía en aquellas formas no sólo la danza con la muerte, sino movimientos con un filo cortante, utilizados tanto en combate como tallando estatuas.

También Nicci era única como maestra porque no sólo comprendía lo mucho que Richard sabía sobre sus habilidades, sino cómo las utilizaba. Reconocía lo distinta que era su visión de la magia de la sabiduría convencional y no se sentía en absoluto frustrada por el modo en que él captaba tales cosas. Le infundía vigor.

También entendía su concepto de los aspectos creativos de la magia misma y por lo tanto no intentaba corregir lo que hacía, sino que lo guiaba en su aprendizaje. No se limitaba a acumular cosas que memorizar. En su lugar se basaba en lo que él ya sabía y el modo en que veía las cosas. Debido a que percibía intuitivamente lo que él ya captaba por su cuenta, no malgastaba tiempo haciendo hincapié en lecciones que trataban de lo que él ya comprendía, y en su lugar le suministraba cosas que necesitaba, donde él las necesitaba y cuando las necesitaba.

Nicci se acercó a la mesa.

—¿Cómo te va?

Richard bostezó.

—Ya no lo sé. Está todo apelotonado en mi cabeza.

Nicci asintió distraídamente mientras leía algo en el libro que sostenía.

—Eso puede significar que tu mente empieza a efectuar asociaciones y conexiones... que organiza lo que estás añadiendo a tus conocimientos.

—Podría ser... —respondió él con un suspiro.

Nicci cerró el libro y lo arrojó sobre la mesa situada al lado.

—Hay algunas cosas útiles aquí dentro. Deberías echarles una mirada.

—No creo que pueda leer nada más ahora.

—Estupendo —repuso ella, y señaló la pluma que descansaba a un lado—. Dibuja, entonces. Tienes que ser capaz de dibujar esos elementos del libro que acabas de terminar. Si el auténtico *Libro de las sombras contadas* tiene elementos similares, irás por delante en el juego.

Richard quiso discutir con ella, decirle que estaba demasiado cansado, pero entonces pensó en Kahlan. El cansancio pasó a ser irrelevante desde esa perspectiva.

Además, había estado de acuerdo en que Nicci le enseñara y que no sólo haría lo que ella mandara, sino que pondría todos sus esfuerzos en ello.

Ella era una hechicera con un conocimiento, una experiencia y una habilidad inapreciables que Zedd había dicho que lo maravillaban. Incluso Vana lo había llevado aparte y aconsejado que escuchara con mucha atención a Nicci, que ella era en muchas áreas más inteligente que cualquiera de ellos. Richard sabía que ésta era su única oportunidad auténtica de aprender lo que necesitaba, y no estaba dispuesto a malgastarla.

Atrajo hacia sí una hoja de papel y luego mojó la pluma en la tinta. Se inclinó y empezó a dibujar configuraciones de hechizo de un libro que estaba abierto a poca distancia.

Un gran problema que todavía no habían resuelto era la cuestión de la arena de hechicero. Según el *Libro de las sombras contadas* que él había memorizado, las configuraciones de hechizo necesarias para abrir la Caja del Destino correcta tenían que dibujarse con arena de hechicero. Nicci le había contado que, a pesar de que el libro que había memorizado era una copia falsa, sí era cierto que debía dibujar las configuraciones de hechizo con arena de hechicero. Cualesquiera que fueran los hechizos que resultaran necesarios, éstos no funcionarían sin ella.

Richard le había contado que cuando Rahl el Oscuro había abierto la Caja del Destino éste había sido succionado al interior del inframundo... junto con toda la arena de hechicero que había usado para dibujar los hechizos. Arriba, en el Jardín de la Vida, ya no quedaba nada de aquella valiosa arena. Sólo quedaba tierra en el lugar donde había estado la arena.

Nicci alzó la cabeza de otro libro que había estado hojeando.

—Éste tiene alguna información sobre el Templo de los Vientos.

Richard alzó la mirada.

—¿Ah sí?

Ella asintió.

—Sabes, me desconcierta eso que dijiste sobre que atravesaste el mundo de los muertos para llegar hasta él...

—Lo siento, Nicci, pero ya te conté todo lo que sé.

—Según esto, y lo que tú me contaste que averiguaste en libros antiguos, el Templo de los Vientos fue enviado al inframundo. Debido a que fue desterrado allí para protegerlo, reside en algún lugar lejano en el otro lado de aquel vacío enorme. La finalidad de todo ello es tenerlo muy lejos y que sea imposible acceder a él.

—Pero estuve allí cuando las condiciones fueron las correctas. Yo entré en el interior del templo.

Ella asintió distraídamente mientras reanudaba la lectura y su deambular. Por fin volvió a detenerse, con semblante impaciente.

—Sigue sin tener sentido. Es imposible llegar desde aquí a allí, cruzando el mundo de los muertos. Cruzar el vacío del inframundo es algo parecido a cruzar el océano. Sería como caminar hasta el borde de la playa y pasar a una isla que está en el otro lado del mundo sin tener que viajar por el océano que hay entremedio.

—A lo mejor el Templo de los Vientos no está en realidad tan lejos en el inframundo. A lo mejor resulta que la isla no está en realidad al otro lado del océano, sino justo allí, próxima a la costa.

Nicci negó con la cabeza.

—No según esto, y no según las cosas que me contaste. Todas las referencias dicen que, para desterrar el templo a un lugar seguro, lo enviaron a través del inframundo.

—Lord Rahl —llamó Cara desde la entrada.

Richard volvió a bostezar.

—¿Qué sucede, Cara?

—Tengo a algunas personas aquí conmigo que necesitan veros.

No obstante lo mucho que habría querido hacer una pausa, Richard no deseaba parar. Necesitaba aprenderlo todo si quería llegar a recuperar a Kahlan alguna vez.

—Parece ser importante —añadió Cara cuando le vio vacilar.

—De acuerdo, que entren.

Cara condujo a un grupo de seis personas vestidas con inmaculadas túnicas blancas al interior de la estancia. En la un tanto oscura biblioteca, las figuras vestidas de blanco casi refulgían igual que buenos espíritus. Todas se detuvieron en el otro lado de la maciza mesa de caoba. A Richard le dieron la impresión de que lo temían en vez de querer verle.

Pasó la mirada por las seis personas, cinco hombres y una mujer, a Cara.

—Son algunos de los empleados de la cripta —dijo ella.

—¿Empleados de la cripta?

—Sí, lord Rahl. Cuidan de las tumbas.

Richard volvió a mirar sus rostros. Todos desviaron los ojos de su mirada para clavarlos en el suelo mientras permanecían en silencio.

—Sí, recuerdo haberlos visto a algunos cuando regresé... cuando tuvimos que pelear ahí abajo con los soldados de la Orden Imperial.

Las personas que tenía delante asintieron.

—¿Qué deseáis decirme?

Cara agitó una mano para disuadirlo de esa idea.

—Lord Rahl, todos ellos son mudos.

Richard hizo un gesto con la pluma que tenía en la mano a la vez que volvía a recostarse en su silla.

—¿Todos vosotros?

Las seis personas asintieron a la vez.

—Rahl el Oscuro le cortó la lengua a todo el personal de la cripta para que no pudieran hablar mal de su difunto padre.

Richard suspiró al oír algo tan terrible.

—Lamento que os maltrataran de ese modo. Si os hace sentir mejor, os diré que comparto vuestros sentimientos por ese hombre.

Cara sonrió a la vez que miraba a los seis sirvientes.

—Les hablé de vuestra parte en su muerte.

Los seis sonrieron un poco y asintieron.

—Así pues, ¿de qué se trata? —preguntó Richard a los seis.

Uno de ellos alargó el brazo y depositó con cuidado una tela doblada e inmaculadamente blanca sobre la mesa. El hombre la deslizó hacia Richard.

Cuando Richard fue a cogerla, una gota de tinta goteó de su pluma sobre la tela.

—Lo siento —farfulló, y dejó la pluma a un lado.

Acercó más la tela y alzó los ojos hacia los seis.

—Así pues, ¿qué es?

Cuando ellos no hicieron ningún intento de explicarlo, echó una veloz mirada a Cara, que se encogió de hombros.

—Insistieron mucho en que lo vierais.

Uno de ellos extendió las palmas de las manos, luego repitió el gesto.

—¿Queréis que la abra?

Los seis asintieron.

La verdad era que no parecía como si la tela pudiera contener nada en absoluto, pero Richard empezó a desdoblar con cuidado los pliegues de la tela sobre la mesa. Nicci se inclinó sobre el tablero, observando con atención.

Cuando Richard desdobló el último pliegue. Allí, en el centro de la tela, descansaba un solitario grano de arena blanca.

Richard alzó los ojos con brusquedad.

—¿Dónde conseguisteis esto?

Los seis señalaron abajo.

—Queridos espíritus... —musitó Nicci.

—¿Qué es? —preguntó Cara, inclinándose hacia la tela para mirar el solitario grano de arena blanca situado en su centro—. ¿Qué es?

Richard levantó la vista hacia la mord-sith.

—Arena de hechicero.

Aquellas personas eran sirvientes de la cripta, de modo que tenían que haberlo encontrado allí abajo. La arena de hechicero brillaba con luz centelleante, pero Richard seguía estando un tanto sorprendido de que hubieran encontrado un único grano.

También se preguntó dónde habían tropezado con ella... y si había más.

—¿Podéis mostrarme dónde encontrasteis esto?

Los seis asintieron vigorosamente.

Richard volvió a doblar la tela con cuidado alrededor del grano de arena de hechicero. Advirtió mientras lo hacía que el lugar donde había caído la gota de tinta, debido a que la tela había estado doblada en aquel momento, creaba dos manchas idénticas en extremos opuestos de la tela.

Se la quedó mirando un momento, reflexionando.

—Vamos —dijo por fin a la vez que se introducía la tela en un bolsillo—. Llevadme allí.

## 21

Richard pasó por encima de la piedra blanca fundida, al interior de la tumba de Panis Rahl. El personal de la cripta aguardó fuera, en el pasillo. Habían instado a Richard a entrar solo. Después de todo, era la tumba de su abuelo, y éstas eran personas que habían vivido y muerto según el tiránico parecer del anterior lord Rahl cuando visitaba a sus venerados antepasados.

Richard, no obstante, reservaba su veneración para aquellos que la merecían. Panis Rahl había sido un tirano con ambiciones de conquista poco diferentes de las de su hijo, Rahl el Oscuro. Panis Rahl podría no haber conseguido alcanzar el nivel de maldad que había mostrado su hijo, pero no había sido por falta de intentarlo.

En la guerra que Panis Rahl había iniciado contra los territorios vecinos, Zedd, un joven por entonces, había liderado a las gentes libres contra la agresión d'haranana. Al final, Zedd, actuando como Primer Mago, había matado a Panis Rahl y levantado los límites que durante la mayor parte de la vida de Richard habían mantenido aislada D'Hara.

Aun cuando muchos habían respaldado con entusiasmo el deseo de conquista de Panis Rahl, Zedd no había querido matar a todos los habitantes de D'Hara. Muchos de ellos, al fin y al cabo, eran también víctimas de aquella tiranía; haber tenido la desgracia de nacer bajo el dominio de un tirano no es un acto voluntario. Así pues, en lugar de matar a todos los d'haranianos, Zedd había alzado los límites.

Creyó que dejarles que padecieran las consecuencias de sus propias acciones era el peor castigo que podía infligirles. Ello también les daba la oportunidad de cambiar sus vidas, si bien, con los límites, no podría seguir agrediendo a otros.

Habría funcionado, y Richard seguiría viviendo en paz allá en la Tierra Occidental, de no haber dejado de funcionar aquellos límites. Rahl el Oscuro había ayudado en su deterioro viajando a través del inframundo. De no haber caído los límites, sin embargo, Richard no habría conocido a Kahlan. Ella hacía que su vida valiera la pena. Kahlan era su vida.

Richard recordaba que años antes, poco después de que Rahl el Oscuro hubiera abierto la Caja del Destino y hubiese sido arrebatado por su poder, un sirviente del palacio había ido a ver a Zedd para contarle que la cripta de Panis Rahl se derretía. Zedd había dicho al hombre que utilizara una piedra blanca concreta para sellar la tumba antes de que aquel deterioro se extendiera al resto del palacio.

Desde entonces la extraña afección empezó a dañar toda la estancia. Las paredes empezaban a deformarse, empujando las losas de granito rosa fuera de su antiguo plano. En el pasillo, las juntas entre el techo y las paredes se estaban separando debido a la deformación. Si no se le ponía freno, daba la impresión de que aquello continuaría deformando paredes, hasta que la estructura del palacio mismo empezara a desplomarse sobre sí misma.

Richard miró a su alrededor, evaluándolo todo mientras cruzaba la estancia. La luz de cincuenta y siete antorchas se reflejaba en el ataúd recubierto de oro de su abuelo, que descansaba sobre un pedestal, haciendo no tan sólo que refulgiera en el centro de la enorme habitación, sino que casi pareciera flotar por encima del suelo de mármol blanco. Había palabras grabadas en el ataúd, y también en las paredes de la estancia.

—Odio el rosa —murmuró Nicci para sí a la vez que paseaba la mirada con detenimiento por las pulidas paredes y el techo abovedado.

—¿Alguna idea de por qué se están fundiendo las paredes? —preguntó Richard a Nicci mientras ésta daba una lenta vuelta por la habitación, inspeccionándolo todo.

—Eso es lo que realmente me asusta —respondió ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Richard a la vez que empezaba a leer las palabras en d'haraniano culto grabadas en las paredes de granito.

—Verna me contó que, cuando vine al palacio, justo antes de ser capturada, yo vine aquí abajo con Ann. Verna dijo que le conté que sabía por qué las paredes de aquí abajo se fundían.

Richard miró atrás, en su dirección.

—Y así pues, ¿por qué se están fundiendo?

Nicci pareció extrañamente confusa y preocupada.

—No lo sé. No lo recuerdo.

—¿No recuerdas... qué?

—Por qué bajaba yo aquí, o por qué se estaban fundiendo... Pregunté a Verna si recordaba alguna cosa que yo pudiera haber dicho, pero dijo que no.

Richard pasó un dedo por el ataúd de su abuelo.

—Cadena de Fuego.

Nicci alzó la mirada, más preocupada aún.

—¿De verdad crees que ésa es la razón?

—¿Tú no recuerdas nada?

Ella negó con la cabeza.

—No. Ni siquiera recuerdo haberle dicho a Verna que conocía la causa del problema, pero lo que es peor es que no recuerdo por qué las paredes se fundían. ¿Cómo he podido olvidar algo importante como eso?

Richard la miró a sus atribulados ojos azules un momento.

—No creo que pudieras, si las cosas fueran normales...

—Eso sólo puede significar que el daño producido por Cadena de Fuego se está extendiendo más allá del objetivo original del hechizo.

—Es la contaminación... —dijo Richard en voz queda.

—Si eso es cierto, entonces eso, lo que sea que esté pasando aquí, está conectado con lo que debemos hacer para invertir el hechizo Cadena de Fuego. La contaminación de los repiques está borrando las memorias para protegerse a sí misma.

Un concepto tan aterrador dio que pensar a Richard. Sabía, sin embargo, que tenía sentido. Ahora tenía que preocuparse no sólo de que Jagang podría ir un paso por delante de él, sino por cómo la contaminación del hechizo Cadena de Fuego podría estar actuando también para defenderse de la exterminación.

No hacía falta que poseyera conciencia para tener una reacción de autoprotección que le permitiera seguir adelante con sus intenciones. Para los repiques, eliminar la magia tenía un propósito, y la contaminación que dejaban tras ellos era su método de conseguirlo, de modo que tales medidas de autodefensa eran probablemente algo consustancial a ellos, de un modo parecido a como las espinas eran en ocasiones el medio de autodefensa de un arbusto o un árbol. Que tuviera espinas no significaba que el árbol fuera capaz de pensar en cómo lastimar a cualquiera que se aproximara. Era simplemente su modo natural de protegerse para poder seguir existiendo.

—Tenemos que invertir Cadena de Fuego o esto no va a hacer más que empeorar —dijo Richard por fin a Nicci—. No pasará mucho tiempo antes de que olvidemos incluso por qué tenemos que invertirlo. Tengo que invocar el poder de las cajas para contrarrestar el hechizo antes de que sea demasiado tarde.

—Necesitamos las Cajas del Destino para hacer eso —le recordó ella.

—Bueno, Jagang tiene dos, y la bruja cogió la tercera. Hemos de recuperarlas.

—Puesto que Seis está cumpliendo las órdenes de Jagang de atacar nuestras tropas en el Viejo Mundo, creo que debemos asumir que tiene intención de darle la tercera caja.

Richard pasó un dedo a lo largo de algunos de los caracteres grabados en el ataúd de Panis Rahl.

—Creo que tienes razón. Es sólo cuestión de tiempo que Jagang tenga las tres cajas, si no las tiene ya.

—Nosotros tenemos algo que él necesita, sin embargo —indicó Nicci.

—¿Lo tenemos? ¿Qué es?

—El Jardín de la Vida. Desde que traduje *El libro de la vida* he acabado por ver el Jardín de la Vida de un modo diferente. El libro confirmó algunas de las conclusiones a las que había llegado con anterioridad.

»Ahora comprendo el Jardín de la Vida a través del contexto de la magia de las cajas. He estudiado su posición, la cantidad de luz, los ángulos en relación con las distintas cartas estelares y el modo en que el sol y la luna recorren el lugar. También he analizado la zona del interior donde se han invocado los hechizos relativos a las cajas, su ubicación específica.

Richard estaba intrigado.

—¿Lo que quieras decir es que de verdad piensas que el Jardín de la Vida es necesario para abrir una de las cajas?

—Sí. El Jardín de la Vida fue construido de modo específico para proporcionar las condiciones necesarias para abrir una de las Cajas del

Destino.

Richard tuvo que repasar aquello mentalmente una segunda vez antes de estar seguro de que la había oído bien.

—¿Quieres decir que Jagang debe entrar en el Jardín de la Vida para poder abrir la caja correcta?

Nicci se encogió de hombros.

—A menos que quiera construir su propio jardín exactamente como el de arriba. Eso no es del todo imposible, pero recrearlo sería una tarea muy compleja.

—Pero ¿podría hacer algo así?

—Necesitaría las referencias originales de los planos para el Jardín de la Vida. Necesitaría también la ayuda no sólo de hechiceras, sino de magos. Tendría que estudiar el Jardín de la Vida para poder construir uno nuevo. La única solución práctica sería duplicar lo que ya estaba construido aquí.

—Bueno, también podría entrar aquí para hacerlo.

Nicci le dirigió una larga mirada.

—Exactamente.

Richard suspiró al captar los motivos auténticos de Jagang.

—No me extraña que no le haya preocupado abrir las cajas antes de ahora. Necesitaba llegar aquí primero. Apoderarse del Palacio del Pueblo ha sido parte de su objetivo más amplio desde el principio. Durante todo este tiempo ha sabido que necesitaba hacerlo.

—Parece ser así... —admitió ella.

Berdine cruzó la abertura que conducía a la tumba.

—Lord Rahl, estáis ahí.

Richard volvió la cabeza.

—¿Qué sucede?

—Encontré este libro —dijo ella, sosteniéndolo en alto mientras recorría con paso decidido la habitación—. Está en d'haraniano culto. Cuando traduje parte de él y me di cuenta de lo que era, Verna me dijo que os lo trajera inmediatamente.

Nicci tomó el libro de Berdine cuando la mord-sith se lo tendió. Abrió la tapa y empezó a ojear el texto.

—Así pues, ¿de qué trata este libro? —preguntó Richard a Berdine.

—Es sobre el pueblo de Jillian. Sus antepasados de Caska..

—Los lanzadores de sueños... —susurró Nicci para sí mientras seguía pasando hojas.

Richard frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—Nicci tiene razón —respondió Berdine—. Habla de que la gente de Caska era capaz de lanzar sueños. Verna me dijo que os lo contara.

—Muy bien, gracias.

—Bueno, tengo que regresar. Hay algunos otros libros que Verna necesita que le traduzca. Y no lo olvidéis —dijo volviendo la cabeza mientras empezaba a salir—, en algún momento necesito contaros las cosas que descubrí... sobre Baraccus.

Richard respondió con un asentimiento a la sonrisa de la mord-sith.

Nicci se puso el libro bajo el brazo.

—Gracias, Berdine. En cuanto hayamos terminado aquí, nos pondremos con esto.

Richard contempló por un momento cómo Berdine salía, luego señaló las inscripciones de las paredes.

—Todo esto resulta bastante perturbador. ¿Conoces la naturaleza exacta de los hechizos trazados aquí? Varios de los elementos me resultan vagamente familiares.

—Deberían —respondió Nicci enigmáticamente, y señaló una de las inscripciones en la pared opuesta—. ¿Vs eso? Son instrucciones de un padre a su hijo sobre el proceso de ir al inframundo y regresar.

—¿Te refieres a que Panis Rahl quería transmitir estos hechizos a Rahl el Oscuro, y por lo tanto fueron cincelados en las paredes de su tumba?

—No —respondió ella, negando con la cabeza—, creo que estos hechizos se han transmitido dentro de la Casa de Rahl a lo largo de innumerables generaciones. De cada padre a su hijo, de un poseedor del don al siguiente lord Rahl. Son, en cierto modo, tu derecho de primogenitura.

Richard se sintió un tanto abrumado con la idea.

—¿Cuántos años crees que tienen? ¿Y por qué transmitir hechizos sobre ir al inframundo?

—Por la composición de estos hechizos, mi opinión es que han existido desde la época en que se creó el poder de las cajas. Creo que para utilizar el poder de las cajas, son necesarios estos hechizos.

Richard se giró en redondo hacia ella.

—¿Qué?

—Bueno, por lo que leí en los libros que explicaban ese poder, como *El libro de la vida*, y algunos de los libros sobre la teoría que rige las Cajas del Destino, he acabado por creer que tiene que ver con el problema de cómo se utilizó Magia de Resta para poner en marcha un acontecimiento Cadena de Fuego.

—¿Te refieres al problema de la eliminación de los recuerdos?

Nicci asintió.

—¿Por qué no podemos el resto de nosotros recordar a Kahlan? ¿Por qué no puede recordar ella quién era? ¿Por qué no podemos usar nuestro don para curar a personas que han olvidado a Kahlan, o curar a Kahlan? ¿Por qué nuestro don no puede restituir esos recuerdos?

Richard reconoció a Nicci, la instructora, pidiendo a su alumno que proporcionara la respuesta por su cuenta. Richard estaba más que familiarizado con aquella técnica. Zedd la había utilizado con él.

—Porque esos recuerdos han desaparecido.

—¿Y cómo se los llevaron? —preguntó ella, enarcando una ceja.

Richard vio que era evidente.

—Mediante Magia de Resta.

Nicci se limitó a mirarle con fijeza, como si aguardara a que dijera más cosas.

Entonces, cayó en la cuenta.

—Queridos espíritus —dijo en un susurro—. La Magia de Resta es la magia del inframundo. —Se acercó más a ella—. ¿Estás diciendo que para utilizar el poder de las cajas, es necesario ir al inframundo porque las cosas que fueron arrebatadas con Magia de Resta sólo pueden ser recuperadas allí?

—Para poder reconstruir recuerdos, debe haber una semilla a partir de la cual hacerlos crecer. El recuerdo que tú tienes de ella es tu recuerdo, no el recuerdo perdido de Kahlan, ni el de Zedd, ni el de Cara... ni el de ninguna otra persona. La sustancia de esa memoria desaparecida es lo que ha desaparecido de este mundo. Ya no existe. Aquí, en todo caso.

Richard era incapaz incluso de pestañear.

—Y ese núcleo de la memoria sacado de las mentes de las víctimas de Cadena de Fuego fue arrebatado mediante Magia de Resta. Así pues, si todavía existe, sólo se halla en el inframundo.

Nicci indicó con un ademán las palabras en d'haraniano culto talladas en las paredes y el ataúd.

—*El libro de la vida*, que Rahl el Oscuro tuvo que haber leído si puso las Cajas del Destino en funcionamiento, dice que parte del proceso de invocar su poder implica ir al inframundo.

—Pero ¿qué memoria habría recuperado Rahl el Oscuro cuando viajó al inframundo?

—Invocar el poder de las cajas requiere unos pasos prescritos. Ir al inframundo es uno de los pasos que hay que ejecutar en su invocación. —Señaló las paredes—. Esos pasos...

—Pero esas referencias sólo dicen que es necesario ir al inframundo. ¿Por qué no exponen el propósito del viaje?

—El propósito de ese viaje es recuperar el núcleo de las memorias, pero las cajas no saben qué hace falta, o quién iba a ser el sujeto del hechizo Cadena de Fuego, de modo que el libro sólo indica el paso que hay que realizar. No dice lo que debe hacerse allí. No es más que una herramienta para la persona que intente invertir Cadena de Fuego. De esa persona depende hacer lo que sea necesario cuando emprenda el viaje.

»Berdine fue la primera que me mostró *El libro de la vida*. Sabía dónde estaba porque había visto a Rahl el Oscuro utilizarlo. Él fue al inframundo. Estas inscripciones que hay aquí son parte de la fórmula para invocar los hechizos necesarios para hacerlo.

—Pero Rahl el Oscuro no intentaba restituir recuerdos perdidos.

Nicci se encogió de hombros.

—No, él utilizaba las cajas para obtener poder. Es probable que no comprendiera el propósito auténtico de ir al inframundo. Es probable que asumiera que era simplemente un paso más de un ritual complejo.

Richard se pasó los dedos hacia atrás por los cabellos.

—Kahlan me contó que él había viajado al inframundo.

Nicci volvió a señalar las inscripciones.

—Esto es parte de cómo lo hizo.

—Pero ¿cómo demonios voy a hacer yo algo así?

—Según esto, no puedes hacerlo por ti mismo. Hace falta un guía. No simplemente un guía, sino un guía a quien la persona que se embarque en un viaje así tiene que ganarse y que sea absolutamente leal... incluso en la muerte.

—Un buen espíritu a quien pueda confiar mi vida.

Ella asintió y luego indicó un lugar en las inscripciones.

—¿Ves aquí? Esto es un hechizo para hacer venir al guía del inframundo y que te lleve a donde debas ir.

Sintiendo aprensión ante la idea, Richard paseó la mirada por lo escrito. Señaló uno de los lugares en el texto en d'haraniano culto, luego otro lugar en una pared diferente.

—Mira aquí, a estas referencias. Estos hechizos precisan arena de hechicero.

—Ya lo creo. Quizá será mejor que preguntemos al personal de la cripta dónde encontraron ese grano que tienes en el bolsillo.

Abrumado por las cosas de las que se estaba enterando, Richard casi había olvidado por qué habían bajado a la tumba.

—Tienes razón —dijo Richard a la vez que hacía una seña a Cara para que llevara a los seis sirvientes vestidos de blanco al interior de la tumba.

Las seis se apresuraron a seguirla igual que pollitos a su madre. Richard aguardó a que la nidada se congregara. Todos alzaron los ojos hacia él, expectantes.

—Hicisteis un gran servicio al encontrar ese grano de arena. Gracias por prestar tanta atención.

Por el modo en que sonrieron radiantes, Richard no creyó que un lord Rahl les hubiera dado las gracias jamás.

Posó una mano con suavidad sobre el hombro de la única mujer.

—¿Puedes enseñarme dónde encontraste el grano de arena?

Ella miró a los demás y luego se arrodilló delante del ataúd de oro del centro de la habitación. Señaló una esquina del ataúd que descansaba varios centímetros por encima del suelo sobre un pedestal.

Richard se arrodilló junto a ella y agachó la cabeza cuando ella lo hizo. La mujer indicó arriba, a una esquina en la parte inferior del ataúd.

Richard dio unos rápidos golpecitos en la esquina con el borde de la mano. Un poco de arena se derramó al suelo, los diminutos granos rebotaron sobre el suelo de mármol blanco.

Richard se puso en pie a toda prisa y compartió una mirada sobresaltada con Nicci.

—Tráeme tu hacha —gritó a un miembro de la Primera Fila que observaba desde el pasillo.

El hombre agachó rápidamente la cabeza para pasar por la fundida abertura y fue corriendo a entregar su hacha a Richard.

Richard introdujo el afilado borde en la apretada juntura donde la parte superior estaba encajada al resto del ataúd. Movió la hoja, obligándola a penetrar más. Mientras balanceaba el mango, la parte superior empezó a soltarse y levantarse.

Con la ayuda de Nicci, alzó la parte superior. Cuando hizo un leve movimiento de cabeza, el personal de la cripta y el soldado se hicieron cargo del peso de la tapa y la colocaron a un lado.

El interior del ataúd estaba lleno hasta el borde de arena de hechicero.

Richard se quedó parado, contemplándola durante un momento. La luz procedente de las antorchas se reflejaba en la arena desplegando un amplio espectro de diminutos destellos de color.

Retiró con suavidad la arena del cuerpo que había debajo. Allí, incrustado en la arena de hechicero apareció el cráneo carbonizado de Panis Rahl, su abuelo, luciendo aún las quemaduras del fuego de mago que Zedd, su otro abuelo, utilizó para destruir al tirano. Unas pocas gotas de aquel fuego vivo habían salpicado al joven Rahl el Oscuro, engendrando en él un violento odio hacia Zedd y a todos lo que se opusieran al gobierno de la Casa de Rahl.

—Ahora ya sé por qué se está fundiendo este lugar —dijo Nicci—. Es una reacción simpática a la Magia de Resta que fue utilizada para abrir una de las Cajas del Destino arriba, en el Jardín de la Vida.

Richard le echó una mirada.

—Así que es una reacción debida a ese poder.

Con el borde de un dedo Nicci empujó con cuidado unos cuantos granos de vuelta al interior del ataúd.

—Así es. Éste fue el lugar más seguro que Rahl el Oscuro pudo encontrar para almacenar arena de hechicero por si necesitaba más. Murió antes de poder utilizarla, de modo que ha permanecido oculta aquí durante los últimos años. Por eso esta estancia empezó a fundirse. Este lugar no es un campo de contención apropiado para esto.

—No me lo digas... el Jardín de la Vida está construido como un campo de contención para tales cosas.

Nicci lo miró con un pestaño, como si acabara de sugerir que el agua estaba mojada.

—Por supuesto.

—Entonces tenemos que llevar esto arriba, al Jardín de la Vida.

Nicci asintió.

—Verna y sus Hermanas pueden hacerlo, con la ayuda de

Nathan. Pueden trasladar esto por nosotros. —Nicci lo agarró del brazo con urgencia—. Ahora que tenemos la arena de hechicero con la que dibujar los hechizos, es necesario que regresemos a nuestros estudios. Puede que no nos quede mucho tiempo.

—No te lo voy a discutir. Vamos.

## 22

—No siento nada —dijo Richard.

Sentado con las piernas cruzadas sobre una cuña de piedra blanca colocada en el anillo de hierba alrededor de la arena de hechicero, alzó los ojos hacia Nicci, de pie tras él con los brazos cruzados, observando cómo dibujaba los hechizos.

—No se supone que tengas que sentir nada. Estás construyendo hechizos, no haciéndole el amor a una mujer.

—Oh. Pensé que sentiría... no sé...

—¿Un desvanecimiento?

—No, me refiero a sentir alguna conexión con mi don, alguna clase de fervor, o delirio... o algo.

Los ojos azules de la mujer inspeccionaron los últimos componentes.

—Algunas personas añaden elementos emocionales cuando dibujan configuraciones de hechizo porque les gusta sentir los latidos acelerados del corazón, cómo se les hace un nudo en el estómago, o se les pone la carne de gallina... esa clase de cosas... pero es por completo innecesario. Puro teatro.

Nicci giró los ojos hacia él, con una ceja enarcada en una expresión provocadora.

—Si quieres, puedo enseñarte. Podría hacer que una larga noche fuera un poco más entretenida.

Richard sabía que ella sólo intentaba enseñarle cosas mediante la técnica de hacerle sentir como un tonto por interpolar supersticiones en lo que ella intentaba enseñarle que era una metodología rigurosa. Zedd acostumbraba a utilizar esa técnica, la clase de lección que quedaba grabada, que no quedaría olvidada.

—Y a algunas personas les gusta estar desnudas cada vez que dibujan configuraciones de hechizo —añadió ella.

—No, gracias. —Richard carraspeó—. Puedo hacerlo sin gemir, sin el corazón desbocado, sin que se me ponga la piel de gallina o desnudándome.

—Y lo pensaba. Por eso no te lo sugerí. —Apuntó con un dedo a los dibujos de la arena—. Sientas o no alguna cosa, tu don aporta lo esencial. Las configuraciones de hechizo siempre hacen lo que necesitan hacer y cuando tú les des los elementos correctos,

en el orden correcto, añadidos en el momento correcto. De todos modos, no te preocupes, habrá cosas que tendrás que dibujar desnudo —añadió.

Richard sabía de la existencia de tales configuraciones y no quería hacer hincapié en ellas más de lo necesario.

Nicci ladeó la cabeza un poco mientras contemplaba con semblante crítico las dobles líneas en ángulo que él dibujaba.

—Es un poco como hacer pan. Si añades las cosas correctas, del modo correcto, la masa hace lo que tiene que hacer. Estremecerse y temblar no ayuda a la masa a crecer o que se cueza el pan.

—Ajá —dijo Richard a la vez que volvía a pasar un dedo por la arena de hechicero, dibujando un arco alrededor del elemento en ángulo —. Justo igual que el pan. Salvo que si lo haces mal puede matarte.

—Bueno, he comido pan que pensé que podría matarme — murmuró ella distraídamente mientras observaba lo que él hacía, con el cuerpo inclinándose casi como si quisiera ayudarle a curvar la línea de modo impecable.

Nicci había sido capaz de recrear algunos de los elementos que él dibujaba a partir del libro que Berdine les había llevado cuando habían estado en la tumba de Panis Rahl. Algunas de las configuraciones de hechizo estaban representadas en diagramas en sus páginas. Para otras, la comprensión y experiencia de Nicci fueron inestimables, pues pudo colegir algunas de las partes restantes de las configuraciones a partir sólo del texto. De ese modo había recreado todo lo que era necesario.

A Richard le había preocupado que el libro no ilustrara en realidad todo lo que el proceso necesitaba, y que Nicci pudiera estarlo deduciendo mal. Ella le había dicho que tenían muchas cosas muy reales de las que preocuparse, pero que ésa no era una de ellas.

Para Richard, era también una prueba práctica, una oportunidad de utilizar las cosas que había estado estudiando día y noche antes del desafío que se avecinaba, el que lo llevaría al mundo de los muertos. No tenían las cajas, claro, pero una vez que las cajas estaban en funcionamiento existían procedimientos preliminares que podían llevarse a cabo sin ellas. Esas medidas, por el peligro que entrañaban, no eran algo que Richard estuviera ansiendo llevar a cabo, pero no tenía elección. Si quería recuperar a Kahlan, sumado a todo lo demás, había cosas que sencillamente iba a tener que hacer, sin importar el miedo atroz que le inspirasen.

Al menos su benefactor de tiempos remotos, el Primer Mago Baraccus, había dejado varias pistas para ayudarlo. Ahora que Richard había vuelto a conectar con su don, necesitaba recuperar el libro que Baraccus había dejado para él: *Secretos del poder de un mago guerrero*. Si hubo alguna vez un momento en el que necesitaba la información que contenía aquel libro, era ése, ahora.

El libro, junto con el equipo de mago guerrero, gran parte del cual también había pertenecido a Baraccus, estaba oculto en el castillo, allá en Tamarang, no muy lejos de las regiones salvajes. Por desgracia, ése era también el lugar donde Richard había visto a Seis

por última vez, justo antes de que el comandante Karg lo capturase y llevara al campamento de la Orden Imperial.

Mientras dibujaba con sumo cuidado las configuraciones de hechizo, Richard esperaba con impaciencia que el emperador comenzara a perder el sueño, a estar tenso y trastornado. Había estado seguro de sí mismo demasiado tiempo. Ya era hora de que Jagang empezara a tener pesadillas.

Richard oyó unos roncos graznidos que procedían del cristal situado por encima de ellos. Alzó los ojos y vio al cuervo de Ja'La, *Lokey*, posado en el cristal, observándolos. Desde las alturas el cuervo había seguido a su amiga de toda la vida durante su cautiverio, comiendo de la gran cantidad de desperdicios que había por todo el campamento. *Lokey* había dado la impresión de considerar todo el asunto del mismo modo que consideraba la mayoría de cosas en la vida, como unas curiosas vacaciones.

Jillian había sabido que *Lokey* estaba allí, pero jamás lo manifestó, no fuera a ser que uno de los guardias de Jagang abatiera al ave con una flecha. *Lokey* era un pájaro precavido, no obstante, y parecía desaparecer siempre que alguien advertía su presencia. Jillian decía que en unas cuantas ocasiones, al salir de la tienda de Jagang, vio al cuervo volar muy alto en el cielo y efectuar cabriolas para lucirse ante ella.

Sin embargo, como estaba cautiva de Jagang, a Jillian no la habían animado las gracias de su cuervo. La muchacha se hallaba en un estado de terror constante.

Unos copos de nieve empezaban a acumularse en las esquinas del cristal empomado. Recortada en el cielo nocturno, el ave, negra como el carbón, era casi invisible. En ocasiones sólo el pico y los ojos, que reflejaban la luz de las antorchas, podían distinguirse, dándole el aspecto de una aparición espectral que los observaba.

De vez en cuando el cuervo ladeaba la cabeza como sí también él, evaluara la tediosa tarea de Richard. Mientras agitaba las alas para animar sus graznidos estridentes, la luz de la luna que aparecía de vez en cuando entre las nubes que cruzaban raudas el cielo se reflejó en sus lustrosas plumas negras.

El cuervo estaba impaciente por hacer su papel.

—¿Estás lista? —preguntó Richard, todavía concentrándose en dibujar una línea en la arena de hechicero.

Jillian asintió nerviosamente. Había estado esperando toda su vida aquel momento.

Sentada en el centro de un lugar despejado para ella en la arena de hechicero, con hechizos dibujados a su alrededor, tenía un semblante muy solemne. Sabía que éste era el propósito para el que su abuelo la había seleccionado, la había entrenado. Era la sacerdotisa de los huesos, destinada a lanzar sueños para proteger a su pueblo.

Las antorchas que circundaban la arena del centro del césped sisearon y sus llamas oscilaron en el aire inmóvil. La franja oscura pintada en el rostro de Jillian, a través de sus ojos color cobre, estaba pensada para ocultarla a los espíritus malignos.

Como sacerdotisa de los huesos, era ahora la sirvienta de Richard. Éste, como lord Rahl, era la persona destinada a ayudarla a lanzar los sueños. Había una antigua conexión entre sus pueblos, pensada para su protección mutua. De todos modos, lo que lanzaban no eran sueños exactamente.

Lanzaban pesadillas.

El pueblo de Jillian procedía de Caska, y ella había estado aprendiendo a ser una narradora, alguien respetado por sus conocimientos de las épocas pasadas y la herencia cultural de su pueblo. Su abuelo era el narrador, el que le enseñaba la antigua sabiduría, las tradiciones de su pasado. Algún día aquel legado pasaría a Jillian.

Sus antepasados, gentes afables que habían esperado evitar conflictos asentándose en una tierra yerma que nadie codiciase, habían lanzado sueños para mantener alejados a sus potenciales enemigos. Entonces habían lanzado sueños para repeler las hordas del Viejo Mundo. En aquella gran guerra habían fracasado y quedado destruidos casi por completo.

Richard y Nicci habían escuchado con atención, todo lo que Jillian sabía sobre aquellos tiempos ancestrales. Entre eso, el libro y su propio conocimiento de la historia que venía al caso, Richard había reconstruido lo sucedido.

A la mayoría de los antepasados de Jillian los habían matado, pero a unos cuantos los habían capturado y entregado a magos del Viejo Mundo, que codiciaban su habilidad única. Los magos utilizaron a aquellas personas para crear armas humanas. Lo que aquellos magos habían conjurado a partir de los cautivos se había transformado en los Caminantes de los Sueños; hombres utilizados no para lanzar sueños, sino para invadirlos.

En la actualidad Jagang era el único Caminante de los Sueños vivo, el vínculo viviente con la gran guerra de hacía tres mil años, la guerra que había vuelto a reavivarse. Por lo que Richard había averiguado, había vuelto a nacer un Caminante de los Sueños en el mundo porque un espía enemigo había conseguido entrar en el Templo de los Vientos y manipulado la magia desterrada allí. El mago Baraccus había hallado una solución al asegurarse de que Richard nacería con ambos lados del don. Él podría contrarrestar esa amenaza. El pueblo de Jillian descendía del mismo linaje del que había salido

Jagang. Los antepasados de éste habían sido en el pasado lanzadores de sueños, como Jillian.

Y ahora Jillian, como sacerdotisa de los huesos, volvía a estar a punto de cumplir con su ancestral vocación de lanzar sueños para repeler a los invasores... con una excepción.

En la época de la gran guerra, los antepasados de Jillian habían fracasado. Todo lo que Jillian sabía a partir de los relatos hablaba de lanzar sueños.

Richard pensaba que ése podría ser el motivo de que fracasaran.

Él, en su lugar, tenía intención de lanzar pesadillas.

—¿Tienes las pesadillas fijadas en tu mente? —preguntó él con voz sosegada.

Los ojos color cobre de Jillian se abrieron, iluminando la negrura de la franja pintada.

—Sí, padre Rahl. Jamás tuve pesadillas antes de que estas gentes crueles del Viejo Mundo regresaran. Sólo tenía sueños. Jamás supe de verdad lo que eran las pesadillas. —Tragó saliva—. Ahora conozco las pesadillas.

—Algún día, Jillian —dijo Richard, inclinándose para dibujar una estrella que estallaba ante ella—, espero que puedas olvidar lo que son las pesadillas, pero por ahora necesito que mantengas tus pensamientos concentrados en ellas.

—Lo prometo, lord Rahl. Pero sólo soy una jovencita. ¿Seguro que puedo lanzar pesadillas a todos esos hombres?

Richard alzó la vista para mirarla a los ojos.

—Esos hombres han venido a matar todo lo que amas. Tú imagina las pesadillas, y *Lokey* las transportará a los hombres que hay abajo, en el campamento... yo me ocuparé de ello.

Nicci se puso en cuclillas junto a Richard.

—Jillian, no pienses en cuántos hombres hay ahí abajo. No importa. En serio. A donde vaya *Lokey*, allí llevará tus sueños. Mientras sobrevuela el campamento, las pesadillas caerán de sus alas negras como lluvia helada. Puede que no toque a cada hombre, pero eso no importa. Tocará a un gran número, y eso es lo que cuenta.

Nicci señaló las configuraciones de hechizo que la muchacha tenía delante.

—Estas cosas son el poder, no tú. Estos hechizos llevan a cabo la tarea de plantar las pesadillas una y otra vez en esos hombres, no tú. Tú única tarea es pensar las pesadillas. ¿Vs este hechizo de aquí? —preguntó Nicci a la vez que señalaba un bucle continuo que se doblaba sobre sí mismo—. Esta parte multiplica sin pausa tus pesadillas una y otra vez.

—Pero parece que hará falta un esfuerzo mayor del que yo puedo hacer...

Con una pequeña sonrisa tranquilizadora, Richard alargó el brazo y posó una mano en el brazo de Jillian.

—Soy yo quien te ayuda a lanzar los sueños, ¿recuerdas? Sólo debes pensarlos. Soy yo quien los lanza según sea necesario. Son tus pensamientos unidos a mi fuerza lo que los lanza.

—Y lo creo que puedo pensar pesadillas. —La muchacha sonrió un poco, luego agregó—: Imagino que tiene sentido lo que decís los dos. Ahora comprendo por qué necesitaba a lord Rahl para lanzar sueños. Por eso la sacerdotisa de los huesos tenía que esperar a que lord Rahl regresara con nosotros.

Richard le palmeó el brazo.

—La otra cosa que necesitas recordar es que, después de que *Lokey* vuele por todo el campamento, debes enviarle a la tienda de Jagang Queremos provocarles pesadillas a tantos hombres como sea posible, pero Jagang es el foco donde deben concentrarse esas

pesadillas, y ese sueño especial con el que quiero atormentarle, así que, cuando te susurre que es hora de que *Lokey* aterrice, piensa en Jagang y su tienda. Este hechizo de aquí... —lo señaló— enviará a *Lokey* a posarse junto a ese hombre. Cuando te lo diga, todo lo que tienes que hacer es recordar a Jagang, y *Lokey* irá a su tienda.

Jillian asintió.

—Recuerdo esa tienda espantosa. —Con los ojos llenándose de lágrimas, se giró hacia Nicci—. Y estoy segura de que tú conoces bien las pesadillas que tienen lugar allí.

En lo alto, *Lokey* graznó y agitó las alas, ansioso por ponerse en marcha con su cargamento de pesadillas.

## 23

Jennsen hizo una mueca de dolor cuando el fornido guardia le retorció el brazo y la empujó a través de la abertura de la tienda. Dio un traspie pero consiguió no caer. Tras cabalgar a través del vasto campamento bajo la brillante luz del sol invernal, tuvo dificultades para ver en los sombríos aposentos reales. Entornó los ojos, aguardando a que se ajustaran a la pobre luz. Pudo ver las figuras corpulentas de unos guardias a cada lado.

La muchacha se giró al oír un alboroto tras ella y vio a otros soldados enormes empujando a Anson, Owen y Marilee, la esposa de Owen, al interior de la tienda, como si condujeran animales al matadero. Jennsen no había visto mucho a los demás durante el curso del viaje. A todos ellos los habían mantenido amordazados y con los ojos vendados durante la mayor parte del camino para asegurarse de que no causaran problemas. A Jennsen se le partía el corazón al ver a sus amigos de nuevo en las garras de unas personas tan malvadas. Era como una pesadilla que se repetía.

Más allá, en el otro lado de la gran sala de la tienda, Jennsen vio al emperador Jagang sentado tras una pesada mesa, comiendo. Docenas de velas a cada lado de la mesa daban a aquel extremo de la estancia el aspecto de un altar. Unos esclavos aguardaban detrás del emperador. La mesa estaba cubierta de una gran abundancia de comida, como para un banquete. Jagang parecía estar comiendo solo.

Los ojos negros del emperador contemplaban a Jennsen como si fuera un faisán que estuviera pensando decapitar, destripar y asar. Alzó una mano y con dos dedos brillantes de grasa le hizo una señal para que se acercara. Los anillos enormes de sus dedos, así como las largas cadenas con joyas incrustadas que llevaba al cuello, centelleaban a la luz de las velas.

Seguida de cerca por unos atemorizados Anson, Owen y Marilee, Jennsen cruzó las gruesas alfombras para ir a detenerse ante la mesa del emperador. Los candeleros iluminaban una mesa cubierta de bandejas de jamón cocido, aves, filetes y salsas de todas clases. Había frutos secos y frutas, así como una variedad de quesos.

Sin que su terrible mirada no abandonara en ningún momento a Jennsen, Jagang utilizó los dedos de una mano para arrancar la pechuga de un ave asada. Sostenía una copa de plata en la otra mano. Dio un buen mordisco, luego lo regó con vino tinto de la copa. Ella supo que era vino tinto porque parte de él se derramó por las comisuras de su boca para gotear por todo el chaleco de lana de oveja que llevaba.

—Bien, bien —dijo él a la vez que plantaba la copa sobre la mesa —, pero si es la hermanita de Richard Rahl que ha venido a hacernos otra visita.

La última vez que ella había acudido a la mesa del emperador había estado con Sebastian. La última vez había sido una invitada. La última vez no había sabido que la estaban utilizando. Había crecido mucho desde aquel día.

—¿Tienes hambre, querida?

Jennsen estaba hambrienta.

—No —mintió.

Jagang sonrió.

—No necesito ser un Caminante de los Sueños para saber que mientes.

Jennsen se estremeció cuando el hombre descargó el enorme puño sobre la mesa. Brincaron bandejas, cayeron botellas, se derramaron copas de metal. Las tres personas que tenía detrás lanzaron una exclamación ahogada.

Jagang se puso en pie de un salto.

—¡No me gusta que me mientan!

El miedo relampagueó a través de Jennsen ante su repentina cólera. Sobresalían varias venas en la frente del hombre y todo su rostro había enrojecido. Pensó que podría matarla de un golpe allí mismo.

Antes de que él pudiera dar rienda suelta a su cólera, un haz de luz hendió la habitación y dos mujeres entraron agachadas por la abertura de la tienda. El grueso faldón que colgaba sobre la entrada descendió otra vez, y la penumbra volvió a instalarse.

Jagang desvió su atención de Jennsen a las dos mujeres.

—Ulicia, Armina, ¿alguna noticia de Nicci?

Las dos, evidentemente cogidas por sorpresa por la pregunta, intercambiaron una breve mirada.

—¡Respóndeme, Ulicia! ¡No estoy de humor para juegos!

—No, Excelencia, no ha habido noticias de Nicci. —La mujer se aclaró la garganta— . Si se me permite preguntar, Excelencia, ¿tenéis motivos para creer que pueda estar viva?

Jagang se apaciguó de un modo visible.

—Sí. —Se dejó caer en el profusamente tallado sillón— . He soñado con ella.

—Pero la conexión con el rada'han se extinguió. No hay modo de que hubiera podido quitárselo sin ayuda. A lo mejor no fueron más que sueños...

—¡Está viva!

La Hermana Ulicia agachó la cabeza en una reverencia.

—Desde luego, Excelencia. Vos sabéis más que yo sobre tales cosas.

Él se frotó la frente.

—No he estado durmiendo bien estos últimos días. Me canso de estar sentado en este lugar miserable, aguardando progresos. Debería hacer azotar a los hombres que trabajan en la rampa, lentos como son. Pensaba que las ejecuciones posteriores a los motines los estimularían para que se entregaran más a su deber. Esto es por nuestra causa, al fin y al cabo. Quizá si arrojo a algunos de los más lentos desde lo alto de la rampa eso haría que el resto fuera más de prisa.

—Bueno, Excelencia —dijo la Hermana Ulicia a la vez que daba un paso al frente, pareciendo ansiosa por desviar su atención de tales pensamientos siniestros—, tenemos algo que pensamos que puede haceros sentir mucho mejor.

Él alzó los ojos, luego cogió la copa de la mesa y bebió un largo trago. Volvió a depositar la copa en la mesa y arrancó un trozo de jamón cocido de un enorme jamón que descansaba justo a su derecha.

Tras dar un mordisco a la carne que tenía en la mano, hizo una seña a las dos Hermanas.

—¿Y qué es?

—Trajeron varios libros junto con Jennsen. Uno en particular es... bueno, Excelencia, creemos que deberíais verlo por vos mismo.

Jagang volvía a parecer impaciente. Les hizo un gesto con la mano.

Ambas mujeres avanzaron presurosas ante la orden. La Hermana Armina sostuvo en alto el libro que Jennsen recordaba que habían sacado de la habitación subterránea secreta del cementerio.

—El *Libro de las sombras contadas* —dijo.

Jagang miró a los ojos a cada mujer, luego extendió ambas manos a los lados. Un esclavo se adelantó al instante con una toalla y empezó a limpiar las manos del emperador. Cuando Jagang ladeó la cabeza en dirección a la mesa, otros esclavos fueron hacia ella para empezar a retirar fuentes y cuencos. Una vez que hubieron despejado un espacio sobre el tablero, una joven, vestida con unas ropas que revelaban más de lo que ocultaban, se acercó a toda prisa para limpiar la superficie de madera.

Mientras a Jagang seguían limpiándole las manos, la Hermana Armina depositó el libro ante el emperador. Éste apartó las manos del esclavo de un manotazo y se giró hacia el libro. Inclinó el cuerpo al frente a la vez que abría la tapa y empezaba a inspeccionar el texto.

—Bien —dijo mientras pasaba las páginas—, ¿qué pensáis? Es la copia auténtica o una falsa?

—No es una copia, Excelencia.

Él alzó los ojos con una expresión desaprobadora que parecía como si pudiera tornarse letal.

—¿Qué quieres decir con que no es una copia?

—Es el original, Excelencia.

Jagang pestañeó, no muy seguro de haberla oido bien. Se recostó en el asiento para mirar con fijeza a la mujer.

—¿El original?

La Hermana Ulicia se acercó más. Se inclinó sobre la mesa y pasó las páginas hacia atrás, hasta el principio.

—Mirad esto, aquí, Excelencia. —Dio un golpecito en un lugar para mostrárselo—. Ésta es la marca del autor. Es su sello, que contiene un hechizo para indicar que es original.

—¿Y qué? A lo mejor el sello es falso.

La Hermana Ulicia negaba ya con la cabeza.

—No, Excelencia. Cuando un profeta redacta profecías en un libro pone una especie de marca al principio de sus escritos para indicar que es el original, que es su obra, de su propia mano, y no una copia.

—Poseéis muchos libros de profecía, Excelencia, pero con un par de excepciones, todos son copias de un original. La mayoría no tiene ningún sello. A veces el copista deja su propia marca de modo que su trabajo pueda identificarse como una copia. Tal sello para indicar una copia nunca es como éste. Ésta es una especie de marca única que jamás se pone en una copia, sólo en el original.

»Esto es una marca del autor dejada en forma de hechizo. Es el modo en que se identifican los originales. Éste es el *Libro de las sombras contadas* original. —Cerró el libro y le mostró el lomo—. ¿Vis? «Sombras», no «sombra». Tiene la marca del que lo hizo. Lo encontraron tras barreras y escudos. Éste es el original.

—¿Y los otros?

—Ninguno tiene un sello como éste. Ninguno de los tres lleva siquiera una marca del copista. De hecho, ninguno tiene ninguna clase de marca. Son simplemente copias. Éste es el original.

Jagang, con una mano apoyada sobre la mesa, dio unos golpecitos con el pulgar mientras reflexionaba.

—Sigo sin ver por qué no podría ser una copia falsa. Si hicieron una copia falsa y querían que pareciera real podrían haber puesto una marca fraudulenta en el libro para engañar a la gente.

—Técnicamente es posible, pero hay varias cosas que apuntan a que no es un fraude. También existen varias pruebas que podemos llevar a cabo para verificar la autenticidad de la marca. Ése, al fin y al cabo, es el motivo de que el autor deje una marca en una configuración de hechizo: para que pueda ponerse a prueba. Hemos efectuado

unas cuantas pruebas, y los resultados han mostrado que es genuina, pero hay algunas redes de verificación más complejas que todavía podríamos utilizar para comprobarla.

La Hermana Armina agitó una mano en dirección al libro.

— También está la cuestión de lo que dice al principio, Excelencia, la parte sobre la verificación de la Confesora.

La Hermana Ulicia chasqueó la lengua con impaciencia. Al parecer era una discusión que ya habían tenido. Lanzó a la Hermana Armina una mirada asesina antes de volver una vez más su atención al emperador.

— El libro dice que hay que utilizar una Confesora para verificar la copia, Excelencia, no el original. Por ese motivo no podemos confiar en ella como un modo fiable de identificar el original. No es eso lo que se supone que tiene que hacer. La marca del autor lo hace, y podemos llevar a cabo más comprobaciones sobre la marca. Tengo la confianza de que esas pruebas confirmarán nuestra idea.

Jagang consideró sus palabras.

— ¿Dónde se encontró este libro?

— En Bandakar, Excelencia — contestó la Hermana Ulicia.

— ¿Quieres decir que estuvo tras aquellas barreras de magia todo este tiempo?

— Sí, Excelencia — dijo la hermana Ulicia con evidente agitación —. Otra prueba de que es el manuscrito original.

— ¿Por qué?

— Porque, si el original pudiera ser identificado por una marca, ¿dónde lo esconderíais?

— Tras barreras de magia — respondió él, pensativo.

— Excelencia, éste es el original. Estoy segura de ello.

Él la escrutó con sus ojos negros.

— ¿Estás dispuesta a jugarte la vida?

— Sí, Excelencia — respondió la Hermana Ulicia sin vacilar.

Jennsen despertó de repente ante un sonido de lo más extraño. Mientras salía de una especie de rugido. En un principio pensó que debía de ser el emperador Jagang padeciendo otra de sus pesadillas, pero al sonido lo siguió una commoción en el exterior. Unos hombres gritaban y repiqueteaba metal, sonaba como si pilas de lanzas fuesen volcadas. Volvió a oír el rugido, más cerca, y más gritos.

Vio que los vigilantes de la entrada de la tienda asomaban la cabeza al exterior por el faldón que cubría la abertura. Temió levantarse del lugar que ocupaba en el suelo. Jagang le había dicho que permaneciera allí. Con lo violento que aquel hombre podía ser, sabía bien que no debía ponerle a prueba.

Anson la miró con expresión inquisitiva. Jennsen se encogió de hombros. Owen cogió la mano de Marilee. Era evidente que los tres estaban asustados. Jennsen compartía el sentimiento.

Jagang salió hecho una furia de su dormitorio, todavía abotonándose los pantalones. Tenía un aspecto cansado y aturdido. Jennsen sabía que no estaba consiguiendo dormir demasiado por las pesadillas que lo atormentaban.

El emperador estaba a punto de hablar cuando el faldón que cubría la entrada se hizo a un lado. El ruido inundó el interior.

Una mujer delgada cruzó la abertura. En medio del ruido y la confusión, se movía con el frío y deliberado porte de una serpiente.

Sólo con verla, Jennsen deseó poder arrastrarse bajo una alfombra y esconderse.

Los ojos pálidos de la mujer se fijaron en las cuatro personas del suelo antes de mirar al emperador. Hizo caso omiso de los guardias. La piel pálida de la recién llegada destacaba en contraste con el vestido negro que llevaba.

—¡Seis! —dijo Jagang—. ¡Qué haces aquí, en mitad de la noche!

Ella lo contempló casi con desdén.

—He cumplido tus órdenes.

Jagang la miró iracundo.

—Bien, ¿qué tienes?

—Lo que convine obtener para ti.

Alzó algo que había llevado bajo el brazo. Jennsen no lo había visto porque era muy negro y la tienda estaba poco iluminada.

Mientras contemplaba el objeto que ella tendía, el ánimo del emperador empezó a animarse.

Los ojos de Jagang eran negros. El vestido de Seis era negro. La medianoche en una noche sin luna dentro de una cueva en un bosque espeso era negra. Sin embargo, ninguna de aquellas cosas podía compararse con el color negro de lo que la mujer sostenía. Era más negro que nada que Jennsen hubiera visto nunca antes. Le pasó por la cabeza que cuando una persona moría, ésa era la clase de negrura que debía de envolverla.

Jagang lo miraba con fijeza, los ojos abiertos de par en par de placer mientras una sonrisa aparecía en sus facciones.

—La tercera caja...

Seis no daba la impresión de compartir su repentina satisfacción.

—He cumplido mi parte del acuerdo.

—Y lo creo que lo has hecho —dijo Jagang mientras alzaba con reverencia la caja de sus manos—. Ya lo creo que lo has hecho.

Por fin depositó la negrísima caja sobre una cómoda.

—¿Y las otras cuestiones? —preguntó volviendo la cabeza.

—Abrasé sus fuerzas, desperdigándolas. He eliminado sus patrullas cuando las encontraba. He reconocido las rutas para los convoyes de suministros y asegurado que pudieran pasar sin peligro.

—Sí, han estado llegando... y en buena hora.

—Sería infinitamente mejor limitarse a acabar con esto —dijo la mujer—. ¿Has conseguido encontrar la copia auténtica del *Libro de las sombras contadas*?

—No. —Sonrió burlón—. Pero creo que tengo el original.

Ella lo contempló durante unos largos instantes, como si sopesara la verdad de sus palabras, o a lo mejor tan sólo preguntándose si estaba borracho.

—¿Crees que has encontrado el original? —Una sonrisa carente de humor distendió sus finos labios—. ¿Por qué no te limitas a usar a tu Confesora?

—Tuvimos algunos... problemas. Consiguió escapar.

Lo que fuera que Seis pensara no lo reveló en su rostro demacrado.

—Bueno, te es de una utilidad reducida de todos modos.

La expresión de Jagang se ensombreció.

—Reducida o no, tengo planes para ella. ¿Crees que podrías encontrarla y traérmela? Yo haría que te mereciera la pena.

Seis se encogió de hombros.

—Si lo deseas... Déjame ver el libro.

Jagang fue a una cómoda y abrió un cajón. Cogió el libro y se lo entregó. Seis lo sostuvo entre las palmas de las manos un largo rato.

—Déjame ver los otros.

Jagang fue a un cajón diferente de la cómoda y sacó tres libros, que parecían tener todos el mismo tamaño. Los depositó uno junto al otro sobre una mesa con tablero de mármol, luego colocó un quinqué junto a ellos.

Seis se acercó con paso majestuoso, los brazos cruzados. Bajó la vista para inspeccionar los tres libros. Posó las yemas de sus largos dedos sobre uno de ellos, luego su mano pasó a un segundo libro, haciendo una pausa en él antes de ocuparse del tercero.

—Estos tres llegaron después. —Sacó el libro original de debajo de un brazo y lo agitó antes de depositarlo en la mesa encima de los otros tres—. Éste llegó primero.

—¿Llegó primero... eso significa que es el original? ¿Estás segura?

—Yo no corro riesgos estúpidos. Si fuera una copia falsa, y debido a eso tu Hermana abriera la caja equivocada, entonces yo perdería todo por lo que tanto he trabajado, e incluso mi vida.

—Eso no responde a mi pregunta.

Ella se encogió de hombros.

—Soy una bruja. Poseo talentos arcanos. Éste es el libro original. Úsallo. Abre la caja correcta y tus pesadillas finalizarán.

Jagang la contempló un momento, con expresión apesadumbrada ante la mención de sus pesadillas, pero luego sonrió por fin.

—Tráeme a la Confesora.

Seis mostró una especie de sonrisa letal.

—Tú tenlo todo preparado, todo organizado, hechizos lanzados, invocaciones hechas, y yo traeré a la Confesora a la fiesta.

Jagang asintió.

—La Hermana Ulicia me dice que es necesario que accedamos al Jardín de la Vida.

—Si bien no es la única manera, sería el mejor modo de asegurar el éxito. Deberías tomar en serio a tu Hermana.

—Sí que la tomo en serio. Puesto que es quien abrirá la caja, conmigo en su mente desde luego, cualquier cosa que no hiciese correctamente resultaría muy desafortunado para ella. Si el Custodio del inframundo se la llevara, sería el peor resultado posible para ella, por lo tanto hacerlo bien va en su propio beneficio. Creo que por eso insiste tanto en abrir la caja en el Jardín de la Vida en lugar de hacerlo aquí.

Seis dirigió una penetrante mirada a Jennsen.

—Utilízala. Es la hermana de Richard Rahl. Poco a poco, todo se está volviendo contra él. Añadir su vida a la mezcla inclinará aún más la balanza.

Jagang volvió sus negros ojos hacia Jennsen.

—¿Por qué crees que la hice traer aquí?

—Pensaba que era venganza —respondió Seis con un encogimiento de hombros.

—Quiero poner fin a esta resistencia a la voluntad de la Orden. Si la venganza fuera mi objetivo, ella estaría ya en las tiendas de tortura, agonizando entre alaridos. Será de más utilidad para la Orden de otras formas. Mi objetivo es que la Fraternidad de la Orden gobierne por fin a la humanidad como debería por derecho.

—Salvo por mi porción —dijo Seis con una mirada mortífera.

Jagang sonrió con indulgencia.

—No eres una socia codiciosa, Seis. Tu petición es bastante modesta. Puedes hacer cualquier cosa que deseas con tu pequeña parte del mundo, bajo la autoridad rectora de la Orden, desde luego.

—Desde luego.

»Si la vida de su hermana no le hace cambiar de opinión, no dudes en mencionar mi nombre. Dile que me encantaría hacer llover fuego sobre él.

A Jagang eso le pareció agradable.

—Buena idea. Como sospeché desde el principio, estás resultando ser una aliada valiosa, Seis.

—Reina Seis, si no te importa.

Jagang se encogió de hombros.

—En absoluto. No tengo inconveniente en ser justo contigo... Reina Seis.

## 24

Sentada en la oscuridad, recostada en la pared de piedra y dando cabezadas de vez en cuando, Rachel oyó un sonido fuera de la celda que le hizo alzar la cabeza. Se sentó más tiesa, a la escucha. Pasos lejanos.

Volvió a dejarse caer contra la fría piedra de la pared. Era probable que fuera Seis, que venía a llevarla de vuelta a la cueva para empezar a hacerle dibujar imágenes con las que hacer daño. En aquella celda de piedra no había ningún sitio donde esconderse.

Rachel no sabía qué iba a hacer cuando Seis le dijera que dibujara cosas espantosas para lastimar a personas. No quería hacerlo, no quería hacer dibujos que sabía que harían daño a personas inocentes, pero sabía que una bruja tendría modos de obligarla a hacerlo. Rachel le tenía miedo a Seis, temía que la mujer le causara dolor.

No existía una sensación más horrible en todo el mundo que estar completamente solo con alguien que quería hacerte daño y sabiendo que uno no podía hacer nada para impedírselo.

Le daban ganas de llorar sólo de pensar en lo que podría avecinarse, de imaginar lo que Seis le haría. Se secó las lágrimas, intentando pensar en algo, cualquier cosa, que pudiera ayudarla.

Hacía algún tiempo que no había visto a la bruja. Podría no tratarse siquiera de Seis. Podría ser alguno de los vigilantes trayéndole comida. Un par de ellos ya servían allí antes, cuando la reina Milena había estado viva. Rachel no conocía sus nombres, pero recordaba haberles visto en el pasado.

Había otros vigilantes, sin embargo, que no reconocía. Eran soldados de la Orden Imperial. Los antiguos vigilantes no eran jamás mezquinos con ella, pero los soldados nuevos eran distintos. Eran hombres de aspecto salvaje. Cuando la miraban, Rachel sencillamente sabía que pensaban en hacerle cosas de una vileza inimaginable. No eran la clase de personas que parecían preocupadas de que alguien las detuviera. Salvo tal vez Seis. Siempre evitaban encontrarse con la bruja, y ella hacía como si no existieran, esperando que se apartaran de su camino.

De todos modos, aquellos hombres miraban a Rachel de un modo que la asustaba hasta lo más profundo de su ser. A Rachel le inquietaba que la cogieran a solas como ahora, sin Seis para mantenerlos a distancia. Pero la idea de que la bruja apareciera para hacerle daño tampoco era mucho mejor.

A Rachel jamás le había gustado vivir en el castillo antes, cuando la reina Milena vivía. Había vivido atemorizada la mayor parte del tiempo, y pasado hambre la mayor parte del tiempo.

Pero esto era diferente. Esto era peor... y jamás había creído que pudiera ser peor.

Escuchó con atención los pasos a medida que se acercaban y comprendió que no era el sonido de las botas de un hombre, sino unas pisadas más ligeras. Eran los pasos de una mujer.

Eso significaba que sería Seis. Eso significaba que era el día que había estado temiendo. Seis había prometido que cuando regresara empezaría a hacer que Rachel dibujara para ella.

La cerradura emitió un sonido metálico al girar la llave. Rachel se apretó contra la pared, queriendo huir pero sabiendo que no podía. La pesada puerta de hierro chirrió al abrirse y la luz de un farol entró a raudales en la prisión de piedra de la niña.

Una figura pasó al interior, sosteniendo el farol. Rachel pestañeó cuando vio la sonrisa.

Era su madre.

La niña se puso en pie de un salto. Con lágrimas derramándose por sus mejillas, corrió hacia la mujer y le rodeó la cintura con los brazos. Notó cómo unas manos consoladoras la rodeaban en un cálido abrazo y lloró por la alegría que le producía el inesperado abrazo.

—Vamos, vamos. Todo está bien ahora, Rachel.

Y Rachel sabía que así era. Con su madre allí todo estaba bien de repente. Los hombres pavorosos, la bruja, nada de ello importaba ya. Todo estaba bien ahora.

—Gracias por venir —dijo entre lágrimas—. He estado tan asustada...

Su madre se agachó, abrazándola con fuerza.

—Veo que usaste lo que te di la última vez.

Rachel asintió contra el hombro de su madre.

—Me salvó. Salvó mi vida. Gracias.

Una mano reconfortante le palmeó la espalda a la vez que su madre reía en voz baja ante la felicidad de la niña.

Rachel se apartó.

—Debemos escapar. Antes de que esa bruja espantosa regrese, debemos escapar. Y hay soldados... soldados mezquinos. No debes dejar que te vean. Podrían hacerte cosas terribles.

Mostrando una sonrisa radiante, su madre la contempló.

—Estamos a salvo de momento.

—Pero tenemos que escapar de aquí.

Todavía sonriendo, su madre asintió.

—Sí, debemos hacerlo. Pero necesito que hagas algo por mí.

Rachel se tragó las lágrimas.

—Cualquier cosa. Me salvaste la vida. La tiza que me diste me salvó de los engullidores espirituales. Ellos me habrían hecho pedazos.

Lo que me diste me salvó la vida.

Su madre le posó una mano en la mejilla.

—Tú salvaste tu propia vida, Rachel. Usaste tu cabeza y salvaste tu propia vida. Yo sólo te di un poco de ayuda.

—Pero fue la ayuda que necesitaba.

—Me alegro tanto, Rachel. Ahora, yo necesito tu ayuda.

Rachel se encogió de hombros.

—¿Qué podría hacer para ayudarte? No soy lo bastante grande para hacer mucho.

Su madre sonrió de un modo que dio que pensar a la niña.

—Tienes el tamaño correcto.

A Rachel no se le ocurría para qué podría tener el tamaño correcto.

—¿Qué es, pues?

Su madre levantó el farol y se puso en pie. Alargó el brazo para coger la mano de Rachel.

—Ven. Te lo mostraré. Necesito que le lleves un mensaje muy importante a otra persona.

Cuando salieron al pasillo de piedra, el farol mostró que éste estaba vacío. No se veían guardias por ninguna parte.

A Rachel le gustó la idea de ayudar a otra persona. Sabía lo que era sentir miedo y necesitar ayuda.

—¿Quieres que lleve un mensaje?

—Así es. Sé que eres valiente, pero necesito que no te asustes por lo que verás. No es nada a lo que debas temer, lo prometo.

Mientras recorrían con paso rápido los pasillos, Rachel empezó a inquietarse. Sabía que su madre la había ayudado antes, y quería devolver el favor. Pero cuando la gente decía que no tuvieras miedo, significaba que había algo de lo que tener miedo. De todos modos, no podía ser más horripilante que los hombres de aspecto mezquino que la miraban de aquel modo, ni tan horripilante como una bruja.

Chase le había enseñado que era normal sentir miedo, pero que, para sobrevivir, uno tenía que dominar su miedo. El miedo, decía siempre, no podía salvarte, pero dominarlo sí.

Rachel alzó la vista hacia su hermosa madre.

—¿Para quién es el mensaje?

—Es para ayudar a un amigo. Richard.

—¿Richard Rahl? ¿Conoces a Richard?

Su madre bajó los ojos.

—Tú lo conoces, eso es lo que importa. Tú sabes que está intentando ayudar a todo el mundo.

—Lo sé —respondió ella, asintiendo.

—Bueno, pues va a necesitar algo de ayuda. Necesito que le lleves un mensaje para ver si podemos proporcionarle la ayuda que necesitará.

—De acuerdo —dijo Rachel—. Me gustaría ayudarle. Quiero a Richard.

Su madre asintió.

—Magnífico. Es un hombre digno de tu amor.

Se detuvo ante una pesada puerta situada a un lado, luego apretó la mano de Rachel.

—Ahora no tengas miedo. ¿De acuerdo?

Rachel alzó los ojos hacia su madre, sintiendo mariposas en el estómago.

—De acuerdo.

—No hay nada de lo que tener miedo, lo prometo. Y yo estaré contigo.

Rachel asintió. Su madre empujó la puerta y la abrió al frío aire nocturno.

Rachel pudo ver que la luna había salido. Parecía que estaban en un patio, con muros de piedra rodeándolo. El patio era lo bastante grande como para que crecieran arbustos y árboles.

Juntas salieron a la gélida oscuridad.

Rachel se quedó petrificada cuando vio que unos refulgentes ojos verdes la miraban con fijeza.

La respiración se le cortó, impidiendo que se le escapara el grito que iba a lanzar.

Unas alas enormes se abrieron de golpe, desplegándose por completo. Con la luna iluminando por detrás, Rachel pudo ver venas palpitando en la piel tensada de las alas.

Era un gar.

Rachel supo en seguida que en un instante la bestia iba a hacerlas pedazos a las dos.

—Rachel, no tengas miedo —dijo su madre con voz dulce.

Rachel era incapaz de mover las piernas.

—¿Qué?

—Éste es *Gratch*. *Gratch* es un amigo de Richard. —Se giró hacia la mortífera bestia, posó una mano sobre el enorme brazo peludo y lo acarició—. ¿No es cierto, *Gratch*?

La boca se abrió de par en par y unos colmillos enormes brillaron a la luz del farol. El vapor de su aliento siseó y ascendió en el frío aire.

—Grrratch queeere Raaaach aaarg —gruñó la criatura.

Rachel pestañeó. No fue un gruñido, exactamente. Sonó como si hubieran sido palabras.

—¿Ha dicho que quería a Richard?

*Gratch* asintió con vehemencia. La madre de Rachel asintió.

—Así es. *Gratch* quiere a Richard. Igual que tú.

—Grrratch queeere Raaaach aaarg —repitió la bestia.

Esta vez Rachel pudo reconocer mejor lo que *Gratch* había dicho.

—*Gratch* está aquí para ayudar a Richard. Pero te necesitamos a ti también.

Rachel apartó por fin los ojos de la enorme bestia para dirigir la mirada a su madre.

—¿Qué puedo hacer? No soy grande, como *Gratch*.

—No, no lo eres. Es por eso que *Gratch* puede llevarte. Y tú puedes llevar un mensaje.

## 25

Corrientes ascendentes abofetearon a Richard mientras permanecía en la calzada que descendía por la ladera de la meseta. Nathan, de pie a su izquierda, se inclinó por encima del borde para echar una mirada al precipicio cortado a pico. Incluso en un momento como éste el profeta tenía la curiosidad de un niño; de un niño de mil años, ni más ni menos. Richard suponía que haber estado prisionero toda la vida podía hacerle eso a cualquiera.

Nicci, a la derecha de Richard, no tenía ganas de hablar. Richard no podía culparla. Cara y Verna aguardaban detrás de él. Las dos parecían querer arrojar a alguien por el precipicio. Richard sabía, a pesar de las apariencias, que en realidad era Nathan quien deseaba hacer algo así. Desde que había averiguado que habían matado a Ann había estado hirviendo de cólera en silencio. Richard también podía comprender su silenciosa cólera.

Chirriaron engranajes y el grueso pasador repiqueteó mientras los guardias hacían girar la manivela y bajar el puente levadizo. A medida que éste descendía poco a poco, Richard pudo empezar a ver el rostro del solitario soldado que lo esperaba al otro lado. Los primero que vio fueron sus ojos oscuros, mirando iracundos.

El joven era corpulento, justo en el inicio de la flor de la vida, con un pecho y unos brazos macizos. Gudejas grasientas de pelo le colgaban hasta los poderosos hombros. No parecía haberse bañado en toda su vida. Richard pudo olerle desde su lado.

El joven parecía estarse transformando en una magnífica bestia de la Orden Imperial. Era un ejemplo típico de un soldado de la Orden: un matón despectivo e indisciplinado, un joven gobernado por su lascivia y sus instintos, y al que le traía sin cuidado el daño y el padecimiento que infligía para obtener lo que quería. No sentiría clemencia, compasión ni empatía por nadie. El sufrimiento de los demás no significaría nada para él. Estaba consagrado por entero a sus propias necesidades y apetencias, sin importarle lo que tuviera que hacer para satisfacerlas.

No acostumbrado a considerar las consecuencias de sus actos, era un joven cuyos músculos se habían desarrollado mucho más que su intelecto, y por lo tanto apenas sabría lo que significaba ser un hombre civilizado. Lo que era peor, el concepto carecería de interés para él, puesto que no ofrecía satisfacción inmediata a sus instintos.

Lo habían escogido para transmitir un mensaje. Era un recordatorio de qué clase de hombres aguardaban abajo, en las llanuras Azrith.

Con todo, el individuo, cubierto con una coraza de oscuras placas de cuero, correas, aretes, tatuajes y cintos cargados de armas toscas, en realidad no significaba nada. Era su mente lo que importaba.

Y esa mente estaba infiltraba, poseída y dominada por un Caminante de los Sueños, el emperador Jagang,

El emperador había contactado con ellos mediante el libro de viaje que Vena todavía llevaba consigo. Ann había llevado durante muchos años el gemelo de aquel libro de viaje, pero éste estaba ahora en posesión de la Hermana Ulicia y, por lo tanto, de Jagang,

A Verna la había sorprendido el contacto. A Richard no. Lo había estado esperando. De hecho, era él quien había pedido a Vena que comprobara su libro de viaje por si había un mensaje.

Jagang había deseado una reunión. Dijo que acudiría solo, pero que, por seguridad, lo haría en la mente de uno de sus hombres. Dijo que Richard podía llevar a quien quisiera a la reunión; a tantas personas como quisiera, a todo un ejército si lo deseaba. A Jagang no le preocupaba precisamente la vida de aquel soldado. El emperador había dicho que incluso si decidían matar al soldado, a él no le importaba.

Richard sabía, no sólo por propia experiencia, sino por la de Kahlan también, que atrapar al Caminante de los Sueños en la mente de otra persona era imposible. Ella había dicho que había tocado a una persona poseída por Jagang con su poder, pero que el emperador había sido capaz de escapar sin esfuerzo. A pesar de las personas con gran talento que estaban con Richard, él no se engañaba pensando que alguna de ellas pudiera ser capaz de atrapar al Caminante de los Sueños.

Ni que decir tiene que el soldado moriría. Pero ése no era más que el sacrificio que ese joven tendría que hacer por la causa, desde el punto de vista de Jagang,

Las personas que acompañaban a Richard no estaban allí para intentar matar a Jagang a través de la mente de un suplente; Richard era más listo que eso. Las había traído por otros motivos.

El puente levadizo cayó por fin sobre el otro lado con un ruido sordo. Richard ya había dado a los servidores del puente y a los guardias instrucciones, así que una vez que hubo descendido el puente les hizo la señal y todos ellos empezaron a retroceder.

Richard empezó a cruzar el puente. Su séquito apresuró el paso para permanecer cerca de él. El hombre del otro lado siguió parado un instante antes de avanzar con indiferencia hasta el centro del puente y adoptar una pose arrogante.

Cuando el grupo se detuvo, los ojos oscuros del hombre —la oscura visión de Jagang— estaban clavados en Nicci. Mientras el amo que miraba a través de aquellos ojos estaba sin duda furioso, el joven mostraba con toda claridad su deseo sexual por la mujer rubia que lucía un atrevido vestido negro. El escote del corpiño estaba flojo, y el hombre parecía de lo más interesado en lo que veía.

—¿Qué quierés? —preguntó Richard en un tono de ir al grano.

Los ojos del hombre —la visión de Jagang— se giraron hacia Richard, pero luego regresaron a Nicci.

—Bien, querida —dijo la profunda voz—. Veo que has vuelto a traicionarme.

Nicci le devolvió una expresión de indiferencia.

—Dijiste que querías encontrarte conmigo —dijo Richard, manteniendo la voz calmada—. ¿Qué es tan importante para ti?

La desdeñosa mirada resbaló hacia Richard.

—No es importante para mí, muchacho. Lo es para ti.

Richard se encogió de hombros.

—De acuerdo, para mí, entonces.

—¿Te importan todas esas personas de ahí atrás?

—Sabes que sí —respondió Richard con un suspiro—. ¿Qué pasa con ellos?

—Bueno, voy a darte una oportunidad de demostrarlo. Escucha con atención, porque no estoy de humor para intercambiar insultos.

Richard quiso preguntar al joven —preguntar a Jagang— si tenía problemas para dormir, pero resistió el impulso. Estaban allí para un propósito.

—Expón tu oferta.

El joven alzó un brazo, con bastante vacilación, para señalar al palacio, que se alzaba imponente detrás de ellos.

—Tienes a miles de personas ahí dentro, aguardando su destino. Ese destino ahora está por completo en tus manos.

—Por eso me llaman lord Rahl.

—Bien, lord Rahl, mientras que tú sólo te representas a ti mismo, yo represento la sabiduría colectiva de toda la Orden.

—¿Sabiduría colectiva?

Una vez más, Richard tuvo que obligarse a no hacer un comentario impertinente.

—La sabiduría colectiva es lo que guía a nuestra gente. Juntos, porque somos muchos, somos más sabios.

Richard bajó la mirada, y se frotó el pulgar con el índice.

—Bueno, ya he jugado contra la sabiduría colectiva de tu equipo de Ja'La y les vencí del derecho y del revés.

El hombre dio medio paso al frente, como si estuviera a punto de atacar. Richard se mantuvo impertérrito, cruzando los brazos mientras alzaba la mirada para clavarla en los ojos de Jagang.

El joven se detuvo.

—¿Ése eras tú?

Richard asintió.

—¿Cuál es tu oferta?

—Cuando entremos ahí... y entraremos... hombres como mi joven soldado aquí presente, el orgullo del pueblo del Viejo Mundo que han venido a aplastar a los paganos del Nuevo Mundo, serán soltados en el palacio. Dejaré a tu imaginación lo que tales hombres harán a las refinadas personas del palacio.

—Ya sé cómo la Orden trata a los inocentes. Ya he visto los resultados de su sabiduría colectiva. No me hace falta la imaginación.

—Bien, si estás interesado en que eso se repita aquí, sólo que diez veces peor porque están furiosos con vuestra obstinada rebeldía, entonces no tienes que hacer nada. Vendrán, entrarán y se tomarán su venganza por todo lo que le has hecho a su gente en su tierra natal.

—Todo eso ya lo sé —dijo Richard—. Es de lo más evidente, después de todo.

—¿Y te gustaría ahorrarle a tu gente ese dolor?

—Sabes que me gustaría.

El hombre se irguió un poco, adoptando la sonrisa de Jagang,

—¿Y sabes que tengo a tu hermana, a Jennsen?

Richard pestañeó, sorprendido.

—¿Qué?

—Tengo a Jennsen. Lo cierto es que es un regalo para vista. Me la trajeron tras una visita a un cementerio en Bandakar para honrar a los difuntos.

Richard estaba perdiendo el hilo de lo que contaba Jagang,

—¿Qué difuntos?

—Pues, Nathan Rahl, por supuesto.

Los ojos de Richard se cerraron mientras recordaba aquella lápida.

—Queridos espíritus... —musitó para sí.

—Mientras presentaban sus respetos a la tumba de Nathan Rahl, mis representantes toparon con unos libros muy interesantes. Creo que has oído hablar de uno de ellos: el *Libro de las sombras contadas*.

Richard lo miró iracundo, pero no dijo nada.

—Ahora, como estoy seguro de que lo sabes, existen cinco copias de ese libro concreto. De hecho, yo tengo tres de ellas. Por lo que mis buenas Hermanas me cuentan, tú has memorizado otra copia. No estoy seguro de dónde está la quinta, pero supongo que podría estar en cualquier parte.

»La cuestión es que ya nada de esto importa. Verás, el *Libro de las sombras contadas* que llegó a mi poder, junto con tu hermosa hermanita y unos cuantos de sus amigos, no es una copia.

Richard miró con perplejidad al hombre.

—¿No una copia? ¿Entonces qué es?

—Es el original —respondió Jagang con su voz profunda, sonando muy satisfecho consigo mismo—. Debido a que es el original, no tengo que preocuparme por cuál de los cinco es la copia auténtica. Eso ya no me interesa, puesto que ahora tengo el original.

Richard lanzó un profundo suspiro.

—Ya veo.

—Además de eso, ahora también tengo las tres Cajas del Destino. Mi amiga Seis tuvo la amabilidad de traerme la tercera. —Los oscuros ojos giraron hacia Nicci—. La consiguió en el Alcázar del Hechicero. Pregunta a Nicci. Por suerte, Nicci se recuperó del contacto con la bruja. Me habría sentido tan contrariado si hubiera muerto...

Richard volvió a cruzar los brazos.

—Así que tienes el *Libro de las sombras contadas*, y ahora tienes las tres cajas. Suena como si lo tuvieras todo bajo control. ¿Qué quieres de mí?

El soldado movió un dedo de forma admonitoria.

—Sabes lo que quiero, Richard Rahl. Quiero entrar en el Jardín de la Vida.

—Ya lo suponía, pero no creo que sea muy saludable para mí permitírtelo.

—Sugiero que pienses en todas esas personas de ahí dentro, y te preguntes lo saludable que será para ellas si no aceptas. Verás, vamos a entrar. Es sólo cuestión de tiempo, y de qué sucederá cuando entremos. Si me obligas a abrirme paso peleando, como te he dicho, tendré que permitir que mis hombres se cobren venganza en cada una de las personas de ahí dentro: en todo hombre, mujer y niño. Será más aterrador de lo que puedan imaginar.

»Pero, si os rendís...

—¡Rendirnos! —gritó Verna—. ¡Te has vuelto loco!

Richard la acalló empujándola con suavidad atrás. Se volvió hacia Jagang.

—Sigue.

—Si te rindes, no haré daño al palacio.

—Si nos rindiéramos, ¿por qué tendrías que creer que estás dispuesto a cumplir tal acuerdo?

—Bueno, verás, estábamos planeando construir un palacio magnífico para que fuera el cuartel general de la Orden Imperial. El hermano Narev en persona supervisaba el proyecto. Pero tú pusiste fin a ese sueño de nuestro pueblo.

»Podríamos empezar de nuevo y construir tal palacio... —El hombre efectuó un ademán indulgente—. Pero sería mucho más apropiado, puesto que tú nos quitaste nuestro palacio, que nosotros al final cogiéramos el tuyo y gobernáramos desde él para demostrar a todos los que quieran desafiar a la Orden lo inútil que es la resistencia. Esta sede de la Orden sería como una declaración.

»Por supuesto, después de que presencias la apertura de la Caja correcta del Destino tendría que ejecutarte.

—Por supuesto —repuso Richard.

—Sería una muerte relativamente rápida, pero no demasiado. Me gustaría que pagases por algunos de tus crímenes, después de todo.

—Qué tentador.

—Bueno, tu gente viviría. ¿No te importan ellos? ¿No tienes compasión? Tendrían que inclinarse ante las creencias de la Orden, que son, al fin y al cabo, la ley moral del Creador mismo, pero mis hombres no los importunaría.

—Sigue sin sonar muy convincente —dijo Richard, con los brazos todavía cruzados.

El soldado se encogió de hombros, fue un movimiento torpe, como el de un títere al que tiran de sus hilos.

—Bueno, éas son tus dos únicas elecciones. O bien nos abrimos paso a la fuerza en un río de sangre, o bien tú entras en razón y permites que tu gente viva en paz, mientras mis Hermanas y yo mismo hacemos lo que debemos hacer en el Jardín de la Vida.

»En cualquier caso tendré el Jardín de la Vida. La única cuestión es dentro de cuánto tiempo, y cuánta sangre y padecimiento le costará a tu gente.

—Puede que nunca entres. Piensas que lo harás, pero puede que no. Tienes que considerar esa posibilidad.

—No en realidad —dijo Jagang con una falsa sonrisa—. Verás, siempre tengo la opción adicional de que Seis nos ayude. Ella no tendría que abrirse paso a través del palacio. Puede simplemente... soltarnos dentro, como si dijéramos. Aparte de eso, si me vuelvo demasiado impaciente siempre podría hacerlo del modo fácil, limitándome a utilizar el libro tal y como fue pensado para abrir la caja correcta.

—Necesitas el Jardín de la Vida.

El hombre hizo un gesto desdeñoso.

—Las cajas son anteriores al Jardín de la Vida. No hay nada que diga que deben abrirse en tal lugar... Mis Hermanas, así como Seis, me advirtieron que, si bien el Jardín de la Vida fue construido como un campo de contención específico para las Cajas del Destino, las cajas pueden abrirse de todos modos donde ya están.

Richard contempló iracundo al hombre que tenía delante.

—Sin el campo de contención específico que ofrece el Jardín de la Vida sería muy peligroso intentar abrir una de las cajas. Cualquier pequeño error haría que se corriera el riesgo de destruir el mundo de la vida.

Jagang volvió a sonreír con una sonrisa muy perversa.

—Este mundo, esta vida, es todo pasajero. Es el otro mundo lo que importa. Destruir este mundo detestable, esta vida miserable, sería hacerle un gran servicio al Creador. Aquellos de nosotros que hemos servido a Su causa a través de la Fraternidad de la Orden seremos recompensados en esa otra vida eterna. Aquellos de vosotros que os hayáis opuesto a nosotros caeréis en la oscuridad eterna del Custodio. Poner fin a este mundo desdichado en pro de la causa de salvarlo sería un acto noble, digno de una gran recompensa.

»Así pues, ya ves, Richard Rahl, en este juego de Ja'La dh Jin voy a ganarlo todo, de un modo u otro. Simplemente te ofrezco la posibilidad de decidir cómo deseas que termine.

El viento levantó una cortina de polvo por delante de ellos mientras Richard observaba al joven. Sabía por las cosas que había estudiado, y las que Nicci le había contado, que Jagang no se marcaba ningún farol cuando decía que podía abrir las cajas sin estar en el Jardín de la Vida. También sabía lo peligroso que sería. Por desgracia, también sabía que a la Orden no le importaba en realidad si la vida finalizaba. Valoraban la muerte, no la vida. Incluso si ellos podían eliminar a Jagang no influiría para nada, en realidad. Él representaba las creencias de la Orden, no les daba forma.

Al fin y al cabo, él no era precisamente la parte más peligrosa de la Orden. Eran las creencias malvadas que la Orden enseñaba las que eran peligrosas. Jagang no era más que una bestia que imponía esas creencias.

—Me parece que no puedo tomar una decisión así de un modo inmediato.

—Comprendo. Te concederé algún tiempo para pensártelo. Tiempo para recorrer los pasillos del palacio y mirar a los ojos a esas mujeres y niños bajo tu cuidado.

Richard asintió.

—Sí, tendré que pensar. Hay mucho que considerar. Llevará tiempo.

El joven sonrió.

—Desde luego. Tómate tu tiempo. Te concedo unas cuantas semanas. Te daré hasta la luna nueva.

El hombre empezó a darle la espalda, pero luego se volvió.

—Ah, otra cosa. —Su oscura mirada resbaló hasta Nicci—. Tendrás que entregarme a Nicci como parte del trato. Su lugar está conmigo. Debes devolvérme la.

—¿Y si ella no quiere regresar a tu lado?

—Quizá no me he explicado bien. No importa lo que ella quiera. Debe volver conmigo. ¿Está claro?

—Lo está.

—Bien —dijo el otro con una sonrisa condescendiente—. Eso concluye nuestra conversación. Tienes hasta la luna nueva para entregar el palacio... y a Nicci.

El hombre se giró para contemplar el ejército desplegado abajo; luego caminó rígidamente hasta el borde del puente y, sin una palabra, dio un paso al vacío. Ni siquiera chilló mientras caía entre las corrientes ascendentes.

Jagang quería que Richard comprendiera lo poco que le importaba la vida, y con qué facilidad estaba dispuesto a quitarla.

Verna y Cara empezaron a gritar objeciones y furiosos alegatos.

Richard alzó una mano.

—Vamos, vamos. Hay cosas que debo hacer.

Hizo una señal a los encargados del puente.

—Alzad el puente —les gritó mientras iba a encontrarse con ellos.

Varios puños golpearon sus corazones a modo de saludo.

## 26

Bajo la titilante luz de las antorchas, sumido en profunda concentración, Richard dibujó con un dedo el elemento siguiente en la arena de hechicero. Repasando las palabras en silencio para sí, finalmente alzó la vista hacia las oscuras ventanas y a continuación empezó a murmurar los conjuros en voz alta.

En su distante conciencia, vio la luz de la luna. El día antes, Jagang le había dado hasta la luna nueva para entregar el palacio. Esa luz de luna seguiría menguando día tras día hasta que quedaran envueltos en una oscuridad total.

Richard había escuchado el firme parecer de Verna, el general Meiffert y Cara de que no debían rendirse. Verna pensaba que la rendición daría una sanción moral a aquellas creencias delictivas y que debían combatir la maldad hasta la muerte; el general Meiffert pensaba que aquella oferta no era otra cosa que un truco y que sería estúpido creer que Jagang mantendría su palabra, así que no deberían rendirse jamás; Cara pensaba que de todas formas iban a morir, así que más les valdría pelear hasta la muerte matando a tantos enemigos como pudieran. Nathan y Nicci estaban indecisos sobre si sería mejor rendirse o pelear.

Richard comentó que únicamente estaban ofreciendo ideas sobre cómo deberían morir, no sobre cómo podrían vencer al enemigo. Pensaban en el problema, no en la solución.

Él sabía que sólo existía un modo realista de poder acercarse a las Cajas del Destino, pero no era algo que los demás quisieran comentar u oír.

El tiempo se le escapaba entre los dedos, y sabía que no les concederían más. Richard sentía el peso aplastante de la responsabilidad. Había decidido que no podía esperar más. Preparado o no, tenía que empezar.

No sintió nada mientras pronunciaba los conjuros, al igual que no había sentido nada cuando dibujó las configuraciones de hechizo. La idea de Kahlan guiaba sus emociones, lo mismo que las personas que le importaban, y las elecciones que él le había dejado abiertas.

Tenía que recordarse continuamente que no debía perder tiempo permitiendo que sus pensamientos vagaran hacia lo que estaba a punto de perderse, sino que tenía que utilizar el tiempo del que dispusiera para pensar en un modo de vencer.

Si bien no tenía acceso a las Cajas del Destino, ni a la copia auténtica ni al original del *Libro de las sombras contadas*, sabía por los volúmenes que Nicci había estudiado, en especial *El libro de la vida*, que este ritual era un componente necesario para contrarrestar Cadena de Fuego mediante las cajas. Contrarrestar el hechizo Cadena de Fuego era fundamental. Si Richard tenía alguna vez la oportunidad de utilizar las cajas, tenía que estar preparado para aprovechar esa oportunidad. Ésta era una de esas cosas en las que no podía elegir. O lo hacía, o jamás podría abrir las cajas. Así de simple.

Cuanto antes llevara a cabo el intento, antes sabrían si funcionaría. O vivía o moría. Si no sobrevivía, era mejor dejar que Nicci, Nathan y Verna dispusieran de tanto tiempo como fuera posible para intentar pensar en otro modo de evitar lo inevitable.

El emperador tenía muchas opciones. Richard no.

Jagang, puesto que abriría las caja a través de la Hermana Ulicia, no tendría que viajar al inframundo. La Hermana Ulicia era una Hermana de las Tinieblas, y por lo tanto ya tenía todas las conexiones con el inframundo que necesitaba para hacer que las cajas funcionaran.

Richard tendría que crear su propia conexión y hallar un modo de llevar a cabo lo que era necesario para que las cajas contrarrestaran el acontecimiento Cadena de Fuego.

Los conjuros, le había dicho Nicci, como las configuraciones de hechizo, eran causa y efecto. Él era la persona adecuada, con el poder requerido, para dibujar los hechizos y recitar las palabras necesarias. Su don añadiría lo que hiciera falta a los elementos a medida que él les daba vida en la arena de hechicero. Causa y efecto, le había asegurado Nicci. No había necesidad de que él sintiera nada.

Contaba con que ella estuviera en lo cierto. Todos ellos contaban con que ella estuviera en lo cierto.

Y Nathan estaba más que interesado en ello. El profeta estaba más preocupado que nunca sobre el gran vacío y lo cerca que estaban de él.

Richard recordaba que Warren se había referido siempre a las Cajas del Destino como el «portal». En aquel entonces, cuando Richard había estado en el Palacio de los Profetas, Warren había dicho que el peligro era que las cajas, el portal, habían abierto una brecha en el velo y permitirían al Custodio del inframundo pasar al mundo de la vida. Debido a que las cajas eran un portal al mundo de la vida para el Custodio, un modo de cruzar el velo, también era un portal en la dirección contraria... al interior del mundo de los muertos.

A Richard le había pasado por la cabeza que las cajas podrían muy bien ser el portal al gran vacío que tanto inquietaba a Nathan.

Puesto que los poderes que Richard invocaba eran una parte integral del poder de las cajas, éste era consciente de que, al intentar viajar al inframundo, podría ser engullido al interior de su gran vacío.

Volvió a pensar en la larga conversación que había mantenido con Nathan. Si Richard tenía éxito esta noche, Nathan iba a tener que volver a desempeñar el papel de

lord Rahl. No podían permitirse dejar a todo el mundo sin un lord Rahl, aunque sólo fuera por el corto espacio de tiempo en que Richard no estaría allí. Richard había dicho al profeta que, si alguna cosa salía mal, él iba a tener que hacer lo que fuera necesario.

Richard, encorvado y desnudo ante la blanca arena de hechicero, alisó con el antebrazo la siguiente sección, para dibujar los motivos que venían a continuación. Empezó con los complejos encantamientos, que irradiaban del eje central de la configuración de hechizo. Cada uno de aquellos elementos se bifurcaba en intrincados símbolos que había pasado innumerables horas practicando sobre papel. Nicci había estado detrás de él, mirando por encima de su hombro, mientras él dibujaba aquellos símbolos, guiando cada uno de sus movimientos. Nicci no podía ayudarle ahora, sin embargo. Esto tenía que hacerlo por sí mismo, sin ninguna ayuda. Él era al que habían designado como jugador. Tenía que ser su trabajo, imbuido de su don.

Las llamas de las antorchas iluminaban la arena, arrancándole destellos. Aquellos centelleos de colores eran fascinantes, cautivadores. Le hacían sentir absorto en su propio mundo privado.

En cierto modo, realmente estaba absorto en su propio mundo.

Al empezar a dibujar las configuraciones de hechizo colindantes, Richard se entregó al acto de dibujar; se concentró de un modo exclusivo en la creación de cada componente a medida que lo dibujaba, haciendo que encajara en el contexto mayor de la configuración de hechizo no sólo de un modo conceptual, sino físico. Cuando había pintado los dibujos sobre sí mismo y sobre su equipo, había descubierto que dibujar aquellos elementos tenía mucho en común con utilizar su espada. Existía un movimiento en ello, un ritmo, una fluidez.

Puesto que, al fin y al cabo, estaba conjurando ahora cosas procedentes del inframundo, cada hechizo contenía elementos de la danza con la muerte y tenía que ser el elemento correcto en el momento correcto, con total precisión.

En muchos aspectos, dibujar los hechizos era efectuar la danza con la muerte.

De un modo muy parecido a como peleaba con la espada para permanecer con vida, los hechizos le estaban conduciendo más cerca de ese vértice entre la vida y la muerte. Cuando peleaba con la espada, sabía que cualquier error podría significar una muerte rápida. Los movimientos que efectuaba con la espada no sólo tenían que ser los movimientos correctos, sino que tenían que hacerse justo en el momento correcto y del modo adecuado. Dibujar las configuraciones de hechizo no era distinto. Cada movimiento tenía que ejecutarse debidamente. Cualquier error tendría como resultado una muerte rápida.

Al mismo tiempo, era una experiencia estimulante. Había practicado largas horas. Conocía las formas. Las había pintado sobre él y sobre su equipo. Ahora se sumergió en el movimiento de dibujar aquellas formas, en los trazos y los puntos, todo el tiempo acercándose a la muerte pero evitando la aniquilación. Avanzó entre las formas como si avanzara entre un enemigo, moviéndose entre la muerte que lo acechaba.

Era una experiencia absorbente que le producía la misma sensación que si utilizara la *Espada de la Verdad*.

De hecho, era todo lo mismo.

Desde aquel primer día en que Zedd le había pasado a Richard la espada por encima de la mesa en el exterior de su casa, Richard en realidad se había estado preparando para esto.

Podía sentir el sudor goteándole por el rostro mientras trabajaba. A medida que dibujaba cada forma, que trabajaba cada elemento hasta completarlo sin permitir que nada lo distrajera y le hiciera cometer un error, perdió el sentido del tiempo. Él era parte de los dibujos. Estaba en los dibujos del mismo modo en que estaba en un combate a espada cuando utilizaba la *Espada de la Verdad*. Tenía la frente crispada por la intensidad de la tarea. Añadía cada elemento, ejecutaba cada trazo y curva con la precisión de un tajo de su espada... o con la precisión de su cincel cuando había esculpido. Era la misma habilidad que aplicaba cuando utilizaba un acero. Destruía y creaba, todo al mismo tiempo.

Cuando comprendió que había dibujado cada símbolo, completado cada configuración de hechizo, conectado cada elemento, se sentó. Recorrió con la mirada la arena de hechicero y cayó en la cuenta de todo el horror de lo que le aguardaba más allá.

Paseó la mirada por el Jardín de la Vida. Quería ver belleza antes de enfrentarse al mundo de los muertos.

Por fin, se sentó con las piernas cruzadas y apoyó las manos, con las palmas hacia arriba, sobre las rodillas. Sus ojos se cerraron despacio. Respiró hondo varias veces. Era su última posibilidad de detenerse. Dentro de un momento sería demasiado tarde para cambiar el curso de los acontecimientos.

Richard alzó la cabeza y abrió los ojos.

En d'haraniano culto, musitó:

—Ven a mí.

Hubo un momento de silencio sepulcral en el que pudo oír tan sólo el queso ardor de las antorchas dispuestas alrededor de la arena de hechicero, y a continuación el aire mismo tembló con un repentino rugido ahogado. El suelo tembló.

Del centro de la centelleante arena blanca, del centro de las configuraciones de hechizo, una difusa figura blanca empezó a alzarse. Giró en espiral sobre sí misma en forma de volutas y remolinos que ascendiendo poco a poco de la arena. A medida que salía, que ascendía sin pausa, la arena de hechicero situada debajo quedó como desgarrada, permitiendo que la negrura de la muerte estableciera un vacío en el mundo de la vida.

Richard contempló cómo la blanca forma ascendía fuera de aquel vacío, adoptando el aspecto de una figura de ondulantes vestiduras blancas. La figura abrió los brazos como una flor se abriría al mundo de la vida y la luz, hasta que las vaporosas vestiduras

colgaron en pliegues ondulantes de aquellos brazos extendidos. La figura flotó, suspendida por encima del negro vacío en la arena blanca.

Richard se puso en pie ante la figura.

—Gracias por venir, Denna.

Ella le dedicó una sonrisa radiante y hermosa, y a la vez llena de nostálgica tristeza.

Mientras Richard contemplaba al espíritu, ella alargó la mano y le tocó la mejilla. Fue la caricia más afectuosa que Richard había sentido jamás. Aquella caricia le hizo saber que estaría a salvo con ella... tan a salvo como podría estar en el mundo de los muertos.

Desde las sombras de los árboles donde Richard le había pedido que esperara, Nicci observaba maravillada mientras Richard permanecía de pie ante el suave resplandor de una figura etérea.

Era una criatura de una belleza desgarradora, un espíritu de sosegada pureza y dignidad.

Nicci sintió que le corrían lágrimas por las mejillas al contemplar realmente a un buen espíritu ante ella. La llenó de alegría, y al mismo tiempo de terror por Richard, por el lugar al que aquel espíritu lo conduciría.

Al mismo tiempo que la figura refulgente rodeaba con un brazo protector a Richard, aislando del mundo de la vida, Nicci avanzó hasta quedar bajo la luz de las antorchas. Su frente se perló de sudor mientras contemplaba cómo el delicado resplandor descendía suavemente en espiral al interior de la oscuridad con su pupilo.

—Que tengas un buen viaje, amigo mío —musitó.

Y entonces, antes de que la abertura se hubiera cerrado por completo, antes de que la centelleante arena de hechicero hubiera recuperado su integridad, una figura oscura tomó forma en el aire sobre ella. La criatura giró sobre sí misma como en un apretado embudo a la vez que los seguía al interior de la oscuridad

La bestia había sido atraída hacia Richard al utilizar éste su don, y ahora lo perseguiría a lo largo de sus propios dominios.

Kahlan añadió otra ramita al fuego. Un remolino de chispas ascendió en el aire como si estuvieran ansiosas por ir tras los agonizantes vestigios del día, apenas visibles entre las ramas desnudas. Acercó las manos a las crecientes llamas y luego tiritó mientras se frotaba los brazos. Iba a ser una noche fría.

Cada uno tenía sólo una manta. Al menos ella también tenía su capa. Yacer sobre el frío suelo contribuía a que la noche fuera deprimente e insomne. De todos modos, abundaban los pinos, así que había cortado varias ramas para disponer de un lecho. A pesar de lo espeso que era el bosque, éste no ofrecía una buena protección del viento, pero, puesto que no soplaba ni un ápice de viento en la despejada noche, al menos no necesitaron construir un refugio. Kahlan sólo quería comer algo y luego intentar dormir.

Antes de que encendieran el fuego había colocado un par de trampas con la esperanza de capturar un conejo, si no para comer esa noche hacerlo por la mañana, antes de volver a ponerse en marcha. Samuel había reunido una buena provisión de leña para que durara toda la noche. Tras encender una hoguera había ido a un arroyo cercano para recoger agua.

Kahlan estaba agotada y hambrienta. Casi habían agotado la comida procedente del campamento de la Orden Imperial que habían llevado consigo. A menos que atraparan un conejo, volverían a tener que comer galletas secas y cecina. Al menos tenían eso. Aunque no iba a durar ya mucho más tiempo.

Samuel no había querido parar para ver si podían conseguir más comida. Parecía tener una prisa terrible por llegar a alguna parte.

Tenían unas cuantas monedas que habían encontrado en el fondo de las alforjas, pero en lugar de aventurarse en alguno de los pueblos por cuyas proximidades habían pasado para conseguir más provisiones, Samuel había insistido en que permanecieran bien alejados de cualquier persona.

Estaba convencido de que los soldados de la Orden los estarían persiguiendo y, teniendo en cuenta lo mucho que Jagang la odiaba y lo ansioso que estaba por vengarse de ella, lo cierto era que Kahlan no podía proporcionar ningún argumento en contra de esa renuencia de Samuel. Por lo que ella sabía, los soldados podrían estarles pisando los talones. Sólo de pensarlo, le recorrió un temblor.

Cuando Kahlan preguntaba a Samuel adónde iban, él se mostraba vago al respecto, limitándose a indicar al oeste-sudoeste. Le aseguraba, no obstante, que iban a un lugar donde estarían a salvo.

El tipo estaba demostrando ser un compañero de viaje extraño. Hablaba muy poco cuando cabalgaban y aún menos al acampar. Siempre que paraban raras veces se alejaba mucho de ella. Kahlan imaginaba que simplemente quería protegerla, mantenerla a salvo, pero se preguntaba si era más que eso, si estaría vigilando su trofeo. Si bien había entrado en el campamento de la Orden para rescatarla, jamás había querido hablar sobre sus motivos para hacerlo, y en una ocasión, cuando ella le había insistido, dijo que había sido porque quería ayudarla. En apariencia parecía un sentimiento bondadoso, pero en ningún momento explicó de qué la conocía, o cómo sabía que la tenían cautiva.

Por el modo en que siempre le estaba echando miradas cuando pensaba que ella no lo veía, Kahlan pensaba que a lo mejor simplemente era tímido. Si lo presionaba sobre cualquier cosa él, agachaba la cabeza y encogía los hombros. En algunas ocasiones había acabado por sentir que torturaba al pobre hombre con sus preguntas, y por lo tanto lo dejaba tranquilo. Sólo entonces él parecía relajarse.

No obstante, tantas preguntas sin respuesta le daban que pensar. A pesar de todo lo que Samuel había hecho, y como la ayudaba a cada instante, no confiaba en él. No le gustaba que no quisiera responder a preguntas tan simples... ni a las importantes. El que tanto de su propia vida fuera un misterio para ella la hacía bastante sensible a ese hecho.

También sabía que Samuel estaba fascinado por ella. A menudo parecía ansioso por hacer cosas para complacerla. Cortaba pedazos de salchicha y se los iba ofreciendo hasta que ella tenía que detenerle, diciéndole que ya había comido suficiente y que también él debería comer. En otras ocasiones, no obstante, olvidaba ofrecerle nada hasta que ella le pedía algo de comer.

A veces ella lo pillaba mirándola fijamente con aquellos extraños ojos dorados. En aquellos momentos le parecía que veía el semblante astuto de un ladrón. Kahlan agarraba la empuñadura de su cuchillo cuando se acostaba.

En otras ocasiones, cuando intentaba hacer preguntas, él parecía demasiado tímido para mirarla a los ojos siquiera, y mucho menos responderle, y se acurrucaba en dirección al fuego como si esperara poder ser invisible. La mayor parte de las veces tenía problemas para obtener algo más que un sí o un no de él, aunque tal reticencia jamás parecía provenir de la crueldad, la arrogancia o la indiferencia. Al final, puesto que era tan difícil conseguir hacerle hablar y las respuestas que obtenía eran prácticamente inútiles, había dejado de intentarlo.

Samuel o bien era sumamente tímido o bien ocultaba algo.

En aquellos largos períodos de silencio, la mente de Kahlan se dedicaba a pensar en Richard. Se preguntaba si estaría vivo o muerto.

Temía saber la respuesta pero era reacia a aceptar la irrevocabilidad de su muerte. Todavía la dejaba atónita recordar el modo en que le había visto manejar un arma, el

modo en que se movía su espada. Él había hecho tanto para ayudarla a escapar que temía que hubiera pagado el precio definitivo por ello.

Pensando en Richard, a Kahlan la recorrió un escalofrío. Era una noche extraña. El mundo resultaba un lugar aún más solitario que de costumbre.

Eso era lo que más le preocupaba; el vacío constante y lacerante que sentía, la terrible soledad de estar aislada de casi todas las demás personas del mundo. Una parte de su vida había desaparecido. Ni siquiera sabía quién era ella, aparte de su nombre y de que era la Madre Confesora. Cuando había preguntado a Samuel qué era una Confesora, él la había mirado con fijeza un buen rato y luego se encogió los hombros. Ella tuvo la clara impresión de que lo sabía pero no quería decirlo.

Kahlan se sentía separada no tan sólo del mundo, sino de sí misma. Quería recuperar su vida.

En la agonizante luz encaminó sus pasos hasta su agotado caballo mientras éste pastaba. No había ninguna almohaza con la que cepillarle el pelaje, así que pasó la mano por el enorme animal, limpiándolo lo mejor que pudo, comprobando que no tenía heridas ni abrojos. Utilizó los dedos para desprender pellas de lodo seco de sus patas y luego del vientre. El caballo giró la cabeza, contemplando cómo le quitaba el barro reseco.

Al caballo le gustaron sus cuidados y sus delicadas caricias. Era un animal cuidado por hombres que eran poco más que bestias y no estaba acostumbrado a ser tratado con amabilidad y respeto, de modo que conocía el valor de ambas cosas.

Cuando ella terminó de limpiarle los cascos, empezó a rascarle tras las orejas. El caballo relinchó con suavidad, dándole golpecitos con el hocico. Kahlan sonrió y le rascó un poco más, lo que hizo las delicias del animal. Sus enormes ojos se cerraron mientras disfrutaba de las atenciones. Kahlan se sintió más cerca del caballo que de Samuel.

Para Samuel, el caballo era sólo un caballo. Él quería ir de prisa, y el animal era su medio de cubrir terreno. Kahlan no estaba segura de si era porque él tenía un lugar al que ir, o si sencillamente porque quería poner tanta distancia entre ellos y la Orden Imperial como fuera posible.

Puesto que mantenía un rumbo constante suponía que Samuel debía de tener un punto de destino auténtico. Si ése era el caso, entonces tenía algún motivo para llegar allí a toda prisa. ¿Si tenía un lugar de destino, y estaba ansioso por llegar allí, entonces, por qué no quería contarle a dónde iban?

Mientras rascaba al caballo tras las orejas, éste presionó la cabeza un poco más fuerte contra ella en agradecimiento. Kahlan sonrió cuando el corcel le dio un golpecito cuando paró, instándola a continuar. Se dijo que el animal se estaba enamorando de ella.

Se preguntó si estaba siendo menos amable con Samuel. No era su intención mostrarse fría con él, pero puesto que él no estaba siendo franco, había decidido confiar en sus instintos y seguir mostrando una actitud formal hacia él.

De vuelta ante la fogata, sentada sobre los tacones, arrojó otra rama al fuego. Kahlan oyó que Samuel regresaba a toda prisa y comprobó si su cuchillo seguía sujeto al cinturón.

—¡Cogí uno! —gritó él a la vez que penetraba en la luz proyectada por las llamas de la fogata.

Sostuvo en alto un conejo sujeto por las patas traseras. Ella no creía haber visto jamás a Samuel tan emocionado. Tenía que estar hambriento.

—Supongo que tendremos una comida caliente esta noche —dijo, sentándose hacia atrás con una sonrisa.

Samuel desgarró por la mitad el conejo. Kahlan irguió el cuerpo, sorprendida, cuando él depositó una ensangrentada mitad del animal ante ella.

Samuel se agachó no muy lejos, acurrucado de cara al fuego, y empezó a devorar la otra mitad del conejo.

Kahlan se lo quedó mirando conmocionada mientras le veía devorar al conejo crudo. El hombre arrancó un pedazo de pelaje con los dientes y lo engulló. Trituró hasta los huesos. Se comió incluso las entrañas mientras la sangre corría por su barbilla.

Aquel espectáculo le producía náuseas a Kahlan, quien desvió la mirada para clavarla en el fuego.

—Come —dijo Samuel—. Está bueno.

Kahlan agarró la pata trasera y le arrojó su mitad.

—No tengo mucha hambre.

Samuel no discutió. Atacó al instante la mitad que ella le había dado.

Kahlan se tumbó, apoyando la cabeza en la silla de montar, y observó las estrellas. Para apartar la mente de Samuel pensó otra vez en Richard, preguntándose quién era en realidad, y cuál era su conexión con ella. Pensó en el modo en que peleaba con una espada. En muchos aspectos le recordaba el modo en que ella peleaba, y ella no sabía dónde había aprendido lo que sabía. Mientras deambulaba por un paisaje interno de sombrías incertidumbres, contempló cómo la luna ascendía poco a poco.

Empezó a preguntarse si debería seguir al lado de Samuel. Él le había salvado la vida, en cierto modo, después de que Richard le dijera cómo. Suponía que le debía alguna gratitud. Pero ¿por qué permanecer con él? Él no le estaba proporcionando respuestas o soluciones reales, y ella no le debía lealtad. Se preguntó si debería emprender el camino por su cuenta.

Comprendió que, aun cuando dejara a Samuel y emprendiera el camino por su cuenta, sin saber quién era ¿adónde iba a ir? Vía árboles y montañas mientras cabalgaban, pero no sabía dónde estaba. No sabía dónde se crio, dónde vivía, adónde pertenecía. No reconocía el territorio ni recordaba ninguna población ni ciudad, aparte de los lugares que había recorrido después que las Hermanas la hubiesen capturado. Estaba perdida en un mundo que no la conocía y que ella no recordaba.

Cuando advirtió que la luna se había alzado por encima de los árboles, dirigió la mirada a donde estaba Samuel. Él hacía rato que había terminado su comida.

El hombre sacaba brillo a su espada, que descansaba sobre su regazo.

—Samuel —lo llamó, y él alzó la cabeza como si lo sacaran de un trance—. Samuel, necesito saber adónde vamos.

—A un lugar donde estaremos a salvo.

—Y me has dicho eso antes. Si voy a continuar viajando contigo...

—¡Debes hacerlo! ¡Debes venir conmigo! ¡Por favor!

A Kahlan la dejó atónita aquel arranque de emoción. Con los ojos muy abiertos, el hombre parecía presa del pánico.

—¿Por qué?

—Porque yo nos pondré a salvo a los dos.

—A lo mejor yo puedo ponerme a salvo por mi cuenta.

—Pero yo puedo llevarte hasta alguien que puede ayudarte a recuperar tu memoria.

Él había conseguido captar su atención. Kahlan se sentó muy tiesa.

—¿Conoces a alguien que puede ayudarme a recuperar la memoria?

Samuel asintió con energía.

—¿Quién?

—Una amiga.

—¿Cómo puedo saber que me dices la verdad?

Samuel miró fijamente la reluciente arma de su regazo. Pasó los dedos con veneración por sus curvas.

—Soy el Buscador de la Verdad. Te han puesto un hechizo que se ha llevado tu memoria. Tengo una amiga que puede ayudarte a recuperar tu pasado, a recuperar quién eres.

El corazón de Kahlan latió con violencia ante la repentina e inesperada perspectiva de recuperar la memoria. Todas sus demás preguntas parecieron de improvisto insignificantes.

Samuel no le había contado nunca que fuera el Buscador de la Verdad, pero ella había visto la palabra verdad en hilo de oro entrelazado en la plata de la empuñadura. Parecía un título curioso para alguien tan reacio a ofrecer información.

—¿Cuándo conoceré a esa persona?

—Pronto. Está cerca.

—¿Cómo lo sabes?

Samuel alzó la mirada. Sus ojos amarillos se clavaron en ella, como si fueran dos faroles idénticos en la oscuridad.

—Puedo percibirla. Debes quedarte si quieres recuperar tu pasado.

Kahlan pensó en Richard, en aquellos símbolos extraños pintados por todo su cuerpo. Ése era el pasado que le interesaba en realidad. Quería conocer su conexión con aquel hombre de los ojos grises.

Richard sabía que era su única oportunidad.

Una oscuridad que no se parecía a nada que hubiera conocido jamás se apiñaba a su alrededor. Era asfixiante, aterradora y aplastante.

Denna intentaba protegerle, pero ni siquiera ella tenía poder para detener algo así. Nadie lo tenía.

—*No puedes* —le llegó la voz susurrante de Denna a su mente—. *Éste es un lugar hecho de nada. No puedes hacer eso.*

Richard sabía que era su única posibilidad.

—Tengo que probar.

—*Si haces eso, estarás desnudo ante este lugar. Se te arrebatará tu protección. No podrás seguir aquí.*

—He hecho lo que debía.

—*Pero no podrás hallar el camino de vuelta.*

Richard chilló de puro dolor. Le estaban haciendo trizas la estructura protectora de las configuraciones de hechizo que había creado. La oscuridad que lo envolvía se filtraba a su interior y le trituraba la vida. Éste era un lugar que no toleraba la vida. Era un lugar que existía para arrastrar a la vida misma a la oscura eternidad de la nada.

La bestia lo había seguido al interior de aquel vacío, y ahora lo tenía atrapado en sus dominios.

Encontrar el camino de vuelta ya no le preocupaba. Esa opción ya no estaba a su alcance. Su conexión con el punto de entrada había desaparecido, hecha pedazos por la bestia cuando ésta desgarró el tejido de los hechizos protectores. No había forma de regresar al Jardín de la Vida, no había forma de hallar nada en mitad de la nada.

Ahora escapar era todo lo que importaba.

La bestia era una cosa creada de Magia de Resta y estaba en un mundo de Magia de Resta. Richard estaba atrapado en su guarida.

En este lugar no había modo de conseguir ayuda. Denna no podía hacer nada contra una criatura conjurada de esa clase, una criatura que estaba en su propio elemento.

No había modo de que él pudiera conseguir siquiera regresar a la Sala del Cielo, donde el techo de piedra era como una ventana que mostraba el firmamento a lo largo de su superficie. Incluso eso ahora parecía estar eternamente en el pasado, eternamente lejano

a través de la eternidad de la nada. Su conexión con ella estaba perdida en algún lugar de aquella negra oscuridad.

Mientras sentía las torturadoras garras de la muerte desgarrándolo, lo único que quería era salir.

Su mente mantenía atenazados aquellos elementos esenciales que había venido a buscar. La bestia intentaba arrebatárselos pero, aunque le costara la vida, no podía soltar aquellas cosas. Si las perdía, no habría motivo para regresar al mundo de la vida.

—Tengo que hacerlo —gritó entre el abrumador dolor que le desgarraba el alma.

Los brazos de Denna se apretaron, protectores, con desesperación, alrededor de él, pero aquel abrazo no podía ofrecerle protección. A pesar de lo mucho que ella quería ayudarle, no podía luchar contra aquello. Ella era su protectora en aquel mundo, pero sólo como guía para que encontrara lo que necesitaba, impidiéndole que se metiera sin querer en peligros que lo succionarían a lugares aún más oscuros. Ella no era su defensora de lo que pudiera salir de la oscuridad, y carecía de capacidad para detener a una criatura conjurada desde allí.

—¡Tengo que hacerlo! —chilló él, sabiendo que era lo único que podía probar.

Unas lágrimas relucientes dejaron un rastro sobre el hermoso rostro resplandeciente de Denna.

—*Si haces esto, no puedo protegerte.*

—Si no lo hago, ¿qué supones que me sucederá?

Ella sonrió tristemente.

—*Morirás aquí.*

—¿Entonces qué elección tengo?

Ella empezó a alejarse flotando, con tan sólo su mano sujetando la de él.

—*Ninguna* —dijo la voz sedosa de Denna en su mente—. *Pero no puedo estar contigo si haces esto.*

Retorciéndose de dolor a medida que la bestia se apretaba a su alrededor, Richard consiguió asentir.

—Lo sé, Denna. Gracias por todo lo que has hecho. Fue un auténtico regalo.

La triste sonrisa de la mujer se ensanchó a medida que flotaba más lejos.

—*Para mí también, Richard. Te amo.*

Richard sintió los dedos de Denna tocando todavía los suyos. Asintió lo mejor que pudo.

—De un modo u otro, estarás siempre en mi corazón.

Notó su beso en la mejilla.

—*Gracias, Richard, te agradezco eso por encima de todo lo demás.*

Y a continuación ya no estaba allí.

Cuando ella desapareció, y estuvo solo de repente, envuelto en una soledad y oscuridad incomparables, en ausencia de todo, Richard liberó Magia de Suma al interior de la bestia en un mundo donde tal magia no podía existir.

En aquel instante, mientras la sacudida de la Magia de Suma se manifestaba en el centro de ninguna parte, la bestia, incapaz de soportar una colisión tan incompatible entre lo que era y lo que no era, entre el mundo de la vida y el mundo de la muerte, se desintegró y dejó de existir en ambos mundos.

Al mismo tiempo, Richard sintió un golpe aturdidor que venía de todas direcciones.

De improviso había suelo bajo sus pies.

Cayó desplomado entre cráneos de calaveras.

Hombres desnudos, pintados con dibujos disparatados, estaban sentados en un círculo a su alrededor.

Estremeciéndose de dolor, sintió sobre él unas manos reconfortantes que lo calmaban. A su alrededor oyó palabras que no comprendía.

Pero entonces empezó a ver rostros que reconocía. Vio a su amigo Savidlin. A la cabeza del círculo vio al Hombre Pájaro.

—Bienvenido de vuelta al mundo de los vivos, Richard el del genio pronto —dijo una voz familiar.

Era Chandalen.

Recuperando aún el resuello, Richard vio unos rostros adustos que lo contemplaban. Estaban todos pintados con dibujos estrañamente dispuestos en barro negro y blanco. Reparó en que comprendía los símbolos. La primera vez que había ido a ver a aquellas gentes y pedido una asamblea, había pensado que el barro blanco y negro formaba sólo dibujos aleatorios. Ahora sabía que no era así. Tenían un significado.

—¿Dónde estoy?

—Estás en la casa de los espíritus —respondió Chandalen con su voz profunda y lúgubre.

Los hombres que tenía alrededor hablando en aquel extraño lenguaje eran los ancianos de la gente barro. Era una asamblea.

Richard paseó la mirada por la casa de los espíritus. Éste era el poblado donde Kahlan y él se habían casado. El lugar donde habían pasado su primera noche como marido y mujer.

Ayudaron a Richard a ponerse en pie.

—Pero ¿qué hago aquí? —preguntó a Chandalen, sin estar seguro aún de que no soñaba... o estaba muerto.

El interpelado se giró hacia el Hombre Pájaro. Intercambiaron unas breves palabras. Chandalen volvió a girarse hacia Richard.

—Pensábamos que lo sabrías, y que nos lo dirías. Se nos pidió que celebráramos una asamblea para ti. Se nos dijo que era una cuestión de vida o muerte.

Richard frunció el entrecejo a la vez que salía con cuidado de la colección de cráneos.

—¿Quién os pidió que celebraseis una asamblea?

Chandalen carraspeó.

—Bueno, al principio pensamos que podría ser un espíritu.

—Un espíritu... —dijo Richard a la vez que abría los ojos, asombrado.

Chandalen asintió.

—Pero entonces comprendimos que era una forastera.

Richard ladeó la cabeza hacia el hombre.

—¿Una forastera?

—Vino volando aquí en una bestia, y luego... —Paró cuando vio la expresión del rostro de Richard—. Ven, ellos te lo explicarán.

—¿Ellos?

—Sí, los forasteros. Ven.

—Estoy desnudo.

Chandalen asintió.

—Sabíamos que venías, de modo que trajimos ropa para ti. Vamos, están justo ahí fuera. Están ansiosos por verte. Temían que no vendrías nunca. Llevamos aquí dos noches, esperando.

Richard se preguntó si era Nicci o a lo mejor Nathan. ¿Quién, salvo Nicci, podría haber sabido algo así?

—Dos noches... —farfulló Richard a la vez que le hacían cruzar la puerta con todos los ancianos mientras lo tocaban, palmeaban su hombro y lo saludaban atropelladamente.

A pesar de las inesperadas circunstancias, estaban complacidos de verlo. Él era, al fin y al cabo, uno de ellos, un miembro de la gente barro.

Estaba oscuro en el exterior. Richard reparó en la delgada media luna del cielo. Unos ayudantes aguardaban con ropa. Uno de los hombres entregó a Richard unos pantalones de gamuza, y luego una especie de blusón también de gamuza.

Una vez que Richard estuvo vestido, el grupo de hombres lo llevó como una exhalación por los estrechos pasillos. Richard sentía como si hubiera despertado en alguna vida pasada. Recordaba todos aquellos pasillos.

Estaba ansioso por ver a Nicci. No podía esperar para averiguar qué había sucedido, cómo lo había sabido. Probablemente era el profeta quien había estado al tanto del problema al que se enfrentaría, y ella debía de haber encontrado un modo de ayudarle proporcionándole un camino para que volviera a entrar en el mundo de la vida. No podía esperar para contarle lo que había conseguido hacer en el inframundo.

El Hombre Pájaro rodeó con un brazo los hombros de Richard y habló con palabras que Richard no comprendió.

Chandalen le contestó, y luego habló a Richard.

—El Hombre Pájaro quiere que sepas que ha hablado con muchos antepasados en una asamblea, pero que en toda su vida jamás ha visto a uno de nuestro pueblo que regresara del mundo de los espíritus.

Richard echó una rápida mirada al sonriente Hombre Pájaro.

—Es la primera vez para mí también —aseguró Richard a Chandalen.

En el centro del poblado ardían hogueras enormes, que iluminaban a la multitud que asistía a un banquete. Los niños corrían entre las piernas de los adultos, disfrutando de la celebración. La gente estaba reunida sobre y alrededor de las plataformas.

—¡Richard! —gritó una niña.

Richard se volvió y vio a Rachel saltar de una plataforma y correr hacia él. La niña le rodeó la cintura con los brazos. Parecía una cabeza más alta que la última vez que la había visto. Mientras la abrazaba, no pudo evitar reír ante la alegría que sentía por verla otra vez.

Cuando alzó la mirada, Chase también estaba allí de pie. Chase hacía que los más grandes de los hombres barro parecieran del tamaño de niños.

—Chase, ¿qué estáis haciendo aquí?

Él cruzó los brazos, con semblante apesadumbrado.

—Es demasiado increíble. No me creerías si te lo contara.

Richard le dirigió una mirada severa.

—Acabo de regresar del inframundo. Creo que lo mío es más increíble.

Chase lo meditó.

—Quizá. He estado buscando a Rachel. Mi madre me visitó.

—¿Tu madre? Tu madre falleció hace años.

Chase hizo una mueca como para indicar que lo sabía mejor que Richard.

—Esa clase de cosas no se te pasan por alto.

—Bueno —dijo Richard, intentando comprender lo que sucedía —, evidentemente no era tu madre. ¿Se te ocurrió preguntarle quién era en realidad?

Chase, con los brazos todavía cruzados, se encogió de hombros.

—No. —Echó una ojeada a lo lejos, a la oscuridad—. Fue una experiencia bastante emotiva. Tendrías que haber estado allí.

—Imagino que tienes razón —repuso Richard—. ¿Te dije por qué había venido a visitarte?

—Me dijo que tenía que venir aquí tan de prisa como pudiera. Dijo que Rachel estaría aquí, y que tú necesitabas ayuda.

Richard estaba atónito.

—¿Te dije qué clase de ayuda necesitaba yo?

Chase asintió.

—Caballos. Caballos veloces.

—Mi madre también vino a verme —dijo Rachel.

Richard volvió a alzar la mirada de la niña a Chase. Éste volvió a encoger los hombros como para decir que no tenía respuesta.

—¿Tu madre? —preguntó Richard a Rachel—. ¿Te refieres a Emma?

—No, no mi nueva madre. Mi vieja madre. La que me trajo al mundo.

Richard no supo qué decir.

—¿Qué quería de ti?

—Me dijo que tenía que ayudarte viendo aquí. Dijo que necesitaba que dijese a estas personas que estabas en el mundo de los espíritus y que tenían que celebrar una asamblea para que tuvieras un modo de regresar.

—¿En serio? —fue todo lo que a Richard se le ocurrió decir.

Rachel asintió.

—Dijo que tenía que darme prisa, que había poco tiempo, de modo que un gar me trajo aquí volando. Se llama *Gratch*. Es realmente simpático. *Gratch* me contó que te quiere. Pero tuvo que irse a casa una vez que llegamos aquí.

Richard no podía hacer otra cosa que mirarlos, atónito.

—Eso fue hace unos cuantos días —dijo Chase—. Te hemos estado esperando. La gente barro tenía que prepararse para la asamblea. Te traje tres caballos veloces. Tenemos comida preparada para ti. Están listos para partir.

—¿Listos para partir?

Chase asintió.

—A pesar de lo mucho que me gustaría charlar, y créeme, tenemos algunas cosas sobre las que conversar, mi... madre dijo que tendrías prisa por llegar a Tamarang.

—Tamarang.. —repitió Richard—. Zedd se dirigía a Tamarang

Eso no era todo. El libro que Baraccus había escrito para Richard y luego ocultado hacia tres mil años estaba en Tamarang. Richard había encontrado el libro, pero Seis lo había capturado a él. El libro,

*Secretos del poder de un mago guerrero*, estaba escondido en una celda de piedra en Tamarang.

Necesitaba aquel libro ahora más que nunca. Baraccus ya había proporcionado una ayuda inestimable, pero de todos modos, si Richard quería abrir las Cajas del Destino, aquel libro podría muy bien proporcionar las cosas que necesitaba.

—Tamarang —repitió Richard, pensativo—. Había un hechizo allí que me separó de mi don.

Rachel asintió.

—Yo lo solucioné.

Richard bajó los ojos hacia ella.

—¿Tú lo solucionaste?

Chase miró a Richard muy serio.

—Como te he dicho, hay algunas cosas de las que tenemos que hablar, pero ahora no es el momento. Por lo que me han contado, tienes mucha prisa. Sólo tienes hasta la luna nueva.

Con una sensación de terrible aprensión, Richard echó una ojeada al fino semicírculo de luna.

—No puedo regresar al Palacio del Pueblo para la luna nueva. Está demasiado lejos.

—No vas a ir al Palacio del Pueblo —le recordó Chase—. Vas a ir a Tamarang.

Richard agarró a Chase del brazo.

—Llévame hasta los caballos. Se me acaba el tiempo.

Chase asintió.

—Eso me dijo mi madre.

## 28

Zedd hizo una mueca de dolor. Oyó que alguien decía su nombre otra vez. La voz sonaba como si llegara hasta su interior desde algún mundo lejano. No quería responder a la llamada, no quería abrir los ojos, no quería estar del todo consciente y tener que sentir todo el peso de la conciencia.

—Zedd —volvió a llamar la voz.

Una mano enorme lo zarandeó, balanceando su cuerpo adelante y atrás. Zedd obligó a sus ojos a abrirse sólo un poco, mirando de soslayo con terror. Rikka y Tom, encorvados sobre él, lo miraban con intensa preocupación. Zedd vio que unos mechones de la rubia cabellera de Tom estaban apelmazados con sangre.

—Zedd, ¿estás bien?

Reparó en que era la voz de Rikka. Pestañeó, intentando ver si todos los huesos de su cuerpo estaban rotos o si tan sólo lo parecía. Un miedo que acechaba en las sombras de su mente le susurró que esto podría ser el fin de todo.

Le dolía la cintura. Era donde le había alcanzado el hechizo de Seis.

Se sentía como un estúpido. Había estado seguro de que podía contrarrestar la habilidad de la mujer; y habría podido hacerlo, pero ella lo había cogido por sorpresa con un hechizo construido, una pequeña sorpresa que había dibujado en las cuevas, aguardando pacientemente su llegada. Aun cuando era la clase de cosa que no sabía que pudiera hacer una bruja, debería haber considerado esa posibilidad. Tendría que haber estado preparado para una artimaña de ese tipo.

Ella era una bruja, no una hechicera o un mago, y sabía que, si bien poseía considerables talentos, era vulnerable a ciertas cosas que Zedd podía hacer. Él había descubierto algunas de aquellas cosas en el Alcázar del Hechicero, al impedir que los matara a él y a los demás cuando lo intentó, y ella había aprendido de aquella experiencia y encontrado una contramedida; algo que sencillamente no era propio de una bruja. Fue bastante brillante, en realidad, pero justo en aquel momento él no estaba precisamente de humor para maravillarse ante el logro de aquella mujer.

—Zedd —dijo Rikka—, ¿estás bien?

—Eso creo —consiguió decir—. ¿Tú?

Rikka gruñó.

—Lo cierto es que estaban preparados para enfrentarse a nosotros. Lo que fuera que ella hizo me impidió poder detenerla.

—Bueno, no te sientas mal, me hizo lo mismo a mí.

—Contigo inconsciente, todos aquellos soldados fueron más de lo que podía manejar —añadió Tom—. Lo siento, Zedd, pero te fallé cuando más me necesitabas. Debería haber sido el acero contra el acero para ti.

Zedd miró al hombre con ojos entornados.

—No seas ridículo. El acero tiene sus límites. Y no debería haber permitido que nos engañaran de ese modo. Tendría que haber sido más listo y haber estado preparado.

—Imagino que todos fallamos —dijo Rikka.

—Peor, le fallamos a Richard. Ni siquiera conseguimos entrar en la cueva para ayudarlo. Es necesario que entremos en la cueva y rompamos ese hechizo que lo mantiene alejado de su don.

—No existen muchas posibilidades de que podamos hacer eso ahora —dijo Rikka.

—Ya veremos —rezongó Zedd—. Al menos parece que estamos a salvo por el momento.

—A menos que Seis regrese para acabar con nosotros.

Zedd alzó la mirada hacia el hombre.

—Eres todo un consuelo.

Con la ayuda de los dos, Zedd se incorporó.

—¿Dónde estamos? —preguntó a la vez que miraba a su alrededor bajo la débil luz.

—En una especie de celda —dijo Tom—. Las paredes son todas de piedra, salvo por la puerta. El pasillo que hay fuera está lleno de centinelas.

No era un lugar particularmente grande. Un farol ardía sobre una mesa pequeña. Había una única silla. No había más mobiliario.

—El techo es de vigas y tablas —observó Zedd—. Me pregunto si podría abrir una brecha con mi poder, algo que fuera suficiente para escabullirnos fuera de aquí.

Zedd se puso en pie, tambaleante. Rikka lo sujetó para que no cayera cuando él alzó un brazo a fin de usar su don para sondear el techo.

—Córcholis —masculló—. Cuando utilizó ese hechizo construido también colocó alguna clase de barrera alrededor de esta habitación. Impide que abra una brecha con mi don. Estamos encerrados herméticamente.

—Hay algo más —dijo Tom—. Los vigilantes son en su mayoría soldados de la Orden Imperial. Parece que Seis está trabajando para Jagang.

Zedd se rascó el cuero cabelludo.

—Fenomenal, sólo nos faltaba eso.  
—Al menos no nos mató —indicó Tom.  
—Aún —añadió Rikka

Zedd alzó los ojos hacia el techo y los entrecerró. Señaló.

—¿Qué es eso?  
—¿Qué? —preguntó Tom, mirando arriba.  
—Eso de ahí. En el extremo del techo, contra la pared. Hay algo encajado en la última viga.

Tom acercó la silla y la utilizó para alcanzar el objeto escondido en la sombra de la viga. Tiró de él hasta que cayó al suelo. Algunas de las cosas del interior rodaron fuera.

—Queridos espíritus —dijo Zedd—, es la mochila de Richard.

Reconocía algunas de las cosas que habían caído fuera. Se inclinó para poner derecha la mochila. Inspeccionó las ropas por un momento y luego empezó a volverlas a meter dentro.

Cuando alzó la camisa negra ribeteada en oro y la devolvió a la mochila, distinguió un libro en el suelo. Lo levantó, entornando los ojos para ver a la tenue luz del farol.

—¿Qué libro es ése? —preguntó Rikka.

Tom se inclinó más cerca.

—¿Qué pone?

Zedd apenas podía creer lo que veía.

—El título pone *Secretos del poder de un mago guerrero*.

Rikka soltó un silbido quedo.

—Eso es exactamente lo que yo pienso —dijo entre dientes Zedd mientras inspeccionaba las cubiertas—. ¿De dónde demonios sacaría Richard un libro así? Esto podría ser de un valor incalculable.

—¿Qué dice sobre sus poderes? —preguntó Rikka.

Zedd abrió la tapa y pasó una página, luego otra. Pestañeó, sorprendido.

—Queridos espíritus... —murmuró, atónito.

Nicci alzó los ojos cuando vio que una sombra ocupaba la entrada. Era Cara.

—¿Cómo te va? —preguntó la mord-sith con una voz que pareció perderse en la lúgubre habitación.

La mirada de Nicci se apartó para clavarse en el vacío. En realidad no entendía la pregunta. Supuso que Cara tan sólo intentaba encontrar algo que decir, algo que reflejara su honda preocupación. A Nicci le resultó trágico que una mord-sith llegara a poseer por

fin unas cualidades tan humanas y decentes cuando ya era demasiado tarde para que importara.

—Ya no lo sé, Cara.

—¿Has averiguado qué salió mal?

Nicci alzó la vista del sillón de cuero en el que estaba.

—¿Qué salió mal? ¿No es muy evidente?

Cara se acercó más y pasó un dedo por el otro lado de la mesa de caoba. En la poco iluminada biblioteca su traje de cuero rojo resaltaba igual que una salpicadura de sangre.

—Pero lord Rahl hallará un modo de regresar.

A Nicci le sonó más a una súplica que a una declaración.

—Cara, si Richard fuera a regresar habría vuelto hace diez días — dijo la hechicera con voz abatida, incapaz de mentir.

Cara no se merecía una falsa esperanza.

—Bueno, a lo mejor le llevó más tiempo del que vosotros dos pensabais que le llevaría.

Nicci deseó que fuera así de simple. Negó con la cabeza.

—Debería haber regresado a la mañana siguiente. Puesto que no regresó, eso significa que no sobrevivió a lo que...

—¡Pero tiene que regresar! —gritó Cara a la vez que se inclinaba sobre la mesa, reacia a permitir que Nicci concluyó la frase.

Nicci contempló la ansiedad del rostro de Cara. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía explicar algo así a una persona que no comprendía las cosas que estaban involucradas?

—Créeme, Cara —repuso por fin—, quiero que regrese tanto como tú, pero si consiguió sobrevivir al hechizo y al viaje al inframundo, debería haber regresado hace mucho. No podía permanecer allí tanto tiempo.

—¿Por qué no?

—Podrías decir que es un poco como zambullirse al fondo de un lago. Puedes contener la respiración durante un rato, pero necesitas volver a salir del agua al cabo de cierto tiempo. Si tu pie queda atrapado bajo un tronco en el fondo del agua, te ahogarás. Él no podría sobrevivir allí tanto tiempo. Puesto que no regresó cuando debería haberlo hecho...

—Bueno, a lo mejor salió en otra parte. A lo mejor salió a respirar en otro lugar.

Nicci volvió a negar con la cabeza.

—Imagina que el lago está cubierto de hielo. El agujero por el que pasó, es decir, los hechizos en la arena de hechicero... es la única salida. Las Cajas del Destino son un portal... El inframundo no es más que vacío.

Sabía que se estaba embrollando al intentar hacerlo comprensible para Cara. Nicci ni siquiera captaba ella misma por completo la naturaleza del inframundo.

—Limitémonos a decir que si intentó salir a la superficie en otro lugar, no pudo abrirse paso al exterior. Necesita regresar a través de ese agujero que abrió, el agujero que creó al interior del inframundo, a través del portal. ¿Lo entiendes?

—En cierto modo, pero tendría que haber funcionado. —Indicó con un ademán todos los libros que descansaban abiertos por la mesa —. Los dos lo teníais todo calculado. Rahl el Oscuro lo hizo. No hay motivo para que esto no hubiera funcionado del mismo modo. No hay motivo para que no funcionara para Richard igual de bien.

Nicci desvió la mirada de los vehementes ojos azules de Cara.

—Sí, lo hay.

Cara irguió el cuerpo.

—¿Qué quieras decir? ¿Qué motivo?

—La bestia.

Cara la miró con fijeza un largo rato.

—La bestia... ¿Crees que la bestia podría haberle encontrado allí, en el inframundo?

Nicci meneó la cabeza.

—No. La bestia lo encontró aquí, en este mundo, mientras dibujaba el hechizo. Cuando Richard cruzó el portal que había creado, ella estaba aguardando. La bestia lo siguió al interior del inframundo.

La expresión de Cara estaba entre horrorizada y enfurecida.

—Pero él la habría combatido.

Nicci alzó los ojos.

—¿Cómo?

—No lo sé. No soy experta en tales cosas.

—Tampoco lo es Richard. En el inframundo sería diferente que aquí. En el pasado usó su espada o los escudos para detenerla. Cuando la bestia apareció la última vez, consiguió dispararle con una de aquellas flechas especiales. ¿Qué iba a hacer para combatirla en el inframundo? Tuvo que ir desnudo. No tenía armas, no tenía ningún modo de combatirla.

Cara se enfureció.

—¿Entonces por qué le permitiste ir?

—Él ya había entrado en el inframundo cuando vi a la bestia. Bajó tras él. Sencillamente no había modo de detener a la bestia ni de advertir a Richard.

—Tenía que haber algún modo de que pudieras haberle detenido.

Nicci se puso en pie.

—Ir al inframundo era algo que tenía que hacer si quería usar el poder de las cajas. Sin ir, no podía anular Cadena de Fuego, y si no puede anular Cadena de Fuego, estamos perdidos. Además, no podría haberle detenido aunque hubiera querido.

Cara paseó ante la mesa.

—Pero será luna nueva dentro de pocos días. Nos estamos quedando sin tiempo. Tiene que haber algo que puedas hacer. Tiene que existir una posibilidad de que siga atrapado ahí, conteniendo la respiración. Lord Rahl jamás nos ha abandonado. Lord Rahl pelearía hasta su último aliento por nosotros.

Nicci asintió a la vez que rodeaba la mesa.

—Tienes razón. Regresaré al Jardín de la Vida y lanzaré algunos hechizos de llamada.

Sabía que era una idea estúpida. Sabía que tal cosa no sólo era imposible, sino una pérdida de tiempo. Con todo, sentía como si tuviera que hacer algo o se volvería loca, y al menos haría que Cara se sintiera mejor hasta que llegara el final. Además, qué otra cosa podía hacerse.

—Buena idea —dijo Cara—. Lleva a cabo algunos hechizos de llamada para traer a lord Rahl de vuelta.

Fuera, en el pasillo, Nicci vio que estaba bloqueado por tropas de la Primera Fila en ambos extremos. Cada uno tenía una ballesta cargada con una saeta de plumas rojas. Daba la impresión de que aislaban la zona de la biblioteca.

También vio la cabellera blanca de Nathan mientras éste se abría paso a través de un muro de esos hombres. El profeta salió por fin de entre los soldados. Al ver a Nicci, fue directo hacia ella.

Tenía un semblante más que sombrío. Sólo de ver la expresión de su rostro a Nicci se le secó la boca.

—Nathan, ¿qué sucede? —preguntó cuando él se detuvo ante ella.

Los ojos azul celeste del hombre parecían cansados.

—Lo siento, Nicci, pero éste es el único modo.

La hechicera pestañeó confusa. Ojeó a los soldados que custodiaban el pasillo. También ellos parecían desolados por tener que estar allí.

—¿El único modo de qué? —preguntó.

Él apartó los ojos de ella para pasar una mano cansada por el rostro.

—Richard y yo tuvimos una seria conversación antes de que emprendiera su peligroso viaje. Me dijo que si no conseguía regresar, debería hacer lo que debía de hacerse para salvar a las personas que hay aquí de los horrores que Jagang lanzaría sobre ellas. Sin Richard, la profecía dice que perderemos la batalla final.

—Siempre hemos sabido eso.

—Yo sé una o dos cosas sobre ir al inframundo, Nicci. Estoy familiarizado con las configuraciones de hechizo que utilizó. He estado arriba, en el Jardín de la Vida. He estudiado las cosas que hizo. Richard lo hizo todo como era debido. Tendría que haber funcionado.

—La bestia lo persiguió al interior del inframundo —dijo Cara.

Nathan suspiró profundamente, pero no pareció sorprendido en exceso.

—Ya me figuré que tuvo que ser algo parecido. La cuestión es que he estudiado los métodos que Richard utilizó.

Cara pareció esperanzada, como si el profeta pudiera ofrecer una respuesta que Nicci no podía proporcionar.

—Estupendo. ¿Has averiguado un modo de traerlo de vuelta del inframundo? Nicci iba a lanzar telarañas mágicas de llamada. A lo mejor podrías ayudarla. Vosotros dos juntos...

Su voz se apagó. Nathan no parecía de humor para considerar tales tonterías.

—No existe tal cosa, Cara. No podemos traerlo de vuelta del inframundo tras todo este tiempo. Hemos perdido a Richard.

Cara parpadeó para eliminar las lágrimas de sus ojos, incapaz de soportar una afirmación como aquélla.

—El emperador va a entrar aquí —dijo Nathan—. Sólo será cuestión de tiempo. El gran vacío caerá sobre nosotros dentro de nada. Todo lo que podemos hacer ahora es salvar la vida a tantas personas del palacio como sea posible.

Nicci alzó la barbilla.

—Comprendo.

—El único modo de hacerlo es entregar el palacio en cuanto llegue la luna nueva... y hacerlo del modo que Jagang exigió.

Nicci tragó saliva.

—Yo tampoco conozco otro modo, Nathan.

—Lo siento, Nicci. —Su voz reveló hasta qué punto eran sinceras sus palabras—. Pero es necesario que prepare unas cuantas cosas, así que voy a tener que ponerte bajo arresto y tenerte bien encerrada hasta que Jagang venga con la luna nueva a recogerte.

Nicci sintió que una lágrima le corría por la mejilla, no por ella misma, sino por lo que la pérdida de Richard suponía para todas las personas que habían estado dependiendo de él para que cambiara el curso de los acontecimientos, para que librara la batalla final, para que por fin hiciera lo que sólo Richard podía hacer.

—No necesitas a todos esos guardias con esas flechas —dijo sin que la voz se le quebrara—. Iré sin crear problemas.

Nathan asintió.

—Gracias por no hacer esto más difícil de lo que ya es.

## 29

Kahlan despertó asaltada por un gélido temor.

Estaba tumbada sobre el lado derecho, con la cabeza girada a la derecha, la mandíbula sobre la alforja que le hacía de almohada. Atisbó con cuidado entre las estrechas rendijas de los párpados. Las espesas nubes empezaban a sonrojarse con un atisbo del amanecer que se aproximaba.

Si bien no había sabido por qué se había despertado con tanta brusquedad, pronto comprendió el motivo.

Por el rabillo del ojo pudo ver que Samuel estaba justo encima de ella... cernido sobre ella. Estaba quieto y silencioso, a unos centímetros de distancia, como un puma listo para caer sobre la presa.

Estaba totalmente desnudo.

Kahlan se sobresaltó de tal modo que por un instante permaneció petrificada por la confusión, preguntándose si de verdad estaba despierta o sufría una pesadilla grotesca. La desorientación desapareció, convertida en apremiante alarma en cuanto sus instintos tomaron el mando de la situación.

Sin revelar que estaba despierta, bajó muy despacio la mano hacia su cinturón para coger el cuchillo. Puesto que estaba girada hacia la derecha la funda del cuchillo estaba bajo ella. Tuvo que retorcer los dedos bajo el cuerpo para llegar al cuchillo, intentando no traicionar que estaba despierta. Contaba con que la manta ayudaría a ocultar el movimiento de su mano.

El cuchillo no estaba allí.

Bajó un poco la vista, esperando que se hubiera caído y que estuviese en el suelo a poca distancia. No estaba. Mientras palpaba alrededor bajo la manta, intentando encontrar el cuchillo, vio el montón formado por las ropas de Samuel no muy lejos. Entonces vio el cuchillo. Lo habían arrojado más allá de las ropas, fuera por completo de su alcance.

Se sintió asqueada por la imagen mental del hombre quitándose las ropas a hurtadillas a la vez que la miraba fijamente mientras dormía. La consternó la idea de que hubiera estado, observándola, preparándose para las cosas obscenas que quería hacerle, y que ella no hubiese sido consciente. Además de sentirse consternada, estaba furiosa consigo misma por permitirle llegar tan lejos.

Aunque Samuel siempre había parecido tímido y vergonzoso, y en ocasiones ansioso por congraciarse con ella, esto no la sorprendió del todo. Recordaba muy bien las veces que lo había pillado mirándola fijamente. Aquellas miradas siempre habían parecido contener un anhelo que jamás había expresado abiertamente. Kahlan controló su indignación, concentrándose en su lugar en la supervivencia.

Al ser una persona insegura, Samuel se acercó a hurtadillas en lugar de saltar sobre ella descaradamente. Al parecer, quería estar por completo sobre ella, y entonces, cuando creyera que ella no podía escapar, utilizaría la fuerza para controlarla y llevar a cabo los siniestros pensamientos que siempre habían estado ocultos tras sus ojos dorados.

Samuel no era un hombre corpulento, pero sí musculoso. Sin lugar a dudas era más fuerte que ella. No existía modo de que pudiera escapar sin pelear, y estaba en una posición difícil para forcejear con él. A tan poca distancia ni siquiera podía asestar un buen puñetazo. A tan poca distancia, sin un cuchillo, sin nadie que la ayudara, tenía pocas esperanzas de repelerlo.

Aun cuando él era considerablemente más fuerte y ella había estado dormida, Samuel había sido cauteloso. Su equivocación había sido no actuar con rapidez para incapacitarla. No había sido por falta de habilidad o ventaja, sino por falta de valor. Las únicas ventajas de Kahlan en aquel momento era que él no había actuado con rapidez y que no sabía que ella estaba despierta, y Kahlan no quería desperdiciar esas ventajas. Cuando actuara, esa sorpresa ayudaría a igualar la ecuación y le daría una oportunidad que no volvería a obtener.

Su mente recorrió rauda una lista de opciones. Tendría sólo una posibilidad de golpear primero. Tendría que aprovecharla.

En lo primero que pensó fue en alzar la rodilla para golpear donde más le dolería, pero por el modo en que estaba tumbada, girada a la derecha, con las piernas atrapadas bajo la manta, y por el modo en que él estaba colocado sobre ella, consideró que era una mala elección para un primer golpe.

Tenía la mano izquierda libre, sin embargo, justo fuera de la manta. Ésa parecía ser su mejor elección. Sin más dilaciones, antes de que fuera demasiado tarde, golpeó con fuerza y rapidez, veloz como una víbora, intentando sacarle un ojo con el pulgar. Presionó con todas sus fuerzas sobre el blando tejido del ojo.

Él chilló asustado, echando el rostro atrás al momento; pero reaccionó en seguida y utilizó el brazo para apartarla de un golpe mientras ella le arañaba el rostro. A continuación dejó caer todo su peso sobre ella, cortándole la respiración.

Antes de que Kahlan pudiera tomar aire apretó el otro antebrazo contra su garganta, inmovilizándole la cabeza contra el suelo a la vez que le impedía respirar. Kahlan pateó y se retorció con todas sus energías, intentando escapar. Era como intentar repeler a un oso. Ella no era rival para la fuerza y el peso del hombre, y menos en la posición vulnerable en la que estaba. No disponía de un punto de apoyo para hacer palanca y empujarlo lejos, y ningún modo efectivo de golpearlo.

Kahlan torció la cabeza más a la derecha para colocar la tráquea fuera del peso que el antebrazo de Samuel ejercía sobre su garganta. Eso le hizo ganar el tiempo suficiente para que consiguiera tomar una bocanada de aire.

Mientras inhalaba jadeante el muy necesario aire, su visión fue a centrarse en las ropas del hombre, que yacían no muy lejos. Distinguió la empuñadura de la espada asomando por debajo de los pantalones. Pudo ver que la luz de primera hora de la mañana centelleaba en la palabra verdad, escrita en oro sobre la plata de la empuñadura.

Intentó con desesperación agarrar la empuñadura de la espada, pero estaba fuera del alcance de sus dedos. Sabía que, puesto que estaba en el suelo y no podía usar libremente su brazo, aunque pudiese cogerla no tenía ninguna posibilidad de extraer la espada de la vaina para clavársela a Samuel o hacerle un buen corte. Su objetivo era conseguir sujetar la empuñadura con la mano y luego estrellarle el pomo en el rostro o el cráneo. Una espada era lo bastante pesada para hacer un daño sustancial usada de ese modo. Un buen golpe en el lugar adecuado, como la sien, podía incluso matar a su atacante.

Pero la empuñadura de la espada estaba fuera de su alcance.

Al mismo tiempo que ella se estiraba desesperadamente, en un intento de alcanzar el arma, Samuel tenía dificultades para salirse con la suya. La manta interfería con su lujurioso deseo de poseerla. Estar encima de ella para mantenerla en el suelo estaba demostrando ser una complicación. Parecía que no había tomado en consideración los aspectos prácticos de su intento de asaltarla. La tenía inmovilizada con gran eficacia, la manta era parte del medio por el que mantenía sus brazos y piernas bajo control, pero ésta, al mismo tiempo, le impedía acceder a su objetivo.

Ella sabía que él no tardaría en caer en la cuenta de que todo lo que necesitaba era dejarla inconsciente de un golpe.

Como si él le leyera el pensamiento, vio que Samuel echaba atrás el brazo derecho. Vio cómo cerraba el enorme puño. Cuando él dirigió el puño en dirección a su cara, ella usó todas sus fuerzas para retorcer el cuerpo y apartarse del golpe.

El puño chocó contra el suelo, justo detrás de la cabeza de Kahlan.

Los dedos de ésta encontraron el hilo de oro que deletreaba la palabra verdad sobre la empuñadura de la espada.

El mundo pareció detenerse bruscamente.

En un instante, la inundó la comprensión.

Cosas en su interior que habían estado perdidas por completo de improviso estaban allí.

No recordaba quién era, pero recordó al instante qué era.

Una Confesora.

Estaba muy lejos de ser una unión con su pasado, pero mediante aquel hilillo de conexión supo lo que significaba ser una Confesora. Había sido un completo misterio durante mucho tiempo, pero ahora no sólo recordaba lo que significaba, sentía aquella herencia en su interior, sentía su vínculo con ella.

Seguía sin saber quién era, quién era Kahlan Amnell, y no recordaba nada de su pasado, pero recordaba lo que significaba ser una Confesora.

Samuel echó el brazo atrás para volver a asestarle un puñetazo.

Kahlan presionó la mano contra el pecho del hombre. Ya no parecía que tuviera a un hombre poderoso encima de ella, controlándola. Ya no sentía pánico ni furia. Ya no forcejeaba. Sentía como si fuera tan liviana como un soplo de aire y que él ya no tenía ningún poder sobre ella.

Ya no existía ninguna prisa frenética, no había desesperación.

El tiempo le pertenecía.

No necesitaba considerar, evaluar o decidir. Sabía con total certeza qué hacer. Ni siquiera tenía que considerarlo. Kahlan no necesitaba invocar lo que era su derecho de nacimiento, sólo tenía que dejar de contenerlo.

Podía ver la expresión furiosa y concentrada del hombre congelada por encima de ella. El puño de Samuel permaneció sin moverse durante una chispa de tiempo en continua expansión, como lo estaría hasta que aquello hubiera finalizado.

No tenía necesidad de abrigar esperanzas, suponer o actuar. Sabía que el tiempo le pertenecía. Sabía lo que iba a ocurrir, casi como si ya hubiera sucedido.

Samuel había entrado en el campamento de la Orden Imperial no para rescatarla sino para capturarla.

No era su salvador.

Era el enemigo.

La violencia interior de la fría fuerza que salía de su confinamiento era pasmosa. Ascendía como un torrente de aquel núcleo profundo y oscuro de su interior, inundando cada fibra de su ser.

El tiempo le pertenecía.

Podría haber contado cada pelo del rostro paralizado del hombre de haber querido, y él habría seguido sin moverse un centímetro.

El miedo había abandonado a Kahlan. El control lo había reemplazado. No había odio. La fría evaluación de la justicia había tomado las riendas.

En un estado de profunda paz nacida del dominio de su propia habilidad, y por consiguiente de su propio destino, no tenía en su interior odio, cólera, horror... ni el menor pesar. Va la verdad tal cual era. Aquel hombre se había condenado a sí mismo. Había elegido. Ahora tendría que pechar con las consecuencias de sus elecciones. En aquella

chispa de existencia infinitesimal, la mente de Kahlan estaba en un vacío donde el torrente devastador del tiempo parecía estar en suspenso.

Él no tenía ninguna posibilidad. Le pertenecía.

Aun cuando tenía todo el tiempo del mundo, no tenía dudas.

Kahlan liberó su poder desde la parte más recóndita de su ser.

Un trueno sin sonido estremeció el aire durante aquel instante inmaculado, soberano.

El recuerdo de aquel instante fue una isla de cordura para ella en el oscuro río de su desconocido ser.

El rostro de Samuel estaba paralizado en crispado odio por no conseguir lo que había esperado poseer.

Kahlan clavó la mirada en los ojos dorados del hombre, sabiendo que él sólo veía sus ojos despiadados.

En aquel instante, la mente del hombre, quién era él, quién había sido, ya había desaparecido.

Los árboles que los rodeaban en el glacial aire de primera hora de la mañana se estremecieron por el violento golpe. Ramitas pequeñas y corteza seca cayeron de ramas. La conmoción provocada en el aire alzó un anillo de polvo y tierra a su alrededor que se fue alejando a la par que se desvanecía.

Los extraños ojos de Samuel se abrieron de par en par.

—Ama —susurró—, ordenadme.

—Sal de encima de mí.

Él rodó lejos al instante, para acabar alzándose de rodillas, las manos unidas en actitud de súplica mientras su mirada seguía fija en ella.

Mientras se incorporaba, Kahlan reparó en que su mano derecha seguía aferrando la *Espada de la Verdad*. La soltó. No necesitaba una espada para ocuparse de Samuel.

Sumamente trastornado mientras aguardaba, Samuel parecía al borde de las lágrimas.

—Por favor... ¿cómo puedo serviros?

Kahlan arrojó la manta a un lado.

—¿Quién soy?

—Kahlan Amnell, la Madre Confesora —respondió él de inmediato.

Kahlan ya sabía eso. Pensó un momento.

—¿De dónde sacaste esa espada?

—La robé.

—¿A quién le pertenece legítimamente?

—¿Antes o ahora?

Ella se sintió un tanto confusa por la respuesta.

—Antes.

A Samuel le trastornó la pregunta. Empezó a llorar a lágrima viva mientras se retorcía las manos.

—No conozco su nombre, ama. Lo juro, no sé su nombre. Jamás supe su nombre. —Empezó a sollozar—. Lo siento tanto, ama, no lo sé, no, juro que no lo sé...

—¿Cómo se la quitaste?

—Me acerqué a hurtadillas y lo degollé mientras dormía. Pero juro que no sé su nombre.

Los tocados por una Confesora confesaban sin la menor vacilación cualquier cosa que hubieran hecho... cualquier cosa. Su única preocupación era su pavor a que no pudieran complacer a la mujer que los había tocado con su poder. El único propósito que quedaba en sus mentes era hacer lo que ella ordenara.

—¿Has asesinado a otras personas?

Samuel alzó de golpe la mirada con la repentina alegría de oír una pregunta que podía responder. Una sonrisa radiante apareció en su rostro.

—¡Oh, sí, ama! A muchos. Por favor, ¿puedo matar a alguien para vos? Cualquiera. Sólo nombradles. Sólo decidme a quién tengo que matar. Lo haré con toda la rapidez posible. Por favor, ama, decidme a quién y cumpliré vuestra orden y los eliminaré para vos.

—¿A quién pertenece la espada ahora?

Él calló un momento.

—Pertenece a Richard Rahl.

A Kahlan no la sorprendió.

—¿Cómo es que Richard me conoce?

—Es vuestro esposo.

Kahlan se quedó petrificada por el impacto de lo que creía que acababa de oír. Pestañeó, sus pensamientos se desperdigaron de improviso en todas direcciones a la vez.

—¿Qué?

—Richard Rahl es vuestro esposo.

Se quedó mirándolo durante un largo rato, incapaz de reconciliarlo todo en su mente. Por una parte era una impresión apabullante pero, al mismo tiempo, tenía sentido de un modo que no era capaz de desentrañar.

Kahlan permaneció allí de pie, sin habla.

Descubrir que estaba casada con Richard Rahl era una revelación aterradora, pero por otra parte... le henchía el corazón de profundo júbilo. Pensó en sus ojos grises, pensó en el modo en que la miraba, y las implicaciones aterradoras de todo ello parecieron evaporarse. Era como si todos los sueños que no se había atrevido a soñar acabaran de hacerse realidad.

Sintió que una lágrima le rodaba por la mejilla. Con los dedos la secó, pero fue seguida rápidamente por otra. Casi soltó una carcajada jubilosa.

—¿Mi esposo?

Samuel asintió con vehemencia.

—Sí, ama. Vos sois la Madre Confesora. Él es lord Rahl. Está casado con vos. Es vuestro esposo.

Sintiéndose temblar, Kahlan intentó pensar, pero su mente no le respondía, como si tuviera demasiados pensamientos a la vez, mezclándose unos con otros en un enmarañado revoltijo.

Recordó de improviso a Richard yaciendo en el suelo en el campamento de la Orden, gritándole que huyera.

En el mejor de los casos Richard sería un cautivo de la Orden, pero lo más probable era que estuviera muerto.

Ella acababa de averiguar su conexión con él, y ahora lo había perdido.

Sintió que una nueva lágrima le corría por la mejilla, pero en esta ocasión no había alegría tras ella, sólo horror.

Finalmente, recuperó la serenidad y concentró su atención en el hombre de rodillas ante ella.

—¿Adónde me llevabas?

—A Tamarang A mi... a mi otra ama.

—¿Otra ama?

Él asintió a toda prisa.

—Seis.

Recordó que Jagang había hablado sobre ella. Kahlan frunció el entrecejo.

—¿La bruja?

A Samuel pareció aterrarse tener que responder a eso, pero lo hizo.

—Sí, ama. Se me dijo que os llevara y os entregara a ella.

Kahlan señaló el lugar donde había estado durmiendo.

—¿Te dije que hicieras eso?

De más mala gana aún, Samuel se lamió los labios. Confesar un asesinato era una cosa, pero aquello era distinto.

—Pregunté si podía haceros mía —lloriqueó—. Dijo que si quería tomaros podía hacerlo, como mi recompensa por mi servicio, pero debía llevarlos hasta ella con vida.

—¿Y qué iba a hacer ella conmigo?

—Creo que os quería como rehén para negociar.

—¿Con quién?

—El emperador Jagang.

—Pero yo ya estaba con Jagang,

—Jagang se muere por teneros. Ella sabe lo valiosa que sois para él. Ella quería hacerse con vos y luego entregaros otra vez a Jagang a cambio de favores para sí misma.

—¿A qué distancia estamos de Tamarang, de la bruja?

—No muy lejos. —Samuel señaló al sudoeste—. Si no nos demoramos, podemos llegar allí a últimas horas de mañana, ama.

Kahlan se sintió de improviso muy vulnerable al estar tan cerca de una mujer tan poderosa como aquélla. Tenía que abandonar la zona o podría ser localizada sin que hiciera falta que Samuel tuviera que arrastrarla hasta Seis.

—Y puesto que tenías que entregarme mañana, sabías que tu tiempo conmigo se agotaba. Ibas a violarme.

No era una pregunta, sino una aseveración.

Samuel se retorció las manos, mientras las lágrimas corrían por su rostro enrojecido.

—Sí, ama.

En el terrible silencio que siguió, su angustia aumentó todavía más mientras ella permanecía de pie contemplándolo. Kahlan sabía que una persona tocada ya no era quien había sido, que su mente ya no estaba completa. Una vez capturados, quedaban del todo consagrados a la Confesora.

Le pasó por la cabeza que algo muy parecido a eso le habían hecho a ella. Se preguntó si su memoria estaba tan perdida para ella como ahora el pasado de Samuel para él. Era una idea espantosa.

—Por favor, ama... ¿me perdonáis?

En el prolongado silencio que siguió él no pudo soportar su culpa y empezó a llorar histéricamente, incapaz de soportar la condena en los ojos de Kahlan.

—Por favor, ama, hallad misericordia para mí en vuestro corazón.

—La misericordia es el último refugio de los culpables. La justicia es el domino de los justos.

—Entonces por favor, ama, por favor... ¿me perdonáis?

Kahlan clavó la mirada en sus ojos para asegurarse de que no malinterpretaría sus palabras.

—No. Eso sería una corrupción del concepto de justicia. No te perdonaré, ni ahora ni nunca... no por odio sino porque eres culpable de muchos crímenes.

—Lo sé, pero podríais perdonarme mis crímenes contra vos. Por favor, ama, perdonadme por lo que os he hecho, y por lo que tenía intención de haceros...

—No.

La realidad del carácter irrevocable de su determinación se plasmó en los ojos del hombre. Samuel lanzó una exclamación ahogada de horror al comprender que sus acciones, las elecciones que había efectuado, eran irredimibles. No sentía nada por sus otros crímenes, pero sentía todo el peso de la responsabilidad por los crímenes cometidos contra ella.

Se vio a sí mismo, probablemente por primera vez en la vida, como lo que era en realidad... el modo en que ella lo veía.

Samuel volvió a lanzar un grito ahogado a la vez que apretaba las manos contra el pecho, y luego se desplomó de costado, muerto.

Sin demora, Kahlan empezó a recoger sus cosas. Con la bruja tan cerca tenía que irse de allí tan rápido como fuera posible. No sabía adónde iría, pero sabía a dónde no podía ir.

Reparó de improviso en que debería haber pensado más sobre ello y hecho a Samuel muchas más preguntas. Había permitido que todas aquellas respuestas se le escaparan entre los dedos.

La noticia de que Richard era su esposo había revuelto hasta tal punto sus ideas que no había contemplado la posibilidad de hacerle más preguntas a Samuel. De improviso se sintió como una gran estúpida por dejar pasar una oportunidad tan valiosa.

Pero lo hecho, hecho estaba. Tenía que concentrarse en qué hacer ahora. Bajo la débil luz del amanecer, corrió a ensillar el caballo.

Encontró al animal en el suelo, muerto. Le habían cortado el cuello. Samuel, sin duda temiendo que ella pudiera utilizar el caballo para escapar antes de que él pudiera hacerla suya, había degollado al pobre animal.

Sin perder un instante enrolló todo lo que pudo cargar en su manta. Se echó las alforjas al hombro y recogió la *Espada de la Verdad*. Espada en mano, Kahlan inició la marcha, en dirección opuesta a Tamarang.

## 30

Sintiendo una soledad aplastante, Kahlan caminó con pasos lentos y pesados en dirección nordeste. Empezó a preguntarse por qué se molestaba en hacerlo. ¿De qué servía pelear por su vida si no habría un futuro? ¿Qué podía haber en un mundo dominado por las creencias fanáticas de la Orden Imperial? Ellos no querían conseguir nada, todo lo que querían era asesinar a cualquiera que lo hiciera, como si al destruir los logros de los demás pudieran revocar la realidad y vivir una vida que mereciera tal nombre.

Todos aquellos que definían su existencia mediante aquel odio virulento hacia otros le estaban arrebantando la alegría a la vida, y al hacerlo asfixiaban la vida misma y la hacían desaparecer. Sería fácil limitarse a darse por vencida. A nadie le importaría. Nadie lo sabría.

Pero a ella le importaría. Ella lo sabría. Aquella era la única vida que tendría jamás, y al final, esa vida preciosa era todo lo que tenía. Todo lo que tenía cualquiera.

Había dependido de Samuel decidir cómo viviría su vida, y él había efectuado sus elecciones. No era menos cierto para ella. Tenía que sacar el mayor partido de lo que tenía en la vida, aun cuando sus elecciones fueran limitadas, y aun cuando esa vida misma fuera a ser segada.

Había caminado menos de una hora cuando empezó a oír el distante golpeteo de unos cascos al galope. Se detuvo al ver que unos caballos surgían de una hilera de árboles situada algo más allá. Iban directos hacia ella.

Paseó la mirada por las tierras bajas que cruzaba. A la luz sombría de aquel cielo plomizo pudo ver que los árboles que cubrían las estribaciones a cada lado estaban demasiado lejos para que alcanzara su protección a tiempo. Los pastos, secos desde hacía tiempo con la llegada del invierno, habían quedado aplastados por los vientos. El terreno no proporcionaba ningún lugar donde pudiera ocultarse.

Además, daba la impresión de que podrían haberla descubierto. Aun cuando no fuera así, a la velocidad con que se aproximaban, los caballos no tardarían en alcanzarla, y ella no tenía ninguna esperanza de que no la vieran.

Arrojó las alforjas al suelo. La suave brisa alzó sus cabellos hacia atrás, fuera de los hombros, mientras sujetaba la espada en la mano izquierda. Su única elección era plantar cara y pelear.

Cayó en la cuenta, entonces, de que era invisible casi para la mayoría de la gente, y estuvo a punto de lanzar una sonora carcajada de alivio. Ésta era una de aquellas raras ocasiones en que daba gracias por ser invisible. Permaneció donde estaba, en silencio, esperando que los jinetes no la viesen y que se limitaran a pasar por su lado y desaparecer.

Pero muy en el fondo de su cabeza recordaba que Samuel había dicho que Jagang enviaría hombres tras ellos. Jagang tenía hombres que podían verla. Si eran éstos los que cabalgaban hacia ella, iba a tener que pelear.

No desenvainó la espada por si los jinetes, en el caso improbable de que pudieran verla, no fueran hostiles. No quería iniciar un combate a menos que no tuviera elección. Sabía que podía sacar el acero en un instante si era necesario. También tenía dos cuchillos, pero sabía que podía manejar una espada. No sabía dónde había aprendido, pero sabía que era buena con una espada.

Recordaba haber visto a Richard pelear con una espada. Le vino a la cabeza que en aquel momento le recordó el modo en que ella peleaba con un acero, y se preguntó si habría sido Richard —su esposo— quien le había enseñado a usar la espada.

Reparó entonces en que si bien eran tres los caballos, únicamente uno llevaba un jinete. Eso era una buena noticia. Igualaba las probabilidades.

Cuando los galopantes caballos llegaron hasta ella, la dejó atónita reconocer al jinete.

—¡Richard!

Él saltó del caballo antes de que éste se detuviera en seco. El animal resopló, sacudiendo la cabeza. Los tres caballos estaban empapados de sudor.

—¿Estás bien? —preguntó él mientras corría hacia ella.

—Sí.

—Usaste tu poder.

Ella asintió, incapaz de apartar la mirada de sus ojos grises.

—¿Cómo lo sabes?

—Me pareció sentirlo. —Parecía aturdido por la excitación—. No te puedes imaginar cuánto me alegro de verte.

Mientras lo miraba con fijeza, Kahlan deseó poder recordar el pasado de ambos, recordar todo lo que significaban el uno para el otro.

—Temía que estuvieses muerto. No quería abandonarte allí. Tenía tanto miedo de que estuvieras muerto...

Él estaba allí de pie, contemplándola, dando la impresión de ser incapaz de hablar. Parecía hallarse en la misma situación que ella, como si tuviera un millar de cosas que decirle, todas queriendo ser la primera en salir.

Kahlan recordó el modo en que había peleado cuando había iniciado la guerra que Nicci había dicho que iniciaría. Recordó el modo en que se había movido con tanta fluidez entre los otros jugadores de Ja'La, y luego entre aquellos brutos que se abrían camino a machetazos con sus espadas y hachas, intentando desesperadamente matarle.

Recordó el modo en que la espada había parecido ser una parte de él, casi una extensión de su cuerpo, una extensión de su mente. Había estado embelesada aquel día mientras le contemplaba abrirse paso peleando en dirección a ella. Había sido como contemplar una danza con la muerte, y la muerte no había sido capaz de tocarlo.

Alargó la espada.

—Cada arma necesita un amo.

La cálida sonrisa de Richard brilló como la luz del sol en un día frío y nublado, y le reconfortó el corazón. Él la contempló un instante, aún incapaz de desviar la mirada, luego tomó con delicadeza el arma de sus manos.

Pasó la cabeza por debajo del tahalí, colocándolo sobre el hombro derecho, de modo que la espada descansara sobre la cadera izquierda. La espada parecía por completo acorde con él, a diferencia de lo que había parecido en manos de Samuel.

—Samuel está muerto.

—Cuando percibí que usabas tu poder ya lo pensé. —Posó la palma izquierda sobre la empuñadura de la espada—. Demos gracias de que no te lastimara.

—Lo intentó. Por eso está muerto.

Richard asintió.

—Kahlan, no puedo explicarlo todo ahora, pero están sucediendo muchas cosas que...

—Te perdiste toda la emoción.

—¿Emoción?

—Sí. Samuel confesó. Me contó que estamos casados.

Richard se quedó rígido como un palo. Una expresión parecida al terror cruzó por su rostro.

Ella pensó que a lo mejor la tomaría en brazos y le diría lo feliz que estaba por haberla recuperado, pero él se limitó a permanecer allí parado, dando la impresión de que temía respirar.

—Entonces, ¿estábamos enamorados? —preguntó ella, intentando darle un empujoncito.

El rostro de Richard perdió algo de color.

—Kahlan, ahora no es el momento de hablar sobre eso. Tenemos más problemas de los que puedes imaginar. No tengo tiempo para explicarlo pero...

—Así pues, ¿estás diciendo que no estábamos enamorados?

No había esperado esto. Ni lo había considerado siquiera. De improviso fue ella quien tuvo problemas para hablar.

No podía comprender por qué él se limitaba a permanecer allí parado, por qué no decía nada. Supuso que no había nada que pudiera decir.

—Entonces, ¿fue sólo una especie de arreglo? —Engulló el nudo que sentía en la garganta—. ¿La Madre Confesora casándose con lord Rahl por el bien de sus respectivos pueblos? Una alianza de conveniencia. ¿Algo así?

Richard parecía más aterrado de lo que había estado Samuel cuando ella lo había interrogado. Se mordió el labio inferior como si intentara pensar cómo responder.

—No pasa nada —dijo Kahlan—. No herirás mis sentimientos. No recuerdo nada. Así pues, ¿eso es lo que fue, entonces? ¿Sólo un matrimonio de conveniencia?

—Kahlan...

—Entonces, ¿no estamos enamorados? Por favor, respóndeme, Richard.

—Mira, Kahlan, es más complicado que eso. Tengo responsabilidades.

Eso era lo que Nicci había dicho cuando Kahlan le había preguntado si amaba a Richard. Era más complicado que eso. Ella tenía responsabilidades.

Kahlan se preguntó cómo podía haber estado tan ciega. Era a Nicci a quien él amaba.

—Tienes que confiar en mí —dijo él mientras ella lo miraba fijamente—. Hay cosas muy importantes en juego.

Ella asintió, conteniendo las lágrimas y adoptando un rostro inexpresivo para ocultarse tras aquella máscara. No quería poner a prueba su voz justo en aquel momento.

No sabía por qué había permitido que su corazón fuera por delante de su cabeza. No sabía si las piernas iban a sostenerla.

Richard se sujetó la frente entre el índice y el pulgar, bajando la mirada al suelo.

—Kahlan... escúchame. Te lo explicaré todo... todo... lo prometo, pero no puedo hacerlo justo ahora. Por favor, tú sólo confía en mí.

Ella quiso preguntar por qué debería confiar en un hombre que se casó con ella sin amarla, pero en ese momento no estaba segura de ser capaz de conseguir hacer uso de su voz.

—Por favor —repitió él—, prometo que te lo explicaré todo cuando pueda, pero ahora tenemos que llegar a Tamarang

Ella carraspeó, haciendo acopio de coraje para poder hablar.

—No podemos ir allí. Samuel dijo que Seis estaba allí.

Él asintió.

—Lo sé. Pero tengo que ir allí.

—Yo no.

Él hizo una pausa, mirándola.

—No quiero que te suceda nada malo —dijo por fin—. Por favor, es necesario que vengas conmigo. Te lo explicaré más tarde. Lo prometo.

—¿Por qué más tarde?

—Porque estaremos muertos si no nos damos prisa. Jagang va a abrir las Cajas del Destino. Tengo que detenerle.

Ella no aceptó esa excusa. De haber querido él, le habría respondido.

—Iré contigo si respondes una pregunta. ¿Me amabas cuando te casaste conmigo?

Los ojos grises de Richard estudiaron su rostro un momento antes de que finalmente respondiera en voz baja:

—Eras la persona perfecta para casarme.

Kahlan se tragó el dolor, el grito que quería escapar. Le dio la espalda, no queriendo que viera sus lágrimas, y empezó a andar en dirección al lugar al que Samuel la había estado conduciendo.

Fue bastante después de anochecer cuando se vieron finalmente obligados a parar. Richard habría seguido adelante pero el terreno, densamente arbolado, rocoso y cada vez más irregular, era demasiado traicionero para sortearlo en la oscuridad. La estrecha media luna no proporcionaba luz suficiente para iluminar. Incluso la luz que habrían proporcionado las estrellas quedaba oculta por las gruesas nubes. La oscuridad era tan completa que era de todo punto imposible seguir adelante.

Kahlan estaba cansada, pero cuando Richard encendió un fuego pudo ver que él estaba en un estado mucho peor. Se preguntó si habría dormido en los últimos días. Después de que el fuego estuviera en marcha, él colocó unos sedales en un río cercano y luego empezó a reunir suficiente leña para que les durara toda la fría noche. Pegados a una elevación rocosa tenían al menos cierta protección del cortante viento.

Kahlan hizo todo lo que pudo por atender a los caballos, llevándoles agua en un balde de lona que Richard llevaba en su montura. Una vez que hubo terminado de recoger leña, Richard descubrió que tenían algunas truchas en los sedales. Mientras le observaba limpiar los peces, arrojando las entrañas al fuego para que no atrajeran animales, Kahlan decidió no hacer más preguntas sobre ellos dos. No podía soportar el dolor de las respuestas. Además, él ya le había dicho lo que había preguntado: ella sólo era la persona perfecta para casarse.

Se preguntó si la habría conocido siquiera antes de desposarla. Comprendió que debía de haberle partido el corazón a Nicci ver que el hombre que amaba se casaba con otra por motivos prácticos y nada románticos.

Kahlan obligó a su mente a abandonar todos aquellos pensamientos.

—¿Por qué vamos a Tamarang? —preguntó.

Richard alzó la mirada del pescado.

—Bueno, hace mucho tiempo, allá por la época de la gran guerra, hace tres mil años, las personas de aquellos tiempos libraron la misma guerra que libramos ahora, una guerra para defendemos de aquéllos que querían eliminar la magia y todas las otras formas de libertad.

»Las personas que se defendían de tal agresión cogieron muchos objetos mágicos sumamente valiosos... objetos que habían creado a lo largo de muchos siglos... y los colocaron en un lugar llamado el Templo de los Vientos. Luego, para protegerlo todo del enemigo, enviaron el templo al inframundo.

—¿Lo enviaron al mundo de los muertos?

Richard asintió mientras preparaba unas cuantas hojas grandes.

—Durante la guerra, magos de ambos bandos conjuraron armas terribles; hechizos construidos y cosas así. Pero algunas de esas armas estaban creadas a partir de personas. Así es como aparecieron los Caminantes de los Sueños. Los crearon de personas capturadas en Caska, de los antepasados de Jillian.

—¿Y fue entonces cuando crearon el acontecimiento Cadena de Fuego? —preguntó ella—. Durante esa gran guerra...

—Así es —repuso él a la vez que extendía una capa de barro sobre las hojas—. Otros magos trabajaban constantemente para contrarrestar las cosas que habían sido creadas a partir de la magia. Las Cajas del Destino, por ejemplo, fueron creadas durante esa gran guerra para poder anular el hechizo Cadena de Fuego.

—Recuerdo a las Hermanas hablando a Jagang sobre eso.

—Bueno, todo el asunto es bastante complicado pero, en esencia, un traidor llamado Lothain fue al Templo de los Vientos, en el inframundo. En secreto, hizo cosas para que un día ayudaran a la Orden cuando ésta renaciera.

—¿Pensaban que la guerra volvería a estallar?

—Siempre ha habido, y siempre habrá, aquellos a los que mueve el odio y quieren culpar de su miseria a los que son felices, creativos y productivos.

—¿Qué clase de cosas hizo ese Lothain?

Richard alzó los ojos.

—Entre otras, se aseguró de que, un día, un Caminante de los Sueños volviera a nacer en el mundo de la vida. Jagang es ese Caminante de los Sueños.

Richard terminó de envolver los peces en las hojas y el barro y colocó los paquetitos en los resplandecientes carbones del borde de la hoguera.

—Tras eso, los de nuestro bando enviaron al Primer Mago al Templo de los Vientos. Su nombre era Baraccus. Era un mago guerrero. Él se aseguró de que otro mago guerrero nacería para detener a las fuerzas que intentasen llevar a la humanidad a una era oscura.

Kahlan dobló las rodillas hacia arriba y se arrebujó bien en la manta para mantenerse caliente mientras escuchaba el relato.

—¿Quieres decir que no ha habido ningún mago guerrero desde esa época?

Richard negó con la cabeza.

—Soy el primero en casi tres mil años. Baraccus hizo algo en el templo para asegurar que otro mago guerrero nacería un día para proseguir la lucha. Yo soy el que nació debido a lo que él hizo en aquella época.

«Comprendiendo que tal persona no sabría nada sobre su habilidad, Baraccus regresó y escribió un libro llamado *Secretos del poder de un mago guerrero*. Hizo que su esposa, Magda Searus, a quien amaba muchísimo, se llevara el libro y lo escondiera para mí. Tuvo buen cuidado de asegurarse de que nadie, excepto yo, pudiera conseguir el libro.

«Mientras Magda Searus llevaba a cabo su viaje para ocultar *Secretos del poder de un mago guerrero*, Baraccus se suicidó.

Kahlan se quedó atónita al oír aquello.

—Pero ¿por qué tendría que hacer una cosa así? Si amaba a Magda Searus, ¿por qué hizo eso y la dejó sola?

Richard miró en su dirección bajo la parpadeante luz.

—Creo que había visto tanto dolor y sufrimiento en la guerra, así como traiciones, por no mencionar la experiencia de viajar a través del inframundo, que ya no podía soportarlo más. —Sus ojos adoptaron una expresión angustiada—. Yo he atravesado el velo. Puedo comprender lo que hizo.

Kahlan apoyó la barbilla sobre las rodillas.

—Tras pasar tiempo en el campamento de la Orden, imagino que sé lo descorazonada que una persona puede acabar. —Miró en dirección a él—. Así pues, ¿necesitas ese libro para detener a la Orden Imperial?

—Lo necesito. Lo encontré, pero tuve que esconderlo otra vez cuando me llevaron al campamento de la Orden.

Para rescatarla a ella.

—No me lo digas, el libro está en Tamarang

Él sonrió.

—¿Por qué otro motivo estaríamos yendo allí?

Kahlan suspiró. Ahora podía comprender por qué era tan importante. Clavó los ojos en las llamas, pensando en Baracoas.

—¿Sabes qué le sucedió a Magda Searus?

Richard utilizó una ramita para arrastrar un pescado envuelto fuera del fuego. Abrió la envoltura y lo examinó con su cuchillo. Cuando vio que la piel saltaba y la carne estaba hecha, lo colocó junto a ella.

—Ten cuidado, está caliente. —Arrastró fuera el otro paquete—. Bueno, Magda Searus quedó desconsolada. Después de la guerra necesitaban sacarle la verdad a Lothain, el traidor que los había traicionado. Un mago de la época, Merritt, ideó un modo.

Clavó los ojos en las llamas un momento antes de proseguir.

—Creó una Confesora para obtener la verdad.

Kahlan dejó de mordisquear el pescado.

—¿De verdad? ¿Es de ahí de dónde surgieron las Confesoras? —Cuando él asintió, preguntó—: ¿Sabes quién fue?

—Magda Searus. Estaba tan desconsolada por la muerte de su esposo que se ofreció voluntaria para el experimento. Era sumamente peligroso, pero funcionó. Las Confesoras fueron creadas. Ella fue la primera. Con el tiempo se enamoró de Merritt y contrajeron matrimonio.

Ser una Confesora era la única parte de su pasado con el que Kahlan se sentía conectada. Ahora sabía de dónde habían salido las Confesoras. Provenían de una mujer que había perdido al hombre que amaba.

Richard levantó un leño e hizo intención de arrojarlo al fuego, pero en su lugar interrumpió el movimiento y lo sostuvo en la mano, dándole vueltas, mientras lo miraba con atención. Por fin lo dejó a un lado y arrojó un trozo de leña distinto al fuego.

—Sería mejor que durmieras un poco —dijo cuando hubieron terminado de comer—. Quiero salir de aquí tan pronto como haya luz suficiente para ver.

Kahlan podía advertir que él estaba más agotado que ella, pero también que algo lo preocupaba profundamente, de modo que no discutió. Se envolvió en la manta lo bastante cerca del fuego como para permanecer caliente.

Cuando dirigió una mirada hacia Richard, vio que seguía sentado ante el fuego, con la vista fija en el leño que había dejado a un lado antes. Ella había pensado que estaría más interesado en contemplar su espada ahora que por fin la había recuperado.

Kahlan despertó con suavidad. Fue una sensación agradable no despertar del modo en que lo había hecho el día anterior, con Samuel casi encima de ella. Se frotó los ojos y vio que Richard seguía sentado ante el fuego. Tenía un aspecto terrible. Kahlan no podía ni imaginar siquiera lo que debía de estar pasando por su cabeza, con las responsabilidades que recaían sobre sus hombros, con todas las personas que dependían de él.

—Tengo algo que me gustaría darte —dijo él con una voz queda que le resultó de lo más relajante mientras despertaba.

Kahlan se sentó en el suelo, desperezándose durante un momento. Vio que había apenas un indicio de luz en el cielo. Tendrían que iniciar la marcha pronto.

—¿Qué es? —preguntó mientras doblaba la manta y la depositaba a un lado.

—No tienes que cogerlo, pero significaría mucho para mí si lo hicieras.

Él apartó por fin la mirada de las llamas y la posó en sus ojos.

—Sé que no sabes lo que está pasando, ni siquiera quién eres, y mucho menos qué estás haciendo aquí conmigo. Ojalá pudiera explicártelo todo. Has pasado por una auténtica pesadilla y mereces saberlo todo, pero lo que sucede es que no puedo contártelo ahora. Te pido que confíes en mí.

Ella desvió la mirada de sus ojos. No podía soportar mirar al interior de aquellos ojos.

—Entretanto, me gustaría que tuvieras algo.

Kahlan tragó saliva.

—¿Qué es?

Richard alargó el brazo al otro lado del cuerpo y sacó algo. Se lo ofreció a la débil luz de las llamas.

Era la estatua que ella tenía antes, la estatua que había dejado en el Jardín de la Vida cuando había cogido las cajas para las Hermanas.

Era una talla de una mujer con la espalda arqueada, la cabeza echada hacia atrás y las manos cerradas con fuerza a los costados. Era la personificación del espíritu de desafío contra las fuerzas que querían sojuzgarla. Era una talla que reflejaba nobleza y fortaleza.

Era la estatua que había tenido. Había sido la cosa más valiosa que poseía, y había tenido que dejarla atrás. Ésta no era la misma, pero lo era. Recordaba cada curva y línea de aquélla. Era igual, pero un poco más pequeña.

Vio entonces las virutas de madera por todo el suelo. Él había pasado la noche tallándola para ella.

—Se llama *Espíritu* —dijo él con una voz quebrada por la emoción—. ¿Me la aceptas?

Kahlan la alzó de sus manos con veneración y la apretó contra su corazón a la vez que se echaba a llorar.

## 31

Antes de que iniciemos una guerra —dijo Richard casi en un susurro— necesito entrar en el lugar donde oculté el libro. Tengo que recuperarlo primero, por si acaso algo sale mal.

Kahlan soltó una bocanada de aire mientras evaluaba la expresión decidida de sus ojos.

—De acuerdo, pero no me gusta. La verdad es que da la sensación de ser una trampa. Una vez que entremos ahí existe la posibilidad de que nos atrapen. Puede que tengamos que combatir para salir.

—Si tenemos que hacerlo, lo haremos.

Kahlan recordó el modo en que Richard peleaba con una espada... o con un broc, bien mirado. Pero esto era distinto.

—¿Y si nos pillan ahí dentro crees que esa espada tuya va a servir de algo contra una bruja?

Él apartó los ojos de ella para volver a comprobar el pasillo.

—El mundo está a punto de finalizar para muchas personas buenas que aman la vida y tan sólo quieren vivirla. Eso nos incluye a ti, y a mí. No tengo ninguna elección. Tengo que conseguir ese libro.

Se inclinó fuera para comprobar la otra dirección por la que discurría el pasillo mal iluminado. Kahlan pudo oír el eco cada vez más cercano de las botas de unos soldados que patrullaban. Hasta el momento habían conseguido esquivar a varios de ellos. Richard era muy bueno moviéndose por pasajes oscuros y ocultándose.

Volvieron a apretarse en el interior de la somera sombra de la entrada, intentando volverse tan planos como fuera posible. Los cuatro hombres, charlando sobre las mujeres de la ciudad, doblaron una esquina próxima y pasaron ante ellos con toda tranquilidad, demasiado ansiosos por alardear de sus conquistas para reparar en Richard y Kahlan, escondidos en la oscura entrada. Kahlan, conteniendo la respiración, apenas podía creer que no los hubieran visto. Su mano no soltó el mango del cuchillo. En cuanto los guardias doblaron la esquina del otro extremo Richard le agarró la mano y tiró de ella tras él, al interior del pasillo.

Tras recorrer otro corredor oscuro se detuvo ante una gruesa puerta cerrada con un cerrojo.

Richard, con la espada ya en la mano, deslizó la hoja a través de la barra. Ejerció presión. Con un ahogado chasquido metálico el cerrojo se rompió. Pedazos de metal rebotaron por el suelo de piedra. Kahlan se estremeció ante el sonido, segura de que atraería corriendo a los guardias. No oyeron nada.

Richard se deslizó a través de la entrada.

—¡Zedd! —le oyó decir en un sonoro susurro.

Kahlan asomó la cabeza al interior de la habitación. Había tres personas dentro de la pequeña celda de piedra: un anciano de blancos cabellos alborotados, un hombretón rubio y una mujer con la rubia cabellera recogida en la solitaria trenza de una mord-sith.

—¡Richard! —gritó el anciano—. ¡Queridos espíritus... estás vivo!

Richard cruzó un dedo sobre los labios a la vez que tiraba de Kahlan para hacerla pasar al interior. Cerró la puerta sin hacer ruido. Las tres personas tenían un aspecto cansado y desaliñado. Parecía haber sido un encierro muy duro.

—Mantén la voz baja —susurró Richard—. Hay vigilantes por todo este lugar.

—¿Cómo demonios supiste que estábamos aquí dentro? —preguntó el anciano.

—No lo sabía —respondió él.

—Bueno, puedo decirte, muchacho, que tenemos muchas cosas que...

—Zedd, calla y escúchame.

La boca del anciano se cerró de golpe. Luego señaló con la mano.

—¿Cómo recuperaste tu espada?

—Kahlan me la devolvió.

Las tupidas cejas de Zedd se arrugaron.

—¿La viste?

Richard asintió. Alargó la espada.

—Rodea la empuñadura con la mano.

Zedd frunció aún más el entrecejo.

—¿Por qué? Richard hay muchísimas cosas más importantes...

—¡Hazlo! —gruñó Richard.

Zedd pestañeó ante la orden. Se irguió e hizo lo que Richard le había dicho que hiciera.

La mirada del anciano salió disparada hacia Kahlan. Una luz pareció acudir a sus ojos color avellana a medida que se abrían de par en par.

—Queridos espíritus... Kahlan.

Mientras Zedd permanecía petrificado por la impresión, Richard tendió la espada a la mujer. Ésta tocó la empuñadura. El reconocimiento apareció en sus ojos mientras contemplaba con fijeza a Kahlan, que daba la impresión de que acababa de aparecer mágicamente ante ella. El hombre fornido, cuando tocó la empuñadura, no pareció menos atónito.

—Te conozco —dijo Zedd a Kahlan—. Puedo verte.

—¿Me recuerdas? —preguntó ella.

Zedd negó con la cabeza.

—No. La espada debe de interrumpir la naturaleza progresiva del acontecimiento Cadena de Fuego. No puede restablecer mi memoria perdida... eso ha desaparecido... pero detiene el efecto progresivo. Puedo verte. Reconozco quién eres. No te recuerdo, pero te conozco. Es como ver un rostro que conoces pero no ser capaz de ubicarlo.

—Lo mismo me sucede a mí —dijo el hombretón.

La mujer asintió.

Zedd agarró la manga de Richard.

—Tenemos que salir de aquí. Seis regresará. No debemos arriesgarnos a tener que lidiar con ella. Es de armas tomar.

Richard clavó la mirada en el otro extremo de la habitación.

—Tengo que coger algo primero.

—¿El libro? —preguntó Zedd.

Richard se paró y giró.

—¿Lo viste?

—Ya lo creo que lo hice. ¿Dónde demonios encontraste una cosa así?

Richard se encaramó a la silla y bajó una mochila llena hasta reventar de detrás de una viga.

—El Primer Mago Baracoas...

—¿De la gran guerra? ¿Ese Baraccus?

—Así es. —Richard saltó de la silla—. Escribió el libro y luego hizo que lo escondieran para que yo lo encontrara. Es el responsable de que yo naciera con ambos lados del don, quiso ayudarme con mis habilidades. Hizo que su esposa, Magda Searus, lo escondiera después de que él regresara del Templo de los Vientos. Es una larga historia, pero el libro lleva esperándome tres mil años.

Zedd parecía atónito. Se agruparon alrededor de la mesa mientras

Richard rebuscaba en la mochila hasta que encontró el libro y lo sacó. Sostuvo el libro en alto para que Zedd lo viera.

—El problema fue que en ese momento yo estaba separado de mi don, de modo que no pude leerlo. Sólo parecían páginas en blanco. No sé lo que Baracoas quería contarme sobre mi habilidad.

Zedd compartió una mirada con los otros dos cautivos.

—Richard, necesito hablar contigo sobre lo que Baraccus te dejó.

—Sí, en un momento.

Una expresión enfurruñada apareció en el rostro de Richard a medida que hojeaba el libro.

—Sigue estando en blanco. —Alzó los ojos con el semblante desconcertado—. Zedd, sigue en blanco. El bloqueo sobre mi don fue roto. Sé que lo fue. ¿Por qué lo sigo viendo en blanco?

Zedd posó una mano sobre el hombro de Richard.

—Porque está en blanco.

—Para mí. Pero tú puedes leerlo. —Sostuvo el libro abierto ante el anciano—. ¿Qué pone?

—Está en blanco —repitió Zedd—. No hay nada escrito en el libro... sólo el título de la tapa.

Richard contempló al anciano con perplejidad.

—¿Qué quieres decir con que está en blanco? Se supone que es *Secretos del poder de un mago guerrero*.

—Lo es —dijo Zedd en tono solemne.

Richard parecía desconsolado, enojado y perplejo, todo a la vez.

—No lo entiendo.

—El mago Baraccus te dejó una regla de mago.

—¿Qué regla de mago?

—La regla de todas las reglas. La regla no escrita. La regla no pronunciada desde los albores de la historia.

Richard se pasó los dedos hacia atrás por los cabellos.

—No tenemos tiempo para acertijos. ¿Qué quería que yo supiera? ¿Cuál es la regla?

Zedd se encogió de hombros.

—No lo sé. Jamás ha sido pronunciada, y jamás ha sido escrita.

»Pero Baraccus quería que supieses que ése es el secreto para utilizar el poder de un mago guerrero. El único modo de expresarlo, de asegurarse de que captarías lo que intentaba contarte, era darte un libro no escrito que expresara la regla no escrita.

—¿Cómo se supone que tengo que utilizarla si no sé lo que es?

—Ésa es una pregunta para ti mismo, Richard. Si eres quien Baraccus pensaba que eras, sabrás cómo usar lo que te dejó. Es evidente que pensaba que era excepcionalmente importante y que valía todas las molestias que se tomó, de modo que yo diría que debe de ser lo que necesitas.

Richard inhaló con fuerza para calmarse. Kahlan sintió mucha pena por él. Parecía estar desesperado. Al borde de las lágrimas.

—Vaya, vaya, vaya —oyeron decir a su espalda.

Todos se giraron en redondo.

Una mujer delgada como un junco, vestida de negro, les dedicó una sonrisa maliciosa. Sus cabellos eran un enmarañado nido negro. La carne exangüe y los ojos descoloridos le daban un aspecto cadavérico.

—Seis... —dijo Zedd.

—Vaya por dónde, pero si es la Madre Confesora. Y el emperador estará muy complacido cuando le lleve a lord Rahl también, todo en un bonito paquete.

Kahlan vio que Zedd presionaba las manos contra la cabeza, en evidente sufrimiento. El anciano retrocedió tambaleante y cayó al suelo hecho un ovillo. La espada de Richard efectuó un tañido metálico al ser desen vainada. Arremetió contra la mujer con ella, pero fue detenido y empujado atrás por fuerzas que Kahlan no pudo ver. La espada rodó por el suelo con un tintineo.

La mujer alargó un delgado dedo hacia Kahlan.

—No es una buena idea, Madre Confesora. No es que me importe si te fríes el cerebro intentando convertir el mío en papilla, pero me eres mucho más valiosa viva.

Kahlan sintió un dolor que la obligaba a retroceder, tal y como le había sucedido a Richard. La debilitante agonía era algo parecido al dolor del collar, pero más aguda, penetraba más profundamente en los oídos. Le provocaba tal dolor en la parte posterior de la mandíbula que tuvo que abrir la boca. Los cinco se encogían ya hacia atrás, con las manos apretadas sobre las orejas debido al dolor.

—Esto va a hacer las cosas muchísimo más fáciles —dijo Seis con aire de autocomplacencia a la vez que se acercaba majestuosa a ellos, igual que la misma muerte.

—Seis —la llamó una voz severa desde la entrada.

La bruja se giró en redondo ante aquella voz, que era obvio que reconocía. El dolor desapareció de la cabeza de Kahlan. Vio que los demás también se recuperaban.

—¿Madre...? —dijo Seis, confundida y emocionada.

—Me has decepcionado, Seis —dijo la anciana a la vez que penetraba en la habitación—. Desilusionado enormemente.

Era delgada, como Seis, pero encorvada por la edad. La negra melena se desplegaba fuera del rostro de un modo muy parecido, pero estaba surcada de canas. También sus ojos eran de un azul descolorido.

Seis retrocedió un par de pasos.

—Pero yo, yo...

—¿Tú qué? —exigió la anciana en un venenoso tono de desagrado.

La recién llegada era una presencia autoritaria que no temía a nada, y mucho menos a Seis.

Seis dio un paso atrás, encogida de miedo.

—No comprendo...

Kahlan se quedó boquiabierta al ver que la tirante carne pálida del rostro y las manos de Seis empezaba a moverse, como si borboteara desde debajo.

Seis empezó a chillar de dolor, con las manos huesudas toqueteando la reptante carne de su rostro.

—Madre, ¿qué quieres?

—Es muy simple —dijo la anciana, acercándose aún más a la bruja mientras ésta retrocedía atemorizada—. Quiero que mueras.

Todo el cuerpo de Seis empezó a dar violentas sacudidas mientras su carne se retorcía, dando la impresión de que se separaba de los turbulentos músculos y tendones situados debajo. Parecía como si la mujer hirviera desde dentro.

La anciana agarró la piel repentinamente floja del cogote de Seis y mientras Seis empezaba a desplomarse le dio un potente tirón.

La piel, en su mayor parte de una pieza, abandonó el cuerpo de la bruja, quien se desmoronó, convertida en un ensangrentado revoltijo irreconocible, sobre el suelo de piedra. Podía decirse que era la visión más nauseabunda que Kahlan podía imaginar.

La anciana, sosteniendo los flácidos restos de la piel de Seis, les sonrió.

Todos quedaron paralizados por la impresión cuando la anciana pareció refulgar, y su aspecto empezó a oscilar y a titilar. Kahlan la contempló sorprendida. La mujer ya no era vieja, sino joven y hermosa, con una larga melena ondulada color castaño rojizo, y el jaspeado vestido gris que llevaba no ocultaba precisamente su sensual figura. Los picos de la etérea tela flotaban como a impulsos de una suave brisa.

—Shota... —dijo Richard, a la vez que una amplia sonrisa se le dibujaba en el rostro.

La mujer mostró a Richard una socarrona sonrisa coqueta mientras avanzaba y le posaba con ternura la otra mano en una mejilla. Kahlan sintió cómo se sofocaba.

—Shota, ¿qué haces aquí? —preguntó Richard.

—Salvarte el pellejo, evidentemente. —Su sonrisa se ensanchó aún más al echar una ojeada a los restos cubiertos con el vestido negro-. Me parece que a Seis le costó el suyo.

—Pero, pero no comprendo...

—Tampoco lo comprendió Seis —dijo Shota—. Esperaba que yo saliera corriendo con el rabo entre las piernas y me pasara la vida escondida, temblando de miedo por si ella me encontraba, de modo que jamás esperó una visita de su madre. Tal cosa no estaba entre sus por otra parte considerables talentos, o su limitada imaginación, puesto que no comprendía el valor de una madre y carecía de empatía con aquellos que si lo hacen. No podía imaginar el poder y el significado de tal vínculo, de modo que tal cosa la cegó.

Kahlan sintió cómo su rostro enrojecía aún más mientras contemplaba como Shota pasaba una uña larga y pintada por el pecho de la camisa de Richard.

—No me gusta cuando alguien coge aquello por lo que he trabajado —dijo Shota a Richard en un tono íntimo—. Ella no tenía ningún derecho a lo que es mío. Necesité mucho tiempo y esfuerzo para invertir todo lo que había hecho para hundir sus traicioneros tentáculos en mis dominios, pero lo hice.

—Creo que hubo más que eso, Shota. Creo que querías ayudarnos a todos.

Shota se apartó, efectuando un veloz ademán a modo de confirmación.

—Las cajas están en funcionamiento. Si las Hermanas de las Tinieblas las abren muchas personas que no han hecho ningún mal morirán. También yo seré arrojada al Custodio igual que un pedazo de carne.

Richard no pudo hacer más que asentir. Se inclinó y recogió su espada. La sujetó con la empuñadura hacia fuera.

—Toma.

—Mi querido muchacho, no necesito una espada.

Kahlan nunca había oído una voz tan hermosa y sedosa. Shota actuaba como si no hubiera nadie más que Richard en la habitación. Salvo cuando enviaba una breve mirada iracunda de advertencia a Zedd, sus ojos rasgados raras veces abandonaban al joven.

—Sólo ségueme la corriente y tócala.

Todo el rostro de la mujer se blandió con una sonrisa insinuante.

—Si tú lo dices.

Sus elegantes dedos se enroscaron alrededor de la empuñadura. Sus ojos giraron de improviso para ver a Kahlan de pie justo al lado de Richard.

—La espada interrumpe el efecto progresivo del hechizo Cadena de Fuego —explicó Richard—. No lo invierte, pero te permite ver lo que está ante ti.

La mirada de la mujer permaneció allí un momento antes de regresar a Richard.

—Sí que lo hace. —Su voz adquirió un tono serio—. Pero ahora, todos los que estamos en esta habitación estamos a punto de ser atrapados por el poder de las cajas y ser entregados para toda la eternidad al Custodio de los muertos. —Sus dedos tocaron la mejilla de Richard—. Como ya te dije antes, es necesario que impidas que eso suceda.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

Shota le dedicó una mirada de reproche.

—Ya hemos tenido esta discusión antes, Richard. Tú eres el jugador. Depende de ti poner las cajas en acción.

Richard suspiró profundamente

—Estamos muy lejos de las cajas. Jagang las tendrá en funcionamiento mucho antes de que podamos regresar.

Shota sonrió.

—Tengo un modo de que podáis regresar.

—¿Cómo?

Shota señaló hacia lo alto con un dedo.

—Podéis volar.

Richard ladeó la cabeza.

—¿Volar?

—El dragón que Seis embrujó y estaba utilizando está arriba, en la muralla.

—¡Un dragón! —exclamó Zedd—. ¿Esperas que Richard vuele en un dragón? ¿Qué clase de dragón?

—Un dragón enojado.

—¿Enojado? —preguntó Richard.

—Me temo que no soy muy buena haciéndome pasar por la madre de un dragón, pero lo he apaciguado. —Shota se encogió de hombros—. Un poco, por lo menos.

Richard les hizo esperar a todos en el pasillo mientras se ponía a toda prisa las ropas que tenía en la mochila. Cuando salió, a Kahlan le cortó la respiración lo que vio.

Sobre una camisa negra llevaba una túnica negra abierta a los lados, decorada con símbolos extraños que serpenteaban por un amplio ribete dorado. Un ancho cinturón de cuero de múltiples capas que lucía más de aquellos emblemas le aseguraba la espléndida túnica a la cintura. Llevaba el antiguo tahalí de cuero repujado que contenía la vaina forjada en plata y oro de la *Espada de la Verdad* cruzado sobre el hombro derecho. Cada una de sus muñecas estaba rodeada por una ancha banda de plata con un acolchado de cuero que mostraba aros entrelazados que circundaban más de aquellos extraños símbolos. Unas botas negras sobre los pantalones negros también lucían insignias con más diseños. Sobre los amplios hombros llevaba una capa que parecía hecha de hilo de oro.

Se correspondía con la idea que tenía Kahlan del aspecto que debía tener un mago guerrero. Tenía el aspecto de un rey de reyes. Tenía el aspecto de lord Rahl.

A Kahlan no le costó nada comprender por qué Nicci estaba enamorada de él. Era simplemente la mujer más afortunada del mundo. También era una mujer digna de aquel hombre.

—Démonos prisa —le dijo Richard a Shota

Shota, avanzando por el centro de los pasillos, con el vaporoso vestido gris ondulando tras ella, los condujo por desiertos corredores secundarios. De vez en cuando agitaba una mano en dirección a una puerta o un pasillo, como para mantener a distancia a cualquiera que pudiera molestarles. Nadie los interceptó.

Todos se pararon tras la bruja cuando ésta se detuvo por fin ante una gruesa puerta de roble. Les dedicó a todos una mirada como para preguntar si estaban preparados, luego abrió de par en par la gruesa puerta de roble. Cuando cruzaron la entrada para salir al encapotado día, la capa de Richard se onduló a su espalda. Fuera, en la muralla, se encontraron cara a cara con una bestia enorme de relucientes escamas rojas y un bosque de púas de puntas negras sobre el lomo.

Rugían llamas a través del bastión. Todos retrocedieron asustados.

—No es *Escarlata* —dijo Richard—, pensé que podría tratarse de *Escarlata*.

—¿Conoces a un dragón? —preguntó Kahlan.

—Sí, tú también, pero no a éste. Éste es más grande, y más malcarado.

El calor de las ondulantes llamas volvió a hacerles retroceder. Shota, indiferente, entonando una canción en voz baja, avanzó como si tal cosa. Las llamas cesaron. El dragón bajó la cabeza hacia ella, ladeándola, como si sintiera curiosidad. Mientras Shota susurraba cosas que Kahlan no pudo oír, el dragón resopló con aire de satisfacción.

Shota, pasando los dedos por debajo de la barbilla del dragón, se giró hacia ellos.

—Richard, ven a hablar con este apuesto mozo.

El dragón casi dio la impresión de ronronear ante sus palabras.

Richard avanzó con paso rápido.

—Tengo una amiga dragón —dijo, alzando el rostro hacia la bestia—. A lo mejor la conoces. Se llama *Escarlata*.

La enorme criatura echó la cabeza atrás y disparó una columna de fuego en dirección al cielo. Sacudió la cola cubierta de púas a lo largo del bastión, desprendiendo grandes bloques de piedra que cayeron por el borde.

La roja cabeza volvió a girar hacia abajo. Sus labios se tensaron hacia atrás en un gruñido y dejaron al descubierto unos colmillos de aspecto siniestro.

—*Escarlata* es mi madre —masculló el dragón.

Richard pareció agradablemente sorprendido.

—¿*Escarlata* es tu madre? ¿Eres *Gregory*?

El dragón se acercó aún más, olisqueando a Richard a la vez que torcía el gesto. La capa de Richard se onduló con cada soplo de aire.

—¿Quién eres tú, hombrecillo?

—Soy Richard Rahl. La última vez que te vi, eras un huevo. — Richard separó las manos—. Eras así de grande.

—Richard Rahl —*Gregory* sonrió, su hostilidad se había desvanecido—. Mi madre me ha hablado de ti.

Richard posó una mano sobre el morro de *Gregory*. Su voz adoptó un tierno tono de preocupación.

—¿Está ella bien? La magia está fallando. Me ha estado preocupando en qué modo podría perjudicarla.

*Gregory* soltó una bocanada de humo.

—Está muy enferma. Se debilita día a día. Y soy más fuerte y todavía soy capaz de volar. Le llevaba comida, pero la bruja me impidió hacerlo. No sé cómo ayudarla. Me preocupa perderla.

Richard asintió, entristecido.

—Es la contaminación provocada por el hecho de que los repiques estuvieran en este mundo. Esa contaminación está destruyendo toda magia.

*Gregory* movió afirmativamente la enorme cabeza.

—Los dragones rojos están condenados.

—Como lo estamos todos. A menos que pueda detener la contaminación.

*Gregory* ladeó su enorme cabeza para poder observar a Richard con uno de sus ojos amarillos.

—¿Puedes hacer eso?

—Es posible, pero no estoy seguro de cómo, aún. Sí sé que es necesario que llegue al Palacio del Pueblo si quiero intentarlo.

—¿El Palacio del Pueblo? ¿Dónde espera el ejército oscuro?

Richard asintió.

—Así es. Puede que yo sea el único capaz de detener esa contaminación. ¿Nos llevarás allí?

—Soy libre ahora. Un dragón libre no sirve a ningún hombre.

—No te pido que seas mi siervo, sólo que nos lleves a D'Hara para que pueda intentar salvarnos a todos los que quieran vivir libres, incluidos tú y tu madre.

La cabeza de *Gregory* se deslizó más cerca de Zedd, Tom y Rikka. Lo meditó brevemente. Se volvió otra vez hacia Richard.

—¿A todos vosotros?

—A todos nosotros —dijo Richard—. Necesito la ayuda de mis amigos, aquí presentes. Es nuestra única oportunidad de detener todas las cosas terribles que están a punto de suceder.

La cabeza de *Gregory* descendió más cerca hasta que su hocico dio un golpecito a Richard en el pecho y le hizo dar un paso atrás.

—Mi madre me contó la historia de cómo me salvaste cuando no era más que un huevo. Si hago esto, estaremos en paz.

—Estaremos en paz —aceptó Richard.

—Pongámonos en marcha, entonces —dijo *Gregory*.

Richard indicó al resto cómo subir y cómo agarrarse a la púas. Subió él primero, acomodándose a horcajadas sobre el lomo del dragón en la base del largo cuello, luego ayudó a Zedd, Tom y Rikka. Zedd no dejó de rezongar todo el tiempo. Richard le dijo que dejara de mascullar.

Kahlan fue la última. Richard se inclinó abajo, le cogió la mano y la subió. Mientras ella se colocaba bien sobre el lomo del dragón, vio que él sacaba una tela blanca del bolsillo y la contemplaba.

Kahlan, con los brazos alrededor de su cintura, le susurró al oído:

—Estoy asustada.

Él le sonrió por encima del hombro.

—Uno siente una sensación de mareo volando sobre dragones, pero no vomita. Sólo agárrate fuerte y cierra los ojos si quierés.

A ella le sorprendió lo agradable y natural que le resultaba estar cerca de él. Y que él parecía revivir cuando la tenía cerca.

—¿Qué es eso que tienes? —preguntó, ladeando la cabeza en dirección a la tela blanca.

La tela tenía una mancha de tinta en un lado y otra justo igual en el lado opuesto.

—Algo que cogí hace un tiempo —dijo como ausente.

Estaba claro que no pensaba del todo en la pregunta que le había hecho. Pensaba en la tela blanca con las dos manchas de tinta.

Volvió a meter la tela en el bolsillo y bajó la mirada hacia la muralla.

—Shota, ¿vienes?

—No. Regreso a las Fuentes del Agaden, a mi hogar. Aguardaré allí a que llegue el fin, o a que tú impidas que llegue ese fin.

Richard asintió. A Kahlan no le pareció que estuviera muy convencido de poder hacerlo.

—Gracias por todo lo que has hecho, Shota.

—Haz que me sienta orgullosa, Richard.

Él le dedicó una breve sonrisa.

—Haré todo lo posible.

—Eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer — repuso ella.

Richard dio una palmada a las lustrosas escamas rojas del dragón.

—*Gregory*, pongámonos en marcha. No tenemos mucho tiempo.

*Gregory* soltó una breve llamarada. Mientras ésta se convertía en una negra espiral de humo, las inmensas alas del dragón se alzaron y luego chasquearon con una fuerza tremenda pero a la vez con elegancia. Kahlan sintió que se elevaban por los aires. Fue como si el estómago le diera un vuelco.

## 32

Mientras recorrían los magníficos pasillos vacíos del Palacio del Pueblo, Richard sabía a dónde había ido todo el mundo porque podía oír el suave cántico resonando por los largos corredores.

—*Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.*

Era la plegaria a lord Rahl. Incluso en un momento como el actual, incluso cuando su mundo estaba a punto de finalizar, todos en el Palacio del Pueblo acudían a la plegaria cuando oían la llamada de la campana. Supuso que éste era el momento en que estas personas más lo necesitaban y la plegaria era su modo de reconocer ese vínculo. O a lo mejor estaba pensada para recordarle que tenía la responsabilidad de protegerlas.

—*Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.*

Richard apartó de la mente sus sentimientos respecto a la plegaria. Sentía como si estuviese haciendo malabarismos con un millar de pensamientos. No sabía qué hacer. Había tantas preguntas distintas abrumándolo, y él no era capaz de organizar aquella montaña de problemas en un orden coherente. No sabía por dónde iniciar aquella ardua ascensión.

Se sentía incompetente para ser lord Rahl.

No obstante, sí creía que aquellos problemas al parecer interminables estaban conectados, que eran todos piezas del mismo rompecabezas, y que si conseguía tan sólo dilucidar qué estaba en el meollo de lo que le preocupaba, todo empezaría a encajar.

Sólo necesitaba unos cuantos años para resolverlo. Tendría suerte si disponía de unas pocas horas.

Una vez más obligó a su mente a retroceder a las cuestiones relevantes. Baraccus le había dejado un mensaje en un libro que tenía tres mil años de antigüedad, una regla no escrita, y Richard no sabía qué significaba. Ahora que volvía a tener acceso a su don, recordaba al menos todo el *Libro de las sombras contadas*, pero lo más probable era que fuese una copia falsa. Jagang tenía el original. Jagang tenía las cajas.

¿Por qué era tan necesaria una Confesora en todo aquello? ¿Por qué una Confesora era fundamental para identificar las copias falsas? ¿O sólo lo imaginaba? ¿Pensaba tan sólo que una Confesora era esencial porque Kahlan era una Confesora y ella era fundamental para su vida?

Sólo pensar en Kahlan le hacía perder el hilo de sus ideas y le producía una angustia tremenda. Tener que ocultarle todas las cosas que con tanta desesperación quería contarle le oprimía el corazón. No poder tomarla en brazos y besarla lo estaba matando. Todo lo que quería era abrazarla con pasión.

Pero sabía que si destruía el campo estéril de su mente, no habría ninguna posibilidad de que el poder de las cajas hiciera que ella volviera a ser quien fue. Tenía que mantenerse distante y vago.

Lo que más lo aterraba era que Samuel ya había contaminado aquel campo estéril.

Reconocía el sonido de las pisadas de Kahlan, su aroma, su presencia. Había instantes en que rebosaba de alegría por tenerla de vuelta, y al momento siguiente le entraba el pánico de que iba a perderla.

Tenía que hacer que su mente dejara atrás el problema y se concentrara en la solución. Tenía que hallar una respuesta.

Si existía una.

—*Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.*

Todas estas personas morirían a menos que encontrara esa respuesta. Pero ¿cómo demonios iba a hacerlo?

Regresó a lo que pensaba que tenía que ser el meollo de la solución. Necesitaba abrir las Cajas del Destino si quería invertir todo el daño hecho. Nada más, ni nada menos. Si no lo hacía, el mundo de la vida, dañado por el acontecimiento Cadena de Fuego y su posterior contaminación, se descontrolaría. Si él no abría la caja correcta, las Hermanas de Jagang lo harían. Pero no sabía cómo abrir las cajas y además no las tenía, Jagang sí.

Se recordó que al menos había llevado a cabo muchos de los pasos que tenía que realizar si quería tener una posibilidad de abrir la caja correcta. Había tenido éxito en su viaje a través del velo. Y había logrado devolver lo que había traído de vuelta del modo requerido. Eso en sí mismo había sido un rompecabezas, pero había hallado la solución. Ahora hacía falta el poder de las cajas para restituirlo de verdad.

Kahlan había aceptado la talla que él hizo de *Espíritu*.

Se recordó que también tenía a la Confesora que se necesitaba.

Una Confesora. Algo no estaba bien respecto a eso, pero no conseguía averiguar qué podía ser.

Pero sí sabía que sólo existía un modo de acercarse a las Cajas del Destino. Ésa era su única posibilidad... si podía resolverlo antes de que la Hermana Ulicia abriera una de ellas.

Cuando oyó unos pasos apresurados alzó los ojos y vio que Verna y Nathan iban hacia él a toda velocidad. Cara y el general Meiffert les pisaban los talones. Y lo mismo Zedd, Tom y Rikka.

En un puente cubierto de mármol verde bellamente veteado desde el que se dominaba una plaza de plegaria y una conjunción de amplios pasillos, Richard se detuvo. Las personas situadas abajo estaban de rodillas, inclinadas hacia delante, con las frentes contra las baldosas mientras salmodiaban. No sabían lo que él estaba a punto de hacer.

—¡Richard! —jadeó Verna, recuperando el aliento.

—Me alegra de verte de vuelta —dijo Nathan a Richard con un movimiento de cabeza adicional en dirección a Zedd.

—Seis ya no será un problema —contó Zedd al profeta.

Nathan soltó un suspiro.

—Un avispon menos, pero me temo que no escasean.

Verna, sin prestar atención al alto mago que tenía al lado, agitó su libro de viaje ante Richard.

—Jagang dice que ha llegado la luna nueva. Exige tu respuesta. Dice que si no recibe esa respuesta ya conoces las consecuencias.

Richard dirigió una ojeada a Nathan. El profeta tenía un semblante más que lúgubre. Cara y el general Meiffert también parecían tensos. Eran los indefensos guardianes de un lugar con decenas de miles de personas que estaban a punto de ser masacradas.

Un quedo salmodiar ascendió desde abajo.

*—Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.*

Richard se tragó el nudo que sentía en la garganta. No tenía elección... por más de un motivo.

Alzó los ojos hacia Verna con ominosa irrevocabilidad.

—Di a Jagang que acepto sus condiciones.

El rostro de Verna enrojeció violentamente.

—¿Aceptas?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Kahlan, situada a su derecha.

A Richard le animó vagamente oír el tono de reavivada autoridad de su voz. Pero hizo caso omiso de Kahlan y habló a Verna Haciendo un esfuerzo supremo, Richard dijo:

—Dile que he decidido dar lo que quiere. Acepto sus condiciones.

—¿Hablas en serio? —Vena estaba a punto de estallar—. ¿Quieres que le diga que nos rendimos?

—Sí.

—¿Qué? —dijo Kahlan, agarrando la manga de su camisa para obligarle a girarse hacia ella—. No puedes rendirte a él.

—Tengo que hacerlo. Es el único modo que tengo de impedir que todas esas personas de ahí abajo sean torturadas y asesinadas. Si entrego el palacio les permitirá vivir.

—¿Y confías en la palabra de Jagang? —le planteó Kahlan.

—No tengo elección. Es el único modo.

—¿Me trajeste aquí para entregarme a ese monstruo? —Los ojos verdes de Kahlan rebosaban lágrimas nacidas de la cólera y el pesar—. ¿Para eso querías encontrarme?

Richard desvió la mirada. Lo habría dado prácticamente todo por contarle lo mucho que la amaba. Si él tenía que ir a su muerte, al menos querría que ella conociera sus auténticos sentimientos y no que pensara que la había desposado porque debía hacer honor a un acuerdo y la utilizaba ahora como un tesoro que debía de ser entregado en una rendición. Le destrozaba el corazón que ella pudiera pensar eso.

Pero no tenía elección. Si corrompía el campo estéril, la Kahlan que conocía quedaría perdida para siempre... si es que no había sido corrompido ya por Samuel, si es que no la había perdido ya...

Richard volvió su atención a otra cosa.

—¿Dónde está Nicci? —preguntó a Nathan.

—Encerrada como me dijiste que hiciera hasta que Jagang viniera a buscarla.

Kahlan se revolvió contra él.

—Y ahora también vas a entregar a la mujer que amas a...

Richard alzó una mano, exigiendo silencio.

Relajó la mandíbula a la vez que se volvía hacia Verna.

—Haz lo que te he dicho.

El tono de voz dejó claro que era una orden que no había que discutir, y mucho menos desobedecer.

Mientras todo el mundo permanecía allí parado en aturdido silencio. Richard empezó a alejarse.

—Estaré en el Jardín de la Vida, esperando.

Necesitaba pensar.

Tan sólo Kahlan lo siguió.

La luz cada vez más apagada del día penetraba oblicuamente por los cristales del techo. Esa noche habría luna nueva; la noche más oscura del mes. Richard había oido decir que tal oscuridad aproximaba más el mundo de la vida al inframundo.

Durante las horas pasadas esperando a que Jagang ascendiera a la meseta y llegara al Jardín de la Vida, Richard no había dejado de pasear de un lado a otro, inmerso en sus pensamientos, pensando sobre aquellos dos mundos: el mundo de la vida y el mundo de los muertos.

Había algo en todo ello que no tenía sentido para él. Repasó el *Libro de las sombras contadas* que había memorizado, sabiendo que era probable que hubiera algún defecto en él que haría que fuera imposible utilizarlo para abrir las cajas, pero sabiendo también que los elementos seguirían siendo en gran medida auténticos, si bien no estarían en el orden correcto. Con tan sólo cambiar un único detalle se habría obtenido una copia falsa. Sabía que existía un defecto en la copia que había memorizado, pero no sabía cómo identificarlo.

Jagang tenía el original. No tendría que preocuparse de que hubiera errores en su libro. La Hermana Ulicia, con Jagang en su mente todo el tiempo, leería el original, de modo que utilizarían la versión auténtica del libro. Por lo tanto, no les haría falta una Confesora.

Se detuvo delante de Kahlan.

—Las copias del *Libro de las sombras contadas* deben ser verificadas por una Confesora. ¿Si tuvieras el texto del *Libro de las sombras contadas*, si te lo recitara, crees que serías capaz de verificar las partes auténticas?

Kahlan, inmersa en sus propios pensamientos, alzó la mirada.

—Me he hecho esa misma pregunta innumerables veces. Lo siento, Richard, pero simplemente no sé cómo.

»Es una lástima que la primera Confesora, Magda Searus, no me dejara un libro sobre cómo usar mis poderes, de la misma forma que su primer esposo te dejó uno.

Para lo que le servía a él aquel libro... Richard soltó un suspiro abatido y reanudó su deambular.

Devolvió sus pensamientos al libro que Baraccus había deseado con tanta desesperación que él tuviera: *Secretos del poder de un mago guerrero*. Baraccus había pensado que era vital que Richard tuviera aquel libro con la regla no escrita. Todo ello resultaba tan estrambótico que a Richard lo había dejado pasmado, sin saber qué pensar. Había requerido un esfuerzo monumental recuperar aquel libro. También debía de haber significado un gran esfuerzo por parte de Baraccus ocuparse de que únicamente Richard fuera capaz de encontrarlo llegado el momento.

—Por qué dejarle un libro que no ponía nada?

A menos que en realidad lo contara todo.

Richard echó una ojeada a su silencioso abuelo, sentado junto a un muro bajo situado a poca distancia. Zedd le devolvió la mirada pero su tristeza por no poder ayudar a Richard era evidente.

—Lo siento —dijo Kahlan.

Richard le echó una mirada.

—¿Cómo?

—Lo siento. Tuvo que ser una decisión terrible. Sé que sólo intentas impedir que esas bestias a las órdenes de Jagang masacren a todos los que están aquí. Ojalá pudiera tocar a Jagang con mi poder de Confesora.

El poder de las Confesoras. Creado en un principio en Magda Searus. La mujer que había estado casada con Baraccus. Pero había estado casada con Baraccus en la época de la gran guerra, mucho antes de convertirse en Confesora...

—Queridos espíritus —musitó Richard para sí. Una luminosa comprensión le recorría las venas.

Baraccus le había dejado a Richard *Secretos del poder de un mago guerrero* para decirle lo que necesitaba saber.

Eso era exactamente lo que Baraccus había hecho.

Había dado a Richard la regla no pronunciada, la regla no escrita, desde el principio de los tiempos.

En aquel momento, a la vez que comprendía *Secretos del poder de un mago guerrero*, Richard consiguió encajar todas las demás piezas y entenderlo todo.

Lo comprendió todo, cómo funcionaba, por qué habían hecho ellos lo que habían hecho, por qué lo habían hecho todo.

Con dedos temblorosos, sacó el trozo de tela blanca con las dos manchas de tinta. La desdobló y clavó la mirada en ambos puntos.

—Lo comprendo —dijo—. Queridos espíritus, comprendo lo que tengo que hacer...

Kahlan se inclinó hacia él, bajando la mirada hacia la tela.

—¿Comprendes qué?

Richard lo comprendía todo.

Casi se echó a reír como un loco.

Zedd lo observaba con el entrecejo fruncido. Zedd conocía a Richard lo bastante bien para saber que lo había descifrado. Cuando Richard clavó la mirada en él, su abuelo le dedicó una sonrisa y un orgulloso movimiento de cabeza apenas perceptibles, aun cuando no tuviera ni idea de qué había averiguado su nieto.

Todos alzaron la vista ante el repentino clamor. Los pocos hombres de la Primera Fila presentes, tal y como les habían ordenado, retrocedieron sin ofrecer resistencia. Richard vio a Jagang a la cabeza de una oleada de gente que entraba en tropel por las puertas. La Hermana Ulicia estaba junto a él. Otras Hermanas iban detrás transportando las tres Cajas del Destino. Soldados fuertemente armados, con las botas golpeando el suelo al unísono, desfilaron a través de las puertas dobles, inundando el interior de jardín igual que una marea negra.

La presencia de Jagang, su odio abrasador y permanente mancillaba el Jardín de la Vida.

Richard sonrió interiormente.

La mirada de los ojos negros de Jagang estaba fija en Richard mientras el emperador avanzaba por el sendero entre los árboles, pasando ante arriates de flores que se habían marchitado mucho y ante muros bajos cubiertos de enredaderas. Sus guardias reales estaban desplegados tras él, repartiéndose entre los matorrales a medida que establecían un perímetro defensivo.

Jagang lucía una sonrisa condescendiente mientras dejaba atrás la arena de hechicero y cruzaba la extensión de césped.

Su odio lo definía.

Las Hermanas depositaron las tres cajas negras como la noche sobre la amplia losa de granito que sostenían dos bajos pedestales acanalados. La Hermana Ulicia hizo caso omiso de las personas que había en el jardín. Concentrada en la tarea que tenía entre manos, se limitó a echar una ojeada a Richard antes de colocar el libro sobre el altar de granito, delante de las cajas. Sin más preámbulos, alargó una mano, y encendió un fuego en el hoyo, aumentando la luz que proporcionaban las antorchas.

Anochecía. La luna nueva ascendía. La oscuridad hacía acto de presencia, una oscuridad que estaba más allá de lo que ningún vivo había visto jamás. Richard conocía esa oscuridad. Él había estado allí.

Jagang avanzó majestuoso hasta detenerse a poca distancia frente a Richard, como si lo desafiara a un combate. Éste permaneció impertérrito.

—Me alegro de que hayas entrado en razón. —Su mirada se deslizó hasta Kahlan, a quién contempló con expresión lasciva—. Y me alegro de que hayas traído a tu mujer. Me ocuparé de ella más tarde. —Volvió a mirar a Richard a los ojos—. Estoy seguro de que no te va a gustar lo que tengo en mente.

Richard le devolvió una mirada furiosa pero no dijo nada. No había nada que decir en realidad.

Jagang, a pesar de su presencia intimidante, sus ojos totalmente negros, su cabeza afeitada, el modo en que exhibía su musculatura, así como las joyas que había robado, parecía más que cansado. Richard sabía que el emperador estaba teniendo pesadillas e incluso más que eso, sueños inquietantes sobre Nicci. Richard lo sabía porque eran

pesadillas y sueños que Richard le había provocado, a través de Jillian, la sacerdotisa de los huesos, la lanzadora de sueños que descendía del mismo pueblo que Jagang,

El emperador se acercó de mal talante al lugar donde la Hermana Ulicia permanecía aguardando ante la arena de hechicero.

—¿A qué esperas? Empieza. Cuanto antes acabemos con esto, antes podremos seguir adelante con la aniquilación de toda resistencia a la Orden.

—Ahora lo comprendo —murmuró para sí. Kahlan, de pie cerca de él, como si también ella hubiera tenido su propia revelación—. Ahora veo a quién quiere lastimar a través de mí, y por qué sería tan terrible.

Alzó los ojos para clavarlos en los de Richard con un semblante de repentina comprensión.

Richard no podía permitir que lo distrajeran justo en aquel momento. Devolvió su atención a las Hermanas. Todavía le quedaban unas cuantas cosas que tenía que resolver. Tenía que asegurarse de que todo tenía sentido, o todos morirían... por su decisión.

Varias Hermanas se arrodillaron ante la arena de hechicero, alisándola para prepararla. Por el modo en que trabajaban, Richard imaginó que ya habían estudiado el original del *Libro de las sombras contadas* y habían memorizado todos los procedimientos y encantamientos.

Le sorprendió ver que todas empezaban a dibujar los elementos requeridos. Los reconoció del *Libro de las sombras contadas* que él había memorizado de muchacho. Había esperado que fuese la Hermana Ulicia, que era quien había puesto en funcionamiento las cajas, quien dibujara aquellos elementos; pero mientras ellas trabajaban, la Hermana Ulicia fue de un símbolo al siguiente, acabándolos. Richard comprendió que tenía sentido. Puesto que la Hermana Ulicia era quien finalizaba cada elemento, Richard imaginó que el libro indicaba el requisito de que el jugador fuera quien completara las configuraciones de hechizo.

Ella era quien invocaba el poder. Ella era el jugador. Jagang, sin embargo, poseía su mente y de este modo controlaría en última instancia ese poder.

Richard recordaba bien el mucho tiempo que había necesitado Rahl el Oscuro para llevar a cabo todos los procedimientos. Tal y como lo hacían las Hermanas no iban a tardar tanto. Al trabajar en conjunción podían dividir el trabajo en componentes más simples.

Jagang regresó a donde estaba Richard.

—¿Dónde está Nicci? —gruñó a la vez que sus ojos negros lo miraban iracundos.

Richard se había estado preguntando cuánto tiempo pasaría antes de que él hiciera aquella pregunta. Fue antes de lo que Richard esperaba.

—La tienen retenida para ti, como se te prometió.

La acalorada expresión de Jagang se transformó en una sonrisa burlona.

—Es una lástima para ti que en realidad no sepas jugar a Ja'La dh

Jin.

—Te vencí.

La sonrisa de Jagang no hizo más que ensancharse.

—No al final.

Mientras el emperador reanudaba su impaciente deambular, la Hermana Ulicia leyó las partes pertinentes del libro. Richard comprendía las cosas que dibujaban. Partes de ellas eran la danza con la muerte. Cuando Rahl el Oscuro las había dibujado por primera vez habían parecido misteriosas, sin embargo ahora el lenguaje de todas ellas tenía sentido.

Jagang parecía cada vez más tenso.

Richard sabía el motivo.

—Ulicia —dijo por fin el emperador—. Voy a ir a buscar a Nicci. No hay ninguna razón para que permanezca aquí mientras trabajas. Puedo observar esto a través de tus ojos.

La Hermana Ulicia inclinó la cabeza.

—Sí, Excelencia.

Jagang volvió su mirada iracunda hacia Richard.

—¿Dónde está?

Richard hizo una seña a uno de los oficiales de la Primera Fila, el hombre a quien Richard tenía preparado para aquel propósito. Sólo había unos pocos miembros de la Primera Fila presentes, y todos ellos habían aguardado junto a Richard la llegada de la Orden Imperial. Estaban allí para protegerlo hasta que llegara el amargo final.

—Lleva al emperador a la celda de Nicci —indicó Richard al oficial.

El hombre saludó llevándose un puño al corazón. Antes de que condujera fuera a Jagang, el emperador, con una expresión satisfecha, se volvió hacia Richard.

—Parece que pierdes en el turno final del Ja'La dh Jin también esta vez.

Richard quiso decir que el tiempo no se había agotado y que el juego no había finalizado, pero en su lugar contempló cómo el hombre salía mientras aguardaba a que la pesadilla empezara en serio.

Kahlan permanecía en silencio junto a él, pero el modo en que Richard le dirigía veloces miradas le producía inquietud.

Zedd y Nathan parecían absortos en sus propios pensamientos. Verna parecía enojada y resentida porque se hubiera llegado a aquello. Richard no podía culparla. Cara, de pie junto a Benjamín, cogió la mano de éste. Junto con el resto del grupo, Jagang había llevado a Jennsen al Jardín de la Vida, pero la guardia real la mantenía en el otro extremo. La mirada de Tom estaba fija en ella y ella hacía otro tanto, incapaz de decir todas las cosas que era evidente que quería decir.

Cara se acercó un poquitín.

—Sucedá lo que suceda ahora, lord Rahl, estaré con vos hasta mi último aliento.

Richard le devolvió una sonrisa de agradecimiento.

Zedd, no muy lejos, asintió para indicar que compartía el sentimiento de Cara. Benjamín acercó levemente el puño al corazón. Incluso Verna sonrió finalmente y le dedicó un movimiento de cabeza. Estaban todos con él.

Kahlan, pegada a él, susurró:

—¿Pasaría algo si simplemente me cogieras la mano?

Richard no podía ni imaginar lo sola que debía de sentirse en aquel momento. Con el corazón apesadumbrado porque no podía decir nada, le cogió la mano.

## 33

Nicci estaba sentada en la casi oscuridad que imperaba sobre el banco tallado de las paredes. La antesala estaba protegida con escudos. El único modo de entrar o salir era a través del doble conjunto de puertas de hierro y sorteando los escudos entre ellas. Allí se encerraba a los prisioneros más peligrosos, a los prisioneros que podían utilizar magia.

No había modo de saber cuántas personas se habían sentado en aquella misma habitación mientras aguardaban su cita con la muerte, o algo peor.

Nicci oyó unas pisadas en el pasillo exterior, más allá de las dos puertas de hierro. Alguien venía.

Sabía que era sólo cuestión de tiempo que él viniera.

Nicci estaba muy calmada. Sabía por qué estaba allí. Sabía por qué Richard había dicho a Nathan que la encerrara en aquella celda.

La cerradura de la puerta exterior se abrió con un chasquido, el sonido metálico resonó por la red de corredores. Alguien gruñó mientras forzaba la puerta, sujetada por oxidados goznes, a abrirse lo suficiente para poder pasar. Cuando vio sombras a través de la rendija de su puerta, Nicci extinguió de un soprido la llama del quinqué situado junto a ella sobre el banco de piedra donde dormía.

Chirrió una llave y luego la cerradura de su celda se abrió. Tras haber estado en completo silencio durante tanto tiempo, el sonido le pareció estridente. Al tiempo que la puerta se abría con un rechinar, la luz de un farol inundó el interior. Polvo procedente de la herrumbrosa puerta flotó hacia arriba, iluminado por la potente luz amarilla.

El emperador Jagang agachó la cabeza a la vez que pasaba por el umbral. Nicci se levantó.

Jagang llevaba su chaleco para poder exhibir su musculosa mole. Su cabeza afeitada reflejaba la solitaria llama del farol que había traído. Sus negros ojos parecían totalmente a gusto en las profundidades del oscuro agujero abierto en la roca, y brillaron mientras contemplaba a la hechicera. Ella se había aflojado la parte superior del vestido de modo que él tuviera algo que captara su atención. Funcionó.

—He estado soñando contigo, querida —dijo él, como si pensara que ello la impresionaría.

Siempre había creído que su lascivia le demostraba lo abrumadoramente atractiva que era para él. Para Nicci sólo servía para demostrar que era un salvaje amoral.

Nicci se irguió en toda su estatura, sin decir nada, rehusando retroceder cuando Jagang se acercó más. Jagang le rodeó la cintura con sus fornidos brazos, apretándola contra su poderoso cuerpo, en una demostración de su dominio sobre ella, su virilidad y su autoridad.

Nicci no sentía deseos de alargar la situación.

Con indiferencia, alzó los brazos como para rodearlo con ellos y cerró de golpe el rada'han alrededor de su cuello de toro.

El emperador dio un tambaleante paso atrás, aturrido.

Ella sabía que sentiría el poder del collar taladrando cada fibra de su ser.

—¿Qué has hecho? —inquirió él en un tono colérico rayano en una clase de pavor que nunca antes había oído salir por su boca.

Nicci no tenía ningún deseo de discutir, así que se limitó a ejercer su control a través del collar para impedirle hablar. Si conocía a Jagang, y lo conocía bien, la Hermana Ulicia estaría en el Jardín de la Vida trabajando para abrir la Caja del Destino correcta. No quería que Ulicia advirtiera lo que acababa de suceder.

Jagang habría estado impaciente por tener a Nicci. Las pesadillas que Richard había enviado lo habían atormentado, pero los sueños que Richard le había dado sobre Nicci habían convertido su obsesión por ella en una monomanía, que había crecido poco a poco hasta el punto de resultar casi intolerable. Jagang siempre la había deseado, pero tras los sueños que Richard había creado, Jagang apenas podía pensar en otra cosa que no fuera poseerla.

Incluso había dejado a la Hermana Ulicia con su tarea para bajar a la mazmorra y recuperarla en persona.

Era un pequeño regalo que Richard le había hecho. Cuando Nathan la había encerrado en la celda, le había explicado desde detrás de los escudos, que protegían sus palabras de los oídos de cualquier espía, que Richard había concebido el plan como su último regalo para Nicci. Richard sabía que tendrían que entregar el palacio. Sabía que todos iban a morir. La única cosa que podía darle a Nicci era al propio Jagang.

El rada'han había estado en la celda. Era el collar que Ann había dejado allí cuando Nathan la había tenido prisionera durante un tiempo. Eso era lo que Ann había estado intentando contar a Nicci antes de que la mataran.

Nathan había sabido que el rada'han estaba en la celda, tras los escudos de la habitación. Richard quería que Nicci lo tuviera para poder hacer justicia por fin con Jagang,

Richard no se hacía ilusiones de que ello venciera a la Orden Imperial. Las creencias corrompidas de la Orden contaminaban las mentes de millones de personas. Jagang no era su artífice. Aquel odio colectivo seguiría ardiendo sin aquel hombre.

Nicci lo comprendía bien. Había crecido con las enseñanzas de la Orden. Sabía cómo intentaban convertir el padecimiento en virtud, las malas obras en rectitud, la muerte en salvación.

Tales creencias nacían de la obstinada negativa de ciertos hombres a usar su mente, de su codicia de lo inmerecido, de su deseo de obtener éxitos sin esfuerzo. Tales creencias eran la personificación del odio por todo lo que era bueno, un odio por la virtud, un odio por lo que era valioso. Era en última instancia un odio a sí mismos, a la vida, a la existencia. Ese odio, esa dedicación a la muerte, era la auténtica manifestación del mal.

Matar a Jagang no curaría a la humanidad de tal fanatismo irracional. A las creencias de la Orden no las impulsaba un solo individuo. La Orden seguiría adelante sin Jagang,

Ni tampoco matar a Jagang detendría a aquellas que habían puesto las Cajas del Destino en acción, ni al hechizo Cadena de Fuego, ni la contaminación de los repiques, ni al vasto ejército que esperaba alrededor del palacio, tan ansioso por derramar sangre y saquear. No cambiaría nada de eso.

Pero Richard había querido ofrecerle ese pequeño acto de justicia antes de que su propia vida fuera extinguida, junto con la de ellos, por la invocación por parte de las Hermanas del poder de las cajas.

Era el único modo que tenía Richard de darle las gracias por todo lo que había hecho, de permitirle aquella pequeña salvación definitiva del hombre que la había maltratado de un modo tan terrible.

Nicci cruzó el umbral, y su prisionero, incapaz de protestar, la siguió. Si bien el don de la hechicera era limitado dentro del Palacio del Pueblo, bastaba para utilizar la naturaleza excepcional del rada'han. Podría haber hecho que Jagang cayera al suelo presa de un dolor insoportable, pero utilizó sólo el poder necesario para vencer su renuencia a seguir sus silenciosas directrices.

Fuera de la segunda puerta, varios miembros de la Primera Fila, hombres que habían conducido a Jagang abajo, hasta su trofeo enjaulado, aguardaban. El pasadizo era tan bajo y angosto que los hombres tenían que encorvarse para no tocar el techo y permanecer en fila.

Quedaron atónitos al ver a Nicci controlando al emperador.

Un hombretón, el capitán de los vigilantes de las celdas, estaba allí con ellos. Había sido amable con ella, ofreciéndose a traerle cualquier cosa que quisiera. Ahora ella tenía lo que quería.

—Capitán Lerner —dijo—, ¿sería tan amable de acompañarnos fuera de este laberinto?

El oficial contempló al fornido hombrón que iba detrás de ella llevando un collar alrededor del cuello y a continuación le sonrió.

—Estaré encantado de hacerlo.

Una vez arriba, en los inmensos corredores del palacio, Nicci hizo que Jagang encabezara la marcha. Lo siguió de cerca, asegurándose de que no se detenía, de que no hablaba con nadie, de que no hacía señas a nadie. Él intentaba con todas sus fuerzas vencer al poder del collar, pero para Nicci era ridículamente fácil aplastar toda su resistencia, toda su fuerza y su furia. Jagang estaba tan indefenso como una marioneta.

Por todo el palacio, soldados de la Orden Imperial inclinaron la cabeza ante él cuando pasó. Nicci no le permitió responder a los saludos. Los guerreros de la Orden estaban acostumbrados a sus arrogantes muestras de superioridad, a su indiferencia hacia ellos, de modo que no dieron ninguna importancia al hecho de que pasara sin ni siquiera mirarles.

No existía un modo fácil de llegar al Jardín de la Vida. Todo el palacio estaba mágicamente diseñado para aumentar el don de lord Rahl e interferir con el don de cualquier otro. Para llegar a cualquier parte, era necesario recorrer pasillos que eran en realidad elementos de la configuración de un hechizo. Las líneas principales de la configuración eran corredores vastísimos y los elementos subordinados los conformaban pasillos más pequeños.

Todo el palacio era un laberinto de corredores con columnas y vestíbulos custodiados por hileras de estatuas. Gran parte del interior del palacio estaba hecho de piedra bellamente trabajada con elegantes diseños. Todo el lugar, si bien era una configuración de hechizo, era también una ciudad, con calles creadas por los corredores y amplios pasillos.

Pero llegar a cualquier parte requería maniobrar entre las complejas líneas de la configuración de hechizo, lo que hacía que llegar a cualquier parte llevara mucho tiempo.

La ascensión desde las mazmorras al Jardín de la Vida fue larga. Mientras pasaban por lugares con tragaluces, Nicci vio que el cielo empezaba a mostrar un leve matiz azul.

Para cuando alcanzaron el nivel del jardín del palacio, el sol acababa de salir. Los primeros cálidos rayos que penetraban por las ventanas orientales daban en el mármol blanco de las paredes.

La intención de Nicci era entrar en el jardín con Jagang para ver a Richard por última vez. Había averiguado que Richard había conseguido regresar. No sabía cómo. Nicci suponía que ya no importaba en realidad. Él había regresado, y ella quería verle por última vez antes del final. Quería que viera a Jagang para que supiera que al menos el emperador no disfrutaría del terrible fruto de la larga guerra que había llevado al Nuevo Mundo. Tras todo lo que había hecho, Richard merecía al menos estar enterado de esa pequeña victoria.

Cuando cruzaron las puertas dobles para acceder al Jardín de la Vida, Nicci pudo ver por entre los árboles que el sol ya tocaba el altar. Media docena de Hermanas estaban congregadas alrededor de la Hermana Ulicia, que estaba de pie ante las cajas.

Aun cuando las cajas estaban bañadas por la luz solar, éstas parecían vacíos oscuros en el mundo. La luz del sol no conseguía iluminarlas, más bien parecía como si ellas absorbieran la luz solar, llevándosela a donde jamás volvería a ser vista.

Jagang pugnó con todas sus fuerzas por combatir el poder del collar, pero no pudo. Nicci lo mantuvo, en la parte de atrás, donde sus guardias creían que se limitaba a observar, y sin querer que lo molestaran.

Nicci sabía que podía poner fin a la vida de Jagang en un instante. Cuando llegara el momento, lo haría. Nadie tenía la menor posibilidad de rescatar al emperador, incluso aunque supieran que estaba en peligro de muerte. Él le pertenecía ahora.

La hechicera vio a Richard con su magnífico atuendo de mago guerrero y aquella visión le produjo una gran pena.

Kahlan estaba en silencio junto a él. Aunque Richard había preservado el campo estéril para poder tener una posibilidad de anular Cadena de Fuego, ella no sabía cuáles eran sus auténticos sentimientos hacia ella. En aquellos momentos, daba la impresión de que Richard jamás tendría tal posibilidad, y ella moriría sin conocer la verdad.

Richard divisó a Nicci. Vio a Jagang junto a ella y comprendió que la hechicera había conseguido utilizar con éxito el regalo que le había hecho. Le dedicó una pequeña sonrisa.

La Hermana Ulicia dio un golpecito a la caja de la derecha.

—Ésta.

Las otras Hermanas sonreían radiantes ante el éxito conseguido. Ahora podrían entregar el poder de las cajas al emperador. No sabían que él jamás podría celebrar la victoria que habían obtenido.

La Hermana Ulicia alzó la tapa de la caja de la derecha. Una luz dorada fluyó a raudales del interior, casi como si fuera líquida, y envolvió a las Hermanas ante el altar de piedra.

Todas sonrieron eufóricas ante lo que habían conseguido, aunque fuera a ser puesto al servicio de la Orden Imperial, y no al de ellas mismas. Pero lo harían sin advertir que Jagang ya no controlaba sus mentes.

Si Nicci les daba a conocer tal cosa, las Hermanas utilizarían el portal para liberar al Custodio del inframundo. Nicci tenía que elegir entre permitirles entregar el mundo a la Orden o al Custodio.

Ella sabía que no existía tal elección. Al menos la vida bajo la Orden sería vida. Si se permitía a las Hermanas de las Tinieblas hacer lo que habrían preferido, no existiría vida.

Nicci no quería vivir para ver un mundo donde se enseñoreara el odio.

Supuso que no tendría que preocuparse por ello. Preveía que apenas le quedaban unos instantes de vida.

Pero Jagang moriría antes que lo hiciera ella. Se aseguraría de eso.

La justicia visitaría a Jagang el Justo.

La única cosa que Nicci no comprendía era por qué sonreía Richard.

## 34

Richard observó como la luz dorada que salía de la Caja del Destino alzaba a las siete Hermanas.

La mano de Kahlan se cerró con fuerza sobre la suya. Las demás personas reunidas allí observaban con una mezcla de sobrecogimiento y terror. Aquello era algo que no se parecía a nada que ninguno de ellos hubiera visto nunca o fuera a volver a ver jamás.

Richard echó una ojeada a Nicci. Incluso ella estaba paralizada por la luz centelleante que se arremolinaba alrededor de las Hermanas. Jagang, junto a ella, sonreía. Jagang sabía que su causa poseería el poder de las cajas, aun cuando él no viviera para verlo. Creía que eso era todo lo que importaba. Creía en la causa de la Orden.

Las Hermanas, iluminadas por el dorado resplandor, parecían encantadas con el poder embriagador de las cajas.

Duró poco.

La luz se oscureció a medida que las levantaba a todas por los aires, transportándolas en dirección a la arena de hechicero.

Las flotantes Hermanas planearon juntas, reuniéndose en un apretado grupo por encima del suelo. Todas empezaron a girar en redondo en la centelleante luz ambarina sin poder hacer nada por evitarlo. Todo oscureció a la vez que unos cuantos fogonazos empezaban a titilar por encima de sus cabezas. Varias Hermanas chillaron. Un rugido resonó.

El suelo tembló a la vez que el diminuto grupo de siete Hermanas flotaba por encima de la arena de hechicero.

La arena que tenían debajo empezó a dar vueltas junto con la luz. Los destellos en el interior de la luz conectaron con los relámpagos que danzaban por todas partes, dándoles a las Hermanas un aspecto parpadeante.

—¿Qué sucede? —gritó la Hermana Ulicia.

Richard soltó la mano de Kahlan y cruzó el césped hasta llegar al borde de la arena de hechicero, que pasaba poco a poco de un tono miel a un tono ámbar y luego a un marrón tostado. Richard pudo oler que ardía.

—¿Qué sucede? —volvió a exigir la Hermana Ulicia cuando su mirada aterrada lo localizó.

—¿Leíste *El libro de la vida*? —le preguntó él con calma.

—¡Por supuesto! Hay que usar *El libro de la vida* para poner las Cajas del Destino en acción. ¡Todas lo leímos! ¡Seguimos cada fórmula e instrucción con exactitud!

—Puede que siguierais las instrucciones contenidas en el libro, pero no hicisteis caso de su significado. Leísteis lo que querías leer..., las fórmulas y las configuraciones de hechizo.

Varias de las Hermanas chillaron al crepitarse relámpagos cerca de sus rostros.

La Hermana Ulicia estaba furiosa.

—¿De qué estás hablando?

Richard enlazó las manos a la espalda.

—Justo al principio había algo en la primera página para recalcar lo importante... lo fundamental... No era una fórmula, ni una configuración de hechizo, pero era lo primero que decía *El libro de la vida*. Era lo primero por una razón muy importante. En vuestra arrogancia, en vuestra avidez por tener lo que queríais, lo pasasteis por alto.

»La declaración preliminar del *Libro de la vida* es una advertencia a cualquiera que quiera utilizar el libro.

»Dice: "Aquellos que han venido aquí a odiar deberían marchar ahora, pues en su odio no hacen más que traicionarse a sí mismos".

—¿De qué tonterías hablas? —dijo una de las otras Hermanas, a la que no preocupaba lo que consideraban una mera frase formularia.

—Hablo de un libro de instrucciones sobre el uso del poder de las cajas. *El libro de la vida* es lo primero que hace falta para usar ese poder. Tal poder es inmensamente peligroso. Los que lo crearon querían protegerlo. Las cosas mágicas más peligrosas están protegidas mediante guardas, escudos y mecanismos de seguridad.

»Las cajas se diseñaron para contrarrestar Cadena de Fuego, pero puesto que necesitaban ser sumamente poderosas para hacerlo, eso también las convertía en sumamente peligrosas. Los que crearon ese poder idearon un mecanismo de seguridad que resulta sorprendente en su simplicidad, e infalible.

»La salvaguarda dice: "Aquellos que han venido aquí a odiar deberían marchar ahora, pues en su odio no hacen más que traicionarse a sí mismos".

—¿Y qué? —chilló la Hermana Ulicia.

—Pues que —repuso Richard con un encogimiento de hombros — es una advertencia; una advertencia letal. Advierte de que el odio desencadenará una reacción letal por parte del poder de las Cajas. Si quieres usar ese poder para causar daño, eso significa que eres alguien que odia. Únicamente aquellos con odio en sus corazones tramarían utilizar algo así para hacer daño a otros.

—¡Eso no tiene sentido! ¿Cómo le haría yo daño a un malvado? —preguntó ella—. ¿Cómo podrías utilizar tú el poder para detenernos? Tú nos odias, utilizarías el poder por odio.

Richard sacudió la cabeza.

—Confundes el odio y la justicia. Eliminar a aquellos como tú que causan daño a personas inocentes no es algo que se haga por odio, sino por amor hacia aquellos que no han hecho ningún mal y están siendo maltratados y asesinados. Es amor y respeto por los inocentes.

«Eliminar a personas como éas no es odio. Es el producto de una justicia razonada.

—¡Pero nosotras no odiamos! —gritó otra Hermana—. Queremos eliminar a aquellos que son infieles, pecadores y sólo se preocupan egoístamente de sí mismos.

—No —replicó Richard—. Odiáis a aquellos a los que envidiáis. Odiáis que sean felices.

—¡Pero usamos el *Libro de las sombras contadas*! —chilló la Hermana Ulicia, desesperada—. Seguimos el original con exactitud. Debería haber funcionado.

—Bueno —dijo Richard a la vez que paseaba ante la arena de hechicero, cada vez más negra—, aun cuando no le des importancia a la salvaguarda del *Libro de la vida*, me temo que cometiste un error al pensar que el *Libro de las sombras contadas* os sería de alguna utilidad.

—¡Pero es el libro auténtico! ¡El original!

Richard sonrió a la vez que asentía.

—El original es otro mecanismo de seguridad más. ¿No leíste también lo primero que aparecía en ese libro? También ponía una advertencia en primer lugar.

—¿Qué advertencia?

—La advertencia de usar una Confesora.

—¡Pero teníamos el original! ¡No teníamos necesidad de una Confesora!

—La advertencia no era que necesitaseis una Confesora. La advertencia era precisamente la mención de un Confesora.

Zedd, incapaz de contenerse, alzó una mano.

—Richard, ¿de qué estás hablando si puede saberse?

Richard sonrió a su abuelo.

—¿Quién fue la primera Confesora?

—Magda Searus.

Richard asintió.

—La mujer que había estado casada con Baracoas. Eso fue durante la gran guerra. Después de que se alzara la gran barrera y la guerra finalizara, los magos que

descubrieron que el acusador en el juicio sobre el Templo de los Vientos, Lothain, era un traidor. Para descubrir cómo los había traicionado, el mago Merritt usó a Magda Searus para crear una Confesora.

—Sí, sí —dijo Zedd, asintiendo-. ¿Y qué?

—Las Cajas del Destino fueron creadas durante la gran guerra. La primera Confesora no apareció hasta mucho después de la guerra. ¿Cómo podía ser el *Libro de las sombras contadas* la clave creada para abrir las cajas si las Confesoras ni siquiera habían sido concebidas cuando se creó el poder de las cajas?

Zedd pestañeó sorprendido.

—Era imposible que el *Libro de las sombras contadas* fuera la clave para abrir las Cajas del Destino.

—Así es —dijo Richard—. Los libros eran simplemente un ardid para impedir el uso incorrecto del poder de las cajas. Utilizarlos, incluso el original, provoca la muerte. El *Libro de las sombras contadas* no es la llave para abrir el poder de las cajas.

Richard se giró al oír un retumbo creciente. Vapor, humo, sombras y luz giraban sobre sí mismos con un rugido. El suelo temblaba. La arena de hechicero, ahora negra como el carbón, fue succionada al interior del vórtice. Con un chirrido toda ella giró en redondo. Los sonidos del mundo de la vida y del inframundo se mezclaron en un alarido terrible.

Las Hermanas giraron como peonzas en la vorágine, con los brazos y las piernas extendidos, sus chillidos ahogados en el atronador clamor.

Una luz cegadora prendió en el centro de la gigante masa. Haces de luz candente salieron disparados hacia las alturas a través de los cristales del techo y hacia abajo, hacia la negrura del abismo. El aire titiló con calor, luz y un alarido desgarrador.

Con un estruendoso gemido la arena ennegrecida se desgarró. Una luz violeta salió disparada para engullir a las aterradas mujeres. La luz que rotaba, la arena negra y los relámpagos se condensaron a medida que ganaban velocidad.

Sin un espíritu guía, las Hermanas descendieron en espiral al mundo de los muertos. Todavía estaban vivas. Se fueron entre alaridos.

Un fogonazo de luz lo iluminó todo con un blanco cegador, y luego hubo un silencio, a la vez que todo quedaba negro como la muerte.

Cuando la luz regresó poco a poco, el Jardín de la Vida estaba en silencio. El agujero del suelo había desaparecido. La arena de hechicero había desaparecido. Las Hermanas habían desaparecido.

La guardia personal de Jagang que había estado en el Jardín de la Vida también había desaparecido. Estar en la habitación con el poder de las cajas había sido fatal para ellos así como para las Hermanas.

Jagang, bajo el dominio de Nicci, seguía allí, con un semblante aún más enojado, si es que eso era posible.

Miembros de la Primera Fila entraron en tropel al Jardín de la Vida por las puertas dobles para proteger a Richard.

—Cerrad y atrancad las puertas —ordenó Richard.

Los soldados de la Primera Fila corrieron a llevar a cabo lo que pedía.

Richard fue al altar y cerró la Caja del Destino abierta.

—Puede que hayas tenido tu pequeño éxito —dijo Jagang con una mueca despectiva—, pero significa poca cosa. No cambia nada.

Cuando calló con un sonido estrangulado, Richard alzó una mano.

—Déjale hablar, Nicci.

La hechicera hizo avanzar al emperador.

—La Orden Imperial entrará aquí de todos modos y hará pedazos el lugar y a toda tu miserable gente —dijo Jagang—. No me necesitan para proseguir con la justa causa por la que peleamos. La Orden purgará a la humanidad de la plaga que es tu pueblo egoísta. Nuestra causa no es sólo moral sino divina. El Creador está de nuestro lado. Nuestra fe lo demuestra.

—La verdad tiene defensores que buscan el entendimiento —dijo Richard—. Las ideas corruptas tienen a fanáticos miserables que tratan de imponer sus creencias mediante la intimidación y la brutalidad. La fuerza salvaje es la sierva de los dogmas. La violencia a una escala apocalíptica sólo puede nacer de los dogmas porque la razón, por su misma naturaleza, desarma la crueldad sin sentido. Únicamente los dogmáticos piensan en justificarla.

El rostro de Jagang enrojeció.

—¡Llevamos a cabo la tarea del Creador! Una devoción ferviente al Creador es el único modo auténtico y moral de vivir esta vida. ¡Una adhesión estricta a nuestros piadosos deberes nos traerá la salvación y la vida imperecedera! Es la sangre de los no creyentes como tu gente la que nos eleva al lado del Creador.

Richard hizo una mueca.

—Eso ni siquiera tiene sentido.

—¡Eres un estúpido! ¡Nuestra fe por sí sola demuestra que tenemos razón! Sólo nosotros seremos recompensados en la otra vida por nuestra veneración hacia Él. Somos sus auténticos hijos, y viviremos eternamente bajo su Luz.

Richard suspiró a la vez que movía la cabeza.

—Siempre me ha resultado difícil creer que un adulto pudiera creer de verdad una estupidez como ésa.

Jagang rechinó los dientes, furioso.

—¡Tortúrame! Acepto tu odio hacia mí porque he llevado a cabo fielmente mis deberes para conseguir un bien mayor para la humanidad.

—No ocuparás ningún lugar magnífico en el escenario de la vida —dijo Nicci—. No se te hará desfilar encadenado. No serás un mártir ni se te venerará por una muerte gloriosa.

»Eres irrelevante. Sencillamente morirás y serás enterrado, y de ese modo ya no podrás amenazar a personas honradas e inocentes. Eres irrelevante para el futuro de la humanidad.

—¡Debes llevar a cabo tu venganza en mi persona para que todos la vean!

Richard se inclinó más hacia él.

—Habrá otros problemas, como siempre los hay en la vida, pero tú no serás uno de ellos. Serás la basura de ayer, pudriéndose hasta convertirse en polvo, sin que tu vida haya significado nada que valga la pena.

Jagang intentó abalanzarse sobre Richard, pero el control que

Nicci ejercía sobre él mediante el collar lo mantuvo atrás igual que un animal encadenado.

—Piensas con arrogancia que eres mejor que nosotros, pero no lo eres. Tampoco tú eres otra cosa que una criatura miserable que el Creador colocó sobre este mundo asqueroso. No eres diferente de nosotros salvo en que rehúsas arrepentirte y adorarlo. Esto sólo tiene que ver con odio, con tu odio por la Orden.

Richard apoyó la palma de la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada.

—La justicia no es el ejercicio del odio, es la celebración de la civilización.

—No puedes simplemente...

Al recibir una señal de Richard, Nicci envió una oleada de su poder al interior del collar. Los ojos negros de Jagang se abrieron de par en par mientras sentía cómo la muerte ocupaba su alma vacía. Cayó de brúces contra el suelo.

Nicci hizo una señal a varios hombres de la Primera Fila.

—Estoy segura de que pronto habrá muchos muertos. Arrojad este cadáver a una fosa común.

Y de un modo tan sencillo, el emperador de la Orden Imperial dejó de existir. Tal y como Richard había ordenado, no hubo un final triunfal. No habría celebración mediante violencia, ni tortura, ni una confesión sacada a la fuerza. Las personas que razonaban comprendían a la perfección lo que era obrar mal. La amenaza para las personas que razonaban había desaparecido. Eso era todo lo que importaba. La muerte de Jagang no tenía más importancia que ésa.

## 35

Sin perder un instante, Richard fue al altar de piedra en el que descansaban las Cajas del Destino.

Desenvainó la espada. El nítido tañido metálico inundó el Jardín de la Vida.

—Richard —dijo Zedd en un creciente tono de advertencia—, ¿qué crees que haces?

Richard no prestó la menor atención a su abuelo. En su lugar miró a Kahlan a los ojos.

—¿Estás conmigo, Kahlan?

Ella fue a colocarse a pocos pasos de él.

—Siempre he estado contigo, Richard. Te amo, y sé que me quieres.

Los ojos de Richard se cerraron un instante.

No tenía elección.

Se giró hacia las Cajas del Destino y cerró los ojos a la vez que alzaba la espada para tocarse la frente con ella.

—Espada —musitó, sé certera en este día.

Bajó la *Espada de la Verdad* y la pasó sobre la parte interior de su brazo, dejando que la sangre manara hasta gotear por la punta.

Colocó la hoja sobre la parte superior de la caja de la derecha, la que la Hermana Ulicia había abierto.

La hoja se volvió tan negra como la misma caja.

Retiró el arma y ésta recuperó su brillo.

Colocó la espada sobre la caja de la izquierda. De nuevo, se volvió tan negra como el mismo inframundo.

La retiró, dejando que regresara a su estado normal.

Richard inhaló profundamente, y luego colocó la hoja plana en la caja del centro. Pensó en todos los inocentes que sólo querían vivir sus vidas. Pensó en todos aquellos como Cara y las otras mord-sith a las que se había hecho enloquecer hasta que estuvieron dispuestas a servir a un tirano. Pensó en Nicci, adoctrinada toda su vida con odio,

empujada a una vida miserable de autosacrificio en aras de unas creencias retorcidas. Pensó en Bruce, su alero izquierdo, quien, al verla sin odio, se sintió atraído hacia ella.

Pensó en Denna.

Cuando abrió los ojos, la hoja se había vuelto blanca. La caja que tenía debajo era igual de blanca.

Aferrando la empuñadura con ambas manos, Richard alzó la punta de la *Espada de la Verdad* bien alta por encima de la caja blanca... y con la estocada letal de la danza con la muerte, la empujó hacia abajo, hacia la caja del altar.

El Jardín de la Vida se tornó blanco. Todo el mundo de la vida se tornó blanco. El tiempo se detuvo.

En ese instante, Richard se encontró de pie en el centro de un mundo blanco, sin nada a su alrededor. Miró en derredor, pero no había nadie allí, y al mismo tiempo todo el mundo estaba allí con él. Cada individuo del mundo de la vida estaba allí con él.

Comprendió. Esto era en muchos aspectos lo opuesto del último viaje que había emprendido, cuando penetró en el mundo de la oscuridad y en cierto modo cada alma había estado allí con él.

En ese lugar, en ese estado, era consciente de cada persona viva. En ese momento, en ese lugar, todos aguardaban a que el hombre que controlaba el poder de las cajas diría, y lo que haría. Esto era el poder de las Cajas del Destino, el poder de la vida misma.

—Todo el mundo efectúa elecciones sobre cómo vivirá —empezó a decir Richard—. El mal no existe independientemente del hombre. Los hombres hacen el mal por elección propia. Elegir implica pensar, aunque sea de un modo ineficaz. La elección más básica que uno puede efectuar es pensar o no pensar, dejar que otros piensen y te digan qué hacer, aun cuando te digan que hagas el mal.

»La elecciones sabias requieren más, requieren un pensamiento racional. La negativa a pensar racionalmente te proporciona la habilidad para mantener la ilusión de conocimiento, de sabiduría, incluso de santidad mientras cometes maldades. Si sigues las enseñanzas de otros que piensan por ti y que te obligan a hacer el mal, las víctimas inocentes sufren igual que si decidieses hacerles daño tú mismo.

»Los muertos están muertos. Su vida ha finalizado.

»Las enseñanzas que desafían la razón desafían la realidad; lo que desafía la realidad desafía la vida. Desafiar la vida es abrazar la muerte.

»Festejar la fe por encima de la razón no es más que otro modo de negar la realidad y abrazar cualquier antojo que te venga en gana.

»Los seguidores de la Fraternidad de la Orden han decidido cómo desean vivir sus vidas. Si ello se detuviera aquí, a ninguno de los que valoramos nuestra libertad individual nos importaría cómo decidieran vivir, pero ellos han efectuado la elección... la elección consciente... de que no permitirán que otros vivan sus propias vidas como deseen.

»Es esa elección, hecha por su libre albedrío, lo que no podemos tolerar. No les permitiremos imponernos su maligna elección. Esto acaba aquí. Ahora.

»Les otorgo su deseo de un mundo en el que puedan vivir como han elegido. Les concedo lo que más desean en la vida: la vida que eligieron.

»No podría condenarles a un destino peor.

»A partir de este momento hay ahora dos mundos, idénticos en muchos aspectos. Este mundo permanecerá tal y como es.

»El poder de las cajas acaba de duplicar, en muchos aspectos, este mundo, dándoles un mundo propio. Su mundo será suyo.

»Puede que jamás lleguen a comprender lo insensato de su elección, pero desde luego padecerán debido a ella. Tendrán las vidas miserables a las que tan fervientemente se afellan. Tendrán las vidas de sufrimiento que tan ciegamente abrazan. Tendrán las vidas de desesperado terror que han elegido imponerse al rehusar utilizar su propia mente para pensar de un modo racional.

»Han elegido arrojar sus vidas al caldero del odio devastador. Les concedo su deseo. Es la última vez que desear les proporcionará algo. Vivirán el resto de su existencia entre deseos y esperanzas, perdidos constantemente en la oscuridad que han impuesto a sus propias mentes: su propio desprecio por sí mismos. Pero jamás podrán volvemos a hacer daño.

»Creen que todos aquellos que son libres son los causantes de todas sus penurias. Nos culpan por sus tribulaciones. Nos atacan, diciendo que somos la causa del mal porque existimos, porque somos prósperos, porque somos felices. Desean destruimos para poder hacer que el mundo sea como ellos desean que sea.

Richard volvió su atención a los seguidores de la Orden que estaban ya en aquel otro mundo, en el otro extremo del portal abierto. Los que estaban en el mundo de Richard también podían oírle.

—Os concedo vuestro deseo.

»Ahora tenéis lo que siempre habéis afirmado querer, un mundo en el que vuestras creencias gobiernen. Un mundo sin magia, sin hombres libres ni mentes libres. Podéis creer lo que deseáis, vivir como deseáis.

»Pero no nos tendréis a nosotros como la excusa para la infelicidad que creéis para vosotros mismos. No nos tendréis como una excusa para alimentar vuestro odio.

»No tendréis otro enemigo que vuestras miserables personas. Vuestro mundo será vuestro para que lo gobernéis como creáis conveniente, para que se desmorone a vuestro alrededor mientras os revolcáis en vuestro propio odio.

»Vuestros hijos, testigos de la crueldad sin sentido de vuestras ignorantes y obstinadas creencias, es de esperar que con el tiempo cambien vuestro mundo para bien, que conviertan sus propias vidas adultas en algo que valga la pena y sea dichoso. Pero eso dependerá por completo de ellos. Tendrán que elegir por sí mismos utilizar la razón en

lugar de la fuerza. Como todas las demás personas, tendrán que efectuar elecciones sobre cómo vivirán su única vida.

»Este mundo será nuestro.

»Éste será un mundo sin las enseñanzas de la Orden Imperial. Sin aquellos que desean utilizar la fuerza para imponernos esas creencias. Sin aquellos que nos asesinarían por querer vivir nuestras vidas.

»Este mundo será un mundo con todas las imperfecciones e incertidumbres de la vida, con todas las consecuencias de las elecciones poco afortunadas, con todas las privaciones y fracasos que presenta la vida, pero será un mundo en el que tendremos una oportunidad de hacer lo que queramos con nuestras vidas, un mundo en el que nuestras vidas nos pertenecerán y nuestros logros serán nuestros, un mundo en el que el hombre pueda aprender, crear, conseguir cosas y conservar los frutos de su mente y su trabajo. Éste será un mundo de libertad, un mundo en el que las personas tengan el derecho de vivir su vida como deseen, de creer lo que deseen, siempre y cuando sigan leyes razonadas y no usen la fuerza para imponer su voluntad a otros.

»No todos en este mundo tendrán éxito, o serán felices, o sabrán crear una vida moral para sí mismos. Por ahora, no obstante, para aquellos de nosotros que estamos vivos, será un mundo sin los seguidores de la Orden.

»Éste es un mundo de vida. La vida es lo que nosotros hacemos de ella. Podemos fracasar. Pero por el momento, tendremos la libertad de tener éxito o de fracasar. Cómo hagamos honor a esa libertad dependerá de cada uno de nosotros.

»A lo mejor nuestros hijos desaprovecharán todo esto, y desearán volver a sumirse en el padecimiento que traen los dogmas, pero, también eso, será el mundo que ellos crearán de nuevo para sí mismos. Ésa será su elección, su vida. También ellos tendrán que padecer las consecuencias si no prestan atención a las lecciones aprendidas a través de nuestra lucha. Será su responsabilidad para consigo mismos, para con sus propias vidas.

»Pero por ahora, para aquellos de nosotros que sí estamos vivos, aquellos de nosotros que existimos ahora, éste será un mundo donde la razón será libre para permitirnos vivir nuestras vidas, sin las creencias de la Orden Imperial.

»No obstante el daño que aquellos que están en ese recién creado mundo nos han infligido, no los mataré. No necesito matarlos. Mi responsabilidad para conmigo mismo y aquellos que amo es extirpar la amenaza para que podamos vivir. Eso he hecho.

»Nuestra venganza será vivir vidas llenas de amor, risas y alegría.

»Dedicaremos nuestra atención y valiosas vidas a las cuestiones que tienen significado en la vida, a aquellos que amamos y que nos importan, a nuestro futuro.

»A los que estáis en ese nuevo mundo lejano os espera lo que nos habráis traído a nosotros: mil años de oscuridad.

»Supongo que veneraréis eternamente aquello con lo que ya no tendréis ninguna conexión, que orareis eternamente por una vida después de la muerte con el Creador en el

mundo de los espíritus, pero estaréis aislados para siempre de cualquier mundo que no sea el vuestro. En ese mundo distante tendréis vuestras propias vidas, y una vez muertos, estaréis muertos. Vuestros espíritus ya no existirán. Vuestras almas se extinguirán junto con vuestras vidas.

»Tendréis vuestras vidas, y si las desperdiciáis continuando con visiones inventadas de salvación eterna, queriendo escapar de la realidad de la existencia, recogeréis tan sólo el vacío de la muerte tras soportar unas vidas no vividas. Tendréis una posibilidad de vivir; dependerá de vosotros valorar esas vidas preciosas o arrojarlas por la borda a cambio de nada.

»Queríais un nuevo amanecer de la humanidad. Queríais un mundo de la vida en el que suspirar por otros reinos inventados en vuestras mentes. Os concedo vuestro deseo. Ahora debéis vivir con él.

»Estaremos libres de vosotros.

»Vuestro mundo será vuestro. Jamás podéis regresar a este mundo, porque no existirá camino de vuelta.

»A vuestro mundo no lo rodeará ningún otro reino. Será una isla de vida. La eternidad os separará de todo lo que hay aquí. Eso significa que quedareis aislados del inframundo, del mundo de los muertos.

»Vuestra existencia en vuestro mundo será finita. Tendréis vuestras vidas, pero al morir vuestras almas dejarán de existir. Tenéis sólo una existencia... en vuestro mundo. Si seguís desperdiciándola, si no sois capaces de utilizar vuestras mentes para comprender como es debido la realidad de vuestro mundo, de vuestra singular existencia, os perderéis eso tan valioso que es vuestra propia vida.

»Tenéis vida. Ahora tenéis vuestro propio mundo. No podéis regresar jamás a éste. No podéis volver a hacernos daño jamás. Os doy lo que habéis querido: un mundo sin magia. Anhelaréis eternamente lo que ya no podéis tener.

»Estoy seguro de que cada nuevo día nos traerá desafíos que superar, pero las creencias de la Orden no serán uno de ellos. Como Nicci dijo, sois irrelevantes.

## 36

En aquel vacío de un blanco inmaculado, su hermana, Jennsen, apareció ante sus ojos. Tom la acompañaba, con el brazo posado en gesto tranquilizador alrededor de sus hombros. Anson, Owen y Marilee estaban también allí, salvo por Tom, todos estaban inmaculadamente desprovistos del don. Eran pilares de la Creación.

—Richard —dijo Jennsen—, queremos ir a ese mundo nuevo.

Una lágrima descendió por la mejilla de Richard. Sabía que todos aquellos que eran como ella pensaban lo mismo.

—Todos vosotros tenéis todo el derecho de permanecer aquí y vivir libres.

—Lo sé —dijo ella por todos.

—Pero me has enseñado el valor de la vida, y de respetar las vidas de otros. Éste es un mundo con magia. Somos pilares de la Creación. Necesitamos crecer y desarrollarnos, crear nuestro propio mundo, un mundo sin magia. Éste es tu mundo. Ese mundo distante es el nuestro.

Richard posó la mano sobre su mejilla.

—A pesar de lo mucho que querría que te quedaras, lo comprendo.

Más que comprender, había sabido que ellos querrían ir a ese otro mundo.

Richard sonrió ante lo hermosa que era ella, ante lo buena persona que era.

—Creo que encontrarás un hogar seguro para ti y tus amigos.

—¿Creéis que estaremos a salvo, lord Rahl? —preguntó Tom—. Quiero decir, teniendo en cuenta la naturaleza de las personas que enviasteis a habitar ese mundo lejano...

Richard asintió.

—Movimientos como la Orden, que no hacen más que degradar y destruir las vidas de sus creyentes, necesitan un enemigo para desviar la atención sobre la profunda aflicción que causan. Tal enemigo, como lo hemos sido nosotros, es lo que mantiene unido su caótico y desnortado padecimiento. Sin la excusa de un malvado y poderoso enemigo al que culpar, sus ideas, incluso aunque campen descontroladas durante mil años, acabarán por desmoronarse sobre sí mismas. La simple tiranía acostumbra a alzarse de esas cenizas

para volver a transformarse en un fuego sin llama una y otra vez a lo largo de la historia en ciclos interminables.

»Los inmaculadamente desprovistos del don serán un enemigo demasiado pequeño para que la Orden sea consciente de vuestra existencia, os tome en cuenta u os culpe. Simplemente seréis demasiado pequeños e insignificantes en número para ser una excusa que valga la pena.

—Estaremos a salvo —dijo Jennsen, respondiendo a la preocupación presente en los ojos de Richard—. Sin un enemigo como el que tenían aquí al que culpar, combatir y conquistar, la gente de la Orden volverá su odio hacia su interior. Se ensañarán con los suyos. Nos ocuparemos de no atraer demasiado su atención hacia nosotros. Estaremos perfectamente.

Richard asintió.

—Si os cruzáis en su camino, ante su vista, os aplastarán, pero tengo la esperanza de que tú y tu gente podáis hallar un lugar..., quizás en la zona conocida como Bandakar, aquí, en este mundo. Podéis vivir vuestras propias vidas allí. Desearía que fuera de otro modo, pero sé que debe ser así.

»He enviado el hechizo Cadena de Fuego a ese distante mundo nuevo —le explicó—. Se abrirá paso por todos los que viven allí, borrando su recuerdo de este mundo, de lo que habéis dejado atrás. Debo dejarlo infectado con los repiques para asegurar que cualquier magia llevada a ese mundo lejano será destruida.

»Junto con la magia, los recuerdos de este lugar quedarán destruidos.

»No tengo ni idea de cómo se llenarán los huecos en los recuerdos de esas personas, con qué sustituirán su historia real, sus recuerdos auténticos. Esos recuerdos creados serán por definición más tenaces que la realidad que había aquí. Esos recuerdos creados se unirán en la mente de los hombres a través del hechizo Cadena de Fuego, convirtiéndose en una convicción común, una certeza compartida. Esas creencias prevalecerán sobre las generaciones futuras. Cualquier recuerdo sobre nosotros acabará por desaparecer en ese mundo lejano.

»Pero no puedo contar con que el hechizo Cadena de Fuego y la contaminación destruyan toda la magia. Sencillamente no puedo estar seguro de que aquellos que todavía poseerán magia allí durante un tiempo no hallen un modo de remediarlo.

Richard posó una mano sobre el hombro de Jennsen.

—Tú, y los que son como tú, seréis el seguro para el futuro de vuestro mundo, el seguro de que la magia quedará borrada para siempre en ese mundo, mediante las generaciones futuras. Una vez que vuestros descendientes, con el paso del tiempo, transmitan su rasgo característico a todos los que nazcan, ya no habrá más magia en ese mundo distante, incluso aunque alguien intente preservarla para sus propias ambiciones despóticas. El tiempo, y todos esos pilares de la Creación que nazcan, esparcirán esa característica vuestra de carecer de la chispa del don, de modo que, en el futuro, nadie en

ese mundo podrá volver a nacer con la menor chispa del don, nadie podrá hacer regresar la magia. Pero ésta seguirá viviendo aquí.

»Sé que me recordarás, Jennsen, pero también sé que tras un tiempo, ese recuerdo, junto con todo lo de este mundo, todo lo que había en él, se desvanecerá y pasará a ser tan sólo una leyenda.

Richard se giró hacia Tom, el fornido d'haraniano rubio.

—Tú no estás inmaculadamente desprovisto del don.

Tom asintió.

—Lo sé, pero amo a Jennsen y deseo estar con ella más que cualquier cosa en la vida. Dondequiera que estemos juntos será maravilloso, y tendremos una vida maravillosa juntos. Me siento emocionado ante la perspectiva de ayudar a construir un mundo para nosotros, un mundo donde Jennsen y todas las otras personas sin el don no serán diferentes, sino tan sólo personas.

»Os pido, lord Rahl, que me liberéis de vuestro servicio de modo que pueda consagrarse mi vida a amar y proteger a vuestra hermana, así como a nuestra gente en el nuevo mundo.

Richard sonrió a la vez que estrechaba la mano del hombre.

—No hay necesidad de que te libere, Tom. Siempre me has servido por tu propia voluntad. Te estaré agradecido eternamente por haber hecho feliz a Jennsen.

Tom saludó llevándose un puño al corazón, luego, con una amplia sonrisa, abrazó brevemente a Richard. Owen, Anson y Marilee, también sonriendo emocionados ante las vidas que tenían por delante, estrecharon la mano a Richard, dándole las gracias por enseñarles cómo abrazar la vida.

—Te quiero —susurró Jennsen a la vez que le daba un fuerte abrazo—. Gracias, Richard, por ayudarme a amar la vida. Incluso aunque te olvide, siempre estarás en mi corazón.

Mientras se alejaba, ella y los demás empezaron a desvanecerse en el blanco vacío del portal.

Completamente solo en el blanco vacío, Richard agarró la *Espada de la Verdad* para retirarla de la Caja del Destino, para extraer la llave del portal. Sólo podía pensar en que aunque todo había salido como había planeado, la única cosa que había deseado con más ansia había fracasado.

El campo estéril que había necesitado para permitir que el poder de las cajas tuviera éxito había sido contaminado. Kahlan había sabido que él la amaba.

—Eres una persona poco común, Richard Rahl —oyó decir a la voz más hermosa del mundo.

Se dio la vuelta y se encontró con ella de pie delante de él. Los ojos verdes de Kahlan chispeaban. Lucía su sonrisa especial que no lucía para nadie más.

Richard se quedó paralizado, con una mano sujetando la espada con tanta fuerza que podía sentir la palabra verdad presionando contra la mano.

Kahlan se le acercó y deslizó un brazo alrededor de su cuello.

—Richard, te amo.

Richard le rodeó la cintura con un brazo, abrumado por sus sentimientos.

—No comprendo. No tendría que funcionar, el campo estéril lo alteró un conocimiento previo.

—Estaba protegida —dijo ella con una sonrisa maliciosa.

—¿Protegida? —Richard frunció el entrecejo—. ¿Cómo?

—Y me había vuelto a enamorar de ti. No necesitaba un campo estéril. Creo que desde el primer momento en que te vi en aquella jaula que entraba en el campamento de la Orden empecé a enamorarme de ti. En todo lo que hacías, revelabas la clase de hombre que eres... el hombre del que me enamoré hace tanto tiempo, el hombre con el que me casé en el poblado de la gente barro.

—Cuando me entregaste aquella talla de *Espíritu*, eso confirmó todo lo que yo había vuelto a saber.

»El arte revela la personalidad del artista. El arte revela los ideales de un hombre, lo que valora. Cualquiera que sienta tanta veneración, tanta pasión por la nobleza del espíritu humano, sólo podría ser un hombre que comparte mi pasión por la vida.

Richard sonrió mientras notaba como una lágrima le corría por la mejilla.

—Fui al inframundo a conseguir los recuerdos arrebatados por la Magia de Resta de Cadena de Fuego. Allí averigüé que el núcleo de esos recuerdos sólo podía ser restituido si los aceptabas por tu propia voluntad. Los puse en aquella talla.

»Cuando la aceptaste, aceptaste los recuerdos de todo el mundo. Rompiste el hechizo Cadena de Fuego que había arrebatado tantas cosas a tantas personas. Al estar tan dispuesta a abrazar todo lo que es bueno, a valorar la belleza de la vida y llevarla en el corazón, devolviste a todos sus recuerdos.

Ella lo miró a los ojos durante un larguísimo instante.

Y entonces él besó a su esposa, la mujer que amaba, la mujer que lo significaba todo para él. La mujer que lo amaba.

La mujer por la que había ido al inframundo y regresado.

Mientras se ensimismaba en aquel beso y los brazos de Kahlan se apretaban a su alrededor, apartó la *Espada de la Verdad* de la Caja del Destino, cerrando el portal para siempre.

Cuando Richard abrió por fin los ojos, el mundo había regresado. Zedd estaba de pie a poca distancia, contemplándolos, sonriente.

—Zedd —dijo Richard, parpadeando al ver a todas las otras personas que había también allí.

—No hay necesidad de disculparse, muchacho.

—No me estaba disculpando.

Zedd les indicó con un ademán que continuaran.

—Bueno, tienes derecho a besar a tu esposa tras todo este tiempo. Siempre supe que vosotros dos os pertenecíais el uno al otro para toda la eternidad.

»Sólo desearía que no hubieras tardado tanto en descifrar todo esto.

Richard miró con severidad a su abuelo.

—Lamento haberte causado molestias. A lo mejor deberías haberme enseñado un poco mejor desde un principio y así no habría tardado tanto.

Zedd se encogió de hombros.

—Debo de haber sido un buen maestro. Lo hiciste bien. —Richard —dijo Nathan a la vez que avanzaba—. ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

Richard miró a su alrededor.

—Bueno, eso creo.

—¡Cumpliste la profecía!

Richard ladeó la cabeza para mirar al profeta con escepticismo.

—¿Qué profecía?

—¡La profecía sobre el gran vacío!

Richard hizo una mueca.

—Pero acabo de salvarnos del gran vacío que nos advertiste que era la amenaza que indicaba la profecía.

Nathan alzó los brazos con gran agitación.

—No, no, ¿no lo ves? Acabas de crear un mundo donde la magia no existe. Por eso la profecía ve ese otro mundo como un vacío... ¡porque la profecía no puede ver dentro de un mundo sin magia! La profecía en realidad predecía lo que harías. Cuando separaste los mundos, ésa era la bifurcación de que hablaba la profecía. El gran vacío es la profecía de ese otro mundo.

—Si tú lo dices, Nathan... —repuso Richard con un suspiro.

—Hay algo que no comprendo —dijo Zedd—. ¿Cómo sabías que la *Espada de la Verdad* era la llave para abrir las Cajas del Destino? Quiero decir que tú sabías que el *Libro*

*de las sombras contadas* no podía ser el auténtico medio porque el poder de las cajas era anterior a la existencia de las Confesoras. Pero ese poder también era anterior a la *Espada de la Verdad*. ¿Cómo podía ser ella la clave?

—La espada protegió mi mente del hechizo Cadena de Fuego porque las Cajas del Destino son la contramedida al hechizo Cadena de Fuego, y la *Espada de la Verdad*... o, más correctamente, la magia de la que está investida... es la clave para usar las cajas, de modo que forma parte del poder de éstas. Ésa fue la chispa de comprensión que hizo que me diera cuenta de que la espada era la clave. Como yo la sujetaba cuando las Hermanas activaron el hechizo, protegió mis recuerdos de Kahlan, y la espada interrumpía los efectos continuados del hechizo para aquellos que la tocaban.

Zedd se puso en jarras.

—Pero la espada se creó después que las cajas.

—Ése era el truco.

—¡Un truco!

—Qué mejor modo de proteger algo de un poder tan profundo que con un truco, en lugar de con una estructura mágica compleja, como el *Libro de las sombras contadas*.

»Al fin y al cabo, un truco, si se hace bien, es magia. —Richard sonrió—. Me enseñaste eso, ¿recuerdas? Eso fue lo que los magos de aquella época hicieron. Todo el asunto del *Libro de las sombras contadas* fue un truco para esconder la auténtica llave: la *Espada de la Verdad*. A la espada la invistieron con la magia necesaria para abrir las cajas. El libro era una estratagema, un truco, para despistar a todo el mundo.

»La auténtica llave... la espada... posee elementos mágicos que completan la magia construida de las cajas. La espada contiene esos elementos necesarios. Puede que la espada fuera creada después, pero la magia con la que la invistieron era magia creada por los mismos magos que crearon las cajas. Estuvo justo ante las narices de todo el mundo todo el tiempo.

»Ése era el motivo de que la *Espada de la Verdad* haya sido siempre responsabilidad del Primer Mago. Su valor era incommensurable.

»Tú, Zedd, fuiste un cuidador digno de la espada. Encontraste a la persona correcta para ella, a la persona correcta para ser el auténtico Buscador de la Verdad.

»La razón de que fuera tan importante encontrar a la persona correcta para ser el Buscador era que sólo esa clase de persona, con auténtico amor por la vida y empatía para con los otros, conseguiría hacer que la hoja se volviera blanca. Únicamente esa persona, cuando tocara con ella la caja correcta, podría volver blanca la hoja.

»Tan sólo un Buscador de la Verdad auténtico puede usar la *Espada de la Verdad* y de ese modo el poder de las cajas.

»Ése es el mensaje de la admonición al inicio del *Libro de la Vida* que dice: "Aquellos que han venido aquí a odiar deberían marchar ahora, pues en su odio no hacen más que

traicionarse a sí mismos". La *Espada de la Verdad* exige compasión para funcionar. El odio no hará que la hoja se vuelva blanca... sólo la compasión lo hará. Ése es el mecanismo de seguridad definitivo del poder de las cajas. Al mismo tiempo, funciona como la llave de las Cajas del Destino.

»No puedes utilizar el odio para hacer que el poder funcione. El odio no es una parte de la solución. *El libro de la vida* nos advierte justo de eso. Una vez que captas el concepto, es todo muy simple.

—Sí, ya veo lo simple que es —masculló Zedd para sí mientras hundía un dedo en su mata de rebelde pelo blanco para rascarse el cuero cabelludo.

Nathan chasqueó los dedos a la vez que se giraba hacia Zedd.

—Ahora también comprendo esa otra profecía.

Zedd alzó la mirada.

—¿Cuál?

Nathan se inclinó más cerca de él.

—Recuerdas: «Algún día, alguien no nacido en este mundo tendrá que salvarlo». Ahora tiene más sentido.

Zedd frunció el entrecejo.

—No para mí.

Nathan agitó una mano.

—Bueno, tendremos que resolver los detalles más tarde.

Zedd dirigió una mirada penetrante a Richard.

—Hay muchas preguntas pendientes, mucho que comprender. Como Primer Mago necesito saberlo todo para poder decirte si tienes todos los detalles correctos. ¿Y si efectuaste algún error de cálculo? Es necesario que sepamos si...

—No había tiempo —dijo Richard, interrumpiéndolo—. A veces uno tiene sólo un instante para hacer algo, y en tales circunstancias no pueden tenerse en cuenta ni resolverse todas las eventualidades. En ese instante no todas las circunstancias se pueden reconocer, y mucho menos preverlas o darles solución.

»A veces es más importante atrapar la oportunidad y hacer lo que puedas, aun cuando sepas que es probable que no lo resuelva todo.

»Sólo más tarde puede uno reflexionar.

»Tenía que actuar. Lo hice lo mejor que pude antes de que fuera demasiado tarde.

Zedd sonrió y luego apretó el hombro de Richard.

—Lo hiciste bien, muchacho. Lo hiciste bien.

—Sí, ya lo creo que lo hizo bien —dijo Nicci.

Todos se dieron la vuelta y la vieron avanzando por el sendero, con una sonrisa enorme en el rostro.

—Acabo de comprobarlo. El ejército de la Orden Imperial ha desaparecido de las llanuras Azrith. Quedan unos cuantos hombres, aquellos que son como Bruce, que quieren la oportunidad de vivir libres para intentar aprovechar a sus vidas.

Todos los presentes lanzaron un grito de entusiasmo al oír la confirmación de que el vasto ejército de la Orden Imperial había desaparecido.

En cuanto Nicci estuvo cerca, Kahlan la abrazó. Finalmente se apartó y dedicó una sonrisa de complicidad a la hechicera.

—Sólo alguien que realmente lo ame habría hecho todo lo que hiciste para traerme de vuelta. Eres más que una amiga para nosotros.

—Richard me enseñó que amar a alguien significa que en ocasiones te sientes más realizado al poner sus más profundos deseos por delante de los tuyos. No negaré que lo quiero, Kahlan, pero no podría sentirme más feliz por vosotros dos. Veros juntos, y tan enamorados, me produce una tremenda alegría.

Nicci volvió su atención a Richard, mirándolo con una seriedad perturbadora.

—Quiero saber cómo pudiste crear un mundo lejano en el otro lado de ninguna parte y enviar allí a todo el mundo.

—Bueno —empezó a decir él—, leí en los libros sobre la teoría que rige las cajas que el portal que se creaba podía curvar la magia en cierto modo para contrarrestar Cadena de Fuego. Eso me dio la idea.

Sacó la tela blanca doblada del bolsillo.

—¿Ves esto? Una gota de tinta cayó aquí.

Zedd se inclinó al frente.

—¿Y qué?

Richard desdobló la tela.

—Mirad —dijo, señalando los dos puntos en lados opuestos de la tela—. Cuando la tela estada doblada, estos dos puntos se tocan. Cuando la desdoblas, están en lados opuestos.

»El poder de las cajas es capaz de curvar la existencia; de hecho ese poder es la curva en la existencia capaz de deshacer Cadena de Fuego y restituir los recuerdos. Así que usé el poder de las cajas para crear una imagen de este mundo. El poder envió a esas personas a través del portal a ese otro mundo que estaba en realidad justo aquí, en el mismo lugar, y, luego, cuando yo extraje la espada de la caja y cerré el portal, ese otro mundo pasó a estar en el otro lado de la existencia; igual que esta mancha que estaba en una ocasión tocando a la original y ahora está en el otro extremo de la tela.

—Así que lo que quieras decir —dijo Zedd, mientras se frotaba el mentón— es que el poder de las cajas creó un portal que por un momento unió los dos lugares para permitir

a aquellos que deseaban un mundo sin magia pasar al otro lado, y luego separó a los mundos para siempre.

—Aprendes muy de prisa —repuso Richard en tono socarrón.

Zedd le asestó un manotazo en el hombro.

Richard avanzó unos cuantos pasos para posar una mano en el hombro de Verna.

—Fue Warren quien me proporcionó la chispa de la idea. Él fue el primero que me contó que las Cajas del Destino eran un portal, un conducto a través del inframundo. No podría haberlo hecho sin Warren. Nos ayudó a todos con sus conocimientos.

Vana, con los ojos anegados de lágrimas, acarició la espalda a Richard.

Richard alzó el amuleto que llevaba al cuello, el que había llevado en el pasado el mago Baracoas.

—Este amuleto ilustra la danza con la muerte. Implica algo más que el simple combate con la espada, o incluso que vivir la vida. El emblema también contiene lo que necesitaba para ir al inframundo, al mundo de los muertos. Esto es parte de lo que Baraccus quería que yo comprendiera.

»Pero este amuleto también representa el movimiento final de la danza con la muerte, la estocada mortal, que hacía falta para usar las Cajas del Destino.

Kahlan le rodeó la cintura con el brazo.

—Seguro que, en alguna parte, el mago Baraccus se siente orgulloso de ti, Richard.

—Has hecho que todos nos sintiéramos orgullosos de ti —dijo Zedd.

Los ojos azules de Nicci centellearon junto con su sonrisa.

—Desde luego que lo ha hecho.

Zedd sonrió de un modo que Richard no había visto en mucho tiempo. Era el viejo Zedd, el abuelo de Richard, el consejero y el amigo. El anciano mago habló con sosegado orgullo:

—Lo que todos esos antiguos magos trataron de hacer con la gran barrera del sur, y lo que yo, como Primer Mago, traté de hacer con los límites, tú lo conseguiste, Richard.

»Eliminaste la amenaza para impedir que ellos volvieran a hacernos daño jamás, pero dejaste vida para el futuro. Todos los hijos de esas personas tendrán una posibilidad de aprender de los errores de sus padres y, posiblemente, aprenderán y crecerán y se alzarán por encima del odio como un modo de vida. Les has dado un mundo en el que vivir su odio hacia la vida, un mundo al que conducir a mil años de oscuridad, pero también has dado a las generaciones futuras la oportunidad de que la humanidad renazca allí, la cual, con un poco de suerte, abrazará la vida y la nobleza del espíritu humano.

»Has dado a ambos mundos el don de la vida, y lo hiciste mediante una firmeza carente de odio.

## 37

Una brisa templada alzó los cabellos rojos de Jennsen mientras ésta contemplaba con fijeza la letra «R» grabada en el mango de plata de su cuchillo.

—¿Estás pensando en tu hermano? —preguntó Tom mientras se le acercaba, sacándola de sus recuerdos.

Ella alzó los ojos para sonreír a su esposo.

—Sí, pero sólo pensamientos agradables.

—Yo también echo de menos a lord Rahl.

Sacó su propio cuchillo para contemplarlo. Era idéntico al de Jennsen. El suyo tenía la misma elaborada letra «R», que representaba a la Casa de Rahl. Tom había pasado la mayor parte de su joven vida adulta como miembro de las fuerzas especiales que servían encubiertamente para proteger a lord Rahl. Así se había ganado el derecho a llevar aquel cuchillo.

Jennsen apoyó un hombro contra el marco de la puerta.

—Casi acababas de tener a un lord Rahl al que valía la pena servir cuando renunciaste a todo para venir aquí conmigo.

—Sabes —repuso él, sonriendo a la vez que devolvía el cuchillo a su funda—, me gusta bastante mi nueva vida con mi nueva esposa.

Ella rodeó con los brazos al hombretón.

—¿Te gusta, verdad? —preguntó con tono picarón.

—También me gusta mi nuevo nombre —añadió él—. Por fin me he acostumbrado a él. Me siento cómodo con él.

Al casarse, Tom había tomado su nombre, Rahl, para que pudieran mantenerlo en el nuevo mundo. Parecía apropiado que el hombre que les había dado su nueva vida fuera recordado de algún modo.

En todos los otros aspectos él estaba desapareciendo ya de la memoria.

A Jennsen le sorprendía el modo en que tantas personas ni siquiera recordaban ya el lugar del que venían, su antiguo mundo. Era tal y como Richard había dicho: el hechizo Cadena de Fuego estaba haciendo desaparecer sus recuerdos y aquellos espacios en blanco se estaban reconstruyendo con recuerdos nuevos, creencias nuevas, sobre quiénes eran.

Puesto que el hechizo Cadena de Fuego y la contaminación que contenía eran ambas cosas Magia de Resta, ello había afectado incluso a los inmaculadamente desprovistos del don, de modo que incluso éstos seguían perdiendo la memoria de quiénes y qué habían sido.

En su mayor parte, la magia había pasado a ser poco más que superstición. Los magos y hechiceras eran aún menos importantes. Habían pasado a convertirse tan sólo en relatos contados alrededor de las fogatas para asustar a la gente y reírse un poco. Los dragones estaban pasando a ser sólo folclore. En este mundo no había dragones.

Cualquiera que poseyera magia la iba perdiendo. Su habilidad se extinguía, eliminada por la contaminación dejada por los repiques. Día a día perdían más poder. Con el tiempo, pasarían a ser viejas brujas que vivirían aisladas en zonas pantanosas y a las que la mayoría de las personas considerarían viejas locas.

Cualquier rastro del don que sobreviviera, en el caso de que no lo marchitara la contaminación de los repiques que habían traído con ellos a su mundo, acabaría siendo eliminado por los descendientes de los inmaculadamente desprovistos del don. Sería sólo una cuestión de generaciones que no quedara rastro del don en la humanidad. Tal y como la Orden había dicho que quería que sucediera.

Todo el mundo estaba preocupado por cosas más importantes ahora. Sus vidas giraban en la actualidad alrededor del duro trabajo de sobrevivir. La gente había olvidado cómo hacer cosas, cómo crear cosas. Incluso lo que en el pasado habían parecido las cosas más corrientes, tales como los métodos de construcción, se estaba perdiendo. Las personas que había en este nuevo mundo jamás supieron cómo crear. Habían dependido de que otros construyeran y crearan. Harían falta generaciones para volver a descubrir todo aquello.

Aquellos que pertenecían a la antigua vida, que creaban, que inventaban, que hacían la vida más fácil para todo el mundo y que fueron el objeto de tal odio, no estaban en este mundo para ayudar a hacer que la vida fuera mejor. Las personas que quedaban, en su mayoría, tenían que salir adelante lo mejor que podían.

Para muchos de los que vivían en una era tan oscura, la enfermedad y la muerte eran sus constantes compañeras, y tal y como habían hecho en el mundo del que habían sido expulsados, recurrieron a la superstición y a una aceptación lúgubre y fatalista de lo miserable que era la vida.

Parecía que en todos los lugares a los que viajaban para comerciar y conseguir suministros, Tom y Jennsen veían alzarse iglesias. Hombres de Dios recorrían el territorio para extender su palabra y exigir devoción a Él.

Jennsen y su gente se mantenían aparte por lo general, disfrutando de los frutos de su propio trabajo y de la sencilla alegría de que les dejaran en paz tiranos y personas brutales. Algunos de ellos, no obstante, habían empezado a conservar los símbolos de las creencias religiosas que otros les insistían que tuvieran. Parecía más fácil seguir la corriente que cuestionarla, aceptar creencias elaboradas por otros que pensar por sí mismos.

Jennsen sabía que el mundo en el que estaban iba a hundirse en una era muy oscura, pero también sabía que dentro de aquel mundo oscuro, ella y los suyos podían forjarse su propio lugar de felicidad, alegría y risas. El resto del mundo estaba demasiado ocupado padeciendo para preocuparse por la remota área donde vivían unas pocas gentes tranquilas. De todos modos, algunos de los inmaculadamente desprovistos del don, a medida que sus recuerdos del viejo mundo desaparecían, se habían marchado para ir a vivir a ciudades y lugares lejanos.

Sin saberlo, llevaban con ellos la peculiaridad de la carencia total del don y esta carencia seguiría expandiéndose hasta los lejanos confines del mundo.

—¿Qué tal el huerto? —preguntó a Tom mientras éste se limpiaba el barro de las botas.

Él se rascó la cabeza rubia a la vez que sonreía ampliamente.

—Las cosas están creciendo, Jenn. ¿Puedes creerlo? Estoy cultivando cosas, yo, Tom Rahl. Me está resultando más que agradable.

»Y creo que la cerda va a tener sus lechones en cualquier momento. Te lo aseguro, *Betty* está como loca. Por el modo en que menea la cola, tengo la sensación de que cree que los lechones van a ser tuyos.

*Betty*, la cabra de Jennsen, estaba encantada con su nuevo hogar. Podía estar cerca de Tom y Jennsen todo el tiempo y podía actuar como la mandamás del lugar. *Betty* tenía dos caballos de los que estaba enamorada, una mula a la que toleraba y unas gallinas que estaban por debajo de ella. Pronto tendría sus propias crías.

Tom recostó el hombro contra la pared y cruzó los brazos mientras contemplaba con semblante agradecido el hermoso paisaje primaveral.

—Creo que nos irá estupendamente, Jenn.

Ella se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Fantástico, porque voy a tener un bebé.

Él pareció estupefacto por un momento, luego dio un salto y silbó de entusiasmo.

—¡Lo vas a tener! ¡Jennsen, eso es maravilloso! ¿Vamos a traer a un nuevo pequeño Rahl a un mundo nuevo? ¿De verdad?

Jennsen rio, asintiendo ante su entusiasmo.

Deseó que Richard y Kahlan lo supieran, que pudieran venir a visitarles una vez que ella tuviera su bebé.

Pero Richard y Kahlan estaban en otro mundo.

Ella había acabado por amar los extensos campos bañados por el sol, los árboles, las hermosas montañas a lo lejos, y la acogedora casa que habían construido. Era su hogar. Un hogar lleno de amor y vida. Deseó que su madre pudiera ver el lugar que ocupaba en el mundo. Deseó que Richard y Kahlan pudieran ver su nuevo hogar, el lugar que Tom y ella había construido de la nada. Sabía lo orgulloso que Richard se sentiría.

Jennsen sabía que Richard era real, pero para el resto de sus amigos en el nuevo mundo, Richard y todo lo que personificaba, todo lo que representaba, todo lo que ellos había conocido una vez... estaba pasando al nebuloso reino de la leyenda y el mito.

## 38

Kahlan se paraba casi a cada paso para saludar a gente. Se alzó sobre las puntas de los pies para contemplar la multitud, intentando ver a las personas que buscaba, a las personas que estaba ansiosa por ver otra vez. Daba la impresión de que el mundo entero se había congregado en los extensos corredores del Palacio del Pueblo. No podía recordar haber visto nunca a tantas personas asistiendo a algo.

Pero, por otra parte, éste era un acontecimiento especial, algo que nadie había visto nunca antes. Nadie quería perdérselo.

El mundo era un lugar distinto. Con tantas gentes consagradas al odio desterradas de este mundo, había, daba la impresión, un renacimiento del espíritu. Se había espoleado la innovación y la invención para economizar esfuerzos, habida cuenta de que había muchas menos personas. Cada día se enteraba de logros, del desarrollo de cosas nuevas. Las oportunidades para que las personas crearan y prosperaran ya no estaban restringidas. El mundo parecía estar floreciendo.

Kahlan paró cuando alguien le cogió el brazo. Volvió la cabeza y vio a Jillian con su abuelo. Kahlan dio un fuerte abrazo a la muchacha y contó a su abuelo la valiente jovencita que había sido, y cómo había ayudado a salvarlos a todos lanzando sueños. El abuelo de Jillian sonrió orgulloso.

La gente asediaba a Kahlan para tomar su mano, para decirle lo hermosa que estaba, para preguntarle si Richard y ella estaban bien. La multitud parecía transportarla al frente flotando. Era una delicia ver un festejo como aquél, tanta alegría y buena voluntad unidas así.

Varios miembros del personal de la cripta la pararon para expresar su emoción por haber sido invitados. Ella abrazó a una de las mujeres para impedirle seguir hablando. Cuando Richard había desencadenado el poder de las cajas, les habían vuelto a crecer las lenguas. Desde entonces, Kahlan no creía que ninguno de los servidores de la cripta hubiera dejado de hablar.

Divisó a Nathan paseando tranquilamente por el pasillo. Su abundante cabellera de lacio pelo blanco descendía hasta unas amplias espaldas que sostenían una capa de terciopelo azul sobre una camisa blanca de volantes. Llevaba una elegante espada colgada a la cadera. Según él le proporcionaba un aspecto gallardo. Tenía a una mujer atractiva en cada brazo, así que funcionaba. Kahlan deseó que Richard resultara igual de toscamente atractivo luciendo su espada cuando tuviera mil años.

Saludó a Nathan con la mano a través de un mar de gente. Él señaló para indicar que la vería con Richard, y ella se encaminó en aquella dirección. Cuando divisó a Vana, Kahlan cogió a la Prelada del brazo.

—¡Verna, has venido!

Verna sonrió radiante.

—Ni se me ocurriría perderme una cosa así.

—¿Qué tal la vida en el Alcázar del Hechicero? ¿Están tus Hermanas felices allí?

La sonrisa de Verna se ensanchó.

—Kahlan, no sé cómo explicártelo. Hemos encontrado a unos cuantos muchachos nuevos que tienen el don. Han venido a unirse a nosotros y les hemos estado enseñando. Es muy distinto a como era antes, mejor. Es todo tan nuevo y emocionante con un Primer Mago para ayudar... Ver a muchachos tan jóvenes llegar a conocer su don...

—¿Y la vida con Zedd en el Alcázar?

—Zedd no ha parecido nunca tan feliz. Con un Alcázar lleno de gente pensarías que estaría de malhumor, pero te lo aseguro, Kahlan, ese hombre ha renacido. Es como si volviera a ser un niño al tener a Chase y a Emma viviendo allí ahora, con todos sus hijos, y los muchachos que aprenden a usar su don. El lugar vuelve a estar lleno de vida.

A Kahlan se le hacía un nudo de emoción sólo de oírlo.

—Eso suena maravilloso, Verna.

—¿Cuándo vendréis a visitarnos? Todo el mundo quiere volveros a ver a Richard y a ti. Zedd se ha ocupado de que repararan los daños causados al Palacio de las Confesoras. Está listo para que regreses a visitar tu hogar cuando lo deseas. No te creerías la cantidad de empleados que han regresado y esperan que Richard y tú paséis algún tiempo allí.

Le causaba una gran alegría a Kahlan el saber que tantísimas personas eran sinceras en su deseo de tenerla cerca. Había crecido siendo una Confesora, una mujer temida por todos. Ahora, debido a Richard y a todo lo que había sucedido, la querían por sí misma, y en su calidad de Madre Confesora.

—Pronto, Verna, pronto. Richard ha estado hablando sobre irse de aquí. El palacio le está volviendo loco. Está rodeado de mármol y lo que quiere es salir a contemplar árboles.

Verna besó a Kahlan en la mejilla antes de que Kahlan reanudara la marcha. La Madre Confesora había recorrido sólo una corta distancia cuando el capitán Zimmer la vio y se golpeó el pecho con el puño como saludo.

—¿Tiene orejas que mostrarme, capitán?

Él le dedicó una sonrisa de complicidad.

—Lo siento, Madre Confesora. No he tenido necesidad de hacer acopio de más, últimamente... gracias a vos y a lord Rahl.

Ella le dio un apretón en el hombro y siguió andando.

Por fin descubrió a Richard a través de la multitud. Él se giró para mirarla, casi como si pudiera percibir su presencia. Ella no dudó de que pudiera.

Verlo, como siempre sucedía, la hacía sentir débil por la alegría que le causaba. Él tenía un aspecto magnífico con su vestimenta negra de mago guerrero, un atuendo apropiado para la ocasión.

Cuando lo alcanzó y él le rodeó con suavidad la cintura, atrayéndola hacia él para besarla, el resto del mundo, los miles de personas, allí presentes, desaparecieron de su mente.

—Te amo —musitó él en su oído—. Era la mujer más hermosa que hay aquí.

—No sé, lord Rahl —repuso con una sonrisa pícara—, hay muchas. Será mejor que no juzguéis con tanta rapidez.

Richard vio a Víctor Cascella, con su sonrisa lobuna, llevarse el puño al corazón en un saludo, Richard, sonriendo al herrero, le devolvió el saludo del mismo modo.

Kahlan divisó a Zedd entonces. Abrazó al anciano.

—¡Zedd!

—No aprietas tanto que acabarás conmigo.

Ella se apartó, sujetándole los brazos.

—¡Estoy tan contenta de que hayas venido!

La sonrisa del anciano era contagiosa.

—No me lo perdería por nada del mundo, querida mía.

—¿Te estás divirtiendo? ¿Has comido algo?

—Me lo estaría pasando mejor si Richard me dejara en paz para que pudiera probar unos cuantos de esos manjares de aspecto delicioso.

Richard hizo una mueca.

—Zedd, el personal de las cocinas sale huyendo cuando te ven.

Kahlan notó que alguien le cogía la mano.

—¡Rachel! —Se inclinó y abrazó a la niña—. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. Zedd me ha estado enseñando a dibujar. Cuando no está comiendo.

Kahlan lanzó una carcajada.

—¿Te gusta vivir en el Alcázar?

Rachel sonrió de oreja a oreja.

—Es de lo más divertido. Tengo hermanos y amigos. Y a Chase y a Emma, claro. Creo que a Chase le gusta de verdad ser un guardia del Alcázar.

—Apuesto a que sí —dijo Richard.

—Y algún día —añadió Rachel— puede que nos mudemos a Tamarang a vivir en el castillo. Pero Zedd dice que me falta mucho para que esté preparada para eso.

Rachel había nacido con la sangre real que era portadora de la habilidad para dibujar hechizos en las cuevas sagradas. Era técnicamente la reina de Tamarang, y algún día sería una gran reina y dibujaría cosas maravillosas.

—Zedd —dijo Kahlan—, ¿has visto a Adie?

—Sí —Zedd sonrió para sí—. Friedrich Gilder la hace feliz. Si alguna vez hubo una mujer que mereciera hallar la felicidad, creo que ésa era Adie. Fue una suerte para ella que viajara al Alcázar cuando el palacio estaba bajo asedio y tropezara con Friedrich. Los dos parecieron hacer buenas migas al instante. Ahora que Aydindril vuelve a estar llena de vida, Friedrich tiene más trabajo como dorador del que puede hacer. Apenas consigo que nos haga nada para el Alcázar.

—¿Y tú estás bien? —preguntó Kahlan.

El anciano enarcó las cejas.

—Bueno lo estaré cuando Richard y tú vengáis, y os quedéis una temporada. —Agitó un dedo en dirección a Richard—. Te lo aseguro, Richard, en ocasiones me da la impresión de que te has ido al inframundo, a vivir en el Templo de los Vientos.

Richard dirigió una mirada imperturbable a su abuelo.

—El Templo de los Vientos no está en el inframundo.

—Desde luego que lo está. Fue desterrado allí durante...

—Lo traje de vuelta.

Zedd se quedó rígido.

—¿Qué?

Richard asintió con una levísima sonrisa.

—Cuando fui al inframundo antes de abrir el poder de las cajas, hice unas cuantas cosas. Mientras el portal del poder de las cajas estaba abierto pude colocar el templo de vuelta al lugar al que pertenece. En este mundo. Fue diseñado, creado y construido por la mente del hombre. Pertenece al hombre. Las cosas que contiene fueron creaciones de la mente del hombre. Pertenece a los hombres. Lo traje de vuelta para aquellos de nosotros que valoramos esa genialidad.

Zedd todavía no había ni pestañeado.

—Pero eso es peligroso...

—Lo sé. Me aseguré de que por ahora nadie salvo yo pueda entrar en él. Razoné que cuando no estés ocupado, tú y yo podríamos ir a visitarlo. Es un lugar bastante notable, la verdad. En la Sala del Cielo el techo de piedra es como una ventana que muestra el

firmamento. Es muy hermoso. Me encantaría ser quien te mostrara un lugar que nadie más ha visto en tres mil años.

Zedd estaba boquiabierto. Alzó un dedo.

—Richard, ¿hiciste alguna cosa más mientras el portal de las

Cajas del Destino estaba abierto?

—Unas cuantas cosas, ya te he dicho —repuso él, encogiéndose de hombros.

—¿Qué más hiciste?

—Bueno, para empezar, lo arreglé para que la fruta roja en la Tierra Central dejé de ser venenosa, tal y como te prometí que haría hace mucho tiempo.

—¿Qué más?

—Bueno, yo... ¡oh, mira, es hora de empezar! Tengo que irme. Hablaremos más tarde.

Zedd arrugó la frente.

—Ten por seguro que lo haremos.

Tomando la mano de Kahlan, Richard ascendió los peldaños hasta la plataforma de la plaza de la plegaria. Egan y Ulic permanecían de pie con las manos cruzadas, aguardando a lord Rahl. Richard ocupó su lugar, con Kahlan a su lado.

La multitud que llenaba el vasto corredor calló. La multitud se dividió en dos a lo largo de la aparentemente interminable alfombra roja para dejar paso a la pareja que se acercaba a la plataforma. Unos acompañantes los seguían formando un largo séquito.

Cara, con un aspecto radiante a más no poder, ascendió los peldaños cogida del brazo de Benjamín. Él tenía un aspecto magnífico con su uniforme de gala. Benjamín era ahora el general Meiffert, Comandante de la Primera Fila del Palacio del Pueblo.

Cara, como todas las mord-sith que iban detrás, llevaba puesto su traje de cuero blanco, y el contraste con el uniforme oscuro de Benjamín daba a la pareja un aspecto deslumbrante. En cierto modo le recordó a Kahlan a sí misma con su vestido blanco de Confesora y a Richard con su vestimenta negra de mago guerrero.

Nicci, tan bella como siempre, sonrió mientras permanecía de pie entre las mord-sith.

—¿Estáis listos? —preguntó Richard.

Cara y Benjamín asintieron, demasiado aturdidos para responder, pensó Kahlan.

Richard se inclinó un poco hacia ellos, clavando en Benjamín su mirada de rapaz.

—Ben, no le hagas daño jamás, ¿me oyes?

—Lord Rahl, no creo que pudiera hacerle daño ni aunque quisiera.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Benjamín sonrió de oreja a oreja.

—Sé a lo que os referís, lord Rahl.

—Bien —repuso Richard con una sonrisa a la vez que se erguía.

—Pero yo sí que puedo hacerle daño, ¿verdad? —preguntó Cara.

Richard enarcó una ceja.

—No.

Cara sonrió burlona.

Richard miró en dirección a la silenciosa multitud.

—Damas y caballeros, estamos reunidos aquí hoy para ser parte de algo maravilloso: el inicio de la vida de Cara y Benjamín Meiffert como pareja.

»Ambos han demostrado ser los mejores ejemplos de la clase de personas que todos esperamos ser. Fuertes, juiciosos, leales a aquellos que les importan, y dispuestos a superarlo todo para abrazar aquello de más valor que poseemos: la vida. Ellos desean compartir esa vida el uno con el otro.

La voz de Richard se quebró un poco.

—Nadie en esta estancia está más orgulloso de eso, o de ellos, de lo que estoy yo.

»Cara, Benjamín, ambos quedáis unidos no por estas palabras pronunciadas ante todos nosotros, sino por vuestros corazones. Éstas son simples palabras, pero en las cosas simples es donde radica un gran poder.

Kahlan reconoció las palabras de su propia boda y pensó que él no podía ofrecerles una mayor consideración a Cara y Benjamín.

Richard se aclaró la garganta e hizo una momentánea pausa para adoptar un tono más formal.

—Cara, ¿quieres a Benjamín como tu esposo, y lo amarás y honrarás eternamente?

—Quiero —dijo Cara con una voz nítida que llegó a todos los reunidos.

—Benjamín —dijo Kahlan—, ¿quieres a Cara como tu esposa, y la amarás y honrarás eternamente?

—Quiero —respondió él con una voz igualmente nítida.

—Entonces ante vuestros amigos y seres queridos, vuestra gente —dijo Richard—, quedáis casados para la eternidad.

Cara y Benjamín se fundieron en un abrazo y se besaron, mientras las mord-sith situadas detrás de ellos lloraban y la multitud enloquecía.

Cuando el ruido cesó por fin, y el beso finalizó, Richard alargó una mano, invitándoles a acercarse y colocarse junto a él y Kahlan. Berdine seguía derramando lágrimas de alegría sobre el hombro de Nyda. Kahlan vio que Rikka, con los ojos rebosantes de lágrimas, lucía una cinta rosa en el pelo que Nicci le había dado.

Richard se irguió muy tieso y orgulloso mientras contemplaba todos los rostros que lo observaban. De no haber visto a todos los miles de personas allí reunidos, Kahlan habría pensado que los pasillos estaban vacíos, tal era el silencio.

Richard habló entonces, con una voz que todos pudieran oír.

—Existir en este vasto universo durante una partícula de tiempo es el mayor regalo de la vida. Nuestro diminuto pedacito de tiempo de vida es nuestro regalo. Es nuestra única vida. El universo seguirá adelante, indiferente a nuestra breve existencia, pero mientras estamos aquí no sólo formamos parte de esa inmensidad, sino también de las vidas de nuestro alrededor. La vida es el don que cada uno ha recibido. Cada vida es sólo nuestra y de nadie más. Su valor es incalculable. Es lo más valioso que podemos poseer. Valoradla por lo que realmente es.

Cara le rodeó el cuello con los brazos.

—Gracias, Richard, por todo.

—Es mi gran honor, Cara —repuso él, y la abrazó.

—Ah, a propósito —le susurró Cara al oído—, Shota pasó a verme no hace mucho. Quería que te diera un mensaje.

—¿De verdad? ¿Qué mensaje?

—Dijo que si alguna vez regresas a las Fuentes del Agaden te matará.

Richard se echó atrás sorprendido.

—¿De verdad? ¿Dijo eso?

Cara asintió, sonriendo burlona.

—Pero sonreía cuando lo dijo.

Y entonces la campana que llamaba a la gente a la plegaria sonó.

Antes de que nadie pudiera moverse, Richard volvió a hablar.

—No habrá más plegarias. Ninguno de vosotros tiene que arrodillarse ante mí o ante nadie.

»Vuestra vida es sólo vuestra. Alzaos y vividla.



*Revisado marzo 2013*

*La confesora* Terry Goodkind

Título original: *Confessor*

Ilustración de la portada: © Siutterstock

© Terry Goodkind, 2007

© de la traducción, Gemma Gallart, 2012

© Scyla Editores, Si A., 2012

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores Si A.

[www.scyla.com](http://www.scyla.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2012

ISBN: 978-84-480-0695-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, Si L. L. [www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)